

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Económicas
Escuela de Estudios de Posgrado

**Maestría en Historia Económica y de Las
Políticas Económicas en Argentina**

TRABAJO FINAL DE Maestría

Sindicatos y cultura obrera en tiempos de Vandor.
Buenos Aires, 1958 – 1969.

AUTOR: EDGARDO HUGO COLOMBO
TUTOR: OSVALDO BATTISTINI

MAYO 2023

Dedicatoria

A Juan (in memoriam) y Brígida, secretos (o no tan secretos) protagonistas de las páginas que siguen.

A Silvana, la que me enseña a escalar las montañas más escarpadas.

A Nicolás M., mucho más que un informante.

Agradecimientos

El presente Trabajo Final de Maestría (TFM) corresponde a la finalización de la carrera de Maestría en Historia Económica y de las Políticas Económicas, dirigida por el Dr. Mario Rapoport, y presentado en la Escuela de Estudios de Posgrado de la Universidad de Buenos Aires (UBA)- Facultad de Ciencias Económicas.

Como suele suceder en estos casos, los agradecimientos y las deudas son múltiples. En primer lugar a las autoridades y personal de la Maestría por la disposición que han tenido en todo momento, en especial a su Vicedirector, Prof. Carlos Bulcourf y su colaboradora Andrea. Mi Director, el Dr. Osvaldo Battistini, ha tenido una infinita paciencia para ordenar las ideas, calmar la ansiedad y bajar la auto-suficiencia propia de un viejo tesista que cree tener todas las respuestas. Mis compañeros de la Maestría, en especial Sebastián Echazú y José María Bosetti, han sido más importantes de lo que ellos mismos sospechan para la realización de este trabajo gracias al intercambio de ideas y puntos de vista acerca del pasado y del presente. Con el Prof. Rodolfo Varela hemos discutido algunos de los temas que se tratan en esta investigación a lo largo de los años. También colaboró generosamente en el relevamiento del diario *Crónica* además de leer versiones anteriores de este trabajo. Lo más importante, sin embargo, es que me ha distinguido con su amistad desde hace mucho tiempo. Mi hija mayor, la Licenciada Luciana Colombo, resultó, además de un gran orgullo, de una inestimable ayuda en la corrección literaria del trabajo y un auxilio ante mi torpeza digital.

Por último, como se suele decir en estos casos, los errores que pudieron haberse cometido corren por mi exclusiva cuenta.

Resumen

En este trabajo se abordan las características de la cultura obrera de los trabajadores de Buenos Aires, con énfasis en los trabajadores metalúrgicos, desde la caída de Perón en 1955 hasta 1969. El estudio destaca la poca atención brindada por la historiografía obrera en el análisis de la cultura obrera en relación a las transformaciones de la política, las instituciones sindicales y los conflictos laborales de la época. Se estudian algunas de las bases sobre las que se asienta esa cultura: las tradiciones obreras en el contexto del fortalecimiento político y social de los sindicatos peronistas encabezado por el líder metalúrgico Augusto Timoteo Vandor. También da cuenta del uso del tiempo libre de los trabajadores, su relación con algunas de las industrias culturales y los deportes masivos en una década de modernización. En este trabajo también se aborda la relación entre la cultura obrera y la cultura de clase media. Asimismo, se hace referencia a como todos estos factores moldean y reafirmaron entre los trabajadores una identidad política definida en los años sesenta y prefiguran algunos de los conflictos de principios de los años setenta.

Palabras clave: Sindicatos-Trabajadores-Vandor-Cultura-obreros Década del 60

Índice

1. Introducción. Sindicatos y cultura obrera en una época de cambio.....	p. 8
2. Planteamiento del tema/problema.....	p.11
2.1Fundamentación y planteamiento del problema.....	p.11
2.2Objetivo general y específico.....	p. 12
3. Marco teórico.Los Estudios sobre los trabajadores, Vandor y el Vandorismo. Gris de Ausencias.....	p.13
3.1 Los Primeros Estudios.....	p.13
3.2Los Estudios sobre Vandor y el Vandorismo post 1983.....	p.15
3.3. Los Sindicatos, los Trabajadores y la Cultura Obrera. Algunas Precisiones Teóricas.....	p.19
4. Metodología.....	p.27
5. Hallazgos/desarrollo.....	p.31
Capítulo 1: Un Sindicato en el Mar de los Sargazos. La Unión Obrera Metalúrgica en un contexto de cambios (1958-1969).....	p.31
1.1 El Nacimiento de la UOM.....	p.32
1.1.1 Una organización pujante.....	p.36
1.2 Del Ostracismo al Retorno. Los dilemas del sindicalismo en una nueva era (1955-1958)	p.39
1.3 Entrar a la cancha. Los Sindicatos Entre Frondizi, las Fuerzas Armadas y Perón (1958- 1962).....	p.44
1.4 El auge de Vandor y el Vandorismo (1962-1966). Un efímero Partido Obrero en Argentina.....	p.48
1.4.1 El Plan de Lucha de la CGT de 1964.....	p.52
1.5 Las Bases Estructurales del Poder Sindical.....	p.56
1.5.1 Los CCT Metalúrgicos de 1960, 1961 y 1966.....	p.57
1.5.2 Población Sindicalizada 1958-1969. Una aproximación.....	p.63
1.5.3 El Éxito de la UOM como Organización en los Años Sesenta.....	p.65
1.5.4 Estructura y Movilidad Social Durante los Años Sesenta, ¿Una Nueva Clase Obrera?.....	p. 66
1.5.5 Un breve recorrido por los conflictos entre 1960 y 1966.....	p. 68

1.6 Fin de fiesta. Entre Dictaduras y Crímenes (1966-1969). <i>Sic transit gloria mundi</i>	p.70
Capítulo 2: Una Cultura Obrera en Buenos Aires en el Contexto de la Modernización de la Sociedad Argentina Post Peronista (1955-1969).....	p.75
2.1 Cultura y Ocio en la Argentina Peronista. A la conquista del Espacio Público.....	p. 76
2.2 Entre la “Resistencia” y la “Integración”: la Visión de los Trabajadores y Sindicalistas de Buenos Aires después de 1955.....	p. 78
2.3 Transformaciones Culturales en Buenos Aires durante los años Sesenta: la Televisión, la Música y el Cine.....	p. 79
2.3.1 El nuevo anhelo de los trabajadores: la Televisión.....	p. 79
2.3.2 Música para los Trabajadores.....	p.82
2.3.3 El auge del Folclore en los años 60: de Antonio Tormo a Mercedes Sosa.....	p. 86
2.3.4 El Cine Popular: entre la Familia, la Rebeldía Juvenil y el Cuerpo Femenino.....	p. 90
2.4 Los Trabajadores de Buenos Aires y los Deportes.....	p.93
2.5 Masculinidad y Prejuicio como Elementos Constitutivos de la Identidad Obrera y Sindical.....	p. 105
2.6 Nuevas publicaciones para los trabajadores. El caso de ‘Así. El Mundo en sus Manos’ y ‘Crónica’.....	p. 108
2.6.1 Otras lecturas populares: las historietas.....	p.117
2.7 Las Elites y las Coincidencias con las Orientaciones Político-ideológicas de los Trabajadores de Buenos Aires. Una aproximación.....	p.118
2.8 Los valores culturales de los trabajadores de Buenos Aires. Tradicionalismo y Reformismo en los Años Sesenta.....	p.122

Capítulo 3: La Crítica “Moral” de Clase Media a los Valores Obrero-sindicales durante el Proceso de Modernización Social y Cultural en Buenos Aires (1955-1969).....p.123

3.1 La crítica “moral” de los Sectores Medios de Buenos Aires a los Trabajadores como forja de una Identidad de Clase. Desde principios del siglo XX hasta la irrupción Peronista.....p.123

3.2 El “paraíso” de la clase media. Propiedad, Educación, Modernización Social y Cultural durante los años Sesenta.....p.127

3.3 Una “usina” de clase media: Primera Plana (1962-1969).....p.129

3.4 Las Críticas a los Ídolos de la Música Popular. Los Gustos (y dis-gustos) Musicales de la Clase Media.....p.132

3.5 Una Mirada sin embargo Oblicua: Primera Plana, los Intelectuales, el Cine y los Deportes Populares.....p.138

3.6 Los márgenes de la modernización. La Crítica a las Historietas y la Radicalización del Campo Intelectual.....p.143

3.7 “quisiera una guía que me ayude a ver las cosas” La Construcción de una Tutela Política e Intelectual de Clase Media a través de la Revista *Compañero*.....p. 145

3.8 El Cine y la Crítica a los Valores y la Identidad Obrera-sindical. Desde *Después del silencio* a *Los hijos de Fierro*.....p.154

 3.8.1 El Cine de Intervención política.....p.158

3.9 Cultura obrera- Cultura de Clase Media: indicios de un Conflicto.....p.165

4. Conclusiones/reflexiones finales. Los Desafíos Obreros en una etapa Conflictivop.168

5 Referencias bibliográficas.....p.174

1. Introducción

Sindicatos y Cultura Obrera En Una Época de cambio

“Entonces podemos observar las culturas, no como la evolución de un estilo de vida, sino como la lucha continua entre culturas en pugna”
Stuart Hall, Estudios culturales 1983. Una historia teórica

“Inventamos cualquier excusa para conservar los mitos de las personas que amamos, pero lo contrario también es verdad; si alguien no nos gusta, nos resistimos con todas nuestras fuerzas a cambiar nuestra opinión, aun cuando alguien ofrezca pruebas de su decencia, porque es vital tener mitos sobre los dioses y los demonios de nuestra vida”
Marlon Brando, Canciones que me enseñó mi madre

Los trabajadores metalúrgicos de Buenos Aires adquirieron una preeminencia sin precedentes posterior a la caída del segundo gobierno peronista en 1955. Por un lado, tomaron relevancia debido a la rama de la producción en que desarrollaron sus actividades, el complejo metalmeccánico, constituido en el corazón de la Industrialización por Sustitución de Importaciones durante los años sesenta y setenta (Belini y Korol, 2020). Por el otro, esa modalidad de crecimiento económico del período permitió que la representación corporativa de los trabajadores, la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) se constituyera en la organización gremial más poderosa e influyente posterior a 1955. Sin embargo ese modelo no estuvo exento de problemas para los metalúrgicos. El crecimiento económico permitió madurar segmentos importantes de la economía industrial (Katz y Kosacoff, 1984; Rougier y Odisio, 2021) pero que coexistieron con severas y periódicas restricciones en el sector externo (Diamand, 1972). Las crisis de stop & go, tal como las denominó la literatura académica, afectaron (entre otras variables) al empleo industrial y, por lo tanto, la estabilidad y poderío de los sindicatos industriales.

El predominio de los metalúrgicos se trasladó al interior del movimiento obrero argentino, tanto en número de afiliados como en influencia política. Su poderío también le permitió desarrollar estrategias sindicales exitosas, destinadas a maximizar los ingresos de sus afiliados, basadas en la acción directa, de forma eficaz y combinada con la utilización de las instancias de negociación colectiva (Torre, 2012). Ambas constituyeron todo un paradigma que trascendió los años sesenta. Esas estrategias, imitadas por otras organizaciones, fueron resumidas en un lema: “golpear y negociar”. Pero su papel fue sobre determinado, conforme a las características que adquirió el régimen político luego de 1955, cuando fue derrocado el segundo gobierno de Juan Perón. A partir de esos años, tal como señala la literatura académica contemporánea a los hechos o más cercana al presente, los metalúrgicos adquirieron un papel

primordial en la arena política junto con otras organizaciones gremiales (Rotondaro, 1971; James, 1990 y 2004; Torre, 2012). A partir de ese año, la mayoría electoral peronista tuvo bloqueado, con diferentes estrategias, el acceso directo al sufragio debido a la intervención de las Fuerzas Armadas y los principales partidos opositores (Spinelli 2005; Melon Pirro, 2009). La inestabilidad que adquirió el sistema político argentino en los años 60, caracterizado por gobiernos civiles débiles e intervenciones militares recurrentes pero fallidas, permitió el surgimiento del sindicalismo como un actor político independiente hasta 1966. En esos años, los metalúrgicos tuvieron una relevancia superior a otras organizaciones en condiciones de hacerle sombra, como la Asociación Obrera Textil (AOT).

Las estrategias que desarrollaron, tanto en el campo político como en el estrictamente sindical, siempre provisorias y cambiantes, hicieron oscilar a los sindicatos entre la resistencia y la integración al “sistema”, como señaló certeramente Daniel James (1990). Estas áreas de acción fueron encabezadas por un dirigente, el más importante de la década del 60, Augusto Timoteo Vandor. El nombre de Vandor y la UOM (Sección Capital) sobrevolaron los conflictos principales desde fines de los años cincuenta hasta principios de los años setenta. Durante el cenit de su vida política y sindical, el “Lobo” aparecía, en los principales medios de prensa, dialogando en los despachos oficiales como un verdadero “factor de poder”. Fue tan importante que, con el término “vadorismo”, no sólo remitió a una estrategia pragmática para afrontar los conflictos laborales en los años sesenta o a un grupo de sindicatos con influencia decisiva en las disputas políticas de esos años, sino también en términos negativos, repudiado por sus adversarios. A fines de los años sesenta, esas estrategias revelaron sus límites ante una nueva intervención de las Fuerzas Armadas, la “Revolución Argentina” (1966-1973). Los sectores ahora disidentes del sindicalismo vadorista, sus adversarios de antiguo cuño y los sectores intelectuales con simpatías obreras se multiplicaron y les sirvieron como atalaya desde donde diferenciarse del líder metalúrgico y sus aliados. A principio de los años 70, cuando el sindicalismo identificado por sus adversarios con Vandor entra en una crisis temporaria, el sentido común predominante de la militancia de izquierda lo convirtió en sinónimo de “burocracia sindical” y “traición” a la clase obrera como al mismo Perón. Incluso su nombre y la evocación de su asesinato en 1969 fueron coreados en numerosas declaraciones y manifestaciones públicas. En cierta forma, la imagen de Vandor y la “burocracia sindical” les permitió a esos sectores construir su propia identidad, como señala Gabriela Slipak (2015).

A esos sentidos polisémicos que adquirieron el liderazgo de Vandor y la “patria metalúrgica” se agrega aquí otro más que constituye el punto central de nuestra investigación: el fortalecimiento de una poderosa cultura obrera urbana en Buenos Aires de carácter reformista,

consumista, que se incorpora con entusiasmo a las industrias culturales de la época, que prioriza el deporte ya sea como espectador o participante y defiende las conquistas sociales logradas en el decenio peronista. Consideramos aquí que dirigentes y trabajadores formaron parte de una sólida cultura obrera y constituyen una de las bases de sustento de su poder en el período, sumado a los factores mencionados al principio. Dado los límites del trabajo, brindaremos indicios de la existencia de esa cultura basada en fuentes orales, fuentes primarias escritas y las fuentes secundarias conocidas. Aunque excede los límites de esta tesis, hipotetizamos también que las características de esta cultura presentan límites concretos a la radicalización política que le proponen otros agentes externos a la clase obrera a fines de los años sesenta y principios de los años setenta.

Vandor y la UOM fueron los actores sindicales más trascendentes de los años sesenta. Pero de ninguna forma los únicos. Un conjunto de dirigentes de similar o menor trascendencia que el Lobo, atravesaron por similares experiencias en el sentido *thompsoniano* del término: comenzaron su trayectoria laboral y sindical antes o durante el decenio peronista y revalidaron sus títulos ante los afiliados de sus poderosos sindicatos a fines de los años 50. Muchos de ellos atravesaron la azarosa política argentina, los conflictos intersindicales y se posicionaron en forma diversa a los años sesenta, pero respiraron la misma cultura que sus trabajadores. Hablar de Vandor, entonces, es hablar de una camada entera de dirigentes sindicales de actuación notoria entre la caída del segundo gobierno peronista y el Cordobazo de mayo de 1969.

Los eventos de los cuales hemos dado cuenta no giran en el vacío. Por el contrario, suceden en un proceso de cambio “modernizador” de la sociedad argentina. El deshielo posterior a la caída del peronismo permitió la aparición de numerosos medios de prensa destinados a públicos específicos de clase media y a los sectores populares. La televisión, la novedad tecnológica de la época, se suma a los medios más tradicionales como el cine y la radio, mientras que la música encuentra ahora nuevos y más numerosos canales de difusión. Los espectáculos masivos y populares como el boxeo, el fútbol, el turf y el teatro, si bien son elementos constituyentes de la cultura popular desde —al menos— la década del treinta, encuentran ahora nuevos canales y se masifica aún más (Sibaja, 2005; Archetti, 2001; Hora, 2019). La composición social de los grandes conglomerados urbanos como Buenos Aires también sufre agudas modificaciones que afectan las características de los obreros industriales (Auyero y Hobert, 2003). Las migraciones internas proponen la incorporación de nuevos trabajadores provenientes de las provincias, con nuevas (y tradicionales) visiones del mundo que se integran a las ya existentes. Bajo este proceso de cambios, para gran parte de los trabajadores de Buenos Aires los nombres de “Nicolino” Locche, “Palito” Ortega, Ubaldo Rattín y Antonio Tormo

significaban mucho más en su vida cotidiana que Augusto Timoteo Vandor. Pero en ese universo popular, también tenían en claro que el sindicato era quien les defendía el salario, les proveía los medicamentos y les permitía conocer el mar a través del turismo social. También era quien les reforzaba en su vida cotidiana su identidad política peronista.

Pese a la importancia del personaje, la organización que representa en el período estudiado y la importancia cuantitativa de los trabajadores de Buenos Aires, no han merecido casi estudios específicos en la historiografía argentina. Aún menos, trabajos que exploren la relación entre esa dirigencia y la cultura obrera de Buenos Aires de los años sesenta. Por el contrario, el grueso de las referencias al personaje y su organización sindical, provienen de sus antagonistas por la disputa interna en el peronismo a principios de los años setenta. En el mejor de los casos, toman sólo aspectos separados del fenómeno estudiado.

En esta tesis la organización será la siguiente: en la primera parte daremos cuenta de los vacíos historiográficos que presentan los estudios sobre los trabajadores de Buenos Aires y, en particular, sobre los trabajadores metalúrgicos de los años sesenta. También realizaremos algunas precisiones teóricas. A continuación, expondremos el poderío corporativo alcanzado por la organización metalúrgica, dando cuenta además de la inserción del sindicalismo en la política argentina desde 1955 hasta el asesinato de Vandor en 1969. Esa inserción nos permitirá explicar el rol fugaz —pero intenso— de centralidad de la UOM y Vandor como organizador del peronismo y “factor de poder” hasta, por lo menos, 1966. A continuación, señalaremos algunas de las características de la cultura obrera de los trabajadores de Buenos Aires en el período y su relación con la fortaleza del liderazgo de la dirigencia sindical predominante. En el último capítulo se estudiarán las críticas a la cultura obrera por parte de las clases medias urbanas y como, en esa pugna, ambos sectores fortalecen sus identidades. En las conclusiones brindaremos algunas reflexiones para explicar —a modo de conjetura— la relación entre estos conflictos culturales y los conflictos políticos más generales de principio de los años setenta.

2. Planteamiento del tema/problema

2.1. Formulación del Tema/problema del TFM

Una serie de interrogantes guían esta investigación. Los dos principales y más importantes de ellos son: ¿existió una cultura propia de los trabajadores de Buenos Aires? ¿Qué relación encontramos entre ésta y el poderío de Vandor y la UOM? Otra serie de preguntas que derivan de estas dos son mencionadas aquí en el orden que son abordadas en el trabajo: ¿cómo se explica la fortaleza de la UOM en relación al funcionamiento del sistema político y el contexto

socioeconómico?; ¿qué hacían los trabajadores con lo que leían, lo que veían y escuchaban? ; ¿cuál es su actitud ante el proceso de modernización de la sociedad argentina en los años sesenta?; ¿en qué medida su conflicto cultural con la clase media le permite forjar su identidad? Por último: ¿de qué forma las respuestas a estos interrogantes nos puede brindar un principio de explicación tentativa a algunos de los conflictos al interior del tercer gobierno peronista (1973-1976)?.

2.2. *Objetivos: General y Específicos*

El objetivo general de este trabajo es analizar la cultura obrera de Buenos Aires entre 1958 y 1969. En tanto el marco temporal elegido coincide con la conducción de Augusto Timoteo Vandor al mando de los obreros metalúrgicos y la Unión Obrera Metalúrgica, y un período de rápidos cambios, se considera aquí de particular importancia analizar también esos dos factores como constituyentes de esa cultura. También se analizará los puntos de conflicto con los valores culturales de los sectores medios cuyos puntos de vista son predominantes a lo largo de la década del sesenta. Este trabajo se inscribe en preocupaciones más generales sobre la cultura obrera, sus transformaciones y conflictos entre 1958 y mediados de los años setenta, y su relación con la conflictividad política argentina que estalla durante el tercer gobierno peronista.

Lo que postulamos desde aquí es que los valores clasistas de la industria cultural de los años 60, los valores tradicionales que emanan de los espectáculos deportivos sumados a su nueva difusión en los sesenta y el fortalecimiento del sindicato como referencia ineludible son factores que no pudieron sino dejar una huella profunda en los trabajadores de Buenos Aires. Esa “huella cultural” se suma a otras precedentes, en especial la experiencia peronista de los años cuarenta y cincuenta. Pero también a la cultura forjada por la clase media en los años peronistas en forma refractaria a los valores obrero-sindicales, valores que, a nuestro juicio, no fueron abandonados aunque sí redefinidos. Las opciones políticas y las orientaciones más generales de los trabajadores no pueden ser analizadas al margen de todos estos factores juntos.

3. Marco teórico

Los Estudios Sobre Los Trabajadores, Vandor y el Vandorismo. Gris de Ausencias.

3.1 Los Primeros Estudios

La importancia de Augusto Timoteo Vandor, el vandorismo y los trabajadores de Buenos Aires en la historia del sindicalismo argentino posterior a 1955 contrasta con la casi ausencia de estudios específicos en la historiografía argentina. Los estudios académicos tampoco abordaron, en forma sistemática, la cultura de los trabajadores y sus transformaciones en los años sesenta, ni su impacto en la relación con la dirigencia y sus opciones políticas. Las primeras interpretaciones surgieron al calor de los conflictos entre los sectores sindicales “tradicionales” y los intelectuales de clase media, que se acercaron al peronismo entre fines de los años sesenta y principios de los años setenta.

La obra más popular y representativa de estas visiones es la publicación del escritor y periodista Rodolfo Walsh *¿Quién mató a Rosendo?* (1987[1969]). Walsh fue un animador activo de los conflictos políticos y sociales de la época y militante político. El vandorismo –de acuerdo al libro del autor– se caracterizó como una facción sindical que basaba su predominio en la violencia, la manipulación de las elecciones, la connivencia con la patronal, la complicidad del Estado y la corrupción personal. El asesinato del dirigente metalúrgico vandorista de Avellaneda, Rosendo García, en la confitería “La Real” de la localidad de Avellaneda, constituye toda una enseñanza para los dirigentes considerados “duros” o más intransigentes ante el Estado y la patronal¹. Las mesas en las cuales se encontraban los dos grupos de dirigentes y militantes constituían –desde la perspectiva de Walsh– dos formas antagónicas de entender el sindicalismo y el peronismo. Esta mirada sobre la corriente predominante del sindicalismo se transformó, con el tiempo, en canónica. Una parte importante de los estudios sobre el sindicalismo y las clases trabajadoras recorrieron y recorren ese camino.

Otra de las obras de consulta para la militancia de izquierda y un éxito editorial de fines de los sesenta fue: *Sindicatos y Poder en Argentina* de Roberto Carri (2015[1967]), de mayor solidez académica que la obra de Walsh. La aparición del libro, a fines de los años sesenta, lo ubicó rápidamente entre los más vendidos según el semanario *Primera Plana* (Dawyd, 2017). El tema principal que aborda es el sindicalismo posterior a 1955, al cual unía sólidos

¹ El 13 de mayo de 1966 dos grupos antagónicos del sindicalismo se enfrentaron en la confitería “La Real” de Avellaneda (Provincia de Buenos Aires), a metros del Teatro Roma, donde se realizaban en forma asidua congresos sindicales y partidarios. Los dirigentes metalúrgicos Rosendo García, Armando Cabo, Norberto Imbelloni y Augusto Vandor ocuparon una mesa. Domingo Blajakis, Juan Zalazar, los hermanos Raimundo y Rolando Villafior, militantes enfrentados con la conducción vandorista ocuparon otra. Dirigentes políticos y personal cercano a Vandor ocuparon una tercera cercana. Más allá de las diferentes versiones acerca del suceso, a los pocos minutos comenzaron a insultarse entre algunos de los integrantes de las dos primeras mesas que culminó en un tiroteo con varios muertos y heridos de ambas facciones, entre ellos Rosendo García (Bosoer y Senen Gonzalez, 1993).

vínculos laborales y políticos. Luego toma distancia de esos sectores para ubicarse en sus antípodas, formando parte activa de la organización político-militar Montoneros. Su visión de Vandor y el vandorismo se irá construyendo a la par de sus propios posicionamientos políticos, que varían sustancialmente en esos años. La evolución de la obra de Carri constituye, como bien señala Dawyd, una síntesis de la progresiva radicalización de una parte de los sectores medios y su acercamiento a la izquierda peronista. En sus escritos iniciales, Carri señala los problemas y obstáculos del vandorismo en ese presente, precisamente el año 1966, para presentar sus credenciales como conductores del movimiento obrero. Uno de esos problemas fue el golpe de Estado que provocó la caída del gobierno radical de Arturo Illia (1963-1966) y la instauración del régimen autoritario que propició el cierre de los ámbitos de la negociación colectiva, el canal de negociación natural obrero-patronal que había estado abierto desde 1958. El origen de algunos de los dirigentes vandoristas, situado según el autor en el proceso de oposición a la Revolución Libertadora (1955-1958), y su identidad política peronista constituirían los antídotos suficientes para evitar que “traicionen” a sus bases.

Tiempo después, en 1969, Carri profundiza la conceptualización del vandorismo como corriente sindical y se permite pensar una posible salida para esa corriente a la que considera todavía hegemónica y capaz de superar la crisis en la que se vio sumergida en 1966. En 1974 se publicó en la revista *La Causa Peronista*, un nuevo artículo de Roberto Carri, aunque sin firma: “Vandorismo: la política del imperialismo para los trabajadores peronistas”. Aquí la consideración cambia por completo dado que, en su reseña histórica, el autor habla de la “burocracia sindical vandorista”, desde la génesis de esta corriente, allá desde fines los años 50, y la emparenta directamente con la “expansión imperialista” durante el frondizismo. Desde su perspectiva, Vandor y su grupo habrían sido funcionales a la expansión de las empresas norteamericanas a partir del proyecto desarrollista de Frondizi, quien las consideraba claves para el crecimiento económico. De acuerdo a esta última visión de Carri, a fines de los años cincuenta o a principios de los años setenta, el vandorismo es, en esencia, lo mismo. El incremento de la pugna política entre los diferentes actores del peronismo en 1973 y 1974 absorbió cualquier diferenciación en el análisis del pasado reciente.

El último autor citado profusamente por la bibliografía académica sobre los dirigentes tradicionales es Jorge Correa con su libro *Los jefes sindicales* (1974). Como señala Ghigliani (2010) Jorge Correa separa, de manera tajante, a las conducciones sindicales de sus bases. Según el autor: “los rasgos de la elite sindical deben ser considerados producto no tanto de la naturaleza del movimiento obrero y de las propensiones de sus componentes como de la injerencia de las clases dominantes y de su ideología particular”. Todas las cualidades

consideradas meritorias (honestidad, combatividad, apego a las normas democráticas) pertenecen a las bases obreras. Por el contrario, los rasgos repudiables fueron adjudicados a los dirigentes (fraude, corrupción, traición, aversión por la democracia sindical). Se afirma en este período una imagen donde afloraban dos mundos enfrentados y de naturaleza opuesta: los trabajadores, por definiciones revolucionarios, animadores de la lucha contra el capital; por el contrario, las direcciones burocráticas, que son percibidas “como frenos permanentes a los deseos transformadores de sus dirigidos” (p.10).

Walsh, Carri y Correa, tres actores sumergidos en las disputas políticas de principios de los años setenta construyeron los cimientos de la historiografía sobre el vandorismo. Buena parte de los estudios posteriores retoman en forma acrítica los diversos argumentos que esos autores pusieron en juego. Otros enfoques contemporáneos, desde la denominada “sociología científica”, en cambio, privilegian el estudio de las elites dentro de las cuales encuentran los dirigentes sindicales (Gighliani, Grigera y Schneider, 2012). Desde la perspectiva de algunos de estos autores, los dirigentes sindicales se habrían consolidado como una “elite”. Dos factores permitirían calificarlos como tales: la diversidad de servicios sociales que prestan los sindicatos (Rotondaro, 1971) y su consolidación financiera mediante el dictado de la Ley 18.610 de Obras Sociales, en 1970, durante el gobierno militar (Zorrilla, 1983). Los dirigentes se habrían constituido en verdaderos “gestores” con gran concentración de recursos y manejo discrecional en el proceso de toma de decisiones, alejados del mundo real de los trabajadores. Otro de los miembros de esta corriente, José Luis De Imaz, sostiene que la normalización de la CGT en 1963 constituye un jalón esencial en la aceptación del sindicalismo peronista como “integrado” al “sistema” (De Imaz, 1964).

3.2 Los Estudios sobre Vandor y el Vandorismo post 1983

La construcción del “campo académico”, a partir de 1983 (Romero, 1996), tampoco le destinó a las organizaciones gremiales, como la UOM en tiempos de Vandor, un lugar destacado. Sólo los trabajos de difusión predominantemente no académica abordaron la cuestión con diferente suerte (Abos, 1986 y 1999; Gorbato, 1992; Senen Gonzalez y Bosoer, 1993 y 2009). En general, estos estudios intentaron dar respuesta a una problemática de fuerte vigencia en los conflictos políticos de los años ´80: la oposición sindical al gobierno de Raúl Alfonsín. Otros estudios de aquella época, dedicados específicamente al sector metalúrgico, pusieron más la atención en los sucesores de Vandor que en él mismo (Carpena y Jacquelin, 1984; Beraza, 2007).

El grueso de los trabajos académicos que, a partir de los años ochenta, se ocuparon del sindicalismo o de los trabajadores como colectivo en los años sesenta y principios de los años setenta, privilegiaron procesos y actores que irrumpieron en la vida política y sindical argentina

desde el Cordobazo de 1969. Los cambios sociales, el auge de las movilizaciones, el impacto de las organizaciones armadas y el surgimiento de sectores contestatarios dentro del movimiento obrero, desde fines de los 60 hasta principios de los 70, concentraron la atención de la mayoría de los historiadores. Los protagonistas obreros y sindicales de esos sucesos se encontraban, principalmente, en el cinturón industrial que rodea la ciudad de Rosario y el parque industrial de la provincia de Córdoba. Lo paradójico es que el grueso de los trabajadores metalúrgicos se encontraba en la ciudad de Buenos Aires y algunos distritos puntuales del Gran Buenos Aires, como Avellaneda y San Martín (Brennan, 1996).

La mayoría del movimiento obrero no encuadrado dentro de la radicalización política de esos años mereció, en cambio, muchísima menos atención. En cuanto sector “integrado” al “sistema” y sus intereses identificados con los de la clase dominante, el análisis de la “burocracia sindical” no aportaría demasiado al estudio de los trabajadores como clase en tanto sector escindido de él.

Cuando los historiadores se sumergieron en el estudio de los sectores sindicales de fines de los cincuenta, se concentraron en gran medida en los sectores identificados como “duros” del peronismo, surgidos al calor de los conflictos en los años inmediatamente posteriores a la caída del peronismo (Salas, 1988; Berrotarán y Pozzi, 1994; Schneider, 2006). Estos sectores, muchos de ellos protagonistas de la “Resistencia Peronista”, supuestamente enfrentados con Vandor y al sindicalismo “ortodoxo” y a todo lo que esos actores creían que éstos representaban, fueron rescatados luego por la izquierda peronista como los antecesores de las luchas de las cuales ellos mismos se consideraban sus legítimos herederos. Es decir, que buena parte de los historiadores profesionales que abordaron la cuestión retomaron, en gran medida, corrientes de interpretación que se hicieron populares en la discusión política a principios de los años setenta (Adamovsky, 2012).

En general, los trabajos que hacen foco en las clases trabajadoras de los años sesenta, privilegian los momentos de conflictos y crisis por sobre los momentos de normalidad y vida cotidiana (Schneider, 2005). En ese sentido, la observación obedece a un patrón de análisis que también se observa en los trabajos que abordan las experiencias de los trabajadores entre 1880 y 1930, sus organizaciones, ideologías y relaciones con el Estado, como señala Roy Hora (2019)².

² Existen varios trabajos que permiten una exploración sobre los conflictos obrero-patronales en los años sesenta. Muchos de ellos son estudios circunscriptos a algunas seccionales, díscolas a la conducción vandorista, objeto de estudio que también atrae a la mayoría de los historiadores. Algunos han indagado sobre los cambios en los procesos de trabajo y su impacto en el colectivo obrero. Los trabajos compilados por Simonassi y Dicósimo (2007), de Victoria Basualdo sobre la empresa Acindar de Villa Constitución (2011), de Pablo Pozzi y Patricia Berrotarán acerca de la seccional Quilmes (2014) así como los estudios de Darío Dawid sobre La Cantábrica (2015) y la Matanza (2017) además de los citados del mismo autor en este trabajo abordan estas temáticas. En el caso del muy valioso trabajo de Dicósimo (2020) sobre los metalúrgicos de Tandil enfoca de manera lateral los consumos culturales, los determinantes externos del mundo popular, la cultura fabril y sus cambios y la irrupción de nuevos trabajadores en los setenta. Salvo esta última excepción los consumos culturales, sus conflictos y su impacto en la cultura obrera no aparecen como una temática con derecho propio.

El historiador Daniel James revisó el grueso de las intervenciones tradicionales de la historiografía post 1955 en un texto ya clásico sobre los trabajadores, su universo cultural y los dirigentes: *Resistencia e Integración* (1990). James se apartó de dos “abstracciones metafísicas” dominantes en el debate sobre el sindicalismo peronista y la clase obrera: “una clase obrera que siempre lucha e intenta organizarse en forma independiente y una cúpula sindical que siempre traiciona y reprime” (p.349). Los líderes gremiales mantuvieron cierto nivel de consenso entre sus representados por lo cual la “traición” de éstos hacia sus dirigidos no puede transformarse en el hilo explicativo del derrotero de la clase obrera. Los dirigentes, señala James, no giran en el vacío para la toma de decisiones, sino que se sustentan en el consenso de sus representados. El contexto y los diversos ámbitos donde se generan estos vínculos constructores del consenso adquieren un lugar central en la interpretación del historiador británico. Las experiencias comunes, pasadas y presentes, traducidas en una cultura compartida constituye la argamasa sobre la que ese consenso se construye. La crítica de James permitió, gracias a la influencia de la escuela cultural británica (ver *infra*), problematizar y revisar así las visiones tradicionales sobre el tema. Aunque conserva la dicotomía entre bases y dirigentes, demuestra que los intereses obreros, de alguna manera, están presentes en las decisiones de las cúpulas sindicales. Pese a ser profusamente citado, su trabajo de indagación sobre la cultura que une a dirigentes y trabajadores no ha sido continuado.

Dentro de las producciones académicas, el trabajo de Pablo Forni (1992) constituye una excepción y un aporte significativo a la cuestión. El autor trabaja sobre la premisa del éxito de la UOM en el desarrollo de las Convenciones Colectivas de Trabajo para lograr conquistas salariales y mejores condiciones de trabajo para sus afiliados. La única forma de lograrlo es a través de una organización centralizada, de alcance nacional que garantizara su éxito. Asimismo, fue necesario contar con una militancia decidida por parte de los delegados fabriles que apoyaran para garantizar el éxito de las medidas mediante acciones de huelga o la observancia de lo decidido en la mesa de negociaciones. Desde su perspectiva, la diferencia base-conducción de la UOM, tal cual la plantean varios estudios, no sería tal o no debería ser aplicada a esa organización hasta 1966.

Los escasos trabajos que focalizaron su mirada en Vandor y el vandorismo, se interesaron, sobre todo, en la construcción de una corriente hegemónica dentro del sindicalismo durante los años 60 y de un poder político poderoso e independiente de la tutela de Perón hasta 1966 (Cardoso y Audi, 1982; Cavarozzi, 1983; Calello y Parcero, 1984; Mcguire, 1993). Sin embargo, los trabajadores, que se encontraban bajo la tutela de los dirigentes tradicionales, sus vidas cotidianas y visiones del mundo permanecen en las sombras.

Otro de los problemas de nuestra historiografía sobre el mundo del trabajo de esos años es la falta de diálogo entre las diversas disciplinas que se enfocan en la economía, la sociedad, la política y la cultura. Eso hizo que la historiografía obrera tradicional se ocupara de la ideología de sus dirigentes y trabajadores, las supuestas o reales impugnaciones al sistema, el desarrollo de sus organizaciones, los conflictos con las patronales y el Estado. Sin embargo, les otorgó una escasa atención a los determinantes externos del mundo laboral en los años sesenta. El desarrollo económico de la Argentina industrial, la mayor o menor integración social de la sociedad argentina, el papel de las organizaciones en esos procesos de cambio y como impactaron todos esos factores en la vida cotidiana de los trabajadores comunes de Buenos Aires recibieron, por el contrario, mucha menos atención.

Juan Carlos Torre (1973; 2004 [1983]; 2012) ha sido sin duda, uno de los pioneros en el estudio de la relación entre el Estado y el movimiento obrero desde la irrupción del peronismo y una de las excepciones al párrafo anterior. El sociólogo desarrolló uno de los escasos trabajos existentes hasta este momento sobre la UOM, focalizado en la hegemonía vandorista y su posterior declive (2012). Además de destacar su preponderancia como facción sindical al interior del movimiento obrero y su importancia en la política argentina post 1955, relaciona el poder de los metalúrgicos con las características del mercado de trabajo de la época. En efecto, un mercado de trabajo con bajas tasas de desocupación (Gerchunof y De León, 2018) le permitió a la UOM la firma de exitosos modelos de Convenios Colectivos de Trabajo. De hecho, sus escalas salariales sirvieron de ejemplo a otras organizaciones sindicales. Sin embargo, los niveles de efectividad de éstos últimos se perciben menores que en la actividad metalúrgica por estar insertos en áreas de la economía menos dinámicas. El ejemplo de la Asociación Obrera Textil durante ese período es paradigmático (Torre, 2012).

Un punto a desarrollar, siguiendo el camino señero de James, es la experiencia de los trabajadores en tanto consumidores, perspectivas abordadas para el período peronista 1946- 1955 pero no para la etapa posterior (Melanesio, 2014). Aún no fue estudiado el impacto que tuvo sobre la cultura de los trabajadores de Buenos Aires (en sus prácticas, conductas y representaciones) la explosión de la industria cultural a principios de los años '60, el uso de ocio y el tiempo libre que sí mereció cierto tratamiento en la etapa precedente (Torre y Pastoriza, 2002). De la misma forma, resta indagar las formas que adquirieron esas prácticas para los trabajadores de Buenos Aires, tomando como referencia las prácticas en los años cuarenta y sus transformaciones posteriores (Ciria, 1984; Rein, 1998; Leonardi, 2009).

Desde la recuperación de la democracia en 1983, el proceso de modernización social en los años estudiados recibió la atención de los investigadores. Los temas que privilegiaron fueron,

principalmente, los cambios operados en la izquierda tradicional, el surgimiento de la llamada “nueva izquierda”, los cambios centrados en las elites intelectuales y sus instituciones (Sigal, 1991; Terán, 1993; Torti, 1999). Una de las novedades del período es la aparición de “usinas” culturales de clase media que se expresaron mediante nuevas publicaciones, novedosas concepciones sobre la sexualidad y la juventud. Muchas investigaciones hicieron foco también en el rol que jugaron las vanguardias artísticas y políticas y en qué forma las industrias culturales impusieron –también– miradas sobre los trabajadores, sus gustos y sus orientaciones políticas (Toroncher Padilla, 2004; Cattaruzza, 2008; Cosse, Felitti y Manzano, 2010). En los últimos años, las vidas y las visiones del mundo de la “gente común” sobre los años sesenta y setenta ha recibido consideración en el ámbito académico, más allá del mundo de la militancia (Carassai, 2012 y 2013). Sin embargo, el impacto de ese proceso de modernización sobre los trabajadores, sus vidas cotidianas, sus consumos y sus opciones políticas no aparece aún como objeto de estudio con derecho propio.

3.3 Los Sindicatos, los Trabajadores y la Cultura Obrera. Algunas Precisiones Teóricas.

En esta investigación adoptamos el término “cultura” en vez de “conciencia”, de acuerdo a Richard Hoggart (2013) y, en especial, Eduard P. Thompson (1989; 1994; 1995)³ Thompson sostiene que, en los diferentes procesos históricos, los sujetos viven experiencias laborales, conflictivas y afectivas esenciales para forjar una identidad, un “nosotros”. Los sujetos comparten tanto experiencias presentes como pasadas. Esas experiencias forjadas en la fábrica, el barrio, el sindicato, y los espacios de ocio se traducen en términos culturales (el prisma con el que organizan sus vidas, observan la realidad y actúan en consecuencia). La cultura resulta entonces de la condensación de tradiciones y costumbres del pasado con el procesamiento de los nuevos acontecimientos en la vida obrera que, a la luz de aquellas, adquieren un nuevo significado a sus ojos.

De esa forma Thompson supera con el término cultura la dicotomía “conciencia falsa/conciencia verdadera” tan cara al marxismo ortodoxo⁴. Cultura es un término más flexible

³ Richard Hoggart fue el “padre fundador” de los estudios culturales en Gran Bretaña, fundador del Centre for Contemporary Cultural Studies en la ciudad de Birmingham (Inglaterra). Su obra *La cultura obrera en la sociedad de masas* (2013) constituyó la piedra basal de los estudios sobre los trabajadores y su relación con la cultura de masas. Eduard Thompson formó parte de una generación de historiadores que surgió luego de la Segunda Guerra Mundial. Entre los más conocidos podemos nombrar a Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Rodney Hilton y George Rudé. Para una visión historiográfica de este grupo, véase Kaye (1989).

⁴ De acuerdo a los autores clásicos del marxismo, sobre todo Lenin, un colectivo social tiene conciencia verdadera cuando sabe su misión histórica en una formación económica y social determinada y la identificación clara de sus enemigos de clase. Sin embargo, el leninismo señala que los sectores dominantes de cada etapa de la vida humana “inundan” con su propia ideología, valores, instituciones e intereses la vida cotidiana lo que los transforma en portadores de “falsa conciencia” e impide, por lo tanto, el surgimiento espontáneo de una conciencia social alternativa. La solución la constituye la creación de un partido revolucionario, entendido como un conjunto de intelectuales portadores de la conciencia nueva “desde afuera”. Los escritos centrales del leninismo pueden consultarse en Lenin, V. (2009). Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* reformuló algunas ideas básicas del leninismo a partir de su propia experiencia fallida como revolucionario en la Italia. En sus escritos ponderó la importancia de las vivencias del pueblo, el poder de los medios de comunicación y la educación como “escultores” de la conciencia obrera. Cfr. Anderson (1987).

y ciertamente más impreciso pero que capta en forma más realista el comportamiento obrero. Su concepto introduce, incluso, una idea alternativa a las visiones más reduccionistas de los procesos históricos. Thompson también crítica la noción althusseriana de la historia como proceso sin sujeto. Desde su perspectiva, la historia no puede ser concebida únicamente como el producto involuntario en el cual los sujetos están sometidos a una estructura que domina completamente su vida y con un camino predeterminado. Por el contrario, los sujetos actúan agrupados en familias, comunidades, grupos de interés y, sobre todo, como clases. Estos influyen en forma dinámica condicionando el presente y el futuro histórico no como meros portadores de relaciones sociales sino en respuesta y condicionado por su propia cultura con influencia real en el proceso histórico. El historiador defiende así una idea pluralista del devenir histórico: los procesos históricos pueden encaminarse en cada uno de sus momentos hacia desenlaces diferentes porque la historia no está escrita de antemano. Para el autor británico, el concepto de “experiencias” de los sujetos (laborales, afectivos y comunitarios) es vital, dado que se transforma en la retícula desde donde procesan la realidad. Un miembro destacado de esa escuela, Raymond Williams (1980), creó el concepto de “estructuras de sentimiento” como reemplazo para referirse a aquellos aspectos que no pueden ser encuadrados dentro de la ideología “formal” pero “conciernen a significados y valores tal como se los vive y se los siente activamente” (p. 155).

La segunda generación de historiadores británicos formaliza un proceso paulatino de ruptura definitiva con el marxismo ortodoxo y con los “padres fundadores”. Gareth Stedman Jones (1989; 1998; 2003) sostiene la inconveniencia de la teoría marxista en su conjunto para entender el lugar de los trabajadores en el sistema capitalista y sus limitaciones como teoría de la historia. Desde sus propios estudios sobre los trabajadores británicos en la época victoriana, destaca el carácter netamente conservador de la clase obrera sobre todo a partir de la irrupción del imperialismo en la política inglesa. Como señala Roldán (2008) a pesar de la conciencia conservadora de los trabajadores (con sesgos de nacionalismo, xenofobia y preferencia por el pasatismo) Jones remarca la resistencia e impermeabilidad de su cultura. En síntesis, el concepto de clase es pertinente para analizar a ese colectivo, pero su análisis se aleja del “deber ser” revolucionario como componente central de su conciencia.

En Argentina, el grupo de historiadores del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Argentina (PEHESA)⁵ fue el principal receptor de la escuela británica a principios de los años '80 y aplicó –con su propia interpretación, como veremos– sus conceptos vinculados a las clases sociales (Roldán, 2008). Con enfoques en primera instancia similares a sus pares

⁵Nacido en la última Dictadura Militar (1976-1983), sus miembros fundadores fueron Luis Alberto Romero, Leandro Gutierrez, Hilda Sábato, Ricardo Gonzalez y Juan Carlos Korol.

ingleses, señalan que el estudio de los trabajadores no puede derivarse únicamente del estudio de la estructura productiva, dado que tal definición no resulta completa en tanto no incorpora “un análisis de la cultura, los valores y las prácticas, elementos constituyentes y constitutivos de la identidad de las clases sociales” (p. 210). El grupo desarrolló el concepto de “sectores populares urbanos” para captar el universo social complejo que caracteriza a la Buenos Aires desde 1880 a 1930. En su trabajo incorpora un conjunto de sujetos sociales, los sectores populares urbanos, que incluyen tanto a los trabajadores manuales y de “cuello blanco” como a pequeños comerciantes y la pequeña burguesía. Si bien resulta más ambiguo que “clase obrera” es más elástico y abarcador y da cuenta del intento proceso de movilidad ascendente del período. La insularidad de la clase obrera dentro del universo popular del período justificaría aún más el uso de “sectores populares”. La fluidez del período haría infructuoso congelar una identidad de tipo clasista dado que se encontraría en constante cambio. Los trabajos de los miembros del PEHESA Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez sobre los sectores populares, se enmarcan en su intento de rebatir las ideas germanianas sobre la pasividad de estos sectores en los albores del peronismo. En este contexto el concepto de cultura popular les resultaba especialmente pertinente para rescatar su vitalidad y presencia en vez de la manipulación (Romero y Gutierrez, 1995).

La irrupción del peronismo, a mediados de los años 40, fue crucial para la constitución de los trabajadores como clase. El Estado forjado desde las entrañas del Ejército en plena Segunda Guerra mundial encabezó una alianza con los principales sindicatos de la época, los primeros y principales interlocutores con los que contaron los militares. El resultado, si bien distante de los deseos iniciales de uno u otro, modificó tanto a los trabajadores y sus organizaciones como al mismo Estado. Pero si coincidimos con Daniel James en que la clase obrera fue tanto constituida por el Estado durante el decenio siguiente como éste lo fue por los trabajadores, podemos medir el impacto de esa novedad política sobre la vida de los trabajadores (p. 56). El impulso decisivo a la Industrialización por Sustitución de Importaciones durante el peronismo incrementó numéricamente al ejército industrial, unificó el mercado de trabajo y fortaleció a las organizaciones sindicales. Lo dotó de un lugar definido en la política y la sociedad y de confianza en sí misma inédita hasta ese momento y de una poderosa identidad política, en el contexto del reformismo. ¿Es aplicable, entonces, el concepto de “sectores populares” en lugar del de “clases sociales” en la etapa post peronista? Parece discutible, dada la centralidad de los trabajadores industriales, sus organizaciones, su cultura e identidad política.

Pero al mismo tiempo, conviene no considerar a ese sector social ni a su cultura como algo congelado y estático. Por el contrario, el universo cultural de los trabajadores está sometido

a múltiples influencias, por ejemplo, la de los mediadores culturales como los activistas ideológicos (de izquierda, de derecha o reformistas), el Estado, los nuevos medios de prensa, etc. A su vez, los trabajadores procesan esas influencias de acuerdo a sus propias experiencias y la traducen en términos culturales. Los contenidos de esa cultura cambian todo el tiempo porque sus experiencias cambian. Por lo cual, conocer la cultura de los trabajadores constituye una herramienta esencial para entender a ese colectivo.

Los debates sobre la cultura popular y la relación con la cultura de masas poseen una larga tradición. Películas, periódicos, canciones y programas de radio irrumpieron en forma masiva durante el siglo XX. Los debates surgen acerca de quién y cómo se consumen, cual es el papel de los llamados mediadores culturales (compañías grabadoras, estudios de cine, dueños de diarios, intelectuales, el Estado, entre los principales) y –sobre todo– la capacidad de acción sobre los diferentes segmentos de una sociedad. Dentro de la tradición marxista, la Escuela de Frankfurt fue una de las cuales afirmó el carácter manipulador de la cultura de masas (Karush, 2013). Los trabajos de Theodor Adorno y Max Horkheimer sostuvieron que las películas y canciones alentaron una respuesta pasiva por parte de la audiencia sin dejar espacio para la imaginación. El resultado fue “una clase trabajadora despolitizada, incapaz de pensar por sí misma o de generar cualquier crítica al status quo” (Karush, 2013, p. 20). Siempre e inevitablemente se transforman en un instrumento de control social y de manipulación. Juan José Sebreli (1990[1964]) aplica esos mismos conceptos para la Argentina de los años ´60. Los deportes, en especial el fútbol, reciben la misma consideración para este autor. Para Sebreli constituye el mejor ejemplo de “ocio alienado” para los trabajadores, una de las formas en que las elites canalizan las protestas obreras. Los “hinchas” son participantes pasivos de un espectáculo creado y organizado por las elites para canalizar el disconformismo de los trabajadores hacia el capitalismo y la vida cotidiana.

Diversas reformulaciones tienden a rechazar la mirada pesimista. Los consumidores producen sus propios sentidos a partir de las mercancías que ofrece la industria cultural. La cultura aparece, entonces, como un campo en disputa: “la gente común está formada por las imágenes y los sentidos diseminado por la cultura de masas y, al mismo tiempo, reformulan esos sentidos de acuerdo con propósitos propios” (Karush, 2013, p.21). Desde esa perspectiva, diversos autores sugieren el carácter polisémico de la cultura de masas. Si bien la producción cultural en el capitalismo es asimétrica, no cierra la posibilidad de sentidos alternativos u opuestos. Por último, vale recordar la importancia política de la cultura de masas: algunos de sus artefactos constituyen lugares importantes para la elaboración de identidades, valores y aspiraciones que pueden ser la base para la acción política (Karush, 2013).

Stuart Hall (1984 y 2017) tiene una postura similar. Tomó distancia (como lo hicieron Thompson y Williams) de las visiones más maniqueas de la tradición marxista en un célebre artículo. La cultura popular no puede ser entendida como constantemente en lucha con los valores de la cultura dominante, es decir, “resistente” o “pasiva”, tampoco puede oscilar entre estos dos polos “del todo inaceptable: ‘autonomía pura o encapsulamiento’ ” (1984, p. 100). Según el autor jamaicano:

Las industrias culturales tienen efectivamente el poder de adaptar y reconfigurar constantemente lo que representan; y, mediante la repetición y la selección, imponer e implantar aquellas definiciones de nosotros mismos que más fácilmente se ajustan a las descripciones de la cultura dominante o preferida. Esto es lo que significa realmente la concentración del poder cultural, el medio de hacer cultura en la cabeza de los pocos. Estas definiciones no tienen la facultad de ocupar nuestra mente; no funcionan en nosotros como si fuéramos pantallas en blanco. (p.101)

Otra corriente de estudios sobre “cultura popular” se aleja del conflicto como centro de la explicación. Desde la perspectiva de Storey (2002) no puede ser vista “sólo en las prácticas de resistencia y apropiación, negociación o agencia sobre las formas culturales dominantes, sino también en todo este campo de acción que incluye las maneras en que la alta cultura, comercial o de masas también se nutren de lo popular y viceversa”. Según el autor, la cultura es un terreno de intercambio y negociación entre “alta” y “baja” cultura: “las prácticas de la cultura popular se mueven dentro de lo que Gramsci denomina un “equilibrio de consenso” (Storey 2002: 27).

Desde la perspectiva de Geoff Eley (2008) en los años 80 y 90 se produjo la crisis de la historia social y la aparición de nuevas miradas, que se denominaron globalmente como “giro cultural” en los estudios históricos. Se privilegió ahora temas como la memoria, la reducción de escala de observación, el lenguaje, la consideración de la raza y el género entre los principales, consideradas perspectivas constituyentes de las clases sociales pero ausentes entre los “padres fundadores” de la Historia Social en el análisis de los trabajadores.

En esos años asistimos al auge de la memoria como una forma de reconstrucción alternativa a la historia académica, en tanto rescata los particularismos de lo local y el valor de las experiencias personales. Las subjetividades en los relatos históricos pueden entrar en tensión con los acontecimientos más globales o de reconocimiento público. Para Raphael Samuel “En la memoria popular, si no en la alta investigación académica, la gran inundación o la tormenta

pavorosa pueden eclipsar guerras, batallas y el auge y caída de los gobiernos”. El historiador debe no sólo inspirarse “en experiencias de la vida real sino también en la memoria y el mito, la fantasía y el deseo; no sólo en el pasado cronológico del registro documental sino también en la intemporalidad de la ‘tradicición’”. La historia, en síntesis, “se expresa no sólo en la crónica y el comentario sino también en la balada y la canción, en las leyendas y en los proverbios, adivinanzas y acertijos” (p.234).

Los estudios basados en la reducción de escala de observación comenzaron a privilegiar el ámbito local por sobre el general y las explicaciones. Las experiencias vividas por individuos concretos en tanto permite observar con mayor precisión los cambios más globales de la estructura. Quienes elaboraron los trabajos más conocidos en *Microhistoria*, tal como se conoció ese abordaje, fue el grupo de historiadores reunidos alrededor de la revista *Quaderni Storicci*, en especial Carlo Ginzburg. El creador del *Queso y los gusanos* desarrolló el concepto de “paradigma indiciario” entendido como una forma de indagar el pasado a partir de señales e indicios ante una realidad opaca, es decir, un “método más conjetural que científico” (p.237).

Para la más tradicional historia social, la raza es una construcción *solamente* ideológica (utilizada como garante de la dominación) y, por lo tanto, es de naturaleza diferente al concepto de clase por ser éste último más “real” desde el punto de vista del análisis histórico. Por el contrario, las nuevas perspectivas lo consideran una parte constitutiva de la formación de la clase obrera. Historiadores como David Roediger (1999) demostraron el peso del racismo para la configuración de las identidades de la clase obrera norteamericana. La “blancura” para los trabajadores pasó a ser una “invitación a participar en los beneficios de una cultura dominante cuyos principios de accesibilidad eran demasiado eficaces como para no ser consignados” (p.209). Para indagar en los poderosos significados de ser “blanco” que impregnan la vida cotidiana como si fuera algo “natural”, Roediger utilizó fuentes no usuales como “el folklore, el humor popular, el lenguaje de la calle, los cantos y el entretenimiento” (P. 209).

Los estudios de género comenzaron a indagar sobre el desdibujado rol de la mujer en la historia (y en la construcción de las clases sociales) y visualizar algunas categorías consideradas como “naturales”, que ahora empezaron a ser vistas como construcciones históricas. A partir de los estudios liminares de Joan Scott (1991), sus aportes sirvieron para “deconstruir” conceptos como el sexo, la clase y la nación. La autora señala que una de las tareas centrales del historiador debería ser “el cuestionamiento, la descomposición y la apertura de las categorías aceptadas” (p.239).

Todas estas nuevas tendencias destacan el peso de la subjetividad de los actores y su mundo de “representaciones” (Chartier, 1992). Estos aspectos destacados por los historiadores

actuales “Ayudan sin duda a comprender porque los individuos reaccionaron en su momento de la manera en que reaccionaron, se tratase de élites diplomáticas o se tratase de militantes de base de movimientos sociopolíticos (...), como era la percepción del mundo por parte de los protagonistas de la Historia (...) y (...) a comprender cuales fueron sus opciones.” (Nuñez Seixas, p. 181).

Esa apertura en la agenda de los historiadores amplió la frontera hacia otras disciplinas. Desde la sociología francesa, Pierre Bourdieu (1990 y 1998) cuestionó algunos de los aspectos más ortodoxos del marxismo en lo que se refiere al concepto de clases sociales. Sostiene que el consumo es un espacio decisivo para la constitución de las clases sociales y la identificación de las diferencias entre ellas. Si bien reconoce la importancia de la producción y de los aspectos materiales, las clases se conforman también mediante el consumo, su manera de usar los bienes y como transmutan en signos, es decir, sus aspectos simbólicos. Las prácticas culturales que conlleva el consumo pueden funcionar como principios de integración o exclusión social. El “gusto” pasa a tener, entonces, un rol relevante en sus análisis. Desde esa perspectiva, la distinción entre base y superestructura tampoco tendría sentidos para Bourdieu dado que en su teoría de la sociedad lo material y lo simbólico se encuentran inextricablemente unidos.

Las esferas económicas, sociales, políticas y culturales aparecen así como realidades interconectadas. Por lo cual los historiadores hoy son (o deben ser) más *híbridos* y menos especialistas (Nuñez Seixas, 2008).

En esta investigación se utiliza también el concepto de “clases medias” que ha sido reconsiderado en los últimos años por las Ciencias Sociales (Adamovsky, 2009; Adamovsky, Visacovsky y Vargas, 2014; Visacosky y Garguin, 2021). Más allá de las polémicas y dificultades para una definición acertada y una correcta utilización del término para el análisis histórico, Ezequiel Adamovsky estableció tres criterios para establecer su existencia:

- 1) que un determinado conjunto de personas tiene algo en común que tracciona en el sentido de la unificación, a pesar de sus diferencias;
- 2) que eso que comparten las distingue como una “clase” de otros agrupamientos sociales reconocidos como clases, y

3) que esa situación de clase es conceptualizada socialmente (y no solo en determinados círculos políticos o intelectuales) como una posición *intermedia* entre una posición superior y otra inferior. (p. 135)

Para definir a las clases medias el autor considera necesario y empíricamente demostrable la existencia de componentes objetivos en el análisis de determinado grupo social (que hace hincapié en los determinantes estructurales como ingresos, profesiones, etc.) como subjetivos (la cuestión de la identidad).

4. Metodología

Esta investigación se propone realizar un “puente” entre las condiciones objetivas y reconstruibles por métodos cuantitativos de la clase obrera por un lado; y la percepción y visión de la realidad por parte de esa misma clase por el otro. Dada la amplitud de temas y problemas que presentamos, para indagar tantos aspectos cuantitativos como cualitativos se recurre a una gran variedad de fuentes.

En el capítulo 1 se recogen datos vinculados a la evolución macroeconómica mediante tablas y figuras. Esos mismos instrumentos se utilizan para recoger datos sobre los consumos culturales de los trabajadores en el capítulo 4. Los periódicos y revistas de circulación masiva sirvieron para recabar información sobre hechos protagonizados por la UOM y el movimiento obrero, declaraciones de sus dirigentes o críticas a ese sector. Las Convenciones Colectivas de Trabajo correspondientes a 1960, 1961 y 1966 que involucra al sector metalúrgico fueron obtenidas en el archivo intermedio perteneciente al Archivo General de la Nación). El Censo de Asociaciones Profesionales de 1965 completa la información cuantitativa para la parte inicial (capítulo 1).

Las fuentes utilizadas para analizar la cultura obrera y sus respuestas de clase media (capítulo 2 y 3) son variadas. Una de ellas es la historia oral. Acerca de su utilidad y límites para el estudio de las clases populares, la historiografía ha desarrollado un amplio debate (Schwarzstein, 1991; Pasquali 2019). Las fuentes basadas en entrevistas probablemente no nos brinden información extra sobre un acontecimiento histórico determinado, pero sí sobre su significado y como los sujetos *vivieron efectivamente* esos procesos. Desde ese punto de vista, un conflicto obrero-patronal que culmina en una negociación sindical puede ser considerado ruinoso por facciones adversas a los dirigentes de turno. Pero, quizá, sea leída en forma muy diferentes por parte del trabajador común (en tanto, conservar el trabajo, puede ser visto como más importante que un aumento salarial en un determinado contexto socio-económico y político). Eso lleva que la percepción de ese conflicto por parte del trabajador es primordial para el objeto de estudio del investigador. “Lo que el informante cree, ciertamente es un **hecho** histórico (es decir, el hecho de que él o ella crean en él) tanto como lo que ‘verdaderamente’ sucedió” (Portelli, 1981, p.39) (la negrita es del original). La credibilidad de las fuentes orales posee, entonces, una credibilidad diferente: “no en su adherencia a hechos, sino por el contrario en su divergencia de ellos, en donde ingresan la imaginación, el simbolismo y el deseo” (p. 40). En tanto la percepción de los sujetos es central en la definición de cultura que adoptamos en

este trabajo, las entrevistas (como complemento a otras fuentes) pueden resultar útiles para captar esa subjetividad.

Habitualmente, los estudios basados en fuentes orales están destinados a los sectores subalternos, aquellos que —por su propia posición— no se encuentran acostumbrados a ser reportados y, por lo tanto, más propensos a la espontaneidad y la autenticidad. Por el contrario, los sectores dirigentes harían uso de historias más “armadas” y —por lo tanto— menos auténticas. Desde acá rechazamos tal dicotomía. Las personas entrevistadas para esta investigación, sumadas a las entrevistas de otros investigadores van desde trabajadores comunes sin militancia, supervisores de planta, dirigentes de segundo orden y “popes” sindicales. Muchos de ellos participaron de un campo cultural común (los mismos gustos, por ejemplo) que las entrevistas pueden hacerlas visibles. De ahí su valor.

La ampliación temática de la historia social como los estudios culturales requiere de la utilización de nuevas fuentes, en pie de igualdad con las más tradicionales. El cine es una de ellas⁶. Los pioneros en la consideración de las películas como fuente para el conocimiento histórico fueron Marc Ferro (1995) y Robert Rosentone (1997 y 2014). Para ambos, el film ya sea bajo el formato de documental o de ficción constituye elementos valiosos para el conocimiento del pasado. En el caso de historiador francés, en muchos casos una película dice mucho más sobre el momento de su creación que el hecho histórico que evoca. El film puede expresar desde esta perspectiva la visión del director sobre el contexto político-ideológico y como reflejo de lo que piensa el sector social a quien está destinado el film. Es decir que el cine nos informa acerca de su propia época. La explosión de los medios de comunicación en los años sesenta permitió también- como nunca antes- el incremento de la influencia de la imagen en las ideas que se forja la sociedad sobre el pasado. Esa influencia es tan poderosa que los films “que abordan temáticas históricas imprimían en el imaginario social que los une a los hechos que representan” (Giacomelli, 2021, p.4). A caballo de las nuevas resignificaciones de la historia social “Rosentone basa su argumento en que la historia, incluida la escrita, es una reconstrucción, no un reflejo directo, y —tal como la practicamos— es un producto cultural e ideológico del mundo occidental en un momento de su devenir; el lenguaje escrito solo es un camino para reconstruir historia, un camino que privilegia ciertos factores: los hechos, el análisis y la linealidad” (Alvira, 2011, p.9). Para Rosentone el cine constituye otra forma de explicar los procesos históricos tan válidos como los textos más clásicos que forman el corpus central de la disciplina, aunque con sus propias normas. En ese sentido estudia el cine como escritura de la historia. En esta investigación se realizó una selección de películas que permitan recrear los

⁶ Para una puesta a punto acerca de los principales aportes en la historiografía internacional, véase Alvira (2011) y el más reciente Nigra (2019).

gustos de los trabajadores y aquellos films que, a lo largo de los años sesenta, ejercen críticas a las direcciones sindicales, las industria culturales o bien ponen de manifiesto un modelo implícito de sociedad y representativo de la época.

Las canciones, los periódicos, los programas de televisión y el humor gráfico constituyen herramientas indispensables para captar “estados de conciencia”. Si bien es indispensable identificarlos como “artefactos” creados por la cultura de masas en la sociedad capitalista, también permiten observar los gustos de quien los mira, y los dis-gustos de quienes los critican. En definitiva colaborar en la construcción de sus respectivas identidades. Su análisis nos permite entonces observar los campos probables de disputa social y acuerdos pero desenfocándolos de los lugares clásicos desde el cual tradicionalmente son explicados.

5. Hallazgos/Desarrollo

Capítulo 1: Un Sindicato en el Mar de los Sargazos. La Unión Obrera Metalúrgica en un contexto de cambios (1958-1969)

Cada etapa en la historia del Movimiento Obrero estuvo caracterizada por la preeminencia de una organización gremial que se correspondía -en líneas generales- con las etapas del desarrollo económico argentino. En los comienzos de las organizaciones gremiales, a mediados del siglo XIX, los trabajadores mejor organizados fueron aquellos agrupados en las actividades artesanales y semi-industriales de origen urbano. En la segunda década del siglo XX, cuando el modelo agro exportador había llegado a su mayor grado de maduración, los trabajadores de los ferrocarriles superaron los modelos de organización más arcaicos. Impulsaron la creación de los sindicatos en reemplazo de las viejas Sociedades de Resistencia y lideraron al resto de las organizaciones en sus reclamos al Estado y a los sectores patronales. En los años '30, cerrado el ciclo agroexportador, la producción de manufacturas adquirió un ritmo de crecimiento sostenido en el proceso de crecimiento endógeno conocido como Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). El dinamismo de sectores como el textil y el metalúrgico impactaron de lleno en el mundo del trabajo, aunque el desarrollo de esas ramas dependerá de la evolución de las políticas públicas y de la economía en general.

Los trabajadores metalúrgicos, pese a su peso cada vez mayor dentro del conjunto de los trabajadores industriales, poseían una escuálida organización hasta 1943: el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM). Había sido fundado, al calor de los conflictos posteriores a la Primera Guerra Mundial, por militantes y simpatizantes de la Revolución Rusa. Aunque poseía mayor presencia en la rama que su par y antecesora anarquista, hacia fines de los años veinte, sus afiliados no superaban el 5% del total de los trabajadores en Capital Federal y alrededores (Camarero y Ceruso, 2015). Luego de una década, la capacidad del sindicato de captar afiliados y la atracción de los metalúrgicos hacia su organización gremial no variaron sustancialmente. Más allá de las polémicas, parece existir un cierto consenso acerca de la dura realidad compartida por el resto de las organizaciones en el período pre-peronista (Murmis y Portantiero, 1970; Del Campo, 1983; Torre, 1988; James, 1990). Al margen de las polémicas, parece no haber dudas acerca de la indiferencia estatal posterior a 1930 ante la cuestión obrera y/o la hostilidad manifestada a través de la represión lisa y llana, si bien son ciertos los contactos entre dirigentes y miembros del elenco conservador que ocupó el Estado.⁷ A esos factores se les sumó

⁷ Agradezco, en este punto, la aclaración del jurado de tesis (anónimo) n°2. Las políticas de intervención en las relaciones laborales del gobierno de Manuel Fresco (1936-1940) constituyen algunos de los intentos más serios de legislación laboral, pero acotada a sectores específicos y en reacción al incremento de la conflictividad social. Sus políticas encontraron eco en parte de la dirigencia sindical (Béjar, 2005, pp151-153). El

la depresión económica. Esto hizo más áspero el camino para el mundo del trabajo que vio desdibujadas, por un tiempo, las aspiraciones de progreso y movilidad social. La posibilidad de integración social y económica en el marco del capitalismo argentino había animado las esperanzas de los trabajadores argentinos desde fines del siglo XIX y se habían fortalecido en los años de los gobiernos radicales (1916-1930).

En este contexto, el principal aporte de los comunistas al movimiento obrero de los años 30 no fue la difusión de ideologías rupturistas con el orden capitalista, de escaso atractivo para los trabajadores, sino la encomiable tarea de organización sindical en actividades centrales de las ramas de producción vinculadas a la sustitución de importaciones, como el caso metalúrgico y textil (Camarero, 2008; Hora, 2019). La experiencia organizativa de los dirigentes de izquierda fue reconocida como una de las herencias más estimadas, incluso por los dirigentes sindicales peronistas de la década del sesenta, de poca simpatía por esas corrientes de pensamiento.

Los cambios en las orientaciones estatales hacia el mundo del trabajo en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial dotaron a los trabajadores de nuevos bríos y esperanzas de progreso (Hora, 2019) y constituyen el telón de fondo de una nueva organización sindical y una nueva dirigencia.

1.1 El Nacimiento de la UOM

La Unión Obrera Metalúrgica surgió al calor de la crisis política vivida por las organizaciones sindicales a principios de los años cuarenta. En abril de 1943 se conformaron las CGT N°1 y la CGT N°2, organizadas de esta forma a partir de diferencias políticas e ideológicas entre ellas. La primera fue conducida por la poderosa Unión Ferroviaria (el gremio más importante de la Argentina hasta ese momento), que deseaba mantener una actitud prescindente tanto del Estado como de los partidos políticos. En la segunda, participaban de forma más activa el Partido Comunista y los sindicatos afines a los “rojos”. Esa ruptura se transmitió a algunas organizaciones gremiales como el SOIM. Luego de un prolongado conflicto, en 1942, un grupo de trabajadores de la empresa CATITA encabezado por los hermanos Ángel y Adolfo Perelman impulsaron, en abril de 1943, junto a otros dirigentes, la creación de la Unión Obrera Metalúrgica. El apoyo del sector cegetista, cercano a los ferroviarios, quedó palmariamente demostrado en el uso de las instalaciones de la Unión Ferroviaria por parte de la flamante organización (Camarero y Ceruso, 2015).

Departamento Nacional del Trabajo, la instancia estatal de negociación obrero-patronal, fue dotado de una burocracia más abundante y competente. Incluso, bajo su influencia, se firmaron 145 convenios de trabajo en Capital Federal entre 1935 y 1940. Sin embargo, las quejas sindicales marcan el incumplimiento de lo acordado y la negativa patronal a la injerencia estatal en materia laboral (Rougier y Odisio, 2021, pp166-167) Sobre la conflictividad en la segunda mitad de la década del '30, véase Iñigo Carrera (2000).

Las transformaciones políticas que ocurrieron a principios de esa década impactaron de lleno en las organizaciones gremiales, cuando las fuerzas del trabajo fueron interpeladas por un sector del Estado, luego del golpe de junio de 1943. Una de las facciones de los militares en el poder, encabezada por el Coronel Juan Perón, se lanzó de lleno en la búsqueda de apoyos sociales entre los sindicatos más consolidados⁸. Esta apertura del Estado hacia el mundo del trabajo provocó dudas, divisiones, realineamientos y nuevas expectativas entre los dirigentes sindicales (Torre, 1988). La flamante conducción de la UOM compartió, al principio, los resquemores de muchos de sus pares sindicales acerca de la inédita propuesta de la Secretaría de Trabajo y Previsión a cargo del Coronel Juan Domingo Perón de trocar apoyo político a cambio de ventajas palpables para los trabajadores del sector. Las dudas fueron abandonadas hacia fines de 1945, en vísperas de las elecciones del año siguiente, cuando se impuso el sector que adhería al impetuoso y ambicioso Coronel (Marcillese, 2018)⁹.

En su primera etapa de gobierno, Perón impulsó políticas de apoyo decidido en favor de las demandas de los trabajadores y el fortalecimiento del movimiento obrero. En los primeros años, la gestión peronista alentó intensos movimientos huelguísticos que fueron protagonizados por las organizaciones sindicales, más antiguas o nuevas. Las demandas obreras iban desde aumentos salariales hasta mejoras en las condiciones de trabajo y la firma de Convenciones Colectivas de Trabajo (CCT). Como hemos visto, este proceso fue acompañado por un cambio sensible en las relaciones obrero-patronales, claramente favorable a los primeros. Una parte importante de esa política, entre 1946 y 1949, consistió en azuzar la sindicalización masiva de trabajadores, en especial de la actividad manufacturera, permitiendo la aparición de verdaderos sindicatos de masas como la Asociación Obrera Textil y la Unión Obrera Metalúrgica.

A los pocos meses del triunfo de Perón, a comienzos de 1946, la CGT interviene el gremio metalúrgico y se eligen nuevos dirigentes encabezados por Hilario Salvo. Este movimiento formaba parte del intento más general del flamante Estado de restarle todo tipo de autonomía política a los sindicatos, proceso conseguido sólo a medias.

Durante el mandato de Salvo se estableció un convenio colectivo de trabajo para la actividad metalúrgica, y se crearon las primeras seccionales fuera de la Capital Federal:

⁸ Los militares adquirieron un peso político decisivo en virtud del vacío político en las postrimerías del régimen conservador de principios de la década del '40. Juan Domingo Perón formaba parte de una camada de oficiales del ejército de mediana graduación agrupados en el GOU (Grupo de Oficiales Unidos) que conspiró para dar el golpe de 1943. Sobre el peso político de las Fuerzas Armadas en la política argentina, véase Potash (1986) y Rouquié (1986).

⁹ El año 1945 puede ser considerado un parte aguas en la relación entre el Estado y los trabajadores. Para mediados de ese año, la situación de Perón -a esa altura el hombre fuerte de la Revolución de Junio- se tornó insostenible merced a la oposición civil y la de sus propios camaradas de armas. A principios de octubre fue desplazado del poder y confinado a la isla Martín García. Las intrigas de sus partidarios dentro del gobierno, los dirigentes sindicales y la movilización de los trabajadores a la Plaza de Mayo el día 17 lo rescataron de su muerte política y transformaron esa fecha en el acto fundacional de un nuevo movimiento político, el peronismo (Luna, 1984; Torre, 2014).

Avellaneda, Quilmes y Morón (Dawyd, 2015). El próximo líder fue Abdalá Baluch quien ocupó el mayor cargo entre 1952 y 1954. Después del cimbronazo provocado por la huelga de 1954 (Fernández, 2003) la conducción quedó a cargo de Rafael Colace primero y luego de los hermanos González (“Los Gonzalitos”). A fines de 1954, fueron derrotados en el congreso que se hizo en el Luna Park por Paulino Niembro, quien cedió su cargo de Secretario de la Seccional Capital a un joven dirigente, Augusto Timoteo Vandor (Schiavi, 2008). La inestabilidad política al interior de la UOM, dato nada inusual en el movimiento obrero durante el gobierno peronista se conjugó, en sus primeros años de vida, con conflictos puntuales con el Estado y la patronal (Fernandez, 2003), aunque menos virulentos, comparados con otras ramas de la producción como los ferroviarios (Little, 1988; Doyon, 1988).

La posición de los dirigentes metalúrgicos, en el contexto del movimiento obrero, y la de la CGT durante la misma época, fue de subordinación con respecto a organizaciones con más experiencia y trayectoria, como los ferroviarios. Pese a la importancia cada vez mayor de las actividades metalúrgicas en la economía argentina, esa preponderancia no se percibió en las estructuras de poder de la central obrera. Recién en 1950, un dirigente metalúrgico, Armando Cabo, aparece en el Comité Ejecutivo de la CGT por un corto período (Doyon, 1988).

Los conflictos y los cambios internos no fueron un obstáculo para el crecimiento de la organización sindical. Fuera del área porteña, se organizaron las primeras seccionales en Córdoba y Rosario. Luego, la representación alcanzó a organizarse en ciudades del sudoeste de la Provincia de Buenos Aires, como Tres Arroyos y Bahía Blanca. En éstas últimas existía una gran cantidad de establecimientos de pequeña escala, cuyos trabajadores pasaron a estar representados por el sindicato, lo que demuestra el potencial organizativo de los metalúrgicos. Para febrero de 1947, la UOM tenía presencia en 20 localidades que elevó a 56 en sólo un año y llegó a 98 seccionales en todo el país hacia 1953 (Marcillese, 2018). Tal tarea organizativa, para ser efectuada con cierto nivel de eficiencia, comenzó a requerir de la “profesionalización” de algunos de cuadro sindicales, es decir, la percepción de algún tipo de salario a cambio de desempeñarse full time en su tarea. Tales prácticas no eran novedosas en el movimiento obrero (Del Campo, 1983), aunque la cercanía al Estado peronista les permitió a los dirigentes un campo de acción inédito hasta ese momento. Delegaciones sindicales formaron parte de organismos supranacionales, varios de los dirigentes participaron como legisladores a nivel provincial y nacional, y hasta se incorporaron al servicio exterior argentino. De todas formas, no conviene exagerar los alcances del trabajo full time, restringida a un puñado de sindicalistas de todo el movimiento, quienes dejaron sus lugares de trabajo para desempeñarse en la actividad gremial u otras tareas.

Durante la primera etapa de los gobiernos peronistas, los conflictos protagonizados por la UOM tuvieron la misma motivación que el resto del sindicalismo: la firma de convenios ventajosos. En ese sentido la UOM protagoniza un prolongado conflicto de casi cuatro meses que culmina en forma exitosa para los trabajadores, proceso similar ocurrido con varios de los grandes sindicatos industriales (Doyon, 2003). Para encontrar una escalada conflictiva de similar intensidad debemos trasladarnos a una coyuntura crítica en la vida del sindicato que fue tratado por la historiografía: las huelgas de 1954 (Doyon, 1988 y 2003; Fernandez, 2003; Schiavi, 2005). Las mismas deben ser entendidas en el contexto de la recomposición salarial en la que se embarca el movimiento obrero luego de la crisis de 1952 y el posterior congelamiento salarial de dos años dispuesto por el gobierno (Antúnez y Gerchunof, 2003). Debido al viraje decisivo en la economía, que deseaba implementar el peronismo, le impuso límites estrictos a los montos de aumentos salariales que buscan los sindicatos. Con motivo de la firma del nuevo CCT del sector metalúrgico, se inicia un conflicto de abril a junio de 1954, que se extiende por varias provincias (Fernandez, 2003). Allí se manifiesta la influencia de dirigentes comunistas y peronistas que, desde algunas comisiones internas, rechazan los montos de aumento ofrecidos por la patronal y resisten mediante huelgas. La dirigencia de la UOM, entre la presión del gobierno a favor de la firma y el rechazo de las comisiones internas, impulsa primero el conflicto pero luego se le escapa de las manos. Si bien los convenios son finalmente homologados con los aumentos previstos, el secretariado de la UOM paga los costos políticos del acuerdo y se produce su desplazamiento del sindicato.

Detrás de ese conflicto aparentemente económico, algunos autores perciben el comienzo de la disolución de la alianza social entre trabajadores y empresarios que —según ellos— encarnaría el peronismo (Fernandez, 2003). La huelga de 1954 constituiría el primer paso incipiente hacia una clase obrera políticamente independiente. Desde aquí defendemos una interpretación del conflicto, si se quiere, más tradicional (Doyon, 1988 y 2003). Si bien es cierto que fue uno de los conflictos más importantes de la década del ya más poderoso gremio industrial de la Argentina, no superó el plano estricto de las demandas salariales, como sucedió con otros similares de la época¹⁰. Si bien la conducción del gremio sufrió la pérdida de prestigio que le costó su desplazamiento, inició la huelga y la culminó con la rúbrica del convenio. En términos más generales, el movimiento obrero y los trabajadores no estaban dispuestos a renunciar a las conquistas obtenidas en los años anteriores, como quedaría demostrado en el Congreso de la Productividad pero el conflicto no involucró ningún cuestionamiento central a la conducción del

¹⁰ Si bien es cierto que, desde nuestra interpretación, el conflicto es esencialmente corporativo y no afecta la identidad política de los trabajadores, sin embargo, no negamos que se circunscriba solo a esa esfera. Como todo conflicto tiene consecuencia en la esfera política y podría marcar una cierta frialdad entre los dirigentes metalúrgicos y el Estado. Más difícil es ponderar su efecto sobre los trabajadores. Agradezco al jurado anónimo n°2 la observación sobre este punto.

Estado. Una clase obrera orgullosa y celosa de sus prerrogativas, aunque despojadas de cualquier orientación política utópica, es quizá una de las herencias más perdurables del peronismo para los años venideros.

1.1.1 Una organización pujante

Como dijimos, la Unión Obrera Metalúrgica está caracterizada en los años peronistas por una vida sindical activa, renovaciones continuas en las cúpulas y expansión organizativa que enmarcan el fortalecimiento del liderazgo de jóvenes dirigentes que no deben romper ya “costras” de sindicalistas aferrados a sus cargos para adquirir lugares de preponderancia. Sin la potencia del apoyo del Estado y la presión obrera, sin los marcos legales que permitieron el crecimiento de los sindicatos en la década peronista y sin los conflictos internos de la UOM no puede explicarse la vertiginosa carrera de Vandor y otros jóvenes dirigentes como José Ignacio Rucci (Beraza, 2007) y Lorenzo Miguel (Carpena y Jacquelin, 1994). El hecho que dos de los tres dirigentes más importantes de la historia de la UOM en la segunda mitad del siglo veinte provengan del ámbito rural no es casual: el mundo de trabajo urbano de los años cuarenta y cincuenta fue conmovido por la llegada de nuevos contingentes provenientes de las declinantes economías rurales pampeanas.

Las demandas obreras desplegadas en los años subsiguientes, cuando la experiencia estatal encabezada por Juan Domingo Perón se afirmó en el terreno institucional, fueron desde aumentos salariales hasta mejoras en las condiciones de trabajo y la firma de Convenciones Colectivas de Trabajo (en adelante CCT). Este proceso fue acompañado por un cambio sensible en las relaciones obrero-patronales, claramente favorables a los primeros (Doyon, 1988 y 2002). Como parte de esa política, entre 1946 y 1949, el gobierno alentó la sindicalización masiva de los trabajadores de la actividad manufacturera, permitiendo la aparición de verdaderos sindicatos de masas como la Asociación Obrera Textil y la UOM. La cantidad de afiliados a organizaciones sindicales nucleados en la CGT se incrementa a una velocidad con pocos antecedentes en occidente: entre 1945 y 1951 asciende de 434.814 a 2.334.000 (Belini, 2017). De acuerdo a Doyon (2002):

Tabla 2

Afiliación sindical entre 1946 y 1954 (número de afiliados)

Ramas	1946	1948	1950	1954
Industria	444.350	795.752	1.088.781	992.799
Transporte	178.109	306.977	311.623	411.531
Servicios	254.871	430.196	592.000	852.250
Total	877.330	1.532.925	1.992.404	2.256.580

Nota. Doyon (2002)

Si tomamos el incremento del número de afiliados del sector industrial y de la actividad metalúrgica en particular, el aumento fue formidable: pasaron de 21.855 trabajadores en 1945 a 118.000 en 1954 de acuerdo a datos de la autora (Doyon, 1988, p. 178).

El decreto 23.852 promulgado en octubre de 1945 sentó las bases legales del poder sindical, confirmado luego de varios años, en la ley N° 14.250 de Convenios Colectivos, promulgada en octubre de 1953 y reglamentada por el decreto N° 6582 en abril de 1954 (Cotarelo y Fernandez, 1997)¹¹. Dos características centrales para el desarrollo del sindicalismo emergen del nuevo marco legal: el monopolio de la representación gremial por rama de actividad y territorio; y la fuerte centralización de organizaciones gremiales. Dicho decreto consagra formalmente la libertad sindical, dado que, a partir de ese momento, a los trabajadores que deseaban el reconocimiento de una entidad gremial se les exigían solamente su inscripción en un registro como cualquier entidad civil. Sin embargo, el derecho a negociar los CCT era otorgado por el Estado al sindicato con más afiliados bajo la figura de la “personería gremial”. Esta notable potestad que se reservó el Estado no fue cuestionada por los dirigentes sindicales afines a Perón, dado que la confección del mencionado decreto se realizó en el contexto del conflicto con otras facciones sindicales para tomar ventajas¹². La consecuencia fue un alto grado de supervisión oficial en la vida interna de los sindicatos, definitorio de la relación entre el Estado y el movimiento obrero en los próximos años.

La centralización en la organización interna de los sindicatos fue otro de los aspectos distintivos de la nueva legislación gremial con respecto, por ejemplo, a sus pares chilenos y

¹¹ La Ley tiene por objeto regir la realización de "convenciones colectivas de trabajo" entre las "asociaciones profesionales" de obreros y patrones; las condiciones de trabajo establecidas en dichas convenciones son obligatorias para toda la rama de la actividad a la que se refiere, siendo necesaria la homologación del Ministerio de Trabajo para su puesta en práctica. Las convenciones colectivas deben fijar también la zona de aplicación y el plazo de vigencia de sus disposiciones. Por último, la ley contempla la creación, a solicitud de una de las partes, de "comisiones paritarias" formadas por representantes obreros y patronales, con el objetivo de interpretar la convención colectiva o intervenir en controversias individuales causadas por la aplicación de la misma (Cotarelo y Fernandez, 1997).

¹² En la etapa inicial de la relación entre Perón y los sindicatos, el gobierno militar impulsó la creación de organizaciones gremiales paralelas a las existentes en determinadas ramas de la actividad manufacturera donde el activismo sindical era refractario a la influencia de Perón, como en el caso de la construcción, la alimentación y los propios metalúrgicos. La situación de debilidad e inferioridad de los trabajadores aspirantes a sucederlos en la conducción sindical, hizo que debieran aceptar la tutela del Estado que se prolongaría en el tiempo (Torre, 1990).

brasileños. En Chile, sólo se permitían los sindicatos por empresa, poco frecuentes en la Argentina en este período, mientras que en Brasil se excluía la posibilidad de formar una confederación única de sindicatos o federaciones (Doyon, 2002). Aquí, las conducciones nacionales concentraban mayor poder gracias a la nueva legislación. Se encargaban de negociar los CCT y declaraban las huelgas, así como de intervenir las seccionales locales. Además, recibían directamente los aportes de los afiliados que luego distribuían entre los estamentos de las diversas secciones. El contrapeso de este proceso lo constituyen las comisiones internas de fábrica, conformadas por los delegados de fábrica, y que representan la presencia del sindicato en el lugar de trabajo. Desde 1946 fueron protagonistas fundamentales de la ola de movilización obrera que plasmaron en cada rama de la economía los beneficios consagrados por el Estado.¹³

En síntesis, la creación de un marco institucional fue el mayor aporte estatal en el plano estricto de las relaciones laborales (Doyon, 2002). Sin embargo, el crecimiento y poderío de los trabajadores industriales no puede explicarse sin el rol de los sindicatos y sus dirigentes. En el momento más dinámico de crecimiento de los sindicatos, los tres primeros años de la gestión peronista, los afiliados se incrementaron en un 190%. Esos años se correspondieron con el menor control de la vida política interna de los gremios por parte del Estado, sobre todo en el ámbito de las ramas manufactureras. Allí la capacidad organizativa de los líderes sindicales y la movilización obrera fueron los grandes responsables del incremento de la masa de trabajadores afiliados. Sin la acción mancomunada de trabajadores y dirigentes parece difícil entender este vertiginoso proceso. La Unión Obrera Metalúrgica es un ejemplo notable de su protagonismo.

Los beneficios materiales y simbólicos que, desde entonces, proveerían los sindicatos a los trabajadores, fueron completados por el Estado a través de otras medidas: “el sueldo anual complementario, la extensión de las jubilaciones y pensiones a todos los asalariados, el pago de indemnizaciones por despido y por accidentes de trabajo, la percepción de los haberes en caso de enfermedad” (p. 372). El aumento de las capacidades obreras y sindicales también fue inversamente proporcional a la presencia de la autoridad patronal en la vida interna de las empresas. En los primeros años de la gestión peronista, se erosionaron los controles de los empresarios sobre el personal: por ejemplo, se limitó la transferencia de los trabajadores por la planta que no respetara los escalafones previstos por la CCT, aunque no siempre este tipo de demandas contaban con el apoyo estatal. El nuevo marco institucional contemplaba una descripción minuciosa de los “escalafones” y sus respectivas remuneraciones, licencias con goce de sueldo por estudio, casamiento y fallecimiento de un familiar. Entre los sectores industriales

¹³ Las comisiones internas fabriles existían antes de la irrupción del peronismo, como señalan investigaciones recientes para el caso metalúrgico y textil (Schiavi y Ceruso, 2011). Agradezco al jurado anónimo n° 2 por esta aclaración. Los autores confirman tanto las dificultades de esas agrupaciones de base para defender a los trabajadores en un contexto empresarial-estatal sumamente hostil en los años '30, como el cambio sustancial (aunque no exento de problemas) en el período peronista.

proliferaron las quejas empresariales por la indisciplina de los trabajadores, el ausentismo y, sobre todo, el peso de las comisiones internas en el seno de la fábrica. Estas últimas, resultaban del voto directo de los trabajadores y funcionaban como bisagra que unificaba a éstos con los sindicatos. Los empresarios se quejaron de la capacidad de las comisiones fabriles para paralizar la producción, evitar rotaciones de personal, realizar asambleas y efectivizar tanto los movimientos de huelga como el cumplimiento de todas las normas de los convenios firmados. (James, 1990; Bitrán, 1994).

Cuando cayó el gobierno de Juan Domingo Perón, en septiembre de 1955, los trabajadores metalúrgicos contaban con una organización poderosa, sobre todo con eficacia probada en el campo de las relaciones laborales gracias a dirigentes jóvenes, pero con la suficiente experiencia para afrontar los tiempos que vendrán. Las bases estructurales y organizativas que le permitieron crecer y fortalecerse a organizaciones como la UOM permanecieron intactas, como se verá en los años venideros.

1.2 Del Ostracismo al Retorno. Los dilemas del sindicalismo en una nueva era (1955-1958).

El golpe militar de 1955 destruyó los puentes y los vínculos de dependencia política entre las organizaciones gremiales y el Estado. Este súbito cambio de escenario las obligó a levantarse y recorrer el largo y sinuoso sendero de la autonomía, desde la orfandad absoluta hasta transformarse en factor de poder a mediados de los años sesenta. Como señala Torre (2012), esa travesía fue comandada por la UOM con la conducción de Vandor.

Cuando asumió el poder la denominada “Revolución Libertadora” (1955-1958), luego del breve interregno de Eduardo Lonardi, el tándem encabezado por Pedro E. Aramburu y el Almirante Isaac Rojas formuló uno de los objetivos centrales de su gestión: disminuir la gravitación alcanzada por los trabajadores en el decenio 1943-1955. Según Torre (2004), esos objetivos consistirían en:

- a) revertir la distribución del ingreso para reconstruir los beneficios de las empresas y alentar nuevas inversiones; b) acrecentar la libre disponibilidad de la fuerza de trabajo para ponerla al servicio de la racionalización de la estructura productiva; y c) crear un orden político menos dependiente del sostén activo de los trabajadores. (p.1)

Sin embargo, llevarlos a cabo se rebelaría como una tarea complicada. Por un lado, la amplia y diversa coalición de sectores e intereses que participaron en el derrocamiento de Perón no poseían una visión única acerca de cómo construir el orden post-populista. Por otro lado, el régimen peronista impuso cambios profundos al funcionamiento institucional que lo precedió. Además, sus políticas de “democratización social” provocaron modificaciones y tensiones al funcionamiento del proceso de industrialización, a las relaciones obrero-patronales, al mundo sindical y a la cultura obrera. La profundidad y enraizamiento de esos cambios en la sociedad argentina dejarían de manifiesto su influencia en los años venideros. En el corto plazo, sin embargo, la política de las Fuerzas Armadas parecía estar destinada al éxito.

Como quienes ejecutaron esa tarea partían de la creencia que el país había atravesado una “pesadilla totalitaria”, desperonizar a la sociedad argentina formó parte de su política principal (Spinelli, 2004; Torre, 2004). El gobierno proscribió formalmente al Partido Peronista para su participación en elecciones y lo disolvió, prohibió la exhibición de símbolos partidarios, encarceló a algunos de sus principales dirigentes y condenó al exilio a su creador. Muchos de sus cuadros políticos fueron formalmente inhabilitados para ejercer cargos públicos. Desde la perspectiva restauradora, la relación entre los trabajadores y Perón se había basado exclusivamente en la demagogia. Para que éstos abandonaran el “purgatorio”, debían desembarazarse de sus antiguas lealtades. En materia sindical, la primera batería de medidas se destinó a desarmar la estructura gremial preexistente y a facilitar la disminución del poder de los trabajadores en el seno de la planta mediante tres iniciativas:

El decreto 9270 de 1956 suprimió la figura de la personería gremial por medio de la cual, las autoridades, desde la época peronista, conferían a los sindicatos el derecho monopólico a representar los trabajadores en las negociaciones colectivas por rama de actividad. Por lo cual ahora, mediante una simple inscripción, se permitiría a las organizaciones gremiales el derecho de representación. La disposición —en un solo golpe— debilitaba la injerencia estatal sobre la vida sindical y rompía el monopolio de la representación abriendo la posibilidad de múltiples y competitivas facciones que representarían a los trabajadores dentro de una misma actividad (Rotondaro, 1971; James 2003; Torre, 2004).

El decreto 2.739 autorizaba a los sectores patronales a remover los obstáculos destinados al aumento de la productividad. En buen romance significaba avanzar sobre una de las instituciones que ya en tiempos de Perón constituía una de las quejas de los empresarios: el poder de las comisiones internas incorporado en las convenciones colectivas de trabajo entre 1946 y 1948. En su artículo 8vo. “(se) autorizaba la movilidad obrera que requiriese la

reorientación de la producción, la implementación de esquemas de incentivación salarial, la facultad de las empresas a establecer acuerdos individuales de productividad con su personal” (p.4). En la justificación de la medida, a modo de legitimación, las nuevas autoridades mencionaban las conclusiones del Congreso de la Productividad de 1955, en las postrimerías del gobierno peronista. El tercer factor relevante de iniciativas de la Revolución Libertadora con respecto al mundo del trabajo fue la intervención masiva de sindicatos, de forma más o menos violenta según el caso, donde ex dirigentes socialistas y radicales (incluso algunos de mucho prestigio como Luis Gay y Cipriano Reyes) tuvieron un papel relevante en lo que tomó el cariz —en algunas organizaciones— de verdadera revancha.

Por “arriba”, además del encarcelamiento de dirigentes de primera línea, algunos de los sindicatos más importantes de la era peronista fueron asaltados y ocupados por los “Comandos Civiles”, grupos de militantes antiperonistas combinados con dirigentes sindicales de militancia radical y socialista, al mismo tiempo que se intervenía la CGT. El descabezamiento de la dirigencia sindical tradicional permitió la consolidación de una nueva (y no tan nueva) camada de dirigentes que había hecho ya un *cursus honorum* en la estructura sindical durante los años peronistas. La Revolución Libertadora colaboró con este proceso mediante el decreto 7107 de abril de 1956 que inhabilitaba para el ejercicio de la función gremial a directivos que ocuparon la primera plana del mundo gremial durante el segundo gobierno peronista. El posterior decreto 14.190 de agosto de ese año extiende, al menos desde la teoría, la inhabilitación a los dirigentes sindicales de segunda línea. Si bien la virulencia de las directivas del gobierno reflejaba el sentir de una parte de las Fuerzas Armadas y de los sectores más entusiastas entre sus apoyos civiles, la batería de disposiciones se aplicaron sólo a medias. Hacia fines de 1956 algunos gremios ya habían sido recuperados por gremialistas peronistas y no peronistas, proceso que se profundiza en 1957 con una fallida normalización sindical.

La ofensiva de la Revolución Libertadora demostró la orfandad en la que los trabajadores y dirigentes sindicales habían quedado luego de 1955. Si hasta septiembre de ese año pocas dudas quedaban sobre la incorporación política y social de la clase obrera a la vida argentina, la represión, el desalojo de centenares de dirigentes sindicales y la legislación antisindical de la Revolución Libertadora dejaron en evidencia el abismo entre el gobierno militar y el de Perón. En ese contexto, no es difícil encontrar la explicación sobre los protagonistas, el carácter y las motivaciones de los conflictos obreros y sindicales que jalónaron las relaciones entre el Estado y los trabajadores entre 1956 y 1957.

Los trabajadores, junto a los nuevos y no tan nuevos dirigentes, protagonizaron los hechos que se conocen como “La Resistencia Peronista”. La cultura fabril, forjada en los años

peronistas, presentó —ahora— obstáculos para imponer nuevos reordenamientos laborales y generó, por oposición y contraste, el fenómeno que adquirió ribetes de epopeya (Salas, 1988; James, 1990). En el plano estricto del conflicto social, los trabajadores realizaron huelgas, sabotajes, actos de terrorismo espontáneo, jornadas de trabajo a desgano, etc. Esas acciones, (espontáneas, casi anárquicas) se encontraban en sintonía (aunque en no perfecta correspondencia) con las primeras directivas que, desde el todavía inseguro exilio, el ex presidente Perón hacía llegar a sus seguidores. En esos primeros tiempos, el líder del movimiento exhibió, como el único camino posible para su retorno, la insurrección popular (Melón Pirro, 2009). Si bien es difícil de ponderar sus efectos, estas acciones movilizaron a numerosos activistas y una parte de los trabajadores de los principales centros urbanos (Salas, 1988; James, 1990; Schneider, 2006). Algunos conflictos estrictamente gremiales, como el de los metalúrgicos, que se desarrollaron durante más de cincuenta días entre noviembre y diciembre de 1956, permitieron el despliegue y el fortalecimiento de dirigentes como Vandor, que batió sus primeras lanzas como dirigente de primera línea en ese contexto adverso. A ese conflicto le siguieron otros durante ese segundo semestre de 1956, entre ellos, los protagonizados por los gremios textiles, telefónicos, gráficos y ferroviario, carne y tabaco.

Los dirigentes comenzaron a diseñar otra estrategia para ir explotando “en forma paulatina las disidencias de sus adversarios y lograr neutralizar los efectos de la fuerte polarización política que siguió al derrocamiento de Perón” (Torre, 2004, p. 2). En ese contexto de conflicto en 1956, en forma acaso contradictoria, la Revolución Libertadora comenzó las primeras normalizaciones de los sindicatos intervenidos. Los dirigentes se presentaron a elecciones y ganaron el control de un conjunto de sindicatos industriales, proceso que se profundizaría en los dos años subsiguientes.

Perón había ordenado el boicot a esas elecciones en virtud de la línea de acción emanada desde su exilio centroamericano, pero ante los hechos consumados “perdonó” la indisciplina. En contrapartida, los nuevos líderes no podían ignorar que la “identidad peronista” de muchos de ellos —reforzada en este contexto— podía ser un arma de vínculo con las bases y un mecanismo que facilitara la victoria en las lides sindicales. Por el contrario, sacarse la “camiseta peronista” podía tener consecuencias gravosas para quienes lo intentaran; prescindir de las estructuras sindicales podía ser fatal para la continuación de la carrera política del mismo Perón. Esa doble dependencia va a enmarcar la relación entre el ex presidente y los líderes sindicales por los próximos años.

En 1957 el gobierno convocó al Congreso Normalizador de la CGT. Su interventor, el Capitán de navío Alberto Patrón Laplacette, tenía intenciones claras de desperonizar el

sindicalismo argentino, pero poseía vínculos con algunos de esos jóvenes dirigentes (Donaires, 2007). Sin embargo, el resultado de esa normalización fue la formación de un sólido bloque de dirigentes mayoritariamente conformados por peronistas, las “62 organizaciones”. Allí se agruparon los principales gremios industriales como los metalúrgicos, textiles, alimentación y la industria de la carne. Pero también de energía (Luz y Fuerza, petroleros del Estado) y una parte importante de los servicios como portuarios y telefónicos. El resto de los gremios no peronistas, algunos de ellos importantes, pero en franca minoría, abandonaron el Congreso y formaron los “32 gremios democráticos”. Lo conformaban bancarios, gráficos, empleados municipales y el poderoso Sindicato de Empleados de Comercio. Una facción aún más minoritaria, integrada por gremios comunistas, formaron los “19” y luego el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS). En términos bastante fieles, la organización del movimiento obrero y sus tendencias respondían a la diversidad, la tradición y las diversas opciones políticas de los dirigentes sindicales y los trabajadores. No obstante, conviene no exagerar las diferencias político-ideológicas: en esos años se forjarán alianzas y acciones en común (además de conflictos) entre sindicatos con orientaciones opuestas.

Más allá de la diversidad organizativa, la influencia de las 62 se destacó por encima del resto. Tal como señala Daniel James (2003):

Las 62 Organizaciones representaron para los gremialistas peronistas la primera organización justicialista completamente legal desde el derrocamiento de Perón, y la utilizarían para coordinar su accionar y presionar al gobierno tanto en el campo sindical como en la esfera política más general. (p.126)

El dilema, hacia 1957, para los dirigentes y trabajadores radica ahora en que estaba cambiando el contexto, dado los espacios de legalización de la actividad sindical que el gobierno les estaba brindando. El aislamiento inicial del peronismo se estaba quebrando rápidamente. Ese año, los militares convocan a una Asamblea Constituyente destinada a derogar la constitución peronista de 1949 y restablecer el texto original de 1853. Para todos los actores políticos, tanto para el gobierno como para los diversos partidos constituiría un test, a dos años después del golpe. Los votos en blanco cercanos al 25% fueron mayoritarios (emanados de la orden de Perón a sus partidarios de boicotear la elección), superiores a los votos del resto de las fuerzas políticas. El proceso más serio de “desperonización” iniciado casi dos años antes había fracasado. A partir de ese momento y hasta 1966, la UOM y los sindicatos se fortalecieron tanto en su accionar

estrictamente corporativo como en la arena política. El fraccionamiento de los partidos políticos opositores al peronismo, la sucesión de gobiernos civiles débiles sin respaldos sociales considerables y el poder de vigilancia de las Fuerzas Armadas sobre el sistema político constituyen los principales factores que potenciaron a los dirigentes sindicales y, en especial, a Vandor.

El proceso de transición entre 1955 y 1958, si bien permitió el bautismo de fuego de algunos jóvenes militantes, fortaleció a otros de más o menos dilatada trayectoria y que poseían una cultura sindical bastante arraigada. Entre ellos, además de Vandor, los ya mencionados Paulino Niembro y Armando Cabo, Andrés Framini, Eleuterio Cardozo, Juan Rachini, José Alonso, Eustaquio Tolosa, Amado Olmos y Gerónimo Izzeta. Otros dirigentes, de diferente tradición político-sindical, fueron protagonistas de la vida sindical argentina desde los años treinta y cuarenta, pero de una relevancia decididamente menor. Luego de 1955, revalidaron su lugar Ruben Iscaro, Francisco Perez Leirós, Armando March, Rubén Maraschi y Riego Ribas (Schneider, 2006). Ahora, para algunos de ellos, se les abrirían las puertas de la política.

1.3 Entrar a la cancha. Los Sindicatos Entre Frondizi, las Fuerzas Armadas y Perón (1958-1962)

Las fuerzas políticas opositoras a Perón, plegadas desde 1955 a la ola de la Revolución Libertadora, no tardaron en dividirse internamente, principalmente debido a la “cuestión peronista”. Arturo Frondizi fraccionó al principal de esos partidos, la Unión Cívica Radical, al cortejar abiertamente a los votantes peronistas a partir de las fuertes críticas a la Revolución Libertadora y la promesa del levantamiento de las prohibiciones que pesaban sobre el peronismo. Formó la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente) que convocó sectores disconformes con los militares en el poder mientras los sectores identificados con el sector más conservador del partido se transformaron en la UCRP (Unión Cívica Radical del Pueblo) bajo la conducción de Ricardo Balbín (Szusterman, 1998).

Tanto para Frondizi como para Perón la posibilidad de un acuerdo tenía múltiples ventajas: para el abogado radical significaba ni más ni menos asegurarse un caudal de votos que lo proyectarían directamente a la presidencia; para el ex-presidente, la recuperación de su condición de actor político reconocido menos de tres años después de su defenestración pública. Si bien resultaba dudoso para ambos que la totalidad de las promesas hechas por Frondizi fuera aceptada por los militares, la parte que involucraba a los dirigentes sindicales era plausible dado que los propios militares habían dado algunos pasos en ese sentido. En efecto, el Pacto Perón-Frondizi (tal como se lo conoció) involucraba la reconstitución de la CGT y, sobre todo, la

promesa de normalización definitiva de todos los sindicatos bajo el amparo de una nueva ley de negociaciones colectivas que sería un espejo de la vigente durante el peronismo. Las ventajas para trabajadores y dirigentes eran más que evidentes dado el contraste con la legislación e intenciones puestas en práctica por la Revolución Libertadora. Sin embargo, la orden de votar por Frondizi, una vez concretado el acuerdo, fue difícil de aceptar para varios de los sectores de la “Resistencia”. Esa posición irreductible en su oposición al “sistema” que solo aceptaba la vuelta de Perón al poder, fue encabezada por militantes y activistas conocidos en el futuro como “duros” y que los encontraría, en el futuro, enfrentados a los dirigentes sindicales más encumbrados, acusándolos de “traición”.

Una vez consagrado el triunfo de Frondizi, los sindicatos culminaron su primera etapa de organización. En diciembre de 1958, la UOM Capital elige a Vandor como Secretario General, aclamado (una vez más) como había ocurrido en 1954 en el Luna Park ante miles de trabajadores (Bosoer y Senen Gonzalez, 2009). Pocos meses después se elige un nuevo Secretariado Nacional de la UOM, con Vandor a la cabeza y una fuerte presencia de seccionales del interior que, con un trípode de poder Capital-Avellaneda-Rosario, sientan las bases definitivas del poder vandorista dentro del gremio.

La política frondizista estaba asentada en dos fundamentos: un nuevo modelo de acumulación de capital, basado en la industria pesada y un proceso de “integración” de diversos sectores sociales a su proyecto, que incluía al Movimiento Obrero Argentino (Llach y Gerchunof, 2015; Rougier 2021). Uno de los instrumentos de la integración fue la ya estudiada ley 14.455 que (re)generó un movimiento gremial centralizado y bien financiado. La retórica desarrollista, basada en la centralidad de la producción industrial como forma de superar los problemas argentinos, encontraba diversos puntos de contactos con la retórica del último Perón. Pero además la filosofía frondizista le asignaba un lugar a los trabajadores en esa nueva Argentina que pregonaban sus voceros. Si bien ese lugar no era el mismo que el conquistado por los trabajadores y concedido por el Estado peronista, resultaba claro el contraste con los discursos más ásperos de buena parte del espectro de partidos y las Fuerzas Armadas (James, 2003). A estos motivos se les sumaba la extrema fragilidad política del gobierno, acicateada por los militares, en tanto autoasignados contralores del sistema político. Pero también, el proyecto de transformación del capitalismo en pos de su modernización que proponía la UCRI poseía aristas prometedoras para los trabajadores comunes, deseosos de un lugar en esa nueva sociedad. Todos estos elementos son constituyentes para explicar la lógica del pragmatismo y el éxito del “golpear para negociar” que guiaron las acciones del vandorismo en esos años, tanto para encarar las negociaciones con el Estado como con los sectores patronales.

En el largo plazo estos procesos de afirmación institucional de los sindicatos y de preferencias de los trabajadores por las políticas de integración, hacían la situación más difícil para los militantes más intransigentes. En el transcurso de los años, su arraigo en los sindicatos y en las decisiones dentro del movimiento obrero se haría decididamente más difuso. La oposición a las políticas desarrollistas, como señala James, poseía un fundamento sobre todo “moral”: la “traición” de Frondizi. (James, 1990 y 2003). Ese aspecto moral nacía de una lectura selectiva del pasado peronista, que reconocía como propia las experiencias de los primeros años, pero no de los últimos. Sin embargo, en el corto plazo, las posturas intransigentes se impusieron y los comienzos del gobierno de Frondizi coincidieron con una explosión de conflictos huelguísticos en Buenos Aires y alrededores. Como indica la Tabla 1:

Tabla 1

Cantidad de huelgas y jornadas perdidas en el ámbito de la Capital Federal (1955-1962)

Años	Cantidad de huelgas	Jornadas perdidas por huelgas
1955	21	144.120
1956	52	5.167.294,0
1957	56	3.390.509,0
1958	84	6.245.286,5
1959	45	10.078.138,5
1960	26	1.661.519,5
1961	43	1.755.170,0
1962	15	42.386
1963	20	207.216,0

Nota. Elaboración propia en base a Rotondaro (1971) y Schneider (2006)

Antes e inmediatamente después de la asunción del nuevo gobierno, conflictos puntuales se produjeron en los gremios textiles y obreros de la carne, entre otros, que fueron rubricados por un paro general convocado por un Plenario de las 62 Organizaciones contra el aumento del costo de vida. Los duros, que en 1958 y 1959 controlaban las 62, tuvieron sin embargo una actitud negociadora (Schneider, 2006). Poco tiempo después las primeras medidas del nuevo gobierno, los contratos petroleros con empresas transnacionales y la implementación de un plan de ajuste

apuntado a racionalizar el gasto merecieron respuestas más profundas por parte de los trabajadores. En señal de protesta ante lo que se consideraba un atentado a la independencia económica, el sindicato petrolero inició una medida de fuerza de alto acatamiento. En enero de 1959 el intento de privatizar el frigorífico municipal Lisandro de la Torre, en el barrio de Mataderos, desató una huelga de características semi-insurreccionales con fuerte apoyo de los vecinos del barrio y una violenta represión del gobierno (Salas, 1988; Schneider, 2006). Bancarios y empleados de seguro también protagonizaron, en la primera mitad de 1959, casi 70 días de huelga, en demandas de aumentos salariales. Trabajadores textiles, del vidrio, y del papel también llevaron a cabo medidas de fuerza. Las 62 organizaciones (que para entonces estaba conformada por gremios pequeños, aliados a la UOM) se concentraron en la solicitud al gobierno de la normalización de los gremios aún intervenidos, apalancado en los conflictos que se sucedían. Una vez obtenidos, los gremios principales se concentraron en la presión para la firma de los CCT bajo la nueva ley en julio de 1959. La UOM protagonizó una intensa actividad huelguística que paralizó la actividad de 250.000 trabajadores metalúrgicos en las principales seccionales del gremio y casi 63.000 establecimientos fabriles, donde se entremezclaron peticiones corporativas y solicitudes de mejoras concretas para los trabajadores del sector (Schneider, 2006). En la segunda mitad del año se forjaron fugaces alianzas con los gremios comunistas y, en forma conjunta a las 62, se lanzaron nuevos paros generales. La conformación de la alianza, denominada Movimiento Obrero Unificado (MOU) reunió además a gremios “independientes” pero detrás de todos ellos, surgió la figura de Vandor como su real articulador, lo cual demuestra el pragmatismo extremo de la dirigencia sindical que rompe con un histórico divorcio absoluto entre esas tendencias del movimiento obrero. El año posterior registra una disminución sensible de la conflictividad sindical. Varias causas pueden explicar tal proceso: en primer lugar, la clara recuperación de la economía que favoreció el mejoramiento de algunas de las variables que afectaban la vida de los trabajadores: disminución de la inflación, aumento de la ocupación y aumento del salario real al calor de la aplicación de las cláusulas de la CCT firmada en esos años. Paralelamente, el gobierno implementó en 1960 una serie de medidas como el Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado) que consistió en la militarización del país ante casos de extrema conflictividad, lo que seguramente atemorizó a muchos trabajadores¹⁴. El fortalecimiento del Estado convenció incluso a los militantes más osados de la inconveniencia de la estrategia más insurreccional.

Por otro lado, la estrategia integradora no sólo normalizó los gremios y las negociaciones obrero-patronales, sino que, en 1961, el presidente dio pasos certeros para la devolución de la

¹⁴ La legislación peronista de 1951 constituye el antecedente sobre el que se basó la legislación represiva implementada por Frondizi. Véase Kabat (2018)

CGT mediante la conformación de una comisión de 20 miembros formados por peronistas (la mayoría, cercanos a la conducción de Vandor) y no peronistas. Recién en ese momento, verdaderamente los sindicatos peronistas poseyeron bases firmes para negociar con los minoritarios pero influyentes sindicatos no peronistas, con el Estado y la patronal, así como para lanzarse a la arena política. El fin de la proscripción del partido peronista, que de ninguna forma sería aceptada por los militares, permitía a los dirigentes negociar con los otros actores relevantes del peronismo en posición más ventajosa. El conjunto de partidos neo peronistas, agrupaciones provinciales que pretendían heredar los votos del exiliado general, se mostraron en general más proclives a acuerdos con Vandor, la UOM y las 62 dada las posibilidades financieras y su capacidad de movilización popular (García Heras y Arias, 1993). En cambio, Perón se mostraba ambivalente ante esta cuestión. Un triunfo electoral apoyado por los sindicatos introduciría una cuña en el control de su movimiento. Un partido independiente hegemonizado por los sindicatos y un conflicto nacieron en el mismo acto.

1.4 El auge de Vandor y el Vandorismo (1962-1966). Un efímero Partido Obrero en Argentina

Un virtual conflicto entre Perón y Vandor se hizo ostensible con motivo de las elecciones de principios de 1962. El gobierno de Frondizi, seguro del triunfo de la UCRI, había decidido permitir la participación de listas peronistas y neo peronistas. El vandorismo desplegó todos sus recursos, mediante su flamante maquinaria política, la Unión Popular, y una alianza con partidos neo-peronistas del interior. La posibilidad de un triunfo de las listas vandoristas no ponía sólo en aprietos al Presidente, sino también a Perón que podría comenzar un camino sin regreso hacia su conversión en una figura de carácter sobre todo simbólica (Mcguire, 1993). Si bien Perón impuso la candidatura a gobernador de la Provincia de Buenos Aires del entonces secretario general del gremio textil Andrés Framini (quien se convirtió en el contrapeso sindical más efectivo de Vandor en esos años¹⁵), las 62 organizaciones controlaron la casi totalidad de la selección de candidatos. En la Capital Federal los lugares más expectantes correspondieron a los candidatos de las 62 y, en especial, de la UOM quien además financió buena parte de la campaña. La UP y sus aliados ganaron las elecciones con un 32% del voto nacional contra el 25% de la UCRI y el 20% de la UCRP. El éxito más resonante, aunque lejano a los guarismos con el peronismo en el poder, fue el triunfo del dirigente textil. La primera consecuencia fue la caída de Frondizi por un golpe militar y su reemplazo por José María Guido, el presidente provisional del Senado. Casi inmediatamente, se desató un conflicto al interior de las Fuerzas

¹⁵ Como señalaba el dirigente textil su propio papel en esos años: “(...) Yo representaba esa especie de anticuerpo que creaba Perón cuando quería impedir que alguno volara demasiado alto: era el anticuerpo del vandorismo. Representaba masa, representaba trabajadores, porque yo era bastante apoyado por la gente de trabajo, pero no le podía ofrecer nada a Perón, porque la masa él ya la tenía. Lo que debía cuidar Perón [era] el nivel de los dirigentes, sobre todo de dirigentes sindicales y de los gremios principales, que estaban con Vandor. Tenía que evitar que se le escaparan” (Callelo y Parceró, 1984, pp. 53-54).

Armadas que dejó en evidencia el grado de fragmentación del espacio político: “azules versus colorados”¹⁶.

Luego del triunfo sindical, tomó forma el intento de independencia política de los sindicatos vandoristas y la competencia por el liderazgo peronista entre Vandor y Perón se hizo más explícita. El año posterior proliferó la formación de partidos políticos neo peronistas en el interior del país. Sumados al despliegue de alianzas llevadas a cabo por el propio Vandor y los recursos provenientes de los sindicatos, tomó forma el Frente Nacional y Popular con vistas a las elecciones presidenciales de julio de 1963. En principio esta alianza contó con el beneplácito del sector “azul” o “legalista” del ejército dado que facilitaba la participación de partidarios peronistas pero sin Perón, en un intento de dotar de legitimidad al sistema político (Cavarozzi, 1984). El ex presidente exiliado “pateó” el endeble tablero político: impuso como candidato a encabezar ese Frente a un líder político de segunda línea, Vicente Solano Lima. A pocas semanas de las elecciones Solano Lima declaró que una de sus medidas sería propiciar el retorno de Perón. Como era lógico de esperar, su candidatura fue vetada por los militares pocas semanas antes de las elecciones. Dadas las condiciones de funcionamiento del sistema político, no es ilógico pensar que la candidatura de Solano Lima se tratara de una estrategia de Perón para impedir el nuevo despliegue de fuerzas del sindicalismo vandorista. Con la mayoría nuevamente proscripta, Arturo H. Illia, de la UCRP, ganó la presidencia con un 25%, mientras que los votos en blanco sumaron un 19%.

Durante los años de la presidencia de Illia (1963-1966) se fortalecieron aún más los intentos de los partidos neo peronistas y del vandorismo de construir una fuerza política autónoma bajo la tutela de éste último. Lejos de ser una excepción, el proyecto de Vandor hunde sus raíces en la historia del sindicalismo argentino y posee antecedentes en otros países (Torre, 2012)¹⁷.

El semanario político más importante de la Argentina de entonces, *Primera Plana*, señalaba con claridad el proceso que se estaba viviendo:

Augusto Vandor consiguió lo que parecía imposible: crear un verdadero partido obrero, de ideología no clasista, respetuoso de la legalidad, y situarse en una

¹⁶ Entre el año 1962 y 1963 las agudas disputas políticas por la “cuestión peronista” y el involucramiento de las Fuerzas Armadas en el sistema político culminaron por afectar la coherencia interna de ese aparato estatal, hasta llegar al enfrentamiento armado. Ese conflicto, que afectó principalmente al ejército, dividió a los militares en “azules” (inicialmente “dialoguista” y propenso a algún tipo de incorporación del peronismo al sistema político democrático) y “colorados” (más reacios a la incorporación de los peronistas al sistema). Para una descripción de los conflictos al interior de las FFAA, véase Mazzei (2012).

¹⁷ Durante los años treinta la facción sindicalista del movimiento obrero, si bien minoritaria, se negó sistemáticamente (con suerte diversa) a transformarse en el furgón de cola de los partidos políticos y aspiró a la conformación de un espacio de independencia. Esa idea persistió encarnada en algunos de los dirigentes de la vieja guardia sindical que apoyó a Perón en los momentos iniciales de su liderazgo y que luego tomaron una distancia crítica, cuando el flamante Estado peronista se mostró más reticente a tolerar proyectos de independencia sindical. La disolución del Partido Laborista y el desplazamiento del dirigente telefónico Luis Gay de la CGT son dos de los ejemplos más notorios. (Mackinnon, 2002; Torre, 1988 y 1990). Investigaciones más recientes ponen el foco en la persistencia de la activa vida interna sindical durante la década peronista más allá de los deseos del Estado, como hemos dado cuenta en este capítulo. La desconfianza de los dirigentes sindicales hacia “los políticos”, en tanto actores de arenas diferentes, fueron constantes tal como relatan algunos de nuestros entrevistados.

posición inquebrantable para el día en que Perón, de grado o no, ceda la dirección del justicialismo. Al revés de lo que ocurrió cuando Framini estaba en la primera línea, las ramas política y femenina- “ablandadas” por Vandor parecen aceptar sin reservas la hegemonía sindical en la composición de las listas. (Citado por McGuire, 2009, p.195)

En el plano estrictamente gremial se realizó una nueva convocatoria para culminar la normalización de la CGT, iniciada dos años antes por la Comisión de los 20. En el Congreso Normalizador de la CGT, se plasmó la clara hegemonía de la UOM y las 62 organizaciones. Como señalan los siguientes datos:

Tabla 2:

Relación de fuerzas en el Congreso Normalizador de la CGT (28/1/1963 al 1/2/1963)

	Delegados al Congreso	Delegados al Comité Central Confederal
“62 organizaciones”	527	319
“Independientes”	110	153
M.U. C.S.	223	15
Indefinidos	197	18
Sindicatos menores	134	-
Total de delegados	905	505

Nota. Bisio y Cordone (1989) en base a *Primera Plana*, 22 de enero de 1963, N°11, p.10

Hacia 1963, con la conducción de Vandor, las 62 ya controlaban todos los sindicatos industriales y la casi totalidad de los comités regionales de la CGT. La mayoría de los grandes gremios de “trabajadores de cuello blanco”, como comercio y municipales, enrolados poco tiempo antes en los “32 Gremios Democráticos”, se definían ahora como “independientes” e intentarían una política de *modus vivendi* con el nuevo líder. Si bien conservaban una cuota de

poder importante en la central reconstituida, Vandor impuso sus propios candidatos en la secretaría general y en los puestos claves. El cargo de Secretario General de la CGT recayó en José Alonso, el líder de los trabajadores del vestido. Según datos de la propia CGT, los afiliados de gremios con representación en la central eran 2.567.000 trabajadores (James, 2003).

En los dos años posteriores, la central obrera desplegó una serie de iniciativas tendientes a participar en los grandes debates nacionales con las fuerzas políticas y sociales de la Argentina. Organizó conferencias y debates, además de presentar estudios estadísticos acerca de las condiciones sociales y económicas de la Argentina. En los documentos —profusamente publicados— formulaba un análisis crítico de las estructuras económicas existentes y dudaba de la eficacia de la democracia liberal. El más conocido de los documentos de esa época, denominado “Hacia el cambio de estructuras”, sostiene la exigencia de solicitar la necesidad de institucionalizar el lugar de la clase obrera en la vida nacional:

La CGT sostiene la necesidad de exigir un organismo específico con participación sindical y poder de decisión al más alto nivel del Estado. Para lograr el esfuerzo concertado de la comunidad en las relaciones económico-sociales, ésta sería una de las formas de participación posibles. (CGT de la República Argentina, 1965)

Con la recuperada CGT, la conducción sindical peronista volvió a la ofensiva, en busca de recomponer salarios y condiciones de vida fruto de la crisis económica del año 1962. Como respuesta al plan de estabilización de Guido, dio a conocer el “Plan de Lucha” que excede, sin embargo, las medidas de reivindicación salarial. Allí se ponen de manifiesto no sólo la actualización de salarios sino un plan de desarrollo económico de contenido nacionalista y reformista acorde con las aspiraciones y reivindicaciones de la mayoría de los trabajadores argentinos. Los trabajadores debían, según el documento, participar en la gestión del Estado y de la conducción de las empresas. Esta verdadera declaración de principios, trascendía el ámbito económico: incluía también el reclamo por la plena vigencia del estado de derecho. Ante la falta de respuestas estatales, en abril de 1963, la central obrera lanza una serie de acciones coordinadas a nivel nacional consistente en marchas de protesta, asambleas y un paro general de alto acatamiento (Bisio y Cordone, 1989). El éxito de las medidas alienta a la CGT a una Segunda Etapa que fue suspendida debido a la inminencia de las elecciones.

1.4.1 El Plan de Lucha de la CGT de 1964

Durante los meses de mayo y junio de 1964, asumido el gobierno de Illia, la CGT impulsó la ocupación fugaz de establecimientos del sector manufacturero, conocido como la “2da etapa del Plan de Lucha”. El resultado fue la participación de casi 4 millones de trabajadores en todo el país con 11.000 mil establecimientos ocupados, principalmente en Capital y los principales distritos de la Provincia de Buenos Aires, además de acciones similares en 8 provincias más según el Boletín informativo Semanal de la CGT (1964, p.15).¹⁸

Una parte de la historiografía que analiza el fenómeno encuentra, en el Plan de Lucha instrumentado por la CGT, un ejemplo de independencia obrera y potencialmente anticapitalista. El hecho más resonante y perdurable de esos meses fue la ocupación de fábricas fenómeno que, de acuerdo a estas interpretaciones, pone en cuestión uno de los principios centrales de una sociedad capitalista, la propiedad privada de los medios de producción (Cotarelo y Fernandez, 1997; Fernandez, 2003; Schneider, 2006). Para estos autores, los eventos de 1964 tuvieron un precedente diez años antes durante la huelga metalúrgica en el segundo gobierno peronista y, a su vez, están conectados con el proceso de movilización y radicalización creciente a fines de la década¹⁹.

Desde la perspectiva defendida aquí, el mencionado conflicto tiene un significado parcialmente diferente: demuestra el poderío de un gremio organizado, con comisiones internas que responden fielmente, y en forma monolítica, a lo que determina la conducción. El principio de las tomas y el fin de las mismas fueron ordenadas por la CGT. Las ocupaciones de establecimientos no constituyeron un novedoso método de lucha ni un avance en la “conciencia” de los trabajadores (al menos no como los entienden los mencionados investigadores) sino una serie de tácticas de presión, agitación y demostración de poder sindical (Bisio y Cordone, 1989). El impulso provino, en forma casi exclusiva, del liderazgo sindical, que lo ejecutó como *una pieza de relojería*. Sus dirigentes lo planificaron mediante una eficaz y minuciosa logística, similar a un operativo militar donde las comisiones internas fabriles se encargaban de instrumentarlos. Por añadidura, el control organizacional evitaba cualquier eventual desborde:

Siguiendo instrucciones impartidas por la CGT (secretas y transmitidas “de hombre a hombre”) los delegados sindicales se apersonaban, una vez que el

¹⁸ Cabe señalar que el Ministerio del Interior señaló que el número de ocupaciones era sensiblemente menor. En ese sentido el diario La Prensa afirma que el total de establecimientos ocupados alcanzó a 2361 (Bisio y Cordone, 1989, pp 30 y 31)

¹⁹ Cabe aclarar que los trabajos aquí citados realizaron aportes centrales para el conocimiento de los trabajadores y sus conflictos en los años cincuenta, sesenta y setenta. Las diferencias con esta Tesis se encuentran en un plano estrictamente teórico: los trabajadores no son portadores potenciales ni efectivos de ningún mandato histórico a cumplir. Por lo cual sus acciones no son inscriptas en ninguna “estela” de avance/ retroceso, o de ruptura/ continuidad con respecto a otras clases y al Estado. Agradezco los comentarios sobre este punto del jurado anónimo n°2.

personal había ocupado sus puestos de labor, a las autoridades del establecimiento para dar un preaviso de la medida. Posteriormente, se procedía al “operativo ocupación”, basado en el cierre de las puertas de la fábrica y ubicación de piquetes de guardia; mientras tanto, a los jefes y capataces se los tomaba de rehenes, permitiéndoseles solamente el desplazamiento por el interior de la fábrica para resguardar el orden y la seguridad.

A los directores y propietarios, al igual que a los empleados administrativos, si los había, se les ordenaba permanecer bajo vigilancia dentro de un perímetro de ocupación. Todo este procedimiento se llevaba a cabo, en la generalidad de los casos, en forma pacífica; y luego, al presentarse la autoridad judicial, se acataba la orden de desalojo o se reanudaban las tareas. Durante el transcurso del operativo, se desplegaban en el exterior del establecimiento, banderas y carteles con inscripciones alusivas a las reivindicaciones y al Plan de Lucha de la CGT. (p. 24)

La centralidad de la UOM (secundados por el gremio textil) en el plan fue notoria. Como demuestran los siguientes datos referidos al mes de mayo:

Tabla 3

Participación de los principales sindicatos, establecimientos ocupados y personal participante en la 2da fase del Plan de Lucha de la CGT (mayo de 1964)

Ramos	Establecimientos	Personal
Metalúrgicos	153	65.000
Textiles	96	17.800
Construcción	70	15.000
Carne	10	8.000
Madereros	36	13.000
Caucho	17	9.000
Luz y Fuerza	10	4.000
Químicos	37	2.500
Aceiteros	9	1.300
Automotor	4	2.500
Fideeros	4	2.000
Calzado	15	3.000
Astilleros	10	1.500
Papeleros	17	4.600
Petroleros	2	1.000
Totales: 15	490	150.200

Nota. Bisio y Cordone (1989) en base a Clarín, 22 de mayo de 1964

Las tomas tuvieron un carácter predominantemente metropolitano y manufacturero, ámbitos donde el peronismo sindical era abrumadoramente mayoritario.²⁰ Si tomamos en particular las ramas metalúrgicas que protagonizaron la toma, en ellas convivían establecimientos de alta, mediana y baja tecnología y de diferentes tamaños (desde SOMISA en San Nicolás a pequeños talleres de la zona norte de Buenos Aires). La disciplina observada en ámbitos tan diversos (por ejemplo, para determinar cuando empezar y cuando terminar la toma) demuestra la amplitud de la representatividad del gremio y la “elasticidad” para desplegar sus prácticas sindicales en ámbitos tan diferentes. Un dirigente comunista, de escasa simpatía por el peronismo y el vandomismo, ratifica el carácter planificado y controlado del Plan:

La CGT resolvía que establecimientos debían ser ocupados y lo comunicaba a las comisiones internas en sobres cerrados, como “órdenes totalmente reservadas” a la manera de una logia masónica. Los trabajadores se enteraban a

²⁰ También, la tabla nos habla de lo que allí no aparece. Una notable ausencia en la gestión y participación del Plan de Lucha lo constituye el poderoso Sindicato de Empleados de Comercio, no enrolado entre los gremios vandomistas sino entre los independientes y cuya conducción simpatizaba con los radicales. Al margen de su posicionamiento político fuera y dentro del movimiento obrero, las características de la actividad y la composición social de sus trabajadores-cercanos o miembros de la clase media- los hace poco proclives a este tipo de acciones.

último momento y debían cumplir las órdenes sin haber preparado de antemano acciones efectivas de lucha. (Iscaro, 1970, p. 370)

Las ocupaciones se realizaron en forma relativamente pacífica, según reza un periódico de circulación masiva y de ninguna forma pro-vandorista:

No hubo clima de agresividad contra los empresarios y los empleados jerárquicos; por el contrario, en la mayoría de los casos abundaron las explicaciones recíprocas y la seguridad por parte de los trabajadores que la ocupación estaba dirigida contra las autoridades. (Citado por Bisio y Cordone, 1989, p 24)

Los objetivos del Plan de Lucha, si bien se expresaban en el plano de las demandas económicas tenía propósitos esencialmente políticos y apuntaba en varias direcciones. En primer lugar, hacia un gobierno de escasas simpatías por el movimiento obrero y su estructura. El carácter hostil del gobierno radical a la estructura sindical se desplegó en los años de Illia desde diferentes frentes: uno de ellos fue el decreto 969. Según Juan Carlos Torre (2004):

La propuesta de la administración del partido radical comportaba un ataque en gran escala contra las posiciones de poder de los líderes sindicales: imponía garantías más estrictas a la vigencia de la democracia interna de los sindicatos, limitaba el manejo discrecional de fondos por los grandes sindicatos nacionales disponiendo que las cuotas de los afiliados, en lugar de ir a las sedes centrales, se depositaran directamente en las sedes locales; restringía, en fin, la posibilidad de aplicar esos fondos para fines abiertamente políticos. (p.17)

Pero, a la vez, además de enfrentar al gobierno radical, Vandor deseaba hacer saber a los militares y a los empresarios que los trabajadores podían discutir no sólo las condiciones corporativas del mundo del trabajo, sino que debían ser tomados en serio en las decisiones que afectaran el futuro de la Argentina. Por último, era un mensaje hacia el propio Perón: el sindicalismo comenzaba a ser visto como un movimiento que era capaz de plantearse sus propias metas independientes de cualquier tutela exterior (Mcguire, 1993; Torre, 2004).

Ese mismo año, las fuerzas sindicales capitaneadas por Vandor coordinan con Perón su retorno a la Argentina desde el exilio madrileño, lo que se denominó el “Operativo Retorno”²¹. Cuando el avión que conducía a Perón hizo escala en Río de Janeiro, las autoridades brasileñas, en combinación con sus pares argentinos, lo obligaron a retornar a España. Al margen de las motivaciones de cada uno de los participantes, quedó claro que no se le permitiría al ex presidente su participación abierta en el sistema político, lo que, objetivamente, beneficiaría la viabilidad de un proyecto obrero y vandorista. En febrero de 1965 la justicia electoral prohibió la participación del Partido Justicialista para las elecciones de medio término del mes siguiente, lo que motorizó la participación de la vandorista Unión Popular. Un mes después la UP, con mayoría de candidatos cercanos al caudillo metalúrgico y el resignado apoyo de Perón, obtuvo el 31% del voto nacional contra el 30% del gobierno. Rápidamente, Vandor se dispuso a organizar ese espacio político en forma simbólicamente diferente al Partido Justicialista²². El Congreso partidario de 1965 en la ciudad de Avellaneda, con representantes de las 62, el PJ y los partidos neoperonistas ratificó la declaración de principios de independencia política conocida como la *Proclama de Avellaneda*. Luego de denunciar a algunos allegados a Perón por tratativas con el gobierno de Illia, reafirmó los lineamientos de su construcción política. Propuso la inmediata institucionalización del movimiento peronista mediante la construcción de un partido político organizado “de abajo hacia arriba en un limpio proceso democrático interno”. Además, le realizó una oblicua crítica a la tercera esposa de Perón, Isabel Martínez, quien se encontraba en la Argentina enviada para frenar las ambiciones sindicales. El documento subraya la “devoción” por “la figura insustituible de Eva Perón” (Mcguire, 1993, p. 203)²³.

Hacia fines de 1965 Vandor poseía el control total de las 62 organizaciones, en la cual se garantizó la secretaría general y el dominio de la CGT. La mayoría de los legisladores peronistas se encontraban bajo su égida y la UOM constituía su principal base de sustentación. Sin embargo, Perón procuró alimentar todas las oposiciones posibles a la consolidación del nuevo proyecto que lo transformara en una figura simbólica. Por un lado, conservó a Framini como su vocero más importante dentro del movimiento obrero y alentó a Amado Olmos, del Sindicato de Sanidad, como la oposición “por izquierda” de Vandor. José Alonso, entronizado por Vandor en la CGT en 1963, también tomó distancia. La rebelión se cristalizó con una solicitada en los principales periódicos el 18 de enero de 1966 con el título “De pie junto a Perón” donde los mencionados dirigentes (entre los firmantes principales) declamaron lealtad absoluta al líder

²¹ Para detalles del fallido operativo, véase Hendler (2014).

²² Vandor propuso la eliminación del sistema de tercios, compuesto por las ramas masculina, femenina y gremial, estructura que permitía mediante la habilidad de Perón mantener su poder sobre los diferentes actores del peronismo. En su lugar, promovía la elección democrática de candidatos, como una forma diametralmente opuesta de construcción de poder del líder exiliado (Mcguire, 1993).

²³ Apelar a la figura de Eva Perón, en tanto interpreta el costado supuestamente rebelde del peronismo, le permite a Vandor tomar distancia del propio Perón. Paradójicamente, es una estrategia utilizada por los adversarios políticos del sindicalismo a principios de la década del setenta.

exiliado y descalificaron al Lobo. Acto seguido formaron una nueva 62 organizaciones con el mismo nombre de la solicitada y, en el resto de las instituciones, ocurrió el mismo proceso.

Las elecciones provinciales de 1966 representarían otro episodio del enfrentamiento Perón-Vandor. En Jujuy, el “Lobo” apoyó al neo-peronista José Humberto Martiarena quien triunfó sobre el candidato apoyado por Perón, José Nasif. Si bien resultó vencedor el candidato del “Lobo”, quedó palpable el límite del poder sindical metalúrgico: en otra geografía muy distinta a la de Buenos Aires no contó con candidatos propios. Tres meses después, con motivo de las elecciones a gobernador en Mendoza, Vandor y Perón protagonizaron otro enfrentamiento decisivo. El favorito de la elección, finalmente triunfante, fue Emilio Jofré del Partido Demócrata. La clave la constituía quien obtendría el segundo puesto, Alberto Serú García (del Movimiento Popular Mendocino, otra de las tantas agrupaciones neo peronistas) apoyado por Vandor o Ernesto Corvalán Nanclares del Partido Justicialista sostenido por el líder exiliado. El segundo puesto del candidato de Perón —sorpresivo dada las expectativas iniciales— constituyó un golpe decisivo para las aspiraciones políticas de independencia política de Vandor y de la clase obrera de Buenos Aires.

Las dos elecciones (Mendoza y Jujuy), en la que perdió y ganó el vandorismo dejaron una enseñanza: las dificultades para ampliar su dominio en la arena política más allá de Buenos Aires y alrededores²⁴. En ambos, debió recurrir a candidatos no-obreros, vinculados con la dirigencia más tradicional. La derrota en la provincia cuyana significó la diáspora de una parte de la dirigencia de la UP y de las 62 que se alinearon nuevamente con el líder exiliado. Era el fin del “peronismo sin Perón” pero también aceleró los planes de un nuevo golpe militar que introduciría modificaciones sensibles al juego político de la Argentina de los sesenta. En contraste a los vaivenes de la política, la UOM demostró todo su poderío en el plano corporativo.

1.5 Las Bases Estructurales del Poder Sindical

Durante el gobierno de Arturo Frondizi se sentaron las bases estructurales del poder institucional de los sindicatos, mediante la Ley de Asociaciones Profesionales N° 14250 (James, 1990). En esencia la ley restablecía el sistema creado por el gobierno de Perón de sindicato único por rama de producción, lo cual eliminaba la posibilidad de organizaciones rivales. A la hora de discutir los Convenios Colectivos de Trabajo, un sindicato representaría a la totalidad de los trabajadores. La ley diferenciaba tres niveles de organización: sindicatos de primer grado, que en Capital y las provincias organizaban a los mismos trabajadores de una misma rama; sindicatos de segundo grado y federaciones que agrupaban a sindicatos de primer grado pertenecientes a

²⁴ Pese a que la historiografía en general menciona como relevante sólo la segunda.

diversas provincias. Por último, un tercer nivel de organización correspondiente a la confederación que nucleaba a las federaciones, sindicatos no federados y uniones. Los sindicatos más grandes, como los metalúrgicos, poseían una estructura sindical de primer grado que le permitía ejercer un firme (aunque no absoluto) control sobre las actividades de las diversas secciones y las comisiones internas fabriles. Este tipo de organización garantizaba —asimismo— recursos económicos fluidos a los sindicatos como la cuota sindical, consistente en el descuento mensual de los afiliados en un 1%, o bien, de una suma fija mensual que oscilaba entre 50 y 100 pesos. Los empleadores, por su lado, debían aportar la cuota asistencial destinada al sostenimiento de las prestaciones de salud que realizaban las organizaciones sindicales. Ambos se presentan bajo la forma de “retenciones” en el Censo Nacional de Asociaciones Profesionales (CNAP) de 1965. Además, se determinó la existencia de cuotas extraordinarias negociadas en los convenios, que por lo común constituían un porcentaje del primer salario quincenal pagado al comienzo de un nuevo contrato (James, 2003).

El análisis de los CCT de la actividad metalúrgica de 1960, 1961 y 1966 nos darán las pautas de las bases del poder material del vandomismo, así como el CNAP de 1965 nos brindará una idea aproximada de los ingresos y el patrimonio aproximado de las organizaciones gremiales durante los años sesenta y, en particular, del metalúrgico.

1.5.1 Los CCT Metalúrgicos de 1960, 1961 y 1966

Los intentos empresariales de alterar las relaciones laborales heredadas del peronismo se plasmaron en la firma de los CCT. Pero también los metalúrgicos intentaron defender sus condiciones de trabajo y conquistas sociales mediante numerosos conflictos, muchos de ellos coincidentes con las paritarias (o para forzar su convocatoria). Es decir que los CCT se convirtieron en un campo de disputa más allá de la retórica de la armonía de clases.

En la propuesta desarrollista, el pasaje de la primera etapa de la ISI a la segunda incluía —implícitamente— una revisión de las relaciones laborales heredadas del primer peronismo. Las cuestiones más importantes para los empresarios se relacionaban con el intento de incrementar los ritmos de producción y una mayor racionalización de tareas con la eliminación de “tiempos muertos”. Las empresas deseaban avanzar en la recategorización de los trabajadores (es decir, la posibilidad de ser reubicados de acuerdo a las necesidades de la empresa) y la revisión de las diferentes secciones fabriles de acuerdo a la evolución del sector. Algunas de las trabas que afectaban la productividad de las empresas, según los sectores patronales, requerían de la limitación del poder de las comisiones internas en el ámbito fabril, como ya lo habían puesto de manifiesto en las postrimerías del régimen peronista. Producto de esa oleada transformadora, se

incorporaron en algunos segmentos de la industria manufacturera nuevos métodos de organización fabril como el control de los tiempos de ejecución de las tareas de los operarios, acorde con los principios del modelo fordista-taylorista que ya había sido aplicado en la industria de la carne en los primeros años del siglo XX. También había constituido un tema recurrente de los empresarios, como en el Congreso de la Productividad de 1955 (James, 1981; Lobato, 1988; Bitrán, 1994; Schneider, 2006). De alguna forma, los sectores empresariales intentarían volcar en los CCT esos impulsos de reforma, como el aumento de la productividad por hombre ocupado y limitación de los poderes obreros dentro de la planta.

En consonancia con la oleada modernizadora Galileo Punte, subsecretario de Trabajo de Arturo Frondizi señalaba:

Cuando me hice cargo de los problemas de las relaciones laborales me encontré con anarquía, abusos y todo tipo de atropellos por parte de los obreros. Los empresarios habían perdido el control de sus fábricas; las comisiones internas manejaban todo. Aquellos que debían obedecer, en realidad estaban dando las órdenes (...) los empresarios deben por lo tanto retomar el control de la fábrica. (James, 1981, p. 344)

En las industrias de crecimiento vegetativo propias de la primera etapa de la ISI, como la industria textil y la alimentación, la introducción de pautas modernizadoras fue exitosa. En el caso de los metalúrgicos la eficacia de los dirigentes metalúrgicos colocó un freno a las expectativas empresariales.

En lo referido a las comisiones internas, su funcionamiento quedó plenamente plasmado y legalizado superando las ambigüedades de la Ley de Asociaciones profesionales de la etapa peronista. Como señalan sus artículos Art 35 y 36:

Art 35) Los empleadores concederán permiso con goce de sueldo a los miembros de comisiones internas que deban realizar gestiones gremiales

Art 36) Los empleadores reconocerán a los delegados designados (...) no podrá aplicar sanciones a los mismos sin causa debidamente justificada y sin previa comunicación a la organización sindical

Otros artículos establecen límites al trabajo incentivado:

Art 51) En los casos que sea necesario realizar tareas en horas extras o suplementarias a los efectos de la correspondiente autorización deberá requerirse la previa conformidad de la organización obrera (...)

El respeto a los escalafones se mantiene, en su espíritu, similares al período precedente:

Art 13) En todas las ramas de la industria metalúrgica se establece para todo obrero que sea destinado a tareas de categorías superiores y que ejecuten dichas tareas, el derecho a percibir la diferencia de su salario con el de las tareas superiores para que fuera designado

Art 56) Ningún empleado podrá ser destinado a realizar trabajos que le signifiquen menoscabo moral. Los empleados que circunstancialmente tengan que realizar tareas inherentes a una categoría inferior a la que revistan, no podrán sufrir modificaciones en su categoría (...)

El artículo 83 si bien introduce de manera ambigua la posibilidad de “revisión” de obstáculos a una mayor productividad (lo cual parece impuesto por el sector patronal), en su encabezado excluye la posibilidad de asentar como precedentes los incentivos en la CCT:

Art 83) Los sistemas de premios o cualquier otra forma no constituyen materia propia de la convención colectiva. Sin perjuicio de ello dejase aclarado, en forma expresa, que la Unión Obrera Metalúrgica de la República Argentina y/o sus delegados en los distintos establecimientos no podrán oponerse a la revisión de los sistemas vigentes cuando la incidencia que en ellos puedan ejercer los salarios, los métodos de trabajo, la renovación o modernización de las maquinarias y/o cambios técnicos como así también la variación en la calidad de la materia prima, los haga antieconómicos o desnaturalice el superior propósito de incentivar razonablemente la producción que debe presidirlos. (Citado en Schneider, 2006, pp 39 y 40)²⁵

²⁵ Aquí coincidimos con la opinión del autor. Para una opinión adversa, es decir, la firma de convenios como el resultado de un clima de derrota de los trabajadores, véase James (1990). En lo referido a la política de incentivos en el artículo 83, para el historiador británico es un ejemplo de la concesión del sindicato que favorecía la discrecionalidad patronal. Esta tendría “[...] la facultad de fijar de modo unilateral la tarifa del trabajo” (pp. 193-194). La interpretación que se defiende aquí es la opuesta: al no quedar plasmado en el convenio, como lo dice explícitamente

El Convenio firmado un año después, además de ratificar en lo sustancial lo acordado en el anterior de 1960 introduce algunas cuestiones puntuales que limitan aún más las prerrogativas y potenciales arbitrariedades de los empresarios: “Artículo 65) Ningún superior podrá reconvertir disciplinariamente en voz alta a sus subalternos delante de una tercera persona de igual o inferior jerarquía o extraña al establecimiento”.

En el artículo 82 de la CCT de 1961 se explicitan las funciones del delegado como nunca antes en un convenio metalúrgico, que abarcan la casi totalidad de los aspectos que pudieran afectar al personal:

E) La Comisión interna (...) tomará intervención en todos los problemas laborales que afecten total o parcialmente al personal, para ser planteado en forma directa ante el empleador o la persona que este designe. En las reclamaciones de tipo individual o peticiones particulares relativas a: a) enfermedades; b) accidente; c) vacaciones; d) licencia y permisos; e) préstamos y adelantos; f) toda clase de salarios, remuneraciones, compensaciones y asignaciones del convenio o legislación vigente (...)

Los últimos dos artículos establecen el flujo de fondos que garantizará el fortalecimiento patrimonial de la UOM: los aportes patronales y de los trabajadores destinadas a las “funciones amplias” del sindicalismo (sobre todo servicios de salud y turismo) y al sostenimiento de la actividad gremial.

Artículo 91) A contar de la fecha de vigencia del presente convenio, las empresas abonarán mensualmente a la Unión Obrera Metalúrgica de la República Argentina el ½ % sobre los jornales reales que perciban sus obreros y empleados durante el mes. El monto de lo recaudado se destinará exclusivamente al mejoramiento y ampliación de los servicios sociales, asistenciales y médicos, y serán depositados en una cuenta especial que estará abierta para tales efectos.

Artículo 92) Se deja establecido que las empresas metalúrgicas serán agentes de retención descontando a todos los obreros y empleados, el importe del 1 ½% sobre

en el primer párrafo de dicho artículo, queda sujeto a la negociación o la relación de fuerzas entre ambos. Schneider —que no posee simpatía alguna por Vandor y el vandorismo— sostiene algo similar a la idea defendida aquí: la dirigencia y la clase obrera le ponen un freno concreto a los deseos del gobierno y el sector patronal.

sus remuneraciones, importe que será depositado en la cuenta especial de la U.

Obrera Metalúrgica (...). (pp. 27-119)

Los resultados de la aplicación de los CCT pueden observarse en el CNAP de 1965, que constituye también la principal fuente documental para establecer el estado patrimonial de los sindicatos en Argentina.

El total de los aportes asistenciales y sindicales correspondientes a la industria manufacturera ascienden a \$601.938 millones de pesos moneda nacional de los cuales 247.212 millones de la misma denominación responden a los ingresos propios de la UOM para 1965 (Cuadro nº18, p. 26). Para 1964 el valor total del patrimonio de los sindicatos perteneciente a la industria manufacturera es de \$ 815.796 millones.

En cuanto a la cantidad de cotizantes, es decir los trabajadores cuyos salarios sufren los descuentos que se corresponden con el CCT de cada actividad, la Industria Manufacturera alcanzaba, en el año 1963, la mayoría para 1963 (596.248) y 1964 (607.891). Por su parte, dentro de la industria manufacturera, que engloba a los metalúrgicos, el rubro “Industrias metálicas básicas” poseía el mayor porcentaje de cotizantes de todo el sector manufacturero: 35,6%.

Dentro de una actividad globalmente considerada próspera durante la década del sesenta como la industria manufacturera, el sindicato metalúrgico en su sección Capital concentraba la mayor parte de los afiliados 35,6% (muy por encima del 16% de los textiles, por ejemplo), con 222.000/216.000 afiliados para los años 1964-1963 (Cuadro nº 5, p. 15); y con ingresos valuados en la 1/3 parte de toda la industria manufacturera. Vale aclarar que todos los registros mensurados por el Censo entre 1963 y 1964 son en ascenso.

El CNAP pone también en relieve la concentración de ingresos en la Seccional Capital de un gremio de primer grado como la UOM:

Los sindicatos más importantes están radicados en Capital Federal, pero los trabajadores cotizantes- por ejemplo, los del gremio metalúrgico- se distribuyeron en distintos puntos del país. Estas filiales, que carecen de personería gremial cotizan al sindicato principal, lo que determina una concentración de ingresos en la Capital federal, cuando se clasifican. (p.6)

A partir de estos datos nos preguntamos: ¿En qué utilizaba la UOM esos fondos? Según el Censo, la UOM poseía para 1964 una serie de servicios ofrecidos a los afiliados, a saber: 1 colonia de vacaciones, 1 campo deportivo, 3 farmacias, 11 ámbitos de gestión de jubilaciones (sin especificar), 1 proveeduría, 3 sanatorios, entre los rubros más importantes (Censo, Cuadro

nº14, p. 24). Aún no se había materializado la compra que más repercusión tuvo en la época: el Hotel Royal de Mar del Plata (Gorbato, 1992, p. 65).²⁶

Años después, en el Congreso de la UOM, que llevó como título el nombre de “Rosendo García”, realizado al poco tiempo de la muerte del dirigente sindical de Avellaneda en 1966, el gremio propuso un anteproyecto de CCT que incluía un descanso de 30 minutos pagos por cada ocho horas de trabajo corridos, la obligatoriedad de comedor para establecimientos de más de 50 trabajadores, la disposición de una bolsa de trabajo manejada por la UOM²⁷ y un aporte extraordinario por parte de la patronal al sindicato, correspondiente a la primera quincena de vigencia del CCT. Además, el proyecto volvía sobre algunas cuestiones que formaban parte de los reclamos de los metalúrgicos, entre las cuales se destacaba la eliminación de las quitas zonales²⁸. Por último, proponía la incorporación del “Día del Trabajador Metalúrgico” en carácter de jornada no laborable y paga. De forma tal que, en plena dictadura militar, los trabajadores y el Sindicato se sentían lo suficientemente fuertes para no sólo no retroceder en los derechos adquiridos, sino intentar avanzar más allá de lo que se había logrado en la época de Frondizi.

En líneas generales, el CCT entre la UOM y los sectores patronales N°140/66, firmado el 13 de septiembre de 1966 no presentó modificaciones sustanciales al firmado en 1960. La entidad sindical no logró imponer la creación de una bolsa de trabajo ni aumentar el tiempo de descanso. Según el artículo 24:

(...) Todo el personal cuando trabaje en turnos diurnos, continuados de ocho (8) o más horas, o nocturnos de siete (7) o más horas continuadas, gozarán de un descanso de veinte (20) minutos para merendar; (...) Queda establecido que este descanso no puede ser descontado ni recargado en la jornada de labor, sin mengua de sus salarios

Pero sí logró asegurarse la celebración de la jornada no laborable por el día del metalúrgico y el cobro de la cuota extraordinaria de ingresos derivada de la negociación anual:

²⁶ El hotel “Royal” de Mar del Plata fue creado a principios del siglo XX y se transformó en un símbolo del turismo de carácter aristocrático que tenía esa ciudad. En el transcurso del siglo XX, incorporó canchas de tenis, cricket, pista de patinaje y una pileta de agua salada. Hacia los años 40 poseía más de 200 habitaciones. En 1966 la familia propietaria lo vendió a la UOM en 150 millones de \$mn. El Royal fue un emblema del turismo aristocrático. Luego asumió el mismo rol para la clase media cuando empezó a “adueñarse” del balneario y más tarde articuló su historia con la del turismo gremial. En 1924 tenía “212 habitaciones y 40 baños” y en las dos décadas siguientes se extendió a lo largo de la manzana. Tuvo una cancha de tenis, una de criquet y una pista de patinaje, pero la obra cumbre llegó en 1942 con una pileta con agua de mar, originalmente descubierta y para uso exclusivo de los huéspedes. El Royal pertenecía a la familia Rubertis, que en 1966 lo vendió a la UOM en 180 millones de pesos, una cifra asombrosa para el mercado inmobiliario de la época lo cual generó una verdadera conmoción (Gorbato, 1992). Elisa Pastoriza señala que los hoteles sindicales crecen de 5 a 62 entre 1956 y 1973. Según la autora hacia 1967, varias organizaciones gremiales poseían hoteles en Mar del Plata. Algunos de ellos: Albamar, Amancay (energía eléctrica), Grand Hotel (petroleros), Hawaii (empleados bancarios) Hurlingham, Riviera (empleados de comercio), Grand Firenze (telefónicos) y el mencionado Royal Hotel (metalúrgicos) (Pastoriza, 2008).

²⁷ El significado de la propuesta es considerable: ni más ni menos disputar el monopolio de la designación de los trabajadores por parte de los empresarios en el propio ámbito de la empresa

²⁸ Consistían en descuentos practicados sobre las remuneraciones percibidas por los trabajadores de acuerdo a las tareas y el lugar geográfico de localización de la mano de obra (Bosoer y Senen Gonzalez, 2009)

Art 92): [La UOM] hace saber a la representación empresarial que, de acuerdo a lo resuelto por el Congreso Nacional de Delegados y Congresos seccionales, se ha determinado que el aumento correspondiente a la primera quincena de vigencia de este convenio sea retenido por los empresarios a todos los trabajadores metalúrgicos, para ser depositado en la cuenta bancaria especial de la organización. (Citado en Bosoer y Senen Gonzalez, 2009, p.164)

Los voceros de los empresarios expresaron su conformidad con el CCT firmado, aunque dejando en claro, en forma solapada, que, alguno de sus reclamos históricos, aún no habían sido contemplados.

1.5.2 Población Sindicalizada (1958-1969). Una Aproximación

Pese a la escasez de datos y la divergencia en las interpretaciones, podemos realizar una síntesis que nos permitan determinar en forma aproximada la tasa de sindicalización en Argentina²⁹ en el período estudiado.

Tabla 3

Trabajadores sindicalizados entre 1946 y 1974 (en miles)

Años	Número de afiliados (en miles)
1946	877
1948	1533
1954	2426
1957	2221
1960	2536
1963	2567
1974	2906

Nota. Elaboración propia en base a Campos y Orsatti (2014)

La tabla nos indica en primer lugar el enorme salto que la experiencia peronista significó como aliciente para la afiliación sindical. Desde 1948 hasta 1954 el crecimiento de la afiliación sindical es muy alto, en un porcentaje de casi el 10% anual. Para la etapa post peronista,

²⁹ Para una síntesis de esas apreciaciones, véase Campos y Orsatti (2014)

claramente podemos encontrar dos sub-períodos: hasta 1963 de casi estabilidad (menos del 1% anual de crecimiento promedio, con bajas intermedias muy pronunciadas). Luego de 1964, dicha tasa se habría recuperado en 1,2%³⁰ de crecimiento anual hasta casi mediados de los años setenta.

Los cambios en el primer sub-período pueden ser explicados en virtud de la hostilidad del Estado hacia la organización sindical manifiesta entre 1955-1958. Hacia 1960, la cantidad de afiliados se recuperó con respecto al cenit de 1954 por influjo del ordenamiento institucional que provocó la normalización de la actividad sindical, su corolario en la Ley de Asociaciones Profesionales y la recuperación de la ISI luego de la crisis de 1958. Desde el año 1963 existe una correlación positiva entre los años de crecimiento económico (en especial, del crecimiento industrial) y el aumento de la afiliación. Si sólo tomamos los años 1954 y 1974, y descontamos el crecimiento vegetativo de la población, encontramos un ligero declive de la cantidad de afiliados. Esa estabilidad debe ser ponderada sobre todo teniendo en cuenta los violentos ciclos de *stop & go* (véase *infra*) que redujeron los niveles de actividad en varios de los años estudiados y la hostilidad de varios de los gobiernos del período.

En síntesis, el poderío “material” de la UOM durante los años sesenta reconoce una fuente importante: la centralidad de la actividad metalúrgica en el sistema capitalista argentino de esos años³¹. Sin embargo, no alcanza como único argumento para entender el relativo éxito en

³⁰ No del 1,6% como señala Campos y Orsatti (2014)

³¹ Hasta 1930, el sector metalúrgico estaba dominado por unas pocas empresas concentradas. Talleres Metalúrgicos General San Martín (TAMET), hacia 1929, ocupaba a unos 1800 trabajadores y 400 empleados. Producía el 50% de la demanda doméstica de tubos de hierro fundido, alambre, pernos, tuercas, tornillos y remaches, y un 35% de las chapas galvanizadas. Klokner S.A., The Anglo Iron Co. (1925), Pedro Merlini e hijos (1903) y la emblemática SIAM (1910) (Belini, 2017, p.142). Hacia 1935 los obreros metalúrgicos sumaban 47.000 en Capital Federal y algunos pocos partidos de la Provincia de Buenos Aires. Hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial habían trepado a 116.000. El grueso de la producción también se realizaba, como en el período anterior, en un conjunto de reducidas empresas que concentraban entre 1500 y 3000 trabajadores, básicamente las mismas que en el período precedente, más otras, un poco más recientes, como la Compañía Argentina de Talleres Industriales, Transportes y Anexos (CATITA) fundada en 1922 e Industria Plástica Metalúrgica Argentina (IMPA), en 1928. Otro conjunto de empresas, que trabajaban con menor concentración de trabajadores (entre 300 y 500), se integraron a la producción, algunas con gran capacidad productiva y técnica como FEBO (maquinarias para la industria y calderas) y la Hispano Argentina (armas portátiles y motores). Pese al vigoroso crecimiento, las dificultades para la producción siderúrgica local persistieron (sobre todo, comparados con la demanda creciente) sumadas a dificultades extra-económicas como el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939. No obstante las dificultades para el abastecimiento de insumos indispensables para la actividad, surgieron un grupo de empresas como Acindar (1943), Crefin y Santa Rosa (1944). La fabricación local de maquinarias y aparatos eléctricos destinados a un mercado interno creciente prosiguió gracias a empresas de períodos precedentes como SIAM Di Tella y la Fábrica Argentina de Productos Eléctricos (FAPE). Esta última destinaba su producción a la fabricación de lámparas, receptores de radio y válvulas para Philips Argentina, donde se emplearía años más tarde Augusto Timoteo Vandor. El Censo Industrial de 1946 da cuenta del proceso de crecimiento y centralidad de la producción manufacturera en general: el país contaba con 86.440 establecimientos que ocupaban 1.074.000 obreros ocupados lo que representaban incrementos del 125 y 129% con respecto a 1935, y del 72% y 80% en comparación con 1939. La producción se duplicó también entre 1935 y el comienzo de la gestión constitucional de Juan Perón. Casi 10 años después, el Censo Industrial de 1954 revela que el 64% del valor agregado de la producción la generaron empresas ubicadas en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Las mismas se desarrollaban en una geografía compacta: Buenos Aires y algunos distritos cercanos a Buenos Aires como Avellaneda y San Martín, entre los más importantes. Esas cifras prefiguran la presencia de una abigarrada clase obrera urbana, compacta y concentrada geográficamente (Belini, 2017). Durante la experiencia peronista, los primeros años de crecimiento industrial fueron liderados por la industria textil, pero en la década de 1950 las ramas más dinámicas fueron las químicas y las que nos interesan particularmente, las metalmecánicas. Uno de los impulsos decisivos provino del mayor poder adquisitivo de la población en áreas con escasa demanda en la época anterior. Hacia 1954, por ejemplo, la industria de artefactos de gas (de dimensiones pequeñas durante la guerra) empleaba miles de trabajadores en empresas de fabricación de cocinas, calefones y estufas. La producción de electrodomésticos, como las heladeras, pasó de casi 7000 en 1946 a 220000 equipos en 1957 (Belini, 2017). Otros sectores, en cambio, como la producción siderúrgica, sufrieron inconvenientes para su desarrollo. Dependían de costosos equipos importados y decisiones estatales-privadas que el gobierno no pudo concretar, pese a los anuncios en ese sentido. El caso de SOMISA (Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina) creada en 1947, pero postergada en su puesta en funcionamiento una y otra vez, es sintomático. En cambio, la producción doméstica de laminados de acero aumentó en forma considerable: surgieron así distritos como Villa Constitución y Campana como nuevos polos metalmecánicos, con un incremento en el período del 423%. En definitiva, el peronismo dio algunos de los pasos para instaurar una industria pesada y pasar así de la primera fase a la segunda de la ISI, lo que permitiría no depender de insumos críticos y crecientes. Durante los años sesenta ¿Cuáles fueron las industrias impulsoras del período? Luego del sector automotriz, que lidera el crecimiento del período, la industria siderúrgica dio enormes pasos en su consolidación luego de las postergaciones de las que ya hemos dado

la defensa del poder adquisitivo de los metalúrgicos y con suma eficacia las condiciones laborales. También obedeció a la eficacia de la organización sindical y sus dirigentes.

1.5.3 El Éxito de la UOM como Organización en los Años Sesenta

La historiografía obrera tradicional destacó —sobre todo— los procesos de crisis que irrumpían en los procesos industriales característicos de la segunda etapa de la ISI y que desnudaban la explotación, la injusticia del sistema y la defección de muchos de sus dirigentes sindicales. Sin embargo, si adoptamos una perspectiva de más largo alcance, podemos observar la existencia de un mercado de trabajo estable y no segmentado, que fortaleció el accionar sindical y la movilidad social ascendente de los trabajadores.

En los años 50 y 60, Argentina era un país con una población que crecía lentamente con niveles de sub-empleo y desempleo relativamente bajos en comparación con otros países de Latinoamérica. Estos últimos, se caracterizaron por poseer mercados laborales con fuertes presiones demográficas y abundancia de mano de obra (Torre, 2004). En el país —en cambio— la reserva de mano de obra rural se ha caracterizado por la inexistencia de una masa potencialmente “disponible”. Al existir una discrepancia menor entre la oferta y la demanda de trabajo, esto repercute de forma positiva sobre la acción sindical y los salarios. Es decir, que las luchas económicas tienen una buena posibilidad de éxito. Sin embargo, vale realizar algunas salvedades: los años estudiados se caracterizaron por oscilaciones de la actividad económica, especialmente en la actividad manufacturera. Esto, indudablemente, afectó puntualmente los niveles de empleo y los ingresos sindicales. No obstante, las turbulencias macroeconómicas no afectaron los niveles salariales y de ocupación de la actividad metalúrgica vistas en el largo plazo. Además, la distribución de la renta se muestra menos favorable a los trabajadores que en épocas pretéritas. Argentina mantuvo en esos años un esquema de economía cerrada, pero, desde el gobierno de Arturo Frondizi, el nivel del Tipo de Cambio Real (TCR) adquiere una importancia que no había tenido como instrumento de política económica. Gerchunoff y Rapetti (2016) señalan la “existencia de un conflicto distributivo estructural” a partir de esos años dado

cuenta. En 1960 se puso en marcha el Plan Siderúrgico que permitió la puesta en funcionamiento ese año del primer alto horno de Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina (SOMISA). El segundo plan comenzaría a funcionar, recién, durante el tercer gobierno peronista. Las laminadoras privadas luego de varias marchas y contramarchas desarrollaron un plan de integración vertical que se cristalizó en Villa Constitución a partir de 1967, mientras que, la Propulsora Siderúrgica en Ensenada inició un proceso que culminaría en 1974 con la acería. Hacia 1974, la sustitución de importaciones en el acero llegó al 50% y casi la totalidad de laminados de ese metal. Para la misma etapa, comenzaba la exportación industrial del sector. Siam Di Tella, Dálmine, Siderca y Acindar eran algunas de las empresas que comenzaron la exportación de sus productos, mayoritariamente en mercados vecinos. Era otra prueba palmaria de la maduración del sector (Katz y Kossacof, 1989). La participación, en este contexto, de las industrias metalmeccánicas en el valor agregado aumenta del 24,6% en 1954 al 33,9% veinte años después. Junto al sector petroquímico constituían los sectores más dinámicos de la producción manufacturera, aportaban más del 50% del valor agregado de toda la industria. Los sectores antiguamente predominantes, como el sector textil, la industria alimenticia y el complejo metalmeccánico liviano seguían perdiendo posiciones. Además de generar mayor valor agregado, las nuevas industrias metalmeccánicas incrementaron el tamaño promedio de las plantas en detrimento de las pequeñas fábricas (por lo cual se potenciaron las facilidades para la afiliación sindical). Vale aclarar que el complejo metalmeccánico incluye metales, vehículos y maquinarias eléctricas, donde el gremio metalúrgico posee el grueso de sus afiliados (salvo un sector de la industria automotriz en la Capital Federal). Para una mirada actualizada sobre la historia de la industrialización de la Argentina en los años vanderistas, véase Odisio y Rougier (2021).

que el titular de la UCRI basó su política comercial en los niveles arancelarios (mucho más que sus predecesores). La manipulación del tipo de cambio definió mucho más que en el pasado el nivel de actividad de los sectores de la economía sustituidos y, por lo tanto, de su nivel de empleo y los salarios de cada sector. El nivel de TCR puede generar también (potencialmente) mayor competitividad y garantizar el pleno empleo, pero con un nivel de salario sensiblemente inferior a las expectativas de los trabajadores. La inconsistencia entre las aspiraciones económicas arraigadas en la sociedad y las posibilidades productivas de la economía constituye una de las fuentes de los conflictos laborales en los años sesenta.

1.5.4 Estructura y Movilidad Social Durante los Años Sesenta, ¿Una Nueva Clase Obrera?

Entre los años censales de 1947 y 1970 la población argentina creció de casi 16 millones de personas a 23.364.000 habitantes (Auyero y Hobert, 2003). Este incremento está acompañado de dos procesos ligados entre sí que modifican la composición social de los sectores populares de Buenos Aires y alrededores. Por un lado, el aumento del flujo de las migraciones de países limítrofes entre los que predominan trabajadores manuales calificados y no calificados. Por el otro, el incremento significativo de las migraciones internas desde las zonas rurales hacia las zonas urbanas. Estos movimientos poblacionales hunden sus raíces en los años 30, fruto de la contracción de la mano de obra ocupada tanto en la zona pampeana y extra-pampeana. El resultado fue el crecimiento de los principales centros urbanos, en especial, en la Ciudad de Buenos Aires y, sobre todo, en el Conurbano Bonaerense. En los años sesenta, lejos de atenuarse, este proceso prosiguió su marcha. Los censos de 1950 y 1970 marcan un incremento significativo de los grandes conglomerados urbanos del 62,2% al 79%.

Hasta mediados de los años sesenta el destino final de la mayoría de los migrantes será el Gran Buenos Aires, que crece a un ritmo más significativo al del resto del país, de forma tal que pasa del 29,4% a casi un tercio del total hacia fin de la década. La mayoría de los migrantes se instalaron en los suburbios obreros de la capital y en las localidades de San Martín y Avellaneda, distritos metalúrgicos por excelencia, en un proceso similar a la década peronista³².

El tipo de desarrollo impulsado durante la segunda etapa de la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI)³³ se basa en un notable aumento de la productividad por hombre ocupado, pero no de la ocupación (Auyero y Hobert, 2003). La mayor oferta de la mano de obra, producto del crecimiento vegetativo y de las migraciones internas, se dirige a la

³² El Censo Industrial de 1954 revela que el 64% del valor agregado de la producción la generaron empresas ubicadas en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Las mismas se desarrollaban en una geografía compacta: Buenos Aires y algunos distritos cercanos a Buenos Aires como Avellaneda y San Martín, entre los más importantes. Esas cifras prefiguran la presencia de una abigarrada clase obrera urbana, compacta y concentrada geográficamente que se afirma en los años sesenta (Belini, 2017).

³³ Para algunos de los dilemas de la segunda etapa de la ISI, remitimos nuevamente a Odisio y Rougier (2021).

construcción y en especial al sector terciario que absorbe el 72,6% del aumento intercensal de la oferta de mano de obra no agropecuaria. La ocupación de la mano de obra industrial se mantiene prácticamente estable (del 23,9% al 23,7%) desde el comienzo del primer gobierno peronista hasta 1970. Este es un dato importante a los fines de nuestro estudio: la estabilidad global de la ocupación del sector industrial en plena década del proceso de *stop & go*³⁴ permite mensurar entonces su relación con la “densidad” sindical, de acuerdo a los datos de Campos y Orsatti (2014)³⁵.

El relativo estancamiento de la clase obrera tiene como contrapartida el crecimiento de la clase media, un proceso de ninguna forma novedoso, anclado en la etapa anterior. Casi el 50% de los puestos de trabajo creados entre 1947 y 1970 corresponden a esos estratos, sobre todo empleados en la administración pública, las profesiones liberales y el sector comercial. Estamos ante un proceso de “salarización” de la clase media (Auyero y Hobert, 2003) y un crecimiento ininterrumpido de su volumen. Una parte de esa nueva clase media resultó, indudablemente, del proceso de movilidad ascendente de los trabajadores y, la educación, uno de sus instrumentos. Entonces, en términos relativos, crecen los sectores medios a expensas de los sectores obreros. El menor peso relativo de estos últimos se debe, mayoritariamente, a la “desobrerización” de los sectores populares y el aumento sostenido del cuentapropismo en los años estudiados. El proceso es paralelo a “La pérdida de participación de los asalariados en el ingreso nacional que decrece del 44% en 1955 al 40% en 1972 o aún menos según algunos guarismos” (p. 224). Algunos autores consideran a este proceso como de “movilidad descendente relativa” para los sectores populares urbanos, que se manifiesta —por ejemplo— en la duplicación de habitantes de las villas miserias. Sin embargo, hay datos que nos permiten matizar esta afirmación para una parte significativa de los trabajadores de Buenos Aires. Por un lado, se produce el aumento de los propietarios entre los sectores populares urbanos, más herencia de la década peronista que la posterior. Durante los años peronistas, los residentes propietarios en la zona metropolitana pasan del 26,8 al 58,1%, gracias a la expansión de la propiedad horizontal donde residen los sectores

³⁴ Los ciclos de *stop & go*-consecuencia de lo que Marcelo Diamand (1972) denominó “estructura productiva desequilibrada”- generaron un comportamiento de la economía en la que, a medida que se expandía, iba creando las condiciones para que el crecimiento se interrumpiera y originara un período de recesión. Esta tendencia fue cobrando formas esquemáticas como consecuencia del incremento de las importaciones de insumos y bienes de capital necesarios para sostener el crecimiento de la actividad industrial, que estaba orientado a abastecer el mercado interno. Al mismo tiempo, los momentos de auge industrial generalmente iban acompañados de una tendencia alcista del salario real por la mayor demanda de empleo, lo cual resultaba en un aumento y una mejor diversificación del consumo interno de los bienes de la canasta básica (carne y granos). Como puede imaginarse, la mejoría de la dieta de la clase trabajadora además de acelerar el ritmo inflacionario, no tardaba en afectar una oferta de producción agropecuaria demasiado rígida y sujeta a los vaivenes climáticos y los precios internacionales, y de esta manera se tendía a erosionar el volumen de bienes exportables. En consecuencia, la mayor demanda de divisas para sostener la fase expansiva del producto industrial y la menor cantidad de bienes exportables que aportaban el grueso de las divisas desembocaban en una situación crítica de la balanza comercial y, generalmente, en una crisis en la balanza de pagos, al agotarse las reservas del Banco Central. A partir de aquí, las opciones de las autoridades económicas, para enfrentar la crisis, contemplaban la puesta en marcha de un plan de estabilización que combinaba la devaluación de la moneda y la aplicación de políticas monetarias y fiscales restrictivas.

³⁵ De todas formas, “La economía pudo superar las agudas fluctuaciones registradas antes de 1963 por varios factores concurrentes: la tendencia a una mayor oferta de bienes agropecuarios, el efecto positivo del avance en la sustitución de importaciones y el aumento de las exportaciones manufactureras. Al atenuarse las restricciones externas, el crecimiento pudo manifestarse más plenamente y permitió acortar la distancia con los países líderes.” (Rougier, M. y Odisio, J. p.252) lo cual hace plausible los datos consignados aquí sobre afiliados a las organizaciones sindicales.

medios, pero también mediante los “loteos económicos” para los sectores populares en el Gran Buenos Aires. Diversos mecanismos puestos en marcha por el Estado peronista permitieron que los trabajadores alcanzaran el *status* de propietarios que luego disfrutaron en los años sesenta. Si bien el financiamiento público mediante el Banco Hipotecario Nacional no tuvo continuidad posterior a 1955, los trabajadores-propietarios constituyen una realidad en los años

1.5.5 Un breve recorrido por los conflictos entre 1960 y 1966

De 1960 a 1966, durante el apogeo del poderío de los metalúrgicos, se produjeron numerosos conflictos puntuales. De acuerdo a Forni (1992), la UOM fue protagonista de 203 conflictos laborales. El autor clasifica la modalidad de los conflictos en “ofensivos” y “defensivos”. Los primeros son denominados así cuando sus objetivos están orientados a procurar nuevos escalafones (categorías laborales), mejores condiciones de trabajo y salarios. Los conflictos producidos a raíz de la negociación de las convenciones colectivas de trabajo constituirían los ejemplos más representativos. Los conflictos de carácter defensivo son aquellos que se originan no en obtener mejoras sino en defender lo que se ha conquistado en los convenios. Además, el autor incluye los casos que involucran “suspensiones, despidos, cierres y salarios” (Forni, 1993, p. 29).

Tabla 4

Causas de conflictos protagonizados por la UOM 1960-1966 (en %)

Causas	Porcentajes redondeado s/el total
Suspensiones	36
Despidos	23
Salarios	20
Cierre de fábricas	7
Otros(*)	12

Nota. Elaboración propia en base a Forni (1993) y Dirección de Información Laboral (DIL).

(*) Incluye disputas por la reducción de la jornada de trabajo (3 casos), cláusulas de productividad (2 casos), represión policial (1 caso), horarios (1 caso), implementación de nueva tecnología (1 caso) y por causas no consignadas por las fuentes. Todos los datos de Forni (1993)

Como se observa en la tabla precedente el 66% de los conflictos tienen una naturaleza puramente “defensiva” (por suspensiones, despidos y cierres). La inmensa mayoría se concentran en el año 1963 cuando la economía industrial está saliendo de una durísima crisis de balanza de pagos (uno de los episodios de los ciclos de *stop & go* que hemos visto en el capítulo 1), plagada de quiebras de empresas, despidos y suspensiones de personal. En cambio, en las franjas minoritarias (salarios y otros) se ubican los conflictos derivados inmediatamente del incumplimiento por parte de las empresas de lo convenido en los acuerdos o bien de la interpretación de las cláusulas que presentan mayor complejidad.

En forma provisoria, podemos inferir, que los CCT tienen un alto nivel de acatamiento por parte de los sectores empresariales dado el relativo bajo nivel de conflictividad promovido por los metalúrgicos en tópicos relativos a los CCT. De lo contrario, una cúpula empresarial menos proclive a la negociación o al cumplimiento de la letra del convenio habría inclinado a una organización poderosa como la UOM a impulsar más medidas de fuerza. Los conflictos “defensivos” serían la consecuencia —en cambio— de una coyuntura recesiva muy precisa y acotada en el tiempo en un contexto de expansión de la actividad metalúrgica en casi toda la década.

Los datos consignan también una distribución espacial de los conflictos concentrados en Capital Federal (85%), muy por encima de lo que sucedía en territorios de la provincia de Buenos Aires, tanto en La Matanza (6%), como en Avellaneda (3%). Pese a que la distribución geográfica de los trabajadores metalúrgicos estaba cambiando a favor del conurbano bonaerense durante los años sesenta, las grandes plantas de la Capital fueron las protagonistas de la mayoría de los conflictos.

El éxito sindical en el terreno laboral hasta 1966 va a contrastar con las dificultades de todo tipo desde la instalación de un nuevo gobierno militar.

1.6 Fin de fiesta. Entre dictaduras y Crímenes. (1966-1969). Sic Transit Gloria Mundi³⁶

El 28 de junio de 1966, las Fuerzas Armadas encabezadas por el General Onganía —líder del denominado sector “azul” del ejército— tomaron el poder. Rápidamente, La Revolución Argentina, tal como se autodenominó la nueva intervención militar, puso en marcha una serie de objetivos de largo plazo que trascendieron los límites más modestos de restauración de la intervención anterior. En primer lugar, impuso un proyecto de racionalización de la estructura productiva y de redefinición del rol del Estado, más acorde con la modernización económica que la propuesta desarrollista había aplicado a fines de los años cincuenta y que el mundo

³⁶ “Así pasa la gloria del mundo”

concentrado de las finanzas y la industria reclamaba. El proyecto fue acompañado por una reducción sensible de los gastos estatales que iban desde subsidios a industrias vegetativas hasta el cierre de comedores universitarios en el interior del país. El plan económico, encabezado por Adalbert Krieger Vasena, acompañó este proceso mediante un apoyo irrestricto a los sectores más concentrados de la industria en detrimento de los sectores agrarios y de los sectores urbanos menos poderosos (asalariados y empresas sin vínculos con el exterior). El Plan incluía la transferencia de ingresos de éstos últimos a los primeros, mediante devaluaciones compensadas con retenciones y control estricto de las políticas salariales (Belini, 2017). Estas iniciativas golpearon especialmente a los sectores más débiles de la economía y al sindicalismo. El gobierno decidió congelar el poder de presión de los diferentes grupos sociales y políticos, mediante la disolución de los partidos, la amenaza de quita de personería gremial a los sindicatos y la represión a las actividades huelguísticas, en tanto la neutralización del poder de fuego sindical, constituía una herramienta central que garantizaría el éxito del plan.

La reacción de los dirigentes ante el golpe fue variada. Si bien, todas las corrientes importantes dentro del sindicalismo habían mantenido contactos con oficiales castrenses en épocas de Illia, algunos fueron bastante estrechos como los casos de Alonso y Coria y otros reservados y circunspectos como los que sostuvo Vandor acorde a su tradicional pragmatismo (Mcguire, 1993). Con el advenimiento del golpe, ambas CGT dieron la bienvenida a la nueva instancia de poder, similar actitud a la tomada por una parte importante de los principales actores de la vida política argentina. Sin embargo, la inflexible política militar dejó sin espacio de negociación alguna al movimiento obrero. Esa inflexibilidad, obedeció a razones de política coyuntural pero también a razones más profundas. Culturalmente ser obrero, sindicalista y peronista representaba para las elites y el grueso de los sectores medios algo difícil de digerir dada la experiencia del Estado peronista aún cercana.

En marzo de 1967, la CGT realiza un paro general, que es declarado ilegal por los militares. Acto seguido, el gobierno interviene a algunos sindicatos numéricamente poco importantes (portuarios, canillitas y periodistas), además de azucareros y ferroviarios, y suspende la personería gremial de telefónicos y metalúrgicos. Como señala Daniel James (2003), Vandor intenta el reinicio del Plan de Lucha para enfrentar a los militares pero fracasa, en parte, debido al quiebre de la dirigencia sindical. Un grupo de dirigentes gremiales encabezados por Juan José Taccone de Luz y Fuerza, más los mencionados Coria y Alonso conforman la “Nueva Corriente de Opinión” a favor de una colaboración sin restricciones con el gobierno de Onganía. Conocidos luego como “participacionistas” debilitan la conducción de Vandor pero no la vencen.

Incluso, en medio de la coyuntura más difícil que le toca atravesar a esa corriente, Vandor ratifica, mediante un extenso reportaje en un medio periodístico, la continuidad del proyecto de autonomía sindical. Constituye, prácticamente, una declaración de principios de su visión acerca del papel de los trabajadores en una sociedad capitalista como la Argentina. En primer lugar, señala el lugar del movimiento obrero como partido:

No podemos reducirnos a mantener relaciones más o menos cordiales con el gobierno, debemos ser parte de él, institucionalizarnos. Eso no quiere decir que nos anquilesemos: la participación permanente de los trabajadores en la dinámica de la comunidad lo impedirá. No aceptamos el rol de grupo de presión; debemos ser factor de poder porque tenemos derechos y condiciones para serlo. Pero la institucionalización debe producirse dentro de un estado que impulse el verdadero desarrollo económico nacional.

Vandor asimismo manifiesta los límites ideológicos de la facción social que representa:

En la Argentina política solo va a pesar quien tenga poder real; la era de la ficción y de los intermediarios tiene que terminar. El sindicalismo siempre ha jugado claro, con las cartas sobre la mesa. Soy fervoroso partidario del sostenimiento de un programa del movimiento obrero. Pero ese programa no equivale a un planteo clasista y sectario, sino a una planificación, que deja márgenes a quienes deban ejecutarla.

El poder “material” y político de la acción sindical está sólidamente establecido: Su composición cualitativa y cuantitativa convierte a los sindicatos en la estructura más importante del país. Esa masa social le otorga al sindicalismo un poder económico de enorme magnitud que le permite soportar cualquier emergencia. Como consecuencia, el poderío político sindical le permite encaminarse hacia su institucionalización como factor de poder (...) Tenemos plena conciencia del poder de hecho que manejan los sindicatos. Desde la huelga

hasta la toma de fábrica se dieron pruebas suficientes no solo de fuerza sino también de responsabilidad (...). En cada etapa en que el Estado, destinatario natural del poder político, ha renunciado a solucionar los problemas de la comunidad, los sindicatos han dado la gran lección nacional: una demostración de poder que no nace de la violencia ni de manifestaciones retóricas incumplidas.

En otro fragmento de la entrevista, repite los principios clásicos de la economía del peronismo:

No sólo se defiende la familia del trabajador sino del costo de vida para la comunidad. A mayor consumo de la clase trabajadora, mayores inversiones de capital se producen en la sociedad, y es mayor, entonces, el desarrollo industrial. Así, la relación directa entre la fuerza del sindicato en su lucha por un mejor convenio se convierte en decidida participación en la economía nacional.

Pese al clima adverso, Vandor se siente -incluso-con las suficientes fuerzas para “marcar la cancha” a los militares:

Si los tiempos de la Revolución son largos y se cuentan en años, las necesidades del pueblo son imperiosas y se cuentan por minutos. Por eso, el sindicalismo argentino no se envanece con exigencias altaneras, propias de los que nadan representan: plantea, en la hora actual, el reclamo viril y perentorio de los humildes. Y no olvida que el principio de autoridad surge siempre por propia decisión de los humildes. (Citado por Bosoer y Senen Gonzalez, 2009, pp 178-180)

En síntesis, Vandor presenta a la fuerza social que representa, su ideología, su lugar en la política argentina y su ambición de poder político, en el momento mismo que ese proyecto está en crisis como lo observan muchos de sus contemporáneos (Carri, 2015[1967]; Gazzera, 1970).

Para Vandor y la dirigencia que lo secunda, oponerse de lleno al régimen militar entrañaba un riesgo: su propia existencia institucional corría serio peligro, aunque una actitud pasiva podía hacerle erosionar su prestigio ante las bases metalúrgicas. Claramente, constituía una encerrona de difícil solución. Otra parte del sindicalismo, afirmado en grupos más chicos y marginales del mercado de trabajo, con heterogéneas líneas de pensamiento, entendió que la tradicional estrategia de presión y negociación era imposible (James, 2003). Como un espejo invertido, éstos últimos, impusieron una línea opuesta a los participacionistas citados más arriba y, con motivo del congreso convocado para normalizar la CGT en 1968, gremios como los ferroviarios, portuarios y trabajadores del interior impulsaron una nueva línea política opuesta al régimen militar. Nació la “CGT de los Argentinos” que se convertiría, pese a su fugacidad, en un punto de encuentro momentáneo de los más tenaces opositores a Onganía, en la que confluían buena parte de los dirigentes “duros”. Sindicatos como los gráficos, los telefónicos y farmacia habían sido marginados por el vandorismo y encontraron en la nueva central un espacio capaz de articular por un breve período algunas de sus demandas. Muchos de sus nuevos enemigos, intelectuales y periodistas de clase media hallaron también un ámbito de expresión anti vandorista y también anti militar.

A instancias del propio Perón, Vandor intenta abroquelarse bajo la formación de la CGT Azopardo, aliado ahora con parte de sus antiguos adversarios como el caso de Alonso. Juntos reconquistan la CGT, pero ya en un contexto absolutamente diverso. A fines de mayo de 1969 un estallido social en la ciudad de Córdoba, conocido como el “Cordobazo” inauguró un nuevo período de movilizaciones y protagonismo sindical en interior del país. Un mes después, Vandor caía asesinado en el local de la UOM de la calle La Rioja de la capital. Junto con él, culminaba el último proyecto de autonomía obrera y sindical.

Con el asesinato del “Lobo” quedaron cerradas las posibilidades de supervivencias reales de cualquier proyecto independiente integrado por los trabajadores y conducido por los dirigentes sindicales. Lo que resultó más persistente en el tiempo es la existencia de una poderosa cultura obrera que va a sobrevivirle, de la que daremos cuenta en el próximo capítulo.

Capítulo 2: Una Cultura Obrera en Buenos Aires en el Contexto de la Modernización de la Sociedad Argentina Post Peronista (1955-1969)

El music hall atraía a la clase obrera londinense porque era una evasión y a la vez estaba firmemente arraigado en la realidad de la vida de la clase obrera.

Gareth S. Jones, Lenguajes de clase

¿Qué hace la gente con lo que cree, con lo que compra, con lo que lee, con lo que ve?

Jesús Martín Barbero, De los medios a las mediaciones

Como se ha visto en el capítulo precedente, la eficacia de la UOM en la obtención de mejoras laborales para sus afiliados y el éxito en la movilización de sus trabajadores durante los años sesenta dependió de las condiciones estructurales del capitalismo. También necesitó de las cualidades de los dirigentes, encabezados por Vandor, para manejar las ambiguas relaciones con el Estado post peronista, de forma de preservar los intereses de la organización e, incluso, proyectar a los metalúrgicos a la arena política. Sin embargo, consideramos que el lugar de los trabajadores del área metalmeccánica en la vida sindical y política argentina no puede ser satisfactoriamente explicado sin abordar la atmósfera cultural que respiran dirigentes y dirigidos. Sin negar la importancia de los procesos económicos y políticos más generales y los contextos institucionales donde éstos se desarrollaron, este capítulo se encarga de indagar como los trabajadores de Buenos Aires participaron en forma activa de las industrias culturales de los años sesenta y desarrollaron algunas de sus prácticas cotidianas. Éstas constituyen una verdadera “ventana a la mentalidad de los protagonistas” como señala Ariel de la Fuente (2014), si bien en una realidad histórica muy diferente a la tratada aquí. Conocer el mundo popular implica no sólo examinar sus organizaciones y sus luchas sino indagar sus gustos, sus visiones del mundo, sus representaciones simbólicas y anhelos. Estudiar algunos aspectos de la cultura de los trabajadores nos permitirá establecer también el nexo que relaciona a trabajadores y dirigentes, y a todos éstos con las elites políticas, por lo cual tiene claras implicancias políticas.

En los años de Vandor se configura en Buenos Aires una cultura obrera, con sus propios valores y visiones del mundo. Esa cultura adquirió un carácter resistente, manifestado en el proceso inmediatamente posterior a 1955 cuando se intentó, desde la cima del poder, reducir la influencia política de los trabajadores y someterlos a los procesos de racionalización en las fábricas. Pero también los valores desarrollados en la etapa peronista le dieron a esa cultura un carácter integrativo y permeable a las novedades que la sociedad de consumo propuso en los años sesenta. Esas experiencias pasadas y presentes no giraron en el vacío: se realizaron en medio de un proceso de modernización social y cultural que tuvo –de hecho– a las clases medias

y no a los trabajadores como actores centrales y “faro” moral.

Los años sesenta fueron protagonistas de una renovación central en diferentes ámbitos de la vida social, cultural y política en la Argentina, en correspondencia con cambios en el mundo occidental. Esa década fue testigo del crecimiento y cambios veloces de los *mass media*, el auge de los deportes como espectáculo y como esparcimiento, la creación de nuevos estilos artísticos y musicales, cambios sustanciales en la moda y la sexualidad, transformaciones profundas en la vida cotidiana y en las costumbres. ¿Cómo lo vivieron los trabajadores de Buenos Aires? ¿Cómo procesaron esas experiencias con respecto al pasado peronista? ¿Cómo impactó en sus visiones del mundo y en sus opciones políticas durante los años sesenta? Contestar estas preguntas es el objetivo de este capítulo.

2.1 Cultura y ocio en la Argentina peronista. A la Conquista del Espacio Público

Como hemos visto en el capítulo precedente, los trabajadores adquirieron durante la década peronista una mayor atención por parte del Estado en las relaciones laborales típicas de una sociedad capitalista. También lograron un reconocimiento como nunca antes en tanto clase social en la arena política, lo que Daniel James (1990) denominó la adquisición de la ciudadanía social. Pero también significó algo más: la ruptura de ciertos límites implícitos de lo que estaba permitido hacer o no para un trabajador en una sociedad como la de Buenos Aires de los años cuarenta. Algunos de esos límites se refieren a la quiebra de la “deferencia”, término que remite directamente al fin de la aceptación del lugar tradicional entre los que obedecen y los que mandan. Este concepto de E. Thompson (1974) fue aplicado por Juan Carlos Torre en un famoso artículo sobre el momento de conformación del Estado peronista³⁷. Al margen de la ambigüedad del proceso de ruptura con la sociedad tradicional que los trabajadores y el Estado peronista llevaron efectivamente a cabo, ese quiebre se expresó en los conflictos sociales encabezados por los sindicatos, por ejemplo, en el caso de los trabajadores metalúrgicos. También se expresó en los ámbitos donde los trabajadores pudieron acceder y gozar del ocio que antes les estuvo vedado. Ese proceso, apoyado y sostenido desde el Estado, fue denominado por algunos investigadores como “la democratización del bienestar” (Torre y Pastoriza, 2002). La irrupción de las masas en la ciudad no fue solamente un hecho socio político sino también cultural: los trabajadores se convirtieron en consumidores de productos culturales preexistentes al peronismo, como el teatro, el cine y los eventos deportivos, como el boxeo y el fútbol. Otras pautas de entretenimientos se afianzaron, como los bailes de carnaval, los festivales folclóricos y las competencias deportivas. También se incrementaron los ámbitos de sociabilidad masculina

³⁷ “Deference” alude al proceso de acatamiento/ subordinación/integración a un orden social y político determinado. La expresión “quiebre de la deference” fue utilizada inicialmente por Gino Germani según Juan Carlos Torre (1989).

más tradicionales, como el café y el billar. El mismo Vandor en su juventud en el barrio del Once comenzó a socializar haciendo amistades en el café “Derby” de Sarmiento y Uruburu. Dos años después de haber ingresado a la empresa Philips, según su amigo Abraham Levy “apareció por el barrio. Los muchachos lo apreciaban mucho. Llevó al equipo del barrio a jugar con los de la Philips” (Comunicación a Gorbato, 1992, p.24). Esos comportamientos no parecen ser demasiados diferentes a otros dirigentes de la época. Algunos jóvenes trabajadores, que se convertirían más tarde en dirigentes, formaron parte activa de esos ámbitos de sociabilidad. Pedro A., trabajador textil y dirigente de la Asociación Obrera Textil señala: “Yo paraba en Corrientes y Esmeralda. Era amigo de Pichuco (...) íbamos a jugar a los dados a las 4 de la mañana a “La Terraza” (...) yo vivía de noche [risas]” (Comunicación personal con Pedro A., julio 1992).

El diario *La Prensa* sintetizó, en una nota de 1954, el impacto de la experiencia peronista en la vida cotidiana y el uso del tiempo libre para los trabajadores y sus familias:

Antes, pocos salían las madres con sus hijos (sic) Tampoco las familias en pleno, porque lo que se ganaba apenas si alcanzaba para comer (...) Hoy hay para vivir y pasear. Para salir y veranear. Y como la preocupación del centavo no atosiga a nadie, pueden las madres vestir a sus chicos y sacarlos por las tardes a dar una vuelta al centro (...) el bienestar de una familia se mide además por cómo se expande a las mujeres y a los chicos la posibilidad de pasear. (Citado en Leonardi, 2009, p. 10)

El Estado también impulsó la apertura de ámbitos antes reservados a las elites como el Teatro Colón, destinado ahora a nuevos públicos populares (Leonardi, 2009). Desde allí se organizaron, en forma reiterada, fiestas conmemorativas con un indudable tinte político (Gené, 2005).

De acuerdo a Anahí Ballent este proceso puede ser pensado como una “toma simbólica” de la ciudad (2004, p.318). Pero la irrupción de las masas en la ciudad tuvo, para los sectores altos y medios, significados opuestos, considerado como una virtual “invasión” de espacios antes reservados a ellos casi exclusivamente. Visto desde este punto de vista, la oposición política al gobierno de Perón era, en cierta forma, una oposición social y cultural. Por contraposición, para los trabajadores, la experiencia peronista no fue solamente políticas sociales y beneficios

económicos, constituyó también:

una cultura política de oposición, de rechazo de todo cuanto había existido antes de lo político, lo social y lo económico, y un sentimiento de blasfemia contra las normas de la elite tradicional y la estima que se sentía a sí misma. (James, 1990, p. 58.)

Ese carácter “plebeyo” de la cultura política peronista se trasladó al campo del ocio y el tiempo libre, convirtiéndolos también en un terreno de disputa. Luego de 1955, cuando las condiciones políticas cambiaron dramáticamente, ese campo se redefinió y adquirió nuevas características.

2.2 Entre la “Resistencia y la Integración”: la Visión de los Trabajadores y Sindicalistas de Buenos Aires Después de 1955

La Resistencia Peronista fue el fenómeno de oposición de los militantes a la persecución de trabajadores, dirigentes sindicales y políticos peronistas, implementada desde la nueva conducción del Estado, del cual hemos dado cuenta en los capítulos anteriores. Este proceso, que se desarrolla principalmente entre 1955 y 1960, permitió el surgimiento de una particular “estructura de sentimientos” de acuerdo a la conceptualización de Raymond Williams (1980) que afectó y modificó la cultura obrera. Las nuevas experiencias, marcadas por el signo de la adversidad, entran en tensión con las experiencias del pasado peronista. Los principios tradicionales del peronismo, que podemos caracterizar genéricamente de “reformistas”, consistieron en modificaciones parciales al funcionamiento del sistema capitalista que propuso el Estado peronista. En esa etapa los trabajadores aceptaron y procesaron, en sus propios términos, conceptos caros al peronismo tales como el de “armonía de clases”, pero que coexistieron con su propia cultura plebeya. Esas experiencias, cargadas de recuerdos selectivos acerca de lo que el peronismo había sido y debía ser, fueron el combustible para confrontar al gobierno de la Revolución Libertadora, y permitieron enfrentar asimismo lo que sobrevendría en los años venideros. Por un lado, la cultura obrera adquirió un aspecto resistente a los intentos de borrar su identidad política y modificar las condiciones y derechos laborales de la etapa peronista. Pero también adquirió un aspecto integrativo en respuesta a las vicisitudes e intersticios que se abrían para la participación desde el campo político tal cual hemos visto en los capítulos precedentes. En materia cultural observamos esas mismas características: la persecución de los deportes de masas de los años sesenta y la incorporación entusiasta a las

novedades de la “industria cultural” pero sin perder su identidad. Esa cultura, permeable, flexible persiste —sin embargo— en sus características plebeyas y va a adquirir un perfil refractario hacia las vanguardias, ya sean estéticas o políticas.

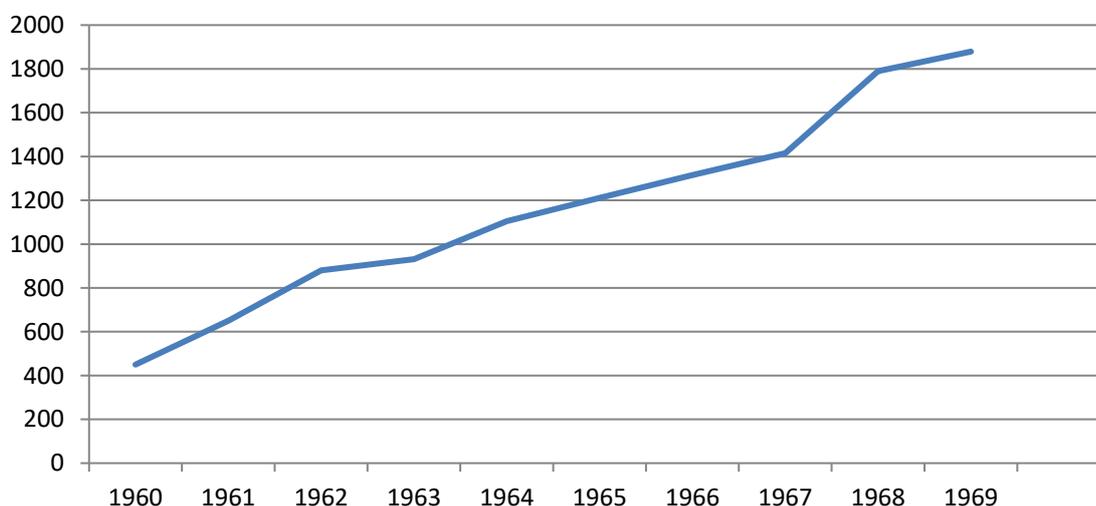
2.3 Transformaciones Culturales en Buenos Aires Durante los años Sesenta: la Televisión, la Música y el Cine

En el proceso de modernización de los años sesenta tuvo un rol central el ingreso de capitales norteamericanos que permitió potenciar tres de los elementos centrales de los *mass media* en occidente: la televisión, la música y el cine.

2.3.1 El Nuevo Anhelado de los Trabajadores: la Televisión

A partir de 1960-1961 se incrementó en forma exponencial la fabricación, importación y ventas de aparatos de televisión. El aumento en la cantidad de receptores de televisión en los hogares de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires varía de acuerdo a distintas investigaciones al respecto, pero de todas formas es muy significativo (Silvio, 1970; Aguilar, 1999; Alabarces, 2001; Pujol, 2002; Varela, 2005).

Cuadro N°1: Cantidad de hogares con receptores de televisión en Capital y Gran Buenos Aires (en miles)



Nota. Elaboración propia en base a Silvio (1970) y Aguilar (1999)

El impacto masivo de la televisión se percibe en los porcentajes de la población que alcanzó a adquirir un aparato. De acuerdo a esos datos el 38% de las familias del área estudiada poseía televisores en 1960, mientras que en 1970, ese porcentaje había saltado al 96,0% con más 2.356.000 de hogares con televisión. El nivel de penetración de la televisión a principios de los años sesenta era el más alto de Latinoamérica y superior, incluso, al de algunos países

desarrollados. A fines de la década existían múltiples posibilidades de compra de aparatos de televisión en cuotas, relativamente accesibles para un hogar obrero. Por ejemplo, la cadena de comercialización “Ozores” (con sucursales en diversos barrios de la Capital Federal) los pone en venta mediante cuotas que oscilan en precios que van de \$3000 hasta \$5600³⁸. Otra cadena, “Dallas” ofrece televisores CBS Columbia aún más baratos: el cliente lo podía adquirir por \$990. A diferencia de Ozores, “Dallas” poseía locales en barrios populares de pleno crecimiento del Gran de Buenos Aires como Ituzaingó, Castelar y Merlo. También poseía una boca de expendio en San Martín, el principal distrito metalúrgico de la zona oeste.³⁹

Luego de la caída de Perón, se licitaron las frecuencias de las señales de televisión que permitieron el surgimiento de tres nuevos canales porteños. La expansión de los canales se produjo al calor de las inversiones de las empresas multinacionales de origen norteamericano. Debido a la imposibilidad legal del manejo de las señales por parte de compañías extranjeras, los canales se asociaron con las cadenas más importantes de los Estados Unidos. Canal 13 con la Columbia Broadcasting Company-ABC- y Canal 9 lo hizo con la National Broadcasting Company-NBC (Aguilar, 1999, p.281). Los canales permitieron la difusión masiva de “nuevas formaciones culturales” que provenían de sus pares norteamericanos: la música, la comedia familiar y los noticieros (Alabarces, 2001). Pero ¿cuáles fueron los contenidos “prototípicos” de esos medios en los años sesenta? Una revisión sumaria de los más importantes, ubica, en primer lugar, a las series y películas de origen abrumadoramente norteamericanas traducidas al castellano⁴⁰.

Algunas de las series importadas proyectadas en la televisión argentina se encuadraban en el *family show* norteamericano. El show de Dick Van Dyke (con la producción de la CBS) fue un suceso en su país de origen y en la Argentina (Pujol, 2002). Junto a otras series similares, “comunicaban una imagen apacible y satisfecha de la familia nuclear estadounidense” (p. 171). Como señala Sergio Pujol, ese modelo de ficciones se movía dentro de las reglas de un género “poco dispuesto al cambio”: división conservadora de roles (sólo el 10% de las mujeres representadas en ese tipo de series trabajaba fuera de su casa) sus progenitores son buenos vecinos, la totalidad de las uniones son heterosexuales y bajo el signo del matrimonio, salvo un escaso porcentaje de “solterones”⁴¹. En Argentina su correlato fue el de la *comedia familiar*. Pese a las innegables influencias en formato y contenido, ya tenía varios antecedentes de éxito en

³⁸ *Crónica* 2 de junio de 1969, 6ta edición, p. 5

³⁹ *Crónica*, 30 de junio de 1969, 6ta edición, p. 6

⁴⁰ Lo cual constituye un dato no menor: la traducción al castellano emparenta la cultura norteamericana con la nacional, permitiendo que el proceso de apropiación cultural sea más fluido y así adquiriera mayor “naturalidad” en los hogares. El cine es la contracara a la familiaridad de la televisión: “con su sala oscurecida y sus imágenes de grandes dimensiones, con su banda sonora a gran volumen y las voces “extranjeras”, siguió poniendo una distancia mágica o mítica entre “la escena” y el público (Aguilar, p. 170).

⁴¹ La imagen de “confort hogareño” de la comedia casera, si bien no es abandonado en las comedias exitosas como *Yo quiero a Lucy*, va a convivir con otras de ciencia ficción y de *gangster* de gran suceso en las pantallas argentinas.

obras creadas en el país como *Los Perez García*.⁴² En cierta forma, algunos de los programas más exitosos de la “pantalla chica” dieron cuenta tanto de las influencias de la nueva industria televisiva, las tradiciones artísticas locales como de las transformaciones sociales que atravesaba la sociedad argentina. Con esas prevenciones, podemos analizar algunas producciones locales con las cuales los sectores trabajadores y medios pudieron sentirse identificados. El ejemplo más notable fue *La Familia Falcón* que, con texto de Hugo Moser, comenzó a emitirse desde 1962. Si bien partía de argumentos predecibles y con antecedentes en el teatro y radio teatro de las décadas precedentes, debía reflejar ahora algunos de los procesos y cambios que afectaban a las familias porteñas. Los conflictos generacionales y el nuevo protagonismo de los jóvenes fueron ejes centrales en los argumentos de la tira, pero se resolvían “en el marco de contención de una familia de clase media”. Una estructura similar posee la telecomedia *La Nena*. Protagonizada por Marilina Ross, como la hija adolescente rebelde quien tensiona la relación con su padre viudo, interpretado por Osvaldo Miranda. Si bien la rebeldía juvenil y las rabietas del padre desbordado por la situación son los *leitmotiv* de la tira, la disidencia se resuelve siempre pacíficamente en el marco del amor filial (p.167)⁴³.

Otro segmento de la televisión permitió el arribo de personajes cuya común característica eran sus orígenes humildes, su circulación inicial por el “sub mundo del espectáculo” durante la primera mitad del siglo XX y su arribo al estrellato en los años peronistas y posperonistas. Este fue el caso de los humoristas “Pepe” Biondi, José Marrone y, en forma más tardía, Alberto Olmedo entre otros. En el caso de Marrone, su historia de vida fue similar a la de muchos trabajadores de Buenos Aires de la primera mitad del siglo XX. Una infancia pobre y violenta generó el fermento de una personalidad rebelde que canalizó hacia el mundo artístico. Se inició en cabarets, bares y prostíbulos de los márgenes urbanos hasta llegar a realizar “números vivos” en los cines. Luego arribó a la radio y finalmente llegó a la meca del espectáculo en los años cuarenta: la calle Corrientes. En esos años surgió la “revista porteña” donde diversos humoristas (como Adolfo Stray, Alfredo Barbieri y Dringue Farías) y bailarinas con ropas ligeras creaban *gags* y desarrollaban números musicales de clara connotación sexual y machista, con los límites que la censura peronista permitía. El estilo irreverente y frontal de Marrone explotó en los años 60, con los nuevos márgenes de libertad para la actividad teatral que

⁴² *Los Perez García* nacieron como un exitoso programa de “radio teatro” basado en el acontecer cotidiano y trivial de una familia porteña de clase media. El género se transformó en exitoso en los años de mayor auge de la radio como medio de comunicación. Hacia 1947 la radio constituyó el primero de los artefactos eléctricos de llegada masiva a los hogares porteños (82%) por encima de las planchas (73%) y de las heladeras (7%) Los radioteatros ocupaban una proporción importante de la oferta radial. En una semana de 1948 se emitían casi treinta radioteatros. Como señala Issabella Cosse (2005) el “apogeo de la cultura radial coincidió con el momento de cristalización de la cultura doméstica concebida como el modelo de la familia nuclear reducida, formada en base a un matrimonio, dentro del cual el varón era el jefe y sustento del hogar, la mujer se ocupaba de las tareas de la casa y de los niños, quienes condensaban las aspiraciones de prosperidad de los padres” (pp. 1- 2)

⁴³ Para una imagen crítica de los valores que emanan de las comedias familiares en la televisión de los años sesenta, véase Adamovsky (2009).

le permitió desarrollar su humor picaresco, ramplón y plebeyo, que agradaba a los trabajadores y escandalizaba a los sectores medios más conservadores. Un analista del espectáculo lo llamó “el terror del buen gusto” (Courau, 2020)⁴⁴. También desarrolló tareas gremiales como Secretario General de la Unión de Artistas de Variedades, arena en la que pudo desarrollarse con solvencia a partir de sus contactos y afinidades con el mundo popular.

Los programas de entretenimiento son los más populares y los mayoritarios en la grilla. El 76% de las transmisiones de televisión incluían contenidos de entretenimiento, el 18% estaba destinado a programas informativos y el 6% a programas de tipo educativo.

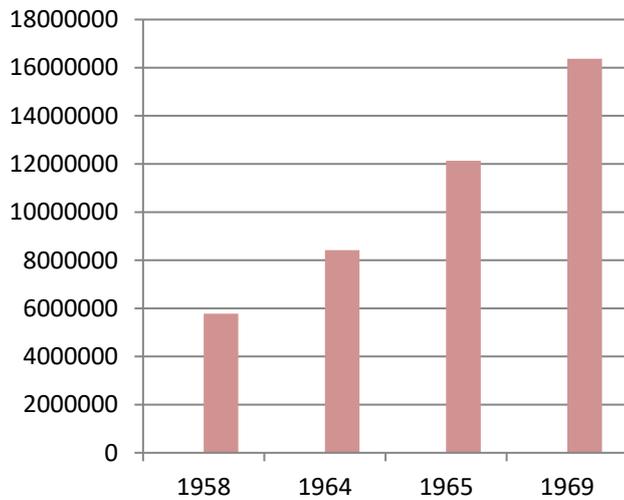
Una encuesta realizada por alumnos de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires nos brinda una de las escasas evidencias empíricas sobre los gustos de los diferentes sectores sociales acerca de los contenidos televisivos. La peculiaridad es que se relacionan gustos televisivos con orientaciones lectoras. Los lectores habituales del diario *Crónica*, en los años sesenta, el diario popular por antonomasia, como veremos más adelante, se mostraban sumamente conformes con la televisión de esos años. En el extremo opuesto, el sector de la población que leía *La Prensa* no encontraba satisfacción alguna en ese nuevo medio de comunicación (Troncoso, 1971).

2.3.2 Música para los trabajadores

Los primeros años sesenta permitieron también el crecimiento sin precedentes de la industria discográfica. Producto del impulso desarrollista llegaron y se instalaron en el país algunos de los conglomerados más poderosos de la industria discográfica. Estas condiciones favorables fueron decisivas para la instalación de multinacionales como *CBS* y la renovación de la ya radicada *RCA Victor*. El año 1961 significó un despegue para las ventas de discos creados en Argentina. Mientras que, en 1960 la venta alcanzó un total de 6,7 millones de dólares, en 1961 subió a 9 millones (Manzano, 2010). A mediados de la década del setenta ese registro se había elevado hasta un pico de casi 33 millones (Gilbert y Alabarces, 2021). Como señala Valeria Manzano, el crecimiento de la venta de discos fue paralelo al de ventas de tocadiscos. La marca más conocida fue *Winco*, empresa que comenzó a dominar el mercado local y exportar a Sudamérica, en el contexto de crecimiento de la Industrialización por Sustitución de Importaciones. Su producto más emblemático fue el *Wincofon* (Pampín, 2005; Gilbert y Alabarces, 2021).

⁴⁴Esos filosos márgenes le permitieron desarrollar gags de actualidad política

Cuadro N° 2: Discos vendidos en Buenos Aires (1958-1969) (en miles)



Nota. Elaboración propia en base a Manzano (2010) y Gilbert y Alabarces (2021)

El aumento de la producción fue sostenido gracias a la expansión del consumo popular: con el salario mínimo de 1964, cada trabajador podía comprar 88 LP mensualmente de acuerdo al cálculo de Gilbert y Alabarces. Estas empresas fueron dinamizadoras por lo que algunos autores denominan *La Nueva Ola*. Los nuevos ritmos, el rock y el twist, se afirmaron en este período gracias a las llegadas de nuevas temáticas, músicos e intérpretes, primero extranjeros, luego locales (Manzano, 2010). Al mismo tiempo surgieron ámbitos de sociabilidad donde los jóvenes rápidamente se apropiaron de esos ritmos, aunque lo hicieron en términos de clase. Las fiestas privadas (como los “asaltos”) y lugares de esparcimiento nocturno de ese tiempo sirvieron para el desarrollo del ocio de los jóvenes de clase media; mientras que los clubes sociales y deportivos constituían el ámbito esencial para los jóvenes obreros y sus familias. Los nuevos ritmos reemplazaban —ahora— a las grandes orquestas de tango de los años 40-50. Desde la perspectiva de Manzano, surgieron diversas estrategias para difuminar los costados más rebeldes y revulsivos de esas nuevas formas culturales. Los nuevos ritmos habrían generado conductas sexuales osadas o explícitas para las pautas morales promedio de la época y conductas disruptivas entre padres e hijos. La búsqueda de la industria cultural se orientó a promover ritmos juveniles, pero sin generar enfrentamiento con los valores tradicionales y se plasmó en el principal éxito de la primera mitad de los años sesenta: el *Club del Clan*.

En 1960, un ejecutivo de RCA inició una búsqueda de talentos con el objetivo de “representar un microcosmos de la juventud argentina y de sus gustos musicales” (p. 40). Se procuró conseguir jóvenes a quienes se les proveía un nombre artístico para que encuadraran en estereotipos de diversos estilos. Así se representaron: un cantante de tangos, un intérprete de

ritmos centroamericanos y un joven cantante de twist. Dos de las mujeres jóvenes seleccionadas fueron: una cantante pop y otra que cantaba versiones en castellano de éxitos italianos. Ramón “Palito” Ortega, a la postre, el más exitoso de ese conjunto de jóvenes, representaba al recién venido del interior y cantaba boleros, folklore y twist⁴⁵. La consagración del Clan y de Palito se produjo en el programa de televisión *El Club del Clan*, emitido por Canal 13 desde 1963.

El éxito del programa se trasladó a la radio, las revistas y películas de género. RCA lanzó tres discos de larga duración, especialmente dirigidos a los sectores populares que vendieron 300.000 placas cada uno. Como resultado del éxito del *Club del Clan*, y de sus solistas, que expandieron sus carreras en los años posteriores, los discos de origen local crecieron del 60% en 1962 al 75% en 1963. La programación radial comenzó a poner énfasis en la “música para jóvenes”. Las revistas especializadas de espectáculos, como *Antena* y *Radiolandia*, publicaban fotos y reportajes de los miembros de ese grupo de jóvenes cantantes, en tiradas cada vez más abundantes.

¿Cuáles eran las temáticas que recorrían las canciones del *Club del Clan*? Manzano sostiene que la canción “Qué suerte”, escrita por Chico Navarro (otro de los miembros del programa) junto Palito Ortega e interpretada con gran éxito por Violeta Rivas, puede dar algunos indicios de los contenidos de las letras:

Qué suerte que
tengouna madre tan
buenaQue siempre
vigila mi ropa y mi
cena Qué suerte mi
padre,Callado y
sereno Qué suerte
saberlo, Tan justo y
tan bueno.Qué

⁴⁵ La familia de Palito Ortega tiene sus orígenes en los ingenios azucareros de Tucumán, donde Ramón se desempeñó como vendedor de diarios y cortador de caña. A los 15 años migró a Buenos Aires y, luego de realizar al inicio de su estadía urbana trabajos menores, fue incorporado a RCA como cantante y músico. En poco tiempo se transformó en un suceso: logró participar en 6 programas de televisión, ocupó 18000 centímetros en diarios y revistas y las radios transmitieron sus canciones 900 veces (p 39). Al finalizar la década, Palito llevaba 18 películas filmadas (algunas con notables éxito de taquilla), 12 “simples” de oro, dos *long play* de oro y también uno de platino (para ese momento un disco de oro debía superar el millón de copias vendidas) (Ecured, s/f; Gilbert y Alabarces, 2021).

suerte el amor.

Qué suerte la escuela.

Qué suerte que esta noche voy a verte (Ortega y Novarro, 1964)

Según Manzano, la canción refuerza los roles tradicionales de género dentro de la familia y afirma el valor del amor romántico, ajeno a cualquier viso de sexualidad. Además, para la autora, el tema musical afirma el valor de una institución como la escuela. De hecho, en la mayoría de las canciones y propuestas artísticas del Club del Clan prevalece el conservadurismo cultural, pese al tono de “juvenilismo” que impregna a toda su obra.

Los nuevos ídolos juveniles, permitieron el surgimiento de legiones de “fans” ¿Pero de dónde provienen los seguidores de Palito y la Nueva Ola? De los barrios obreros y de clase media baja, argumenta la autora, donde las historias de sus propias vidas y de sus ídolos se emparentaban. Estas historias de vida no son ajenas a la de varios de los dirigentes sindicales, protagonistas de estos años, como José Ignacio Rucci⁴⁶ y el mismo Vandor.⁴⁷

Otro de los ídolos juveniles de los trabajadores fue Roberto Sánchez, conocido popularmente como “Sandro”, quien se transformó en los años sesenta en uno de los vehículos de la modernización de un género tradicional a otro más acorde a las nuevas audiencias. En los años cuarenta el bolero constituía uno de los géneros preferido por las grandes mayorías latinoamericanas, hasta que en los años sesenta se afianzó otro acorde a los tiempos que corren, la balada. Ambos géneros se beneficiaron de la enorme popularidad que el melodrama gozó en el siglo XX, desde el comienzo de la cultura de masas. “Los baladistas contaron con la ventaja de que ya existiera en todo el continente un público numeroso para las historias románticas de amor contadas con un estilo de exceso emocional” (Karush, 2019, p. 219). Las empresas multinacionales también ocuparon un rol importante en este proceso, en tanto difundieron la imagen del “Gitano” por toda Latinoamérica mediante estrategias de marketing y sólidos sistemas de distribución. Las revistas “del corazón”, el

⁴⁶ José Ignacio Rucci nació en 1924 en Alcorta (provincia de Santa Fe). Luego de realizar diversas tareas rurales y urbanas, se instaló en Buenos Aires en 1946 en busca de nuevos horizontes. Comenzó su trayectoria como trabajador metalúrgico en diversas empresas, hasta que, en 1947, se transforma en delegado de planta, luego delegado de la comisión interna y gracias a la influencia de Hilario Salvo se convierte en miembro paritario de la UOM. Durante el segundo gobierno peronista se incorpora a la empresa CATITA, donde se convierte en un activo delegado de fábrica. (Beraza, 2007)

⁴⁷ Augusto Timoteo Vandor nació en Bovril (Provincia de Entre Ríos) en una familia de inmigrantes de ascendencia holandesa y vascos franceses. La vida económica de ese pueblo estuvo atravesada por la actividad ganadera de la empresa británica del mismo nombre, que fabricaba extracto de carne con destino a los mercados de exportación. En los primeros años de la década del '30 el pequeño pueblo quedó envuelto en la crisis y decadencia similar a la de la mayoría del sector rural argentino producto de la depresión del comercio internacional y el principio del fin del vínculo con el Reino Unido. No resulta extraño que el joven Vandor como muchos de su generación buscaran nuevos horizontes en las ciudades (Gorbato, 1992).

cine y la televisión convirtieron a Sandro, a fines de la década del sesenta, en uno de los músicos más populares y un éxito comercial. De acuerdo al investigador Matthew Karush su éxito en América también radicaba en el fenotipo que representaba: “trigueño”, tal cual era descripto por la prensa.

En Buenos Aires, la difusión de sus orígenes a través de los medios de comunicación favoreció su empatía con los trabajadores. Sánchez vivió su infancia en un barrio humilde y trabajador, Valentín Alsina, cercano al polo metalúrgico y frigorífico que fue Avellaneda en el Gran Buenos Aires. Las revistas retrataban la pobreza de su familia, su padre obrero, el prematuro abandono de la escuela y su vida barrial. Esos orígenes humildes, como el de Palito Ortega, le daban garantía de autenticidad, como los relatos de vida de los viejos tangueros. Este conjunto de características (su inclinación por lo sentimental, el género de la balada, no ser blanco y humilde) “hacían de él un ícono del gusto de las clases bajas en la Argentina”. El propio cantante comprendía el esfuerzo que los más humildes debían hacer para comprar una entrada (pp. 165 y 166). Gustar de la música de Sandro (como de la de Palito) era pertenecer a las clases bajas, de donde estos ídolos habían salido. El hecho de ser un éxito en el continente hacía que se adicionara al cantante un cierto valor de “lo nacional” y el orgullo que merecía su triunfo. Por lo cual, además del orgullo de clase, avivaba cierto espíritu nacionalista por ser argentino. De acuerdo al antropólogo Hugo Ratier, los ciudadanos pobres de Buenos Aires impregnaron mediante sus gustos esos dos valores culturales a la ciudad (1973, p.166). Las asociaciones étnicas y de clase que generó la figura de Sandro llegaron al cine en diversas oportunidades con gran éxito de taquilla.

2.3.3 El Auge del Folclore en los Años 60: de Antonio Tormo a Mercedes Sosa

Los consumos culturales de los sectores migrantes, que llegaron a los grandes centros urbanos, encontraban también en la música folclórica su máximo canal de preferencias, como lo demuestra la venta de guitarras y el surgimiento de nuevos grupos musicales de ese género.⁴⁸ Las preferencias de los trabajadores por el folclore tienen su propia historia. Hasta los años 30, el tango constituía el género musical por excelencia preferido (aunque no exclusivamente) por los trabajadores. A comienzos de los años 40 emergen otras experiencias musicales, como producto, en parte, del arribo reciente de miles de personas provenientes del interior del país, a la Capital Federal y a las zonas circundantes a la misma, y que se incorporarían luego a las filas obreras. En

⁴⁸ La industria cultural tampoco estuvo al margen de este movimiento: RCA firmó contrato con el grupo “Los Chalchaleros” que, a comienzos de 1962, compartió la cima del ranking con Chubby Checker (Manzano, 2010).

esos años se crean y desarrollan las primeras peñas, ámbitos festivos donde los trabajadores migrantes de reciente llegada a la ciudad de Buenos Aires escuchan la música de sus orígenes geográficos, bailan sus coreografías y aplauden a los artistas que interpretan sus canciones como: Margarita Palacios, Martha de los Ríos y, en especial, Antonio Tormo. Según Oscar Chamosa (2012), las peñas constituyen uno de los ámbitos de sociabilidad por excelencia de los barrios de la ciudad, precisamente donde el tango había tenido su origen y auge. Durante los años peronistas se expandieron, a lo largo y a lo ancho del país, no sólo, aunque sí principalmente en Buenos Aires.

Si bien las migraciones internas y la expansión de las peñas favorecieron la difusión de la industria del entretenimiento entre los sectores criollos de la clase obrera, el rol del Estado peronista en la difusión de la música telúrica fue significativo. Las escuelas la incorporaron masivamente en sus currículas y actividades especiales. Tanto en las clases de música como en los actos patrios y los festivales escolares el folclore era la única música que se cantaba y bailaba (2012).

Hacia 1950, el auge del folclore en detrimento de la popularidad del tango puede ser observado en las cifras de la industria: de las partituras editadas en ese año, el 30% corresponde a música de tango, mientras que el 25% a folclore. Las canciones grabadas en discos simples presentan guarismos similares: 21% al tango y 17% al folclore. Pero registros posteriores ubican a la música telúrica por encima de la “ciudadana”.

Antonio Tormo representó auténticamente la cultura de la clase trabajadora y peronista. En 1950 lanzó, en disco simple, la canción "El rancho 'e la Cambicha", que vendió, de acuerdo a algunas estimaciones, 5 millones de discos, récord absoluto hasta ese momento. Desde la perspectiva de Pablo Vila (1986), las canciones compuestas e interpretadas en los años 40 y 50 ilustran las vivencias y nostalgias del provinciano recién arribado en la ciudad. En la cueca “La porteña” (con letra de Buenaventura Luna y música de Antonio Tormo y Manuel Canales) se describe el dilema de un “cabecita”, es decir, un migrante que dejó a su mujer en el pago y se ha enamorado de una porteña:

Me vine pa Güenos
Aires pensando volverte
a ver;
las porteñas son tan lindas...
¡quién sabe si gu’a poder!
Me vine pa Güenos Aires,

-- ¡miren lo que es no saber
--yo, prendau de una
porteña,
y esperando mi mujer (...).(1947)

Entre los topes recurrentes en las canciones populares estaba el del pago, o pueblo natal, figurado como un espacio idealizado que representa valores amenazados por la modernización (Karush, 2019). Si bien constituye un arquetipo para nada ajeno a la industria cultural del período, su éxito se apoya sobre los gustos y las preferencias populares.

Desde entonces, Tormo comenzó a ser llamado como el “cantor de los cabecitas”, referencia despectiva utilizada por las clases altas y medias para designar a los migrantes de las provincias. El éxito de ventas y trascendencia fue tal que también a los migrantes recientes se los designaba “veinte y veinte” aludiendo con ironía al hecho de que cuando estos migrantes ingresaban a un almacén con tocadiscos gastaban veinte centavos en alimentos y otros veinte centavos para oír discos de Tormo. El cambio del contexto político en 1955 culmina con su carrera. Como señala Chamosa:

El éxito de su arte ponía de manifiesto el gusto plebeyo y sensiblero del sector de la población argentina que ‘La Libertadora’ más sospechaba, temía y contradecía la imagen de país europeo y civilizado que muchos, dentro de la coalición que derrocó a Perón querían restaurar. (2012, p. 151)

Luego de 1955 y hasta fines de la década del 60 asistimos al “boom” del folklore, coincidente con el momento de la irrupción del rock. El fenómeno, en términos cuantitativos, se tradujo en discos vendidos, masiva difusión de programas en radio y televisión, numerosos festivales y, como se ha dicho, el incremento de la venta de instrumentos musicales (Chamosa, 2012). Un rol gravitante lo tuvieron las empresas multinacionales que apostaron, además del pop y el rock, al folclore con sumo éxito. La televisión expandió sus horas destinadas a programas con esa temática, y mediadores culturales como Julio Maharbiz tuvieron sus propios programas en los canales de aire y una revista: *Folklore*.

En un relevamiento preliminar de dicha revista se observa, entre 1961 y 1965, un incremento significativo de las peñas folclóricas en la Ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires. Mientras que, al comienzo de la década, la revista registra 487 reuniones, promediando la

misma década suma 791 peñas. Las sociedades de fomento, varios sindicatos, clubes sociales, deportivos y asociaciones de inmigrantes poseían peñas (algunas desde la década del 40) que se armaban, en dichas organizaciones, desde sus respectivas “comisiones de folklore”. La composición social de quienes participaban en las peñas, durante los años sesenta era heterogénea, compuesta mayoritariamente por obreros (no exclusivamente de origen migrante) y sectores medios, pero variable de acuerdo a los barrios y las instituciones donde estaban localizadas.

Pese a la aparición de varios grupos musicales en los años sesenta, la cantante folk más popular fue Ramona Galarza proveniente de la Provincia de Corrientes, con una temática más popular y despojada de cualquier tinte “antisistema”.

De todos modos, el éxito del momento fue el tema pasatista y de tono picaresco (en forma de chacarera) “La Gorda” de Rodolfo Zapata, que le valió dos discos de oro y uno de platino y su exitosa proyección a la televisión y el cine (Chamosa, 2012). Un año después de batir récord de ventas, el mismo autor confirmó su éxito con otro tema “No vamo’ a trabajar” (Music Hall, 1965) una verdadera oda al no trabajo.

Si bien el estado de la investigación no nos permite realizar aseveraciones concluyentes ni generales, se puede afirmar que los gustos de los trabajadores de Buenos Aires, en materia musical, parecen inclinarse por las temáticas más tradicionales, como ocurre con el folklore de la mano de Tormo y Galarza o pasatista como Zapata. Sin embargo, no rechazan las propuestas modernizantes como los nuevos grupos que surgen en los sesenta pese a que sí plantean una cierta distancia de las propuestas más vanguardistas.

Como vimos, a comienzos de los años sesenta, la pérdida de posiciones del tango era notoria. Además de la baja en las ventas, paulatinamente iba perdiendo lugar en los carnavales y los bailes, al mismo tiempo que desaparecían las grandes orquestas que habían ocupado el centro de la escena en la “edad de oro”. La pervivencia y el éxito de algunos cantantes de tango entre las clases populares “viejas” de origen ultramarino (o, en su defecto, de arribo no reciente a la ciudad de Buenos Aires) se basó en la reivindicación de los valores tradicionales como la afirmación de la virilidad, la pobreza de los orígenes y el valor de la familia vigentes aún en vastos espacios de la cultura obrera. Julio Sosa grabó en 1961 el disco “El varón del tango”, que se le aplicará como apodo desde ahí hasta su muerte. Entre las canciones registradas en ese LP aparece el viejo éxito de Celedonio Flores “La Cumparsita”:

Y en la triste pieza de mis buenos viejos

Cantó la pobreza su canción de invierno

Y yo me hice en tangos

(...)

Y yo me hice en tangos porque

¡Porqué el tango es macho!

¡Porque el tango es fuerte!

En declaraciones de esos años, Julio Sosa embate contra quienes, entiende, son sus adversarios por el gusto popular haciendo uso de argumentos homofóbicos “Ya ven..., los nuevaoleros me hacen sombra. Matan únicamente a los que se dejan matar. El tango no es para vocesitas aflautadas ni flaquitos buenos mozos” (Gilbert y Alabarces, 2021, pp 53-54)

En síntesis, la expansión de Nueva Ola, el folklore en su vertiente más popular, las canciones pasatistas y el aún exitoso tango entre un sector de los trabajadores, van a condensar varios procesos. Por un lado, la internacionalización de la industria y los consumos culturales desde fines de los años 50; el imaginario de la modernización y el cambio que llega mediante los nuevos ritmos; los cambios en los gustos populares; y, finalmente, los anhelos de integración y progreso en la sociedad urbana de nuestras clases populares en los años sesenta.

2.3.4 El Cine Popular: Entre la Familia, la Rebeldía Juvenil y el Cuerpo Femenino

El cine, fue un fenómeno cultural de masas cuyos antecedentes se remontan a las primeras décadas del siglo XX. Hacia 1950 Buenos Aires contaba con 212 salas de exhibición con un total de 181.510 butacas. Las zonas más céntricas de la ciudad concentraban las salas más grandes, como las que se localizaban en las avenidas Corrientes, Rivadavia y Santa Fe. En plena década del sesenta, sobre los cimientos del cine *Metropol* se construyó el cine *Lavalle* en la calle homónima con 1900 butacas, lo cual transformó a dicha arteria en “la calle de los cines”. A partir de mediados de los años cincuenta, otro sería el panorama: en la ciudad de Buenos Aires, el número total de cines pasó de 145 en 1964 a 118 en 1974 (una caída del 19%) que la mayoría de los autores atribuyen a la aparición de la televisión y otras posibilidades de disfrute del ocio (Ramirez Llorens, 2012; Quintari y Borello, 2014). Sin embargo, aún en los sesenta “ir al cine se había transformado en un espectáculo masivo e inmensamente popular [...] que empezaba en las colas para comprar las entradas a las salas y terminaba en los cafés y restaurantes donde se charlaba sobre la película que se acaba de ver” como ocurría en la década anterior (Quintari y Borello, p. 98).

Luego de la caída del gobierno peronista se presentó un record en la llegada de películas extranjeras estrenadas en los cines argentinos, que en el año 1956 llegaron a 701, más de la

mitad de las cuales fueron producidas en Estados Unidos. La concurrencia a las salas osciló en 75 millones de entradas vendidas, muy superiores a los 67 millones de los tres años anteriores (Ramirez Llorens, 2012). La mayor presencia norteamericana obedecía no sólo a la quita de los aranceles proteccionistas o al impulso desarrollista sino también a factores internos de las productoras norteamericanas que se expandieron por latinoamérica desde los años 40⁴⁹.

En 1957 el decreto 62/57 habilitó la creación del Instituto Nacional de Cinematografía que permitió el surgimiento del “primer nuevo cine nacional argentino” de carácter no-comercial y atento a las influencias de las nuevas vanguardias estéticas. A eso se le sumaron espacios de proyección (llamados cineclubes, que hacia 1965 había alcanzado los 40000 socios), la creación de festivales y ofertas de formación que posibilitaron el surgimiento de nuevas camadas de directores que no tenían cabida en las salas comerciales. Estos directores desarrollaron una práctica cinematográfica que se conoció como “cine de autor” y con nuevos lenguajes. También permitió el surgimiento de nuevos públicos, de gustos más refinados, todo lo cual creó un abismo con el cine de consumo masivo nacional y extranjero.

Sin embargo, las películas más exitosas fueron aquellas que dieron cuenta del gusto popular más difundido. El decreto de los militares mencionados más arriba estableció un sistema de subsidios (mediante el pago de un adicional por entrada vendida) y generosos premios a las películas más vistas. Los estímulos favorecieron la repetición de fórmulas exitosas ya probadas y la creación de nuevas productoras, como *Aries* de Fernando Ayala y Héctor Olivera y el favorecimiento de otras como *Productora General Belgrano* de Enrique Carreras y *Argentina Sono Film*.

Desde principios de la década del sesenta, Palito Ortega y desde finales de la misma, Sandro, protagonizaron innumerables películas, la mayoría de ellas con enormes éxitos de taquilla. Películas como *El Club del Clan* (1964) y *Ritmo nuevo, vieja ola* (1965) se montaron sobre el éxito discográfico y televisivo. En *Un muchacho como yo* (1968) se presenta una argumentación común a muchas de las protagonizadas por Palito Ortega donde se tematiza a la juventud en clave rebelde pero conservadora. Un joven músico despreocupado del estudio y el trabajo cambia, finalmente, por el amor de una mujer. El final los encuentra casados con la proyección de tener muchos hijos. Su esposa dejará los estudios para dedicarse a su familia.

En *Gitano* (1970), Sandro interpreta a un joven pobre y cantante de origen gitano, supuestamente una representación de él mismo, que trabaja en un circo. Acusado falsamente de un delito que no cometió y estigmatizado por sus orígenes romaníes, se enamora de una rica abogada. Sin embargo, el protagonista rechaza la unión debido a las diferencias de clase y por su

⁴⁹ En pleno gobierno peronista eran las responsables de la distribución de más del 50% de las películas proyectadas

falta de formación universitaria: “jamás encajaré en tu mundo”. Finalmente, se lo absuelve pese a su desconfianza inicial en la justicia y se une con su amada (Karush, 2019). El fotograma de la película lo muestra con el torso desnudo, en una clara muestra de virilidad “clásica”, reivindicada por los trabajadores, pero rechazada por los sectores más refinados de la cultura.

Las películas más populares en taquilla ponen a la familia en primer lugar. *El Verano de los Campanelli* (1971) y *El picnic de los Campanelli* (1972) ambas dirigidas por Enrique Carreras constituyeron transposiciones del éxito televisivo *Los Campanelli* (1969-1974). El programa y los films representaban los avatares de una familia extensa, de origen popular e inmigrante, donde cada hijo/pareja encarnaba sectores reconocibles de la sociedad urbana. En la trama se encontraban trabajadores manuales, estudiantes y hasta un “playboy” que desarrollaban sus historias mientras que los representantes de la clase dominante (o los sectores medio-altos) ocupaban un lugar sólo marginal en la trama sin provocar empatía frente al espectador. En todos los episodios, los conflictos y las discusiones provocan la reacción entre incrédula y exasperada del patriarca de origen inmigrante (que claramente pertenece a otra generación) ante sucesos que alteran la paz de la familia. Al final, sin embargo, se encuentra una solución armoniosa alrededor de la mesa dominguera familiar.

El cine picaresco y de implicaciones directamente eróticas fue sumamente popular en la taquilla. *La cigarra no es un bicho* (1963), de Daniel Tinayre, inaugura una saga de comedias de enredos que transcurren en un “hotel alojamiento”. Armando Bo y Emilio Vieyra incursionaron en el cine erótico con gran éxito. Se asociaron, en sus emprendimientos audiovisuales, con capitales extranjeros que le garantizaron el acceso al mercado latinoamericano popular y sortear la censura doméstica. Armando Bo junto a la actriz Isabel Sarli filmaron, entre 1956 y 1980, 27 películas, muchas de las más taquilleras en el período estudiado⁵⁰. Uno de los grandes méritos que explican el éxito popular de las películas de Bo fue “el estar atento y actualizado con respecto al cine erótico [...] y ser sensible al gusto popular argentino y latinoamericano” (Ramirez Llorens, 2012, p 37). En muchos casos las películas fueron rodadas en ambientes naturales de gran diversidad (la selva y la nieve) con historias que involucran personajes populares (hacheros, trabajadores de la carne, campesinos y prostitutas), poniendo de manifiesto diversas situaciones de injusticia para lograr la empatía del público. Sin embargo, la crítica cinematográfica, reunida en los nuevos círculos de clase media más refinada, descalificó sus películas, ya sea por su apuesta estética, la simpleza de sus guiones, las malas actuaciones o bien por la explotación del cuerpo femenino. Otro conjunto de películas comerciales de origen norteamericano, los *westerns*, conservaron las preferencias del público popular que provenía de

⁵⁰ Entre ellas: *El Trueno entre las Hojas* (1958), *Lujuria Tropical* (1964) *Carne* (1968) *Fuego*, *Extasis Tropical* y *Desnuda en la arena* (1969).

las décadas previas y ahora las compartía con la televisión (muchas de ellas bajo el formato de serie). A fines de los años sesenta se incorporaron las sagas de películas de espionaje, acorde con el clima de la “Guerra Fría” como las de “James Bond”⁵¹.

2.4 Los Trabajadores de Buenos Aires y los Deportes.

Los trabajadores metalúrgicos y la clase obrera urbana en general recorrieron, en los años sesenta, gustos culturales similares a los de la etapa peronista, que, a su vez, se alimentaron de la etapa previa. El boxeo y el fútbol constituyeron, además de la televisión y el cine, ámbitos y prácticas que moldearon su visión del mundo y su cultura. Como señala Richard Hoggart (2013):

Los miembros de la clase trabajadora que son amantes del deporte admiran las cualidades del cazador, el luchador y el temerario, la exhibición de músculos y de fuerza, de velocidad y coraje, de habilidad e ingenio. Los grandes boxeadores, futbolistas y corredores rápidamente adquieren el estatus de héroes, equivalentes modernos modificados de los héroes de las sagas clásicas que combinaban el talento físico natural con una gran dedicación y astucia. (p.127)

Desde los años 30 el boxeo tiene un papel gravitante en el mundo popular. En 1932, el pugilista Justo Suarez, “El torito de Mataderos”, junto casi 40.000 espectadores en una reunión boxística, lo que muestra la popularidad que adquirió, en esos años, ese deporte entre los porteños (Hora, 2014). Los periódicos con aspiraciones de llegar a un público popular como *Crítica*, le dedicaban varias páginas de su tirada diaria. En esa década surgieron también empresarios del espectáculo que crearon la infraestructura necesaria y posibilitaron que los deportistas vivieran de su deporte. Lo cual daba nacimiento a la era profesional del mismo. El Luna Park, construido en etapas, entre 1931 y 1934, se transformó en el mayor estadio cubierto de Sudamérica. Hacia 1940 vendía 260.000 entradas al año que llegaron a 500.000 en 1947. En la etapa peronista se multiplicaron los pugilistas que brillaban como José María Gatica, Eduardo Lause, Alfredo Prada y Pascual Perez.

Sin embargo, las reuniones boxísticas alcanzaron su momento de auge en los años sesenta cuando convirtieron al Luna Park en “El Palacio de los Deportes”, uno de los símbolos del ocio

⁵¹ “Operación Trueno” de la misma saga fue la película más vista en una semana. *Primera Plana*, nº 345, agosto de 1969.

popular por excelencia. Las reuniones se hicieron más frecuentes y concurridas, merced a la gran cantidad de pugilistas que obtuvieron la posibilidad de disputar títulos internacionales. La inmensa cantera de boxeadores, en su gran mayoría migrantes de provincias argentinas (como muchos trabajadores y varios de los dirigentes sindicales de la época), era entrenada por los mejores técnicos en las mismas instalaciones del Estadio. De forma tal que los jóvenes podían ser examinados *in situ* sobre sus condiciones para participar de las veladas, transformándose en “La Meca” de los que deseaban triunfar. La actuación de púgiles como Nicolino Locche, Horacio Acavallo y Natalio “Ringo” Bonavena, así como las peleas de Gregorio “Goyo” Peralta y del joven boxeador Carlos Monzón fue acompañada por miles de trabajadores. La pelea entre el ascendente Bonavena versus Leotis Martin (boxeador norteamericano), en 1968, por ejemplo, recaudó más de 18 millones de pesos, mientras que el combate por el campeonato del mundo, entre Acavallo y el japonés Ebihara, recaudó \$23.639.000, en agosto de 1967⁵². La concurrencia al estadio era tal que, en los momentos previos del combate, no se podía caminar por la calle Bouchard en las cercanías del estadio. Si bien esas cifras adquirirían un carácter extraordinario, peleas de menor rango como la de Carlos Monzón contra Jorge Fernández, por el título sudamericano, recaudó más de 3,5 millones de pesos, cifras no inusuales. Ir al “Luna” se transformó en un ritual para los sectores populares de Buenos Aires: una buena noche de boxeo podía superar los 20.000 asistentes.

El propietario de segunda generación del Luna Park y “match-maker” Juan Carlos “Tito” Lectoure confirma lo antedicho en una revista de actualidad:

¿Actualmente, el boxeo está en auge?

Sí. Somos el segundo país detrás de Estados Unidos en box. Compare poblaciones y verá que somos primero. Este fue el resultado de varios años de esfuerzos. Ahora tenemos el fruto. Ídolos: Bonavena, Accavallo, Locche. La gente viene a los estadios y la juventud, entusiasmada, produce boxeadores nuevos (...)

¿Cómo está ubicada Buenos Aires como plaza boxística?

-Primera. En Roma hacen 4 o 5 reuniones. En toda Italia hacen las reuniones del **Luna** 85 por año [...]. (*Panorama*, 1968, p.36)

⁵² Los datos fueron obtenidos de la reproducción del Registro de espectadores y recaudación del Luna Park correspondiente a 1967.

El éxito del boxeo como negocio se apalancó, sin embargo, sobre varios factores. Lector complementó diversos tipos de espectáculos que convocaran, al mismo tiempo, a públicos masivos de diversas clases sociales. Además del boxeo, a mediados de los años sesenta se incorporaron espectáculos circenses como *El Circo de Moscú* proveniente de la URSS y *Holiday On Ice*, basado en el patinaje artístico arribado desde los Estados Unidos. En forma inconsciente, el empresario mantuvo en su oferta espectáculos provenientes de los dos polos ideológicos protagonistas de la Guerra Fría, lo cual no suscitó conflictos graves. El diseño arquitectónico de su estadio combinaba las gradas más económicas que permitían albergar a la mayor parte de espectadores (lo cual constituye un paralelo con la arquitectura de la mayor parte de los estadios de fútbol de la época) con plateas diversas pero minoritarias, para los bolsillos de clase media y media/alta. La concurrencia “poli-clasista” (aunque mayoritariamente popular) constituyó una de las claves del éxito. *El Circo de Moscú* fue visto en 1966 por casi 390.000 espectadores, de los cuales más de la mitad corresponden a los ubicados en el sector “Popular”. Si incluimos el sector “Platea Alta” (que, por su valor, es un 50% más caro), la cifra asciende a las 2/3 partes de la capacidad del estadio.⁵³

Si tomamos como referencia el salario mínimo vital para un trabajador sin carga de familia (ley 18.337 de septiembre de 1969) que establecía un pago de \$22.000 m/n (era de \$20.000 de la misma denominación para el año anterior) en el año 1966, un espectáculo internacional como el Circo de Moscú (uno de los más caros en plaza) requería \$600 m/n para que concurriera una familia tipo a la popular, algo más del 2,5% de sus ingresos mensuales. Es decir, se trataba de un monto que estaba al alcance del bolsillo popular. Una pelea por el campeonato del mundo de boxeo, en esos años, se encontraba en los mismos valores, a la cual los hombres concurrían solos o con amigos (dado el carácter eminentemente masculino de esos eventos). Debido al agotamiento de los tickets populares para esos eventos específicos podemos sugerir su accesibilidad a la clase obrera.

Hacia fines de la década el negocio estaba consolidado. Durante el verano 1969-1970 los espectáculos internacionales recaudaron 230 millones de pesos, mientras que el boxeo permitió ingresos por casi 183 millones de la misma moneda. La revista *Mercado* dejaba de manifiesto la importancia del “Luna” para el habitante de Buenos Aires:

Por ubicación, por amplitud, por tradición, el Luna Park es único en América

⁵³ Los datos fueron obtenidos de la reproducción del Registro de espectadores y recaudación del Luna Park correspondiente a 1966.

Latina. Empeñada la empresa en una renovación constante y en extender su radio de extensión, fue acostumbrando al porteño a mirar permanentemente su cartelera en busca de los mejores espectáculos masivos. Ahora ya casi no hace falta leer los diarios para enterarse del programa: todos los miércoles y sábados, de abril a diciembre, boxeo; en enero y/o febrero, patinaje sobre hielo; en marzo, circo. (1970, p. 32)

Pasear por la calle Corrientes, comer una pizza y concurrir al Luna Park el sábado a la noche formaba parte de la confirmación de las conquistas sociales conseguidas en los cuarenta y reafirmadas en los sesenta.

El boxeo profesional, tal como se vivió en Buenos Aires, tuvo dimensiones sociales, políticas e ideológicas indudables. En primer lugar, tuvo un claro componente de clase: todos los grandes campeones fueron, sin excepción, de origen humilde y –en su gran mayoría– provenientes de los márgenes de la ciudad, o bien del ámbito rural. Aquellos que lograban triunfar eran la prueba palpable que el deporte cumplía el papel de movilidad social ascendente y, por tanto, un ejemplo a emular por los más humildes.

En la etapa peronista, José María Gatica representó la imagen del provinciano que gracias a sus habilidades boxísticas obtenía un nombre, fama y dinero, aunque más no sea por un tiempo. Arribó a la ciudad durante el proceso de migraciones internas en los años 30, proveniente de Villa Mercedes, San Luis. Desde muy chico se desempeñó como lustrabotas en Constitución donde rápidamente pasó de las peleas callejeras al ring de “The Sailor’s Home”, el alojamiento para marineros sin trabajo de la misión británica, donde se realizaban peleas breves con apuestas por dinero. De allí saltó al Luna Park como boxeador profesional. En su meteórica carrera, que lo llevó a pelear por el trofeo mundial, entabló una relación estrecha con el poder de turno, al hacerse devoto de Perón y Eva Perón, a quienes les dedicaba cada triunfo. Su estilo aguerrido, contundente y agresivo fascinaba a la “leonera”. De ésta última manera se denominaba, en el boxeo, a la tribuna más barata y, por lo tanto, la más popular, corrientemente ocupada por los trabajadores. Por el contrario, los que se encontraban en el *ring-side* (de mayor poder adquisitivo y supuestos antiperonistas) vitoreaban a los rivales de Gatica, como ocurría en los combates donde peleaba contra su clásico rival Alfredo Prada, quien, aun siendo también peronista, aparecía como un rival que no se comportaba como el ídolo de los sectores populares. En todo caso lo que Gatica y el boxeo hacían era visibilizar las divisiones políticas que existían en el país (Archetti, 2005, p.26).

Una de las máximas estrellas pugilísticas de los años ´60, Horacio Acavallo, tuvo orígenes similares a los de Gatica. Desde su niñez en Villa Damiante (Lanús, Provincia de Buenos Aires), intentó sortear los problemas de la pobreza, trabajando con sus hermanos en la recolección de cartones para su venta posterior, como botellero, lustrabotas, canillita, payaso y hasta fakir de un circo. Como adulto se incorporó a la actividad profesional del boxeo y en 1966 se convirtió en campeón del mundo en Japón luego de vencer a Katsuyoshi Takayama, el favorito para esa pelea. Después de dos años, tras defender y retener en tres oportunidades el título mundial, decidió abandonar la actividad boxística y dedicarse al comercio con muy buenos resultados, lo cual representó un destino totalmente opuesto al de Gatica.⁵⁴

Bastante tiempo después de su alejamiento del boxeo, Acavallo recordaba esos éxitos deportivos y los referenciaba como un triunfo nacional, a la vez que lo llevaban a comprender esos momentos como un cambio rotundo respecto a su pasado muy humilde.

Me acordé de la marcha de San Lorenzo que me había acompañado desde el vestuario hasta el ring, de mi vida en el circo, de mis amigos. Cuando el árbitro Pope me levantó la mano sentí que empezaba para mí una vida distinta. Era –un poco– como si de pronto aquel ex cirujano de Valentín Alsina se hubiese convertido mágicamente en un verdadero Rey. (El Gráfico 1974, n° 2844, p 16 Citado por Archetti, p. 26)

Acavallo, Bonavena, Monzón y Locche no mostraron, con el mismo énfasis que Gatica sus inclinaciones políticas, si es que acaso las tuvieran. El cambio de contexto político, en uno u otro período (hegemonía indiscutida de un partido durante el peronismo e inestabilidad política en los sesenta), puede haber llamado a la discreción a los boxeadores y su entorno. En todos los casos se mostraron solícitos a presentarse ante los sucesivos mandatarios fueran civiles o militares. Además de la prudencia, que otros actores contemporáneos como los sindicatos siguieron también a pie juntillas, el grado de integración de los trabajadores a la sociedad argentina pudo haber jugado un papel importante en tanto el “respeto a las autoridades constituidas” constituye una de las formas que puede adquirir esa integración⁵⁵.

El deporte exuda “valores nacionales” o ideas de patria en tanto su difusión, popularidad

⁵⁴ Uno de nuestros informantes, el trabajador metalúrgico portuario Juan C., señalaba la diferencia en los destinos entre ambos púgiles, introduciendo en su análisis los orígenes étnicos supuestos de Gatica y Acavallo. Mientras que el puntano culminó en la miseria porque era un “negro”, los orígenes inmigrantes del segundo estarían en directa relación con su propensión al trabajo y al ahorro, y –por lo tanto- a su éxito. (Conversaciones con Juan C., marzo de 1996).

⁵⁵ Cuando los boxeadores se consagraban campeones o efectuaban la defensa de su título eran recibidos por las máximas autoridades. En 1971 Carlos Monzón se presentó como campeón mundial de pesos medianos junto a su desafiante de las Islas Vírgenes Emile Alphonse Griffith a una audiencia con el presidente de facto de la Revolución Argentina, el general Alejandro Agustín Lanusse. Vale aclarar que el desprestigio de esa dictadura era ya manifiesto, dado el proceso de movilización creciente en su contra. Ese contexto no constituyó óbice para su presencia en la Casa Rosada. Véase, <https://www.youtube.com/watch?v=A5qPZWFAGU>

y proyección internacional fue contemporáneo al fortalecimiento del Estado Nacional entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX (Alabarces, 2001; Archetti 2005 y 2016). Símbolos, mitos y héroes se gestaron en el boxeo y alcanzaron una enorme difusión gracias al carácter público del deporte. Si hacia afuera, estos deportistas “representaban al país”, hacia adentro los boxeadores más humildes eran el espejo en el cual los trabajadores podían mirarse. La empatía hacia estos personajes trascendía sus habilidades estrictamente deportivas, aunque estaban relacionadas con ellas. Monzón adquirió su prestigio dentro del cuadrilátero, pero la admiración que los trabajadores le profesaban aumentaba por las cualidades viriles que emanaban del ring, y que también se presentaban en su vida privada⁵⁶.

El fútbol era, junto al boxeo, el deporte más popular de Buenos Aires de los años sesenta⁵⁷. Entre los años 30 y 40 el incremento de la masa societaria y el éxito de taquilla fueron acompañados por la construcción de nuevos estadios de hormigón armado, que reemplazaron a las modestas canchas típicas de los años veinte. Ahora, podían albergar a miles de espectadores y brindar, en sus instalaciones, variados servicios deportivos y culturales a sus socios, desde natación hasta bibliotecas y cursos de danzas folklóricas. Además, en sus sedes sociales se realizaban los clásicos bailes de carnaval y festejos del día de la primavera. La multiplicidad de actividades obligó a la construcción de sedes sociales, algunas en las mismas edificaciones de los estadios y otras en construcciones independientes. Vale aclarar que tanto la actividad asociativa como la construcción de estadios recibieron la intervención decidida del estado peronista, como fue el caso de Racing y Huracán⁵⁸. El grueso de los complejos deportivos se encontraba en Buenos Aires y dos de ellos en uno de los más importantes distritos metalúrgicos en los años sesenta, Avellaneda.

Al margen de la evolución material de los clubes, el fútbol encarnó valores vinculados a la afirmación de la masculinidad y de un ideal nacionalista vinculado a la defensa del estilo “criollo”. Desde los medios de comunicación primero y desde el Estado peronista después, estos principios arraigaron entre los trabajadores, sus principales practicantes y espectadores. La revista de difusión masiva *El Gráfico*, publicada desde 1919, construyó una idea de nacionalidad alrededor del fútbol que el peronismo luego profundizó. En una apretada síntesis, la derrota del seleccionado argentino ante los ingleses en 1951, motivó una nota periodística de Borocotó⁵⁹, uno de los periodistas deportivos más importantes de la Argentina. Allí defendió el “estilo nacional”:

⁵⁶ Monzón adquirió el carácter de “macho” (como se lo reconocía entre algunos de sus apodos) por adquirir la fama de conquistador de mujeres de otra condición social, como sucedió con el publicitado romance con la modelo y actriz en ascenso Susana Gimenez Aubert.

⁵⁷ El automovilismo es otra de las grandes pasiones deportivas populares si incorporásemos la dimensión nacional.

⁵⁸ Otros clubes como Boca Juniors y Velez Sarfield gestionaron créditos para la construcción y/o mejoramiento de los estadios antes y durante la gestión peronista (Gruschewsky y Frydenberg, 2015)

⁵⁹ Periodista deportivo de la época que usaba ese apelativo y cuyo nombre verdadero era Ricardo Lorenzo Rodríguez (Sibaja, 2005)

los ingleses son ingleses y nosotros somos criollos. Ni ellos pueden jugar como nosotros ni nosotros como ellos. Existen marcaciones, tácticas, planes...Pero existe algo que no se puede cambiar ni acepta adaptaciones de ninguna índole y que está ligado a la idiosincrasia cada uno. Hay una manera de pensar, de sentir, de ejecutar y que está en la sangre, en el churrasco y el mate o en la avena con leche y el jamón con huevo. (Citado en Archetti, 2005, p 7).

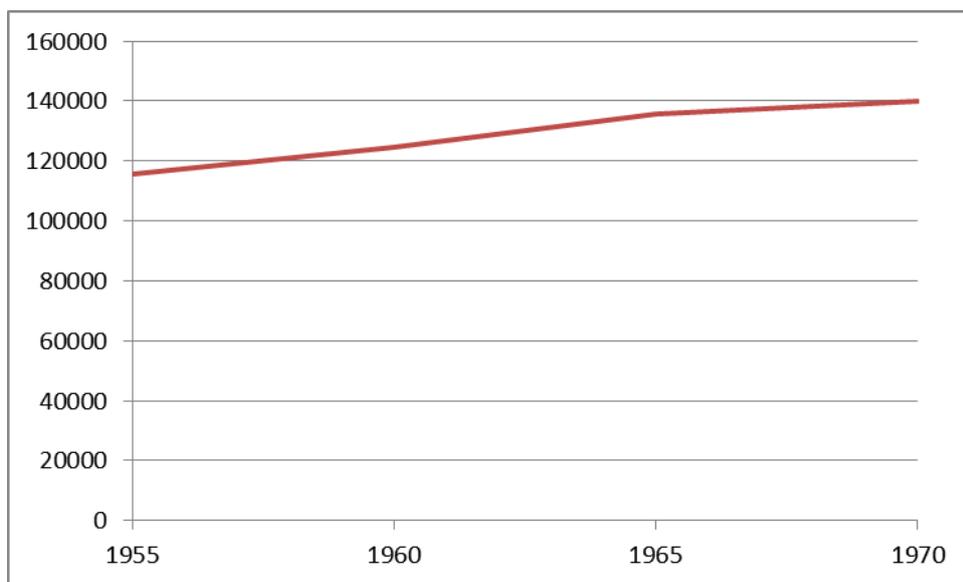
Las representaciones fílmicas más exitosas vinculadas al deporte durante el peronismo como *Pelota de Trapo* (Bo, 1948) y *Con los mismos colores* (Torres Diaz, 1953) ponen en primer plano al trabajador-jugador como encarnación de la nacionalidad y del humilde que se transforma en héroe deportivo. En un mismo acto, representa dos valores del Estado peronista y la clase obrera: la movilidad social, en este caso mediante el fútbol, y la defensa de la casaca nacional como sinónimo de la bandera argentina (Alabarces, 2001).

Luego de la caída del segundo gobierno peronista, se inicia el período conocido como “mercantil” donde se intentan imponer criterios de modernización en la organización de ese deporte. Si bien la disminución de las entradas vendidas en los espectáculos de fútbol constituye un fenómeno real, las razones no pueden ser atribuidas a la pérdida de preferencia por parte de las clases populares hacia ese deporte.⁶⁰

Como muestra el cuadro siguiente, durante estos años se produce —por contraposición— una nueva expansión de la masa societaria entre los principales clubes del fútbol argentino (todos los datos correspondientes a la Capital Federal y con la inclusión de Avellaneda).

⁶⁰ Alabarces (2001), Sibaja (2005) y Gruschevsky y Fridenberg (2015) presentan diferentes razones para entender este fenómeno que exceden los límites de este trabajo.

Cuadro N° 3: Evolución de la masa societaria de los 5 equipos grandes del fútbol argentino y Velez Sarfield (1955-1970)



Nota. Elaboración propia en base a Gruschevsky y Frydenberg (2015).

De acuerdo a Gruschevsky y Frydenberg (2015) el aumento de socios obedece a un incremento en las posibilidades materiales y simbólicas de uso del tiempo libre y del espacio. Si se coincide en que la mayoría de los espectadores y socios de fútbol se reclutan entre los sectores populares, nada nos impide suponer que la composición social de quienes hacen uso de las instalaciones sea particularmente diferente.

Según Sibaja, la asistencia a los partidos de fútbol siguió siendo un espectáculo abrumadoramente masculino durante los años sesenta. Aún si la presencia femenina y de la niñez en los clubes fue en crecimiento, se concentraba mayormente en las actividades sociales como el atletismo, la natación y los cursos de baile. El hecho de interrumpirse el flujo de recursos estatales destinados al financiamiento del deporte, luego de 1955, potenció el lugar de los clubes sociales como receptores de la familia, al menos en lo que respecta a las actividades sociales (2005).

Algunos de los valores que representaron el fútbol en décadas anteriores siguieron incólumes en los sesenta. Según Sibaja, el exceso de violencia, reflejado en el incremento de jugadores lesionados y expulsados de las canchas porteñas, era visto por los hinchas y, en forma parcial por el periodismo deportivo, como un signo de la valentía y la virilidad de los jugadores locales. Un periodista retirado recuerda el cambio en los cánticos de los espectadores con respecto al pasado: la vulgaridad y las sugerencias de violencia se hicieron más frecuentes a fines

de la década del sesenta. Calificar a un rival de “llorón” es acusarlo de quejoso ante un golpe recibido o debido a medidas arbitrales en su contra, pero también

el término también se refiere a una cierta medida de castración. ‘Llorón’ no era diferente llamar a un oponente, o fanático rival, un ‘hijo’. Etiquetar a un rival de ‘hijo’ era insultarlo como una figura pasiva en contraste con el “padre” que disciplina al niño. Más que una alusión a una relación patriarcal, el término ‘llorón’ sugirió un grado de dominación sexual que feminizó a los demás. (Sibaja, p.294. La traducción es mía)

El fútbol en los años sesenta vio surgir la figura del “caudillo” como el símbolo de liderazgo, firmeza y virilidad. Antonio Rattín, jugador del más popular de los clubes de fútbol, Boca Juniors, constituye uno de los ejemplos más claros. Cuando se transformó en jugador del combinado nacional en la Copa del Mundo de 1966, un incidente en el partido con el local Inglaterra, lo transformó en el más “macho”⁶¹. Su expulsión y su conducta posterior fueron leídas, además, en clave nacionalista como un desafío al colonialismo británico. Virilidad y nacionalismo fueron elementos asociados al fútbol, reflejado en películas como en *El Crack* (Martinez Suarez, 1960)⁶².

Ese mismo año, un avión de línea argentino fue desviado por dirigentes nacionalistas hacia la capital de las Islas Malvinas, Port Stanley, acción denominada “Operativo Condor”⁶³.

En síntesis, el fútbol y el box continuaron como las dos grandes pasiones deportivas de los trabajadores. Pese a la transformación de esos espectáculos durante los años sesenta, estos irradiaron los mismos valores: masculinidad y la identificación con “lo nacional”. Esos valores no se encuentran ajenos a la vida obrera y sindical. Dirigentes vinculados a la UOM eran asiduos practicantes de boxeo, como Armando Cabo y también lo hacía en su juventud el futuro

⁶¹ Rattin fue expulsado por el árbitro del partido ante la protesta por supuestos fallos contra Argentina. Cuando el jugador argentino salió del campo de juego se sentó en la alfombra delante del lugar donde la Reina observaba los encuentros del mundial (pese a que no estaba presente). Cuando fue desalojado, camino al túnel, el jugador tomó con una de sus manos un banderín que llevaba los colores de la bandera británica y lo estrujó, en señal de enfrentamiento con el público inglés que lo abucheaba. Argentina perdió ese partido 1 a 0 pero el incidente fue traducido por los medios de comunicación argentino como un acto de heroísmo del jugador y, al regreso al país, los jugadores del equipo nacional fueron recibidos como si hubieran ganado el campeonato o con el título de “campeones morales”. La representación de ese partido como un acto de reivindicación argentina frente al colonialismo inglés generó una fuerte identificación de la población y, sobre todo, de los sectores populares con ese equipo de fútbol y, particularmente, con la actitud de Rattin. La actitud de éste último era, además, visto como un ejemplo de virilidad de los jugadores de fútbol, elemento que permitía, a su vez, una identificación con los trabajadores de entonces y la virilidad que se requería en el trabajo en la fábrica (Sibaja, 2005). Factor de identificación que, sin embargo, no era nada novedoso para éste deporte.

⁶² En el film, protagonizado por Jorge Salcedo, los hinchas partidarios le recriminan la falta de masculinidad a uno de sus jugadores por no convertir un gol.

⁶³ En esa operación participaron, entre otros, Dardo Cabo hijo del dirigente Armando Cabo. Realizó sus primeras armas políticas dentro de la UOM, como aliado de Vandor. Luego de la “estación” nacionalista de los años sesenta, que incluyó la militancia en el grupo “Tacuara” y en el “Movimiento Nueva Argentina”, formó parte de la organización Montoneros en la Columna Capital de la Regional Buenos Aires. Su actuación más destacada fue –sin embargo– como Director de la revista *Descamisados* y editoralista de la misma. Fue asesinado en 1977 en una cárcel platense (Slipak, 2015). Para una biografía novelada reciente, véase Palermo (2021).

Secretario General de los metalúrgicos de la era post vandorista, Lorenzo Miguel. El mismo General Perón en su época de cadete en el Colegio Militar era aficionado al box.

Por otra parte, muchos de los dirigentes sindicales y políticos de la década peronista encontraban en el turf una afición común, que se extendía a vastos sectores de la clase trabajadora hasta esos años. Personajes tan diversos como Carlos Aloé (gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1952 y 1955), Jorge Antonio (empresario vinculado al propio Perón en sus dos primeras gestiones de gobierno) y John William Cooke (como hemos visto, delegado de Perón luego de 1955 y posterior referente de la izquierda peronista en los setenta) mostraban su entusiasmo por la carrera de caballos (Hora, 2014).

Miguel Gazzera, dirigente del Sindicato de Fideeros, contemporáneo y aliado de Vandor hasta 1966, relaciona sus propios orígenes sindicales en la empresa Tampieri de la localidad de San Francisco (Provincia de Córdoba) con su afición a los deportes y a sus dotes viriles de seducción:

Yo del tema de Perón me enteré después...en el 48. No tenía mayor vinculación con la política, ni me interesaba tampoco (risas). Mil obreros, setenta por ciento con mujeres, yo me dividía las energías entre el deporte y las mujeres [carcajadas]. Mi relación con los trabajadores antes de incorporarme a la conducción sindical... Primero tenía una gran ascendencia sobre ellos como ayudante del jefe del personal. Yo disponía. (...) Además yo integraba el equipo de fútbol, de basquet y de ciclismo...de manera que tenía una muy buena relación...luego siempre los consideré a ellos mis amigos.

(Comunicación personal, agosto 1992)

En el caso de Gazzera, la cercanía a un cargo del sector patronal no constituye un obstáculo para la ascendencia ante sus compañeros, reforzada por una pasión común, el deporte, que sumado a las condiciones específicas de conducción le permitieron al dirigente fideero encabezar su primera huelga como delegado con todo éxito.

Desde un lugar de menor relevancia, Nicolás M.⁶⁴ al poco tiempo de incorporarse a Coca Cola, a fines de 1958, como encargado de mantenimiento de la parte eléctrica se hace activista

⁶⁴ Trabajador y militante del Sindicato de Aguas Gaseosas (SUTIAGA) comandado por el vandorista Juan Rachini. Concejal porteño por la Unión Popular entre 1964-1966.

gremial:

Hasta ese momento yo era peronista pero no le daba bola a la política, no tenía conciencia gremial pero tenía espíritu solidario. Yo era personal especializado: el oficial de fábrica era un tipo muy respetado, un respeto que se adquiere por el trabajo. Entonces los muchachos me vienen a ver: 'mirá vamos a hacer una asamblea, que se yo, queremos que colabores con nosotros'. Entonces apoyaba las mociones de la mayoría, pero claro, me destacaba porque todos los demás eran personal de producción que tenía ropa blanca y yo tenía ropa verde. La ropa verde generalmente se destacaba porque eran tipos que querían llegar a ser jefes, gerente de Coca-Cola y el de producción (en cambio) llegaba hasta ahí. Entonces el tipo de producción decía: este tipo rechaza el privilegio de querer llegar a ser alcahuete porque, en definitiva, en la fábrica, es un pensamiento particular muy mío, por lo general si no es un tipo que tiene título terciario todo aquel que es capataz, no es capataz porque es mejor operario que los demás, es capataz porque es más alcahuete. Es una opinión que tengo yo...entonces los tipos veían que yo alcahuete no era, estaba con los muchachos, había un partido de fútbol iba a jugar, lo hacía más o menos bien, a los muchachos les gustaba, había un velorio colaboraba. Todas esas cosas como podías ser vos, un tipo común de barrio, a los muchachos les gustaba. Entonces se produce una asamblea grande donde se quiere normalizar el gremio, y se llena de gente. Se quiere discutir la primer paritaria, había que mandar un delegado a las '62 organizaciones, otro a la agrupación (no me acuerdo de que era). Entonces voy a la asamblea, los muchachos de Coca Cola, imaginate en ese momento si en la asamblea había mil tipos, Coca-Cola debía tener setecientos, ochocientos tipos...en esa asamblea dicen necesitamos nombrar a la comisión para la Junta electoral: ¡M! Coca-Cola: ¡M!, todos los muchachos levantan la mano, entonces

necesitan miembro paritario: M!.Entonces ahí empiezo a tener un trato con los muchachos...vienen y me dicen:

- ¿Por qué no te acercas al gremio?, mirá que nosotros...

-Mirá, yo tengo laburo, que se yo.’ (Conversaciones con el autor, agosto de 1992)

La mayoría de los entrevistados reconocen en el deporte una de las vías de su enlace con los trabajadores para transformarse en sus representantes. Saber jugar al fútbol implica en el mundo del trabajo algo más que una serie de destrezas para ese juego, infiere estar entrelazado con la cultura de sus pares (ser un tipo “común de barrio”) como “parar” en el café (un rito casi exclusivamente masculino y urbano) o colaborar con los gastos de sepelio de algún compañero entre algunos de sus componentes. Además, por supuesto de otros rasgos como no ser un confidente de la patronal ni un individuo con ansias de ascender a toda costa (que el entrevistado sintetiza en la palabra no ser “alcahuete”). Uno de los aspectos importantes en la construcción de un *leader* lo constituye ser un trabajador competente, es decir, “saber resolver problemas” como señala M. Jorge B. fue supervisor en la empresa Philips en la época de operario de Vador y señalaba que éste “era un gran matricero” (Conversaciones con el autor, s/f, 1994). La idea del trabajo como deber social y moral, el orgullo de ser un trabajador profesional (es decir, calificado), que indudablemente colocaba a algunos de ellos por encima de sus compañeros (estableciendo, además, una clara distinción entre las jerarquías creadas en forma artificial “por alcahuetería” y las naturales por el “saber resolver problemas”), configura alguno de los aspectos que Luissa Passerini denomina “la ideología del trabajo” (1991). Esas *costumbres en común* entre las vidas de los dirigentes y sus trabajadores abarcó al conjunto de las actitudes hacia el trabajo, los gustos, el disfrute del ocio y la vida cotidiana en los 60. El mismo Vador, según señala su mujer Elida Curioni, no tenía una vida demasiado diferente a muchos de los bien remunerados trabajadores metalúrgicos: “Si bien a Augusto le gustaba la buena comida no era un gourmet. Tortilla, asado, milanesa con papas, pollo a la portuguesa, eran sus platos favoritos (...) Salíamos a ver box, fútbol, el hipódromo también (...) A él le gustaban las películas de vaqueros y los dibujos animados(...) el tango y el folklore, todo lo que fuera música nacional” (Gorbato, 1992, pp 62-63).

2.5 Masculinidad y Prejuicio como Elementos Constitutivos de la Identidad obrera y sindical

La afirmación de valores culturales tradicionales que reivindicaban la masculinidad atravesó toda la cultura obrera y sindical. Perón era conocido como “el macho” y las multitudes trabajadoras que coreaban su nombre durante el 17 de octubre de 1945 cantaban: “Maricones a otra parte/viva el macho de Eva Duarte” (Pulfer, 2020, p.6).

Muchos elementos retóricos surgidos en esa etapa y proyectados a la década del 60 vinculan a los trabajadores con el nacionalismo y la sexualidad masculina, y a la oposición con conductas femeninas. Lejos de ser meras descripciones discursivas, impregnaron las instituciones que fueron fortalecidas y re direccionadas por el Estado. La reivindicación del “criollismo”, entendido como la exaltación de los valores culturales vinculados a los trabajadores migrantes y asociándolos a los valores “nacionales”, adquiere relevancia en esa experiencia histórica. No sólo el hecho de ser trabajadores adquiere centralidad en la representación de ese lugar que se ocupaba como hombre, sino también el hecho de provenir del interior del país tomaba relevancia en dicha representación. El antiperonismo también colaboró para que esta imagen cobrara relevancia mediante la caracterización del “cabecita negra” aunque la iconografía usual representaba a los trabajadores con el tipo caucásico (Acha y Ben, 2004-2005; Gené, 2005).

El investigador Omar Acha señala la existencia de concepciones igualmente tradicionales acerca del lugar que la mujer y la familia ocupaban para los trabajadores y el Estado peronista que definió como “familiarismo peronista” y que habría atravesado la década del sesenta (Acha y Ben, 2004-2005). En la retórica peronista oficial, el ideal de familia, tomado de la tradición católica, se presenta como aquella reunida en el hogar debidamente constituido y con roles pre definidos. En numerosas publicaciones oficiales, el hombre es quien, como jefe de hogar, aporta lo necesario para el sustento, mientras que la mujer permanece en la casa alejada del mercado laboral y la política (La Nación Argentina. Justa, libre y soberana, 1950). En el texto más difundido en la etapa peronista *La razón de mi vida*, de Eva Perón (1951), se pondera el hecho de que la mujer en el hogar es el máximo símbolo de feminidad. Cabe aclarar, sin embargo, que las propias acciones del mismo Estado colocaron en tensión y complejizaron, en la práctica, este ideal, al promover el voto de las mujeres y circuitos regulados de participación ciudadana específicamente femeninos (Bianchi,1988).

Lejos de desaparecer luego de 1955, la imagen “machista del obrero criollo y mestizo se tornaría hegemónica en los años ’60-’70” (Acha y Ben, 2004-2005) como se presenta en las obras del artista plástico Ricardo Carpani. Al respecto, el investigador Daniel Szasbon señala algunas de las características de su obra:

Trabajadores de volúmenes titánicos, con brazos nervudos y gargantas abiertas, de rasgos duros y facetados, los puños nudosos, los rostros serios, las cejas iracundas, los martillos fierros desafiantes. Las imágenes declaran, afirman, gritan: pueblo, obreros, lucha, militancia, revolución, socialismo, nación. Todas las tensiones de los años de mayor radicalización de la política en nuestra historia se corporizan en esos músculos crispados, en esas venas a punto de estallar. (Citado en Sazbon, D. Ricardo Carpani: “La política en el arte”)

El pueblo es representado en conductas “viriles” frente a una oligarquía presentada como “femenina”. En los diversos procesos conflictivos, correspondientes a la constitución y desarrollo de ese movimiento político, como hemos visto, Perón era representado como el “macho”, pero esa cualidad se trasladaba también a los obreros en los conflictos por la constitución de comisiones internas fabriles, indicando que antes (de la irrupción de Perón en la escena política), la debilidad frente al capitalista los feminizaba. Las elites peronistas también se manifestaron en ese sentido. La CGT, con motivo del enfrentamiento con las fuerzas católicas en 1955, declaró “La central obrera, firme en su puesto de lucha, que le asignó la masa laboriosa de la nación, manifiesta su más severo repudio ante los hechos mencionados, a la vez que reitera a quienes los promovieron, que, si a sabiendas quieren guerra, deberán tener presente que la guerra es cosa de hombres y no podrán quejarse luego como mujeres” (Acha y Ben, p.30). En los años sesenta, las conductas que afirmaban el machismo estaban presentes en los principales dirigentes sindicales. La personalidad “varonil” de Vandor era destacada en el ambiente sindical y constituía un elemento nada despreciable de control sobre sus pares. En pleno enfrentamiento entre Perón y el “Lobo” se produjo el plenario de las 62 organizaciones de 1965. Un dirigente sindical asistente afirmó: “Vandor, además de su organización (la UOM), tenía una personalidad más fuerte [que Framini]. Era un tipo más duro”. Esa conducta podía acallar potenciales discordias entre las filas sindicales.

Andrés Framini, que poseía una carta de Perón acusatoria de la conducta de Vandor e iba a darla a conocer en ese evento sindical, fue intimidado por el Lobo:

Bueno el plenario ha comenzado ¿tenés algo que decir? Framini iba a decir algo, pero se calló. Al lado mío estaba Sanchez, el dirigente de la FOTIA. Se

levantó y Vandor le dijo: ‘¿Qué quiere, amigo?’ Sánchez se sentó nuevamente sin decir nada de lo que nos había dicho que iba a decir. Y del otro lado, Loholaberry, el secretario general adjunto de los textiles, dijo: ‘Pido la palabra’, Vandor se levantó y caminó hacia él, parándosele justo al lado. ‘¿Qué ibas a decir?’ ‘No, no, no quiero hablar’ Y así terminó el plenario. (Citado por McGuire, 1993, pp 204-205)

Pero, tanto en los gremios vandoristas como los denominados “duros”, el mundo del activismo gremial era un territorio definido “en términos de códigos masculinos de fuerza, valentía y compañerismo” (James, 2003, p.152). Pese a que las mujeres poseían un peso cada vez más creciente en el mercado laboral, se encontraban prácticamente ausentes de los organismos directivos dentro del sindicalismo. Incluso, en aquellos gremios como el textil, con una importante concentración de trabajadoras, la representación en la cúpula de la AOT era casi nula. En ese sentido, el contraste es notorio con los ámbitos culturales predominantes de clase media que les reservan a las mujeres un lugar más prominente.

Además de rasgos culturales relacionados a la virilidad y el nacionalismo entre los trabajadores y los sindicatos, los primeros expresan diferencias internas en base a percepciones “racializadas”. Los trabajadores peronistas, pese a su fuerte identidad política común que los unifica como clase, están atravesados por diferencias internas.

La consideración de los pobres como seres abandonados sin apego a la higiene ni a la cultura del trabajo, desaprensión en el cuidado de sus hijos, etc. forma parte de los prejuicios más usuales durante la década peronista y los años sesenta. Si bien pueden asociarse a valores existentes entre los sectores medios y altos (Adamovsky, 2009) existen indicios para pensar que un segmento de los trabajadores hizo suyo estos argumentos⁶⁵. Como señala María Rosa Aboy (2005) en su estudio sobre el barrio “Los Perales”, en los años peronistas se forjaron estereotipos de hondo y prolongado arraigo que construyeron una especie de “Leyenda Negra”. La misma supone que sus ocupantes –migrantes de recientes llegada a la ciudad– habrían utilizado los pisos de madera parquet como combustible para realizar asados. Algunos de los entrevistados por la autora, trabajadores de ascendencia europea y todos ellos peronistas, hicieron suyas esas versiones para diferenciarse de “los collas” que vinieron (según ellos) del norte (p. 133) lo cual demostraría cierta heterogeneidad en las filas trabajadoras –sobre todo– en el terreno cultural. En los años sesenta, esa heterogeneidad pareciera no haber perdido vigencia de acuerdo a algunos

⁶⁵ Como las declaraciones de nuestro informante Juan C. Véase nota al pie número 19 de este capítulo.

estudios contemporáneos. Mario Margulis en 1968 señalaba que “donde el prejuicio se hace más manifiesto es entre aquellos miembros que tienen una mayor interacción con los grupos provincianos” (p.84). El psicólogo social Julio Moffatt señala la existencia de prejuicios contra los sectores más bajos del mundo del trabajo (“peones y changarines” de origen provinciano) proveniente de los trabajadores calificados. Hugo Ratier(1971), por último, remarca la distinción racial entre el mundo trabajador a partir de la preferencia por los “rubios” en desmedro de los “negros”. Además, señala que los “villeros” argentinos estigmatizan a aquellos provenientes de países limítrofes. “El cabecita negra también maneja estereotipos, virtudes y defectos que el folklore de sus pagos asigna a los extraños” (p.85). En los espectáculos futbolísticos de los años sesenta eran habituales los cánticos de las hinchadas contra aquellas que provenían de zonas hipotéticamente más pobres, a las que calificaban de “negros”.

Pese a esos rasgos discriminatorios al interior del mundo del trabajo, un sector de éstos, los migrantes internos, muestran preferencias similares en materia de entretenimiento y de masas a sus pares de más larga data en la ciudad. Una encuesta, realizada en los años sesenta, señala que, entre las diversiones de los trabajadores migrantes residentes en la ciudad de Buenos Aires, el cine, el baile, los deportes y el fútbol ocupan las principales preferencias en el uso del tiempo libre con un 64, 33, 24 y 18 % respectivamente (Troncoso, 1971, p 85).

3.6 Nuevas Publicaciones para los Trabajadores. El Caso de ‘Así El Mundo en sus manos’⁶⁶ y ‘Crónica’⁶⁷.

Un aspecto importante (aunque poco estudiado) de la cultura de los trabajadores lo constituyó la palabra impresa destinada específicamente a ese sector social. Los mayores éxitos editoriales de la época fueron los dirigidos al público popular. El reportero y periodista Héctor Ricardo García creó la Editorial Sarmiento, responsable de la publicación *Así es Boca*, en las postrimerías del segundo gobierno de Perón, seguido por la revista semanal *Así El Mundo en sus manos*, que circuló en Buenos Aires entre 1955 y 1975. De acuerdo al investigador Mariano Petrecca (2019), se transformó en la publicación periódica de mayor éxito del período.⁶⁸ La amplia difusión entre los sectores populares es testimoniada por la venta creciente de la revista: en su nacimiento en 1955 tuvo un piso de 60.000 ejemplares y hacia 1959 ya había llegado a los 150.000. Tres años después, alcanzó los 500.000 ejemplares. En poco tiempo, con tres ediciones semanales, los martes, jueves y sábados (*Así*, *Así 2da* y *Así 3ra*) alcanzaría 1.500.000 ejemplares

⁶⁶ La investigación de fuentes primarias y secundarias de esta publicación relatadas aquí corresponden a la Tesis de Posgrado de Mariano Petrecca (2019).

⁶⁷ Por cuestiones de extensión se han tomado como referencia para el análisis de este periódico principalmente los años 1964 y 1969 y reproducciones menores de otros años. Si bien no constituye un análisis exhaustivo de todo el período, consideramos que la elección selectiva está justificada por la importancia de esos años para la UOM y los trabajadores, como se ha visto en esta investigación. Agradezco al Profesor Rodolfo Varela el relevamiento inicial de *Crónica*.

⁶⁸ Existieron algunas otras publicaciones del mismo estilo, de menor éxito comercial y de vida más efímera. Sin ser una lista exhaustiva, algunas de ellas fueron *Careo*, *Ocurrió* y *La Tercera ilustrada*.

semanales, transformándose así en la revista semanal que hegemonizó el gusto popular hacia 1969.

El semanario presentaba un formato de revista ya conocido y de probada eficacia, similar al de los “magazines americanos” donde primaba “la noticia estremecedora, escandalosa o sorpresiva, una noción de actualidad impregnada de crímenes, accidentes, milagros, maravillas de la ciencia y extravagancias de todo tipo”. Las notas se escribían en un lenguaje sencillo que garantizaba la comprensión del lector popular, presentadas en un tono melodramático y donde las argumentaciones se expresaban con una alta carga emotiva y maniquea⁶⁹. Sus contenidos resultaban muy diferentes a las pretensiones y complejidades que presentaban las publicaciones destinadas a las clases medias, asociadas a una matriz cultural “racional- iluminista” y con lectores de perfil “analítico-sintético”, tal como veremos en el próximo capítulo (p. 12)⁷⁰. Pensado desde ese lugar, *Así* no reniega del análisis de la política, sino que lo traduce, desde su matriz “simbólico- dramática”, a gusto de sus lectores, como lo hicieron los tabloides británicos. Desde la perspectiva de Bingham y Conboy (2015), los trabajadores británicos lectores del *Daily Mirror* y *The Sun* se interesaban por la política, pero en un formato entretenido, cercano al chisme y los secretos de alcoba. La figura de Perón constituirá entonces un personaje central para la revista *Así*: como “conductor”, diseñador de estrategias desde el exilio y, sobre todo, “un ídolo popular” portador de facultades extraordinarias y de una vida íntima escabrosa que, para los sectores populares, “tenía rasgos entrañables, emotivos y atemporales” (p. 16). La línea de la revista se niega a una identificación partidaria directa, aunque la defensa de los “intereses populares” la lleva a sintonizar la misma frecuencia con la masa de sus lectores obreros, situándose objetivamente en el mismo campo⁷¹.

En la mayoría de los casos, sin embargo, la “política” aparece en forma oblicua: en las etapas donde la revista se concentra en noticias donde priman los crímenes, accidentes y catástrofes se le da especial relevancia los que tienen como víctimas o protagonistas a los humildes, como los habitantes de los barrios de emergencia. Desde la perspectiva de Petracca, estos relatos tienen profundas connotaciones políticas “al denunciar en tono melodramático ‘los males del subdesarrollo’ entendidos como las causas profundas de las noticias trágicas que presenta como incendios y muertes de niños pobres”. Ese verdadero mundo cultural popular con el que *Así* busca empatizar y mostrar, se compone de elementos fatalistas y resignados (acorde al dicho popular: “¡pobres habrá siempre!”), pero también “estoicamente aferrada a la esperanza

⁶⁹ El lector prototípico de este tipo de literatura popular tiene antecedentes en la Buenos Aires de los años 20, como señaló Beatriz Sarlo (2004).

⁷⁰ Petracca nos advierte, sin embargo, acerca de crear un dique profundo entre la prensa “seria” y la “sensacionalista” en tanto hay zonas de “intersección” determinado por el funcionamiento del mercado informativo donde la noticia es un commodity a disposición de todos los medios que luego éstos readaptan y procesan de acuerdo a sus propuestas, estrategias e intereses (p.13). El “fotoperiodismo” constituiría uno de los puntos de intersección.

⁷¹ Además del instinto de auto- preservación. En un contexto de inestabilidad institucional, señala Petrecca, una identificación demasiado explícita lo podía someter a acciones de censura como de hecho ocurrió con *Así*.

del retorno de Perón” (p.24) y con una sensibilidad política “soterrada pero real” (p.139).

Los relatos de desgracias que abundan en la publicación dejan de manifiesto también la solidaridad interna de la comunidad de los barrios humildes que, pese a la catástrofe y muerte, “reacciona como un solo cuerpo ante la desgracia” y se rehace para seguir adelante. El investigador se pregunta “¿es aventurado imaginar la interpretación de que “el pueblo” sale de estas pérdidas con duras cicatrices, pero internamente fortalecido?” (p.150).

De esa forma, estos relatos explicados desde la “fatalidad” establecen un puente con las ideas, sensibilidades y lealtades que la revista entendía como propias del pueblo (pp. 23-24). También identifica y critica a los enemigos o detractores de los “villeros”.

Así le dio una particular atención a fenómenos “milagrosos”, como personas que se recuperan de una enfermedad incurable, sin mediar explicación científica. La sección de marras, desde su mismo nombre: “El Hombre de los Milagros”, sugiere explicaciones sobre naturales. La revista recorre también temáticas de común interés a las publicaciones “serias” como los avances científicos-tecnológicos de esos años, lo cual demostraría ciertas áreas de interés común con los lectores “cultos”. La llegada del hombre a la Luna en 1969, produce tal impacto (reflejado en los récords de venta) que motiva el cambio de denominación de la revista por “*Así. El mundo y la Luna en sus manos*”.

Con el impulso que le dio el éxito editorial de *Así*, Héctor Ricardo García fundó el 29 de julio de 1963 el diario *Crónica* que, en poco tiempo, se convertiría en paradigma del periodismo gráfico popular. Desde el punto de vista de su tipografía y su temática, las semejanzas con el mítico *Crítica* dirigido por Helvio Botana son por demás evidentes⁷². Y, cómo su predecesor, fue un inmediato éxito de ventas. Un año después, el diario imprimía tres ediciones diarias con un tiraje de 300.000 ejemplares en promedio de ventas. Entre 1968 y 1973 ese promedio se ubicó cercano a los 600.000 periódicos diarios.

Si tomamos como referencia el año 1969, veremos la importancia de la circulación del periódico entre los sectores populares:

⁷² Para un análisis del diario *Crítica* inserto en el proceso de modernización urbana de Buenos Aires en los años veinte, véase Saitta (1998). Desde ya que la influencia política y cultural de la creación de Natalio Botana, el diario vespertino de mayor tirada en castellano, excede en mucho al diario de García creado en un contexto radicalmente diferente.

Tabla N°1:

<i>Diarios “Crónica” vendidos en Capital Federal en 1969 (en cantidad de ejemplares diarios)</i>	
Crónica vespertino	276.374
Crónica matutina	334.642
Total	611.016

Nota. Elaboración propia en base a Instituto Verificación de Circulaciones

Según el diario de habla inglesa *Buenos Aires Herald*:

Crónica tiene éxito porque es un diario para el pueblo y se ocupa de cosas en las que el pueblo está interesado: deportes, carreras, crímenes, noticias gremiales y sensacionales. Tal es la confianza en el diario que tres asesinos fueron a la oficina de García a confesarle sus crímenes y luego se presentaron a la Policía. Ellos leían ‘Crónica’ y García tiene un corto apellido español que es fácil de recordar. (Citado en La Vaca, 2019)

En su número inicial señala, en términos transparentes, a quienes les escribe “Crónica tiene un destinatario bien definido: el Pueblo, la masa. Entre un acto oficial y el drama de un niño, el último será el que ocupe nuestra atención”, arengaba García a sus periodistas. En su primer número editorial explicaba cómo sería el diario: “Nada de eufemismos ni retorcimientos idiomáticos. La voz popular ha de recogerse para el mejor entendimiento de la información. El idioma argentino será nuestra manera de decir las cosas. A la verdad hay que gritarla en su mayor sencillez” (Infobae, 2019). Esta forma de interpelación opera en forma similar al diario de Botana: considerarse la voz del pueblo como forma de legitimación (Saitta, 1998, p.61). Al margen de las consideraciones del concepto de pueblo como construcción de su universo lector, aquí postulamos que el éxito de Crónica obedece también a la conexión entre las temáticas del diario y varias de las expectativas, gustos y esperanzas de la clase obrera.

Para los contemporáneos, que observaban la realidad desde otra atalaya social, las características de Crónica y sus destinatarios sociales coincidían con la mirada de García. Según el periódico de clase media *Primera Plana* hacia 1964:

En Buenos Aires se editan actualmente siete matutinos con una tirada global de casi un millón setecientos mil ejemplares, y la lucha parece haberse

entablado en distintos niveles: los tradicionales (La Nación y La Prensa) optaron por métodos que van desde la reforma sustancial del lenguaje, para simplificarlo y modernizarlo, hasta la inclusión de historietas en las páginas de los clasificados; los nuevos (*Crónica de la Mañana*) intentan imponer, en el generalmente plácido tono matutino, una violencia informativa que los vespertinos habían cultivado exitosamente durante los últimos treinta años; los tabloides (*Clarín* y *El Mundo*), en tanto, tienden redes para ganar cada vez un público más influyente y mejor conectado con las factores de poder.

En la misma nota, la revista reafirma la clase social destinataria del diario:

el tamaño sábana que García había intentado imponer a su edición matutina debió ser reemplazado a la semana por el más manuable tabloide; una encuesta de mercado confirmó que ‘el lector de *Crónica* no es el cómodo lector de La Nación o La Prensa, que dispone de confortables despachos para desplegar sus imponentes matutinos, sino el sudoroso y ajetreado obrero o empleado que cumple su lectura matutina en ómnibus y colectivos. (Citado en *Primera Plana*, año II, n°81, 26 de mayo 1964, pp. 32 y 33)

Las dos citas precedentes son especialmente relevantes: para propios y extraños, *Crónica* era el diario de los trabajadores. En los conflictos (sordos o explícitos) son fundamentales las imágenes que, de sí mismos y de los adversarios, realizan los contendientes, en tanto la mirada del otro ocupa un rol central como constructor de identidades.

El investigador Sergio Pujol (2002) confirma la identidad política de los lectores al señalar que *Crónica*:

era el vespertino de las masas peronistas sin Perón; el órgano que elegía esa ‘mayoría silenciosa’ de los votos proscriptos. Su identificación incondicional con los sectores populares no fue sólo un astuto cálculo de ventas, sino el reconocimiento de una ‘audiencia’ que no encontraba espacio en los demás diarios (p. 99).

¿Cuáles eran las secciones principales del diario? A lo largo de toda la década, la

publicación de García les da una importancia primordial a los deportes (el fútbol, el boxeo y el turf en especial), las noticias policiales (con énfasis en elementos escabrosos), la música y los espectáculos populares. *Crónica* muestra también un interés manifiesto en sus páginas por las noticias gremiales, con interés casi exclusivo en lo que comienza a definirse como la “ortodoxia” gremial o sectores más reformistas del movimiento obrero. Las proezas deportivas ocupan notas a doble página, con gran despliegue de fotos y, cuando se trataba de un deportista consagrado en gira al exterior, como Bonavena, enviados exclusivos acompañaban las peripecias del ídolo popular.⁷³

Cierto sentido de los “límites morales” aparecen en el diario ante la nota a una señorita atractiva, algo que se hará habitual en el periodismo popular. La presentación de una joven modelo a través de una foto en pose sensual se neutraliza con el siguiente copete “No basta con exhibir o exhibirse para ser modelo, hay que consagrarse muchas horas, sintiendo una vocación inequívoca. Un ejemplo: Sonia Rosa, joven, bella, estudiosa y con alto espíritu de sacrificio. Y sabe esperar”⁷⁴.

Los relatos de los periodistas desde Berlín, donde boxeaba Bonavena, dieron lugar para efectuar una crónica sobre lo que juzgan como una vida nocturna “libertina”⁷⁵. Mujeres que invitan a hombres a bailar en un salón nocturno y revistas pornográficas en kioscos de diarios son algunas de las novedades que provocan cierto estupor en los periodistas a lo largo de todo el relato. Un recuadro permite leer una entrevista a una joven berlinesa que gira exclusivamente sobre su vida sexual⁷⁶.

En una de sus habituales “crónicas policiales”, *Crónica* publica en tono de denuncia una “fiesta” de carácter sexual en Antofagasta, Chile. La nota deja entrever un código moral implícito de condena a esos encuentros y a hombres “trasvestidos” con ropas de mujer. Además, en un giro notable de la noticia, el cronista agrega “El allanamiento permitió descubrir a tres estudiantes argentinos (...) y que portaban carpetas con carteles alusivos al MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario) y varios cuadros con retratos del Che Guevara.”⁷⁷ La “inversión” de lo que el diario considera como “normal” en materia sexual es vinculada con los estudiantes (grandes protagonistas de las movilizaciones sociales de esos años) y a éstos con los movimientos insurreccionales en plena acción en la convulsionada América Latina de esos años. ¿Cómo debemos interpretar estas notas? A nuestro juicio pone de manifiesto un “código moral” popular implícito, en el sentido que lo entiende Eduard Thompson (1995), que se asemeja al de su público lector.

⁷³ “Bonavena por demolición”, *Crónica*, 25 de junio de 1969, pp 12-13

⁷⁴ “Auténtica modelo”, *Crónica*, domingo 22 de junio de 1969, p.31

⁷⁵ “Berlín: aquí está su señoría, la diversión”, *Crónica*, 6 de julio de 1969, pp 30-31

⁷⁶ “Liberalidad, La, La”, *ibídem*

⁷⁷ “Orgía: 50 hombres y una mujer” *Crónica*, sábado 18 de junio de 1969, p 11

El asesinato de Vandor ocupó varias tapas de ese junio-julio de 1969. El periódico mantuvo, durante un lapso de casi una semana, las más diversas hipótesis acerca de los autores materiales y objetivos de los atacantes, la postura de la policía, las solicitadas de repudio y reclamo de justicia la UOM y las declaraciones de líderes sindicales y fotos de congoja obrera. El periódico apoya implícitamente la postura de la “ortodoxia” y hace suya la interpretación de los principales líderes acerca del verdadero motivo del asesinato: evitar la unidad sindical. En la tapa del sepelio, dos fotos, una con la madre del dirigente y otra con la esposa, permiten aleccionar a los lectores: Vandor, pese a ser uno de los actores centrales de la década, era un hombre de familia. El epígrafe señala apelando a la sensibilidad del lector:

Enorme multitud de personas desfiló ayer por la capilla ardiente en que se velan los restos de Augusto Vandor para rendirle póstumo homenaje. Las ofrendas florales son innumerables. La madre ya sin lágrimas, con sereno y tremendo dolor, contempla al hijo exánime. En la otra foto, la esposa ha sufrido una crisis nerviosa y es asistida por un médico

La tapa es compartida con otro suceso que conmovía a la Argentina: el “Cordobazo”. En esas jornadas la CGT de los Argentinos lanzó una huelga general con epicentro en la Provincia de Córdoba que es retratada por *Crónica* como un fenómeno puramente policial y con costados trágicos, pero sin consideraciones acerca de las motivaciones de los participantes. El título principal señala: “Paro con violencias: niña de 4 años, grave”. En un recuadro en la parte inferior, el diario titula declaraciones del Ministro del Interior José Luis de Imaz “Hay 300 detenidos” y destaca la actuación “con energía” de la policía y que los incidentes “no conmovieron a la ciudad”⁷⁸. El día del entierro del dirigente metalúrgico también merece la tapa del periódico. En una foto del evento, su epígrafe señala “El sepelio de los restos de Augusto Vandor fue una imponente muestra de dolor y solidaridad. Millares de personas nutrieron el cortejo fúnebre, que culminó su lento periplo en la Chacarita. Este es el momento en que ingresa en la necrópolis”⁷⁹. En el interior del diario de esa jornada, a doble página, se le brinda una gran cobertura al suceso.⁸⁰

La diferente valorización de las distintas corrientes sindicales se encuentra desde el principio de *Crónica*. Los dirigentes no peronistas o con posturas alejadas de las 62 Organizaciones Peronistas reciben la crítica del periódico. Una nota del año ’64 “¿Quién paga

⁷⁸ *Crónica*, miércoles 2 de julio de 1969, tapa

⁷⁹ *Crónica*, jueves 3 de julio de 1969, tapa

⁸⁰ “Una multitud en las exequias de Vandor”, *ibidem*, pp 6 y 7

los viajes de Perez Leirós?”, el periódico se cuestiona de dónde el viejo dirigente socialista,⁸¹ con sus modestos ingresos declarados, extrae los recursos para realizar viajes por todo el mundo.⁸² Las fuerzas gremiales peronistas reciben –en cambio– un mejor tratamiento. Con motivo de las elecciones de la Asociación Obrera Textil, que llevaba como candidato principal a Andrés Framini, el diario denuncia la hostilidad del Ministerio de Trabajo del gobierno radical. Desde la perspectiva de *Crónica*, el gobierno está dispuesto a intervenir mediante argucias para favorecer al candidato no peronista⁸³. En la misma página se le brinda un gran espacio a las ideas del Secretario general de la CGT, José Alonso, con fuertes críticas a Illia y expone con amplitud un plan de transformación⁸⁴.

La relación con las Fuerzas Armadas en este período está fuera de ser traumática. En sus páginas parecen encontrarse ideas de “unión entre los militares y el pueblo” que anidaban aún en algunos sectores peronistas. Si bien el diario se muestra crítico con algunos lineamientos de la política económica de Krieger Vasena, sobre todo en su postura sobre la plena vigencia de las Convenciones Colectivas de Trabajo, a fines de la década tiene en sus páginas un discurso “patriótico” con motivos de las fechas celebratorias de la independencia⁸⁵. Con numerosas fotografías los militares presentaron desfiles de tanques recientemente incorporados. En pleno “Cordobazo”, algunas de cuyas manifestaciones son un furibundo rechazo de estudiantes y trabajadores a las fuerzas del orden, el diario destaca la participación popular en actos oficiales encabezados por las Fuerzas Armadas en las principales provincias argentinas.⁸⁶

En pleno auge de la música rock (preferida por los sectores juveniles de clase media), para *Crónica* solo merece atención cuando se lo relaciona con escándalos o asuntos policíacos. La muerte trágica de Brian Jones, uno de los guitarristas del grupo británico The Rolling Stones⁸⁷, el recital de Hyde Park (Londres) en homenaje posterior a su muerte y la internación de una novia del cantante Mick Jagger en Australia son enfocados desde una perspectiva de asociar rock con delito⁸⁸. Hacia fines de la década, la asociación entre estudiantes y drogas en el periódico es también cada vez más frecuente⁸⁹.

En otros rubros, *Crónica* sigue a pie juntillas los gustos y preferencias populares surgidos de los nuevos medios de comunicación en los años sesenta. Los éxitos televisivos y

⁸¹ Francisco Perez Leirós era en los años sesenta un dirigente de dilatada experiencia dentro del gremio de los municipales de la ciudad de Buenos Aires iniciada en los años '30. Firme aliado de la Revolución Libertadora que derrocó a Perón, se constituyó en uno de los últimos bastiones socialistas dentro del mundo gremial en esa década. Para los inicios de su dilatada carrera gremial, véase Del Campo (1983), para los años '60 véase Rotondaro (1971).

⁸² *Crónica*, miércoles 9 de enero de 1964, p.8

⁸³ “Secuestraron Credenciales en Blanco Para Fabricar Veedores”, *Crónica*, 14 de enero de 1964, p.7

⁸⁴ “Están asaltando al pueblo en su economía, dijo Alonso”, *ibidem*

⁸⁵ “Las armas rinden homenaje a la patria”, *Crónica*, jueves 10 de julio de 1969, p 8 y 9

⁸⁶ “Interior: Fervor de pueblo”, *ibidem*

⁸⁷ “Extraña muerte de uno de los ‘Rolling Stone’”, *Crónica*, jueves 3 de julio de 1969

⁸⁸ “‘Rolling Stone’: 400 desmayados; 12 presos”, *Crónica*, 3 de agosto de 1969, p.22

⁸⁹ “Chile: orgía entre estudiantes drogadictos”, *Crónica*, miércoles 9 de julio de 1969, p 11

cinematográficos de repercusión popular son ponderados sin ambages. Con motivo de los más de cien programas de “La Familia Falcón” señala que

“alcanzó en raudo vuelo la popularidad más firme entre los programas de carácter puramente familiar. Sus secuencias, extraídas de la vida misma son, ni más ni menos un mensaje de paz y comprensión para todos los hogares (...). Su éxito, en definitiva “habla elocuentemente del favor del público y de la calidad de los libros de Moser a los que prestan fervorosa carnadura los intérpretes (...) que han pasado a ser ‘un familiar más’ que semana a semana visita nuestros hogares. (“La Familia Falcón. Estuvo más de Cien Veces en Nuestro Hogar”, *Crónica*, lunes 6 de enero de 1964, p.14)

Artistas populares como Darío Vittori, Luis Sandrini, Rodolfo Zapata y Palito Ortega aparecen profusamente en sus páginas⁹⁰. En el caso del primero, la crítica del film “¡Qué noche de casamiento!” es una buena muestra de algunos de los principios ideológicos que animan al periódico. En la sinopsis del argumento, el cronista expone algunas de las ideas que no debieran ser extrañas a los trabajadores lectores de *Crónica*, pero que resultan llamativas en un momento álgido desde el punto de vista del conflicto social. El actor interpreta a un inmigrante que

supo amasar con el correr de los años una sólida fortuna que lo convierte en un sólido industrial. Sus empleados y obreros, y Celeste, su secretaria, lo respetan y lo secundan con eficiencia, aunque de vez en cuando se plantee alguna situación tirante por motivos de trabajo. Pero Celeste sabe como manejarlo y como encontrar solución.⁹¹ (“Darío Vittori figura de un filme nacional”, *Crónica*, martes 8 de julio de 1969)

Si el conflicto de clases encuentra resolución pacífica, la película también desarrolla un conflicto presente en ese 1969, el generacional: el industrial posee cuatro hijas (“casaderas” dice el cronista) que lo tienen a maltraer por problemas de relación con sus novios, aunque la historia

⁹⁰ Por ejemplo, “Luis Sandrini da vida a un extraño Profesor Hippie”, *Crónica*, viernes 18 de julio de 1969, p.20

tiene final feliz.

Algunos eventos le sirven al periódico para armonizar el protagonismo de los jóvenes en los '60 y las instituciones más tradicionales. Palito Ortega interpreta en la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen su último éxito de ventas, “Gracias a Dios”:

Las notas profanas de la composición (...) alcanzaron en el sacro ámbito del templo, una connotación de dulces resonancias musicales por encima de la habitual y lógica rigidez litúrgica (...). El suceso, desconocido en nuestro medio, contó con el cálido y tierno apoyo popular. Las notas profanas de la composición de Palito alcanzaron en el ámbito, fueron acompañadas por el juvenil coro y algunas voces que sintieron la necesidad de entonar las dulces estrofas. De tal manera el oficio religioso adquirió una fisonomía diferente. Y hasta la indumentaria de esas jovencitas y jovencitos –mini-faldas y blue-jeans– constituyeron un elemento que puso una nota de color en el sacro y recoleto escenario. (“Palito Ortega da “Gracias a Dios”, *Crónica*, sábado 19 de julio de 1969, p 22)

En las páginas del periódico de García conviven en ese crítico año 1964, con igual espacio y énfasis, fenómenos político-gremiales tanto la toma de fábricas impulsadas por la UOM del Vador y el “Operativo Retorno” como el fenómeno de la “Nueva Ola”⁹² y la persistencia del tango en la memoria popular⁹³.

2.6.1 Otras lecturas populares: las historietas

El mundo de las historietas, en los años sesenta, ocupó un rol significativamente menor en la cultura de los sectores populares que en décadas precedentes. Sin embargo, en los años cuarenta *Paturuzito* llegó a una tirada de 300.000 ejemplares semanales, mientras que la revista *Intervalo* llegaba a los 280.000. De acuerdo a Laura Vazquez (2010), ambas publicaciones sumadas a las humorísticas *Rico Tipo* y *Paturuzú*, “cubrían cerca del 50% de la circulación de las revistas argentinas (p.25). Diez años después, el total de revistas de historietas editadas en el país llegaba a 60.000. No obstante, la caída en las cifras, las historietas populares marcaron a fuego la cultura popular y las de sus antagonistas. *Paturuzú*, una creación del historietista Dante

⁹² “Palito y Leo venden el 80% de los discos”, *Crónica*, 7 de febrero de 1964; “El Club del Clan a la pantalla grande”, *Crónica*, 11 de marzo de 1963.

⁹³ Las referencias al tango son frecuentes, ya sea la evocación de los ídolos populares de los años cuarenta y cincuenta o bien la reivindicación de las nuevas tendencias “El tiempo pasa, la foto queda”, *Crónica*, 3 de enero de 1964, p.16; “Pichuco en Mar del Plata. ‘Tangos, risas y twist’”, *Crónica*, 16 de enero de 1964.

Quinterno, tiene una estructura simple desde el punto de vista narrativo y en la caracterización de sus personajes. El protagonista es un indio que representa todos los valores positivos: bueno, inocente y generoso. Hace gala de todas las virtudes auténticamente “argentinas”, como el patriotismo. En forma dicotómica sus enemigos son depositarios de los valores negativos y los estereotipos: por ejemplo, el gitano es traicionero y “taimado”; el judío es mezquino. De acuerdo a Steimberg (1972) en la historieta se despliega una serie de oposiciones subordinada a una central: la contradicción entre la tradición rural y el desorden ciudadano (representado por otro personaje, Isidoro). Esa oposición se replicaba en otras oposiciones: criollismo/indigenismo y extranjeros; generosidad y cálculo; valor y cobardía; el mundo de lo masculino y lo femenino. Por tanto, temas presentes en otras manifestaciones populares de los que se han visto en este capítulo (nacionalismo, chauvinismo, virilidad, la reivindicación de la familia, etc.) aparecen en las historietas más cercanas al mundo de los trabajadores.

El conjunto de indicios que conforman la cultura popular y que hemos presentado aquí (numerosos, pero lejos de ser exhaustivos), nos permite pensar en una atmósfera común en Buenos Aires entre trabajadores y dirigentes sindicales en la década estudiada. Pero también abre otro haz de coincidencias con el sector de las elites que abrió el cauce para la participación popular en los años cuarenta y que permitió conformar una nueva identidad política en el mundo del trabajo.

2.7 Las Elites y las Coincidencias con las Orientaciones Político-Ideológicas de los Trabajadores de Buenos Aires. Una Aproximación.

El pensamiento de las elites cercanas a los trabajadores también exhibió la predominancia de ideas tradicionales por sobre las novedades ideológicas. El mejor exponente es el pensamiento de Perón a principios de los años setenta. Muchos de los elementos de su concepción de la política y la ideología fueron concebidos en los albores del peronismo y permanecieron en lo esencial incólumes hasta el fin de los días de su conductor, como señalan Mariano Ben Plotkin (1993 y 2017) y Ricardo Sidicaro (1996). Un ambiguo antiliberalismo y un decidido anticomunismo pueden ser rastreados a lo largo de toda la carrera política de Perón, pese a los cambios políticos y sociales que el período del exilio le propone y las estrategias que despliega para mantener y ampliar sus huestes.

Perón presentaba al peronismo como “una barrera contra el comunismo al que calificaba de socialismo dogmático internacionalista”. En plena efervescencia de los “movimientos de liberación nacional” en los años sesenta, distinguía dos alternativas socialistas: una nacional y cristiana (el peronismo) y otra internacional y marxista (comunismo). En *La hora de los pueblos*

define al socialismo nacional como una tercera posición que fue encarnada por el fascismo y el nacional socialismo en los años 30 contra el capitalismo y el comunismo. El Movimiento de países del Tercer mundo⁹⁴ no sería más que el heredero de esas experiencias políticas europeas (Plotkin, 1993, p 67). Conviene aclarar que ese texto fue dado a conocer en 1970, cuando el proceso de atracción de los jóvenes de clase media por el peronismo había comenzado y cuando éstos comenzaban a ver a ese movimiento como sinónimo de cambio hacia el socialismo. Ese mismo año Perón le envía una carta al sacerdote español residente en Argentina Pedro Baranelli, con motivo de la reedición de su libro *Justicialismo o Comunismo*: “En la Argentina, nosotros trabajamos con éxito sin precedente para una solución anticomunista. La malhadada ‘revolución libertadora’ nos arrolló violentamente de nuestro quehacer patriótico y preparó admirablemente el advenimiento del caos actual que con sus entregas y sometimientos está preparando el triunfo del comunismo” (Acha, 2014, p.19).

En el último documento sustancioso desde su punto de vista político-ideológico publicado en vida de Perón: *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional*, aparecen la mayoría de las viejas ideas. Enfatiza la necesidad de una doctrina única, nacional, (la doctrina justicialista) que sirviera de guía a la Nación. La sociedad debía organizarse bajo los principios de la “comunidad organizada”, el Justicialismo, y la “tercera posición”, presentados como alternativas superadoras del liberalismo y el comunismo (Plotkin, 1993, p. 67).

Las concepciones de Perón sobre la familia y la educación de los niños también pueden ser calificadas como “tradicionales”, cuando estas cuestiones están siendo puestas en cuestión desde los años sesenta.

Por eso he querido desde aquí rendir un homenaje a esas madres que en el hogar han sabido dar a sus hijos una orientación suficiente. Nosotros queremos nada más que se formen hombres buenos, porque pensamos que, para darle armas culturales a un hombre, lo fundamental es que sea bueno. ¡Dios nos libre de un malvado con muchos medios intelectuales para perjudicar a sus semejantes! Esa es la primera escuela social y política que tienen los argentinos: en primer término, los hogares, y en segundo, las madres. (CGT, 2 de noviembre de 1973. Citado por Carassai (2012))

⁹⁴ La expresión se refiere al conjunto de países que desde los años cincuenta intentaron mantenerse en una forma equidistante de las dos superpotencias (Estados Unidos y la Unión Soviética). Su constitución como movimiento fue más que nada discursiva y su composición heterogénea sin lograr cristalizar en instituciones con peso decisivo en la geopolítica mundial.

La reivindicación del espacio hogareño y el lugar que la mujer debía ocupar en él no constituían una novedad para los trabajadores y los dirigentes, dado que como hemos visto formaban parte de algunos de los principios ideológicos que los primeros gobiernos justicialistas habían sostenido.

Otro sector de las elites dirigentes cercanas a los trabajadores, los dirigentes sindicales, compartieron los mismos principios que el creador de ese movimiento político. Por un lado, en los años iniciales del primer gobierno peronista, se forjó un *anticomunismo sindical* fruto de la disputa al interior de las organizaciones entre una activa (aunque minoritaria) militancia comunista y los más nóveles dirigentes peronistas. En los años sesenta, el enfrentamiento este-oeste y la reconstitución de un sindicalismo reformista, le dio nuevos bríos al anticomunismo sindical. Los sindicatos más poderosos utilizaban profusamente estas concepciones, descriptas arriba, en sus análisis de la realidad social de los años sesenta y en sus conflictos posteriores con la izquierda peronista.

Las reflexiones sobre los cambios sociales y el rol de la mujer merecieron también la intervención de la CGT de los años sesenta. Con motivo de un hecho trágico ocurrido, la desaparición de una joven del barrio de Flores y el posterior hallazgo de su cadáver en 1962, la central obrera sostiene la necesidad de que las jóvenes no abandonen la seguridad del hogar paterno.⁹⁵ No sabemos cómo efectivamente los trabajadores recibían estas ideas, si es que daban cuenta de las mismas más allá de los circuitos más politizados.

El investigador Omar Acha señala la existencia de indicios de la existencia de un *anticomunismo obrero* como parte intrínseca de la identidad peronista. Desde su perspectiva, el peronismo no fue una “estación ideológica superficial en una historia más extensa de la clase obrera” sino un acontecimiento decisivo en su constitución como clase social, pero del cual no fue un testigo inerte sino un partícipe decisivo como se dijo en el capítulo anterior y da cuenta una profusa bibliografía sobre el tema. De forma tal que el pensamiento de las elites peronistas fue tamizado y reconfigurado por los trabajadores y sus propias experiencias. La identidad que surgió de allí le impuso fronteras claras a la izquierda anticapitalista, cuyo nombre más extranjerizante era el “comunismo” (Acha, 2014, p. 2).

Las evidencias empíricas acerca de las orientaciones político-ideológicas de los trabajadores de Buenos Aires las encontramos en la arena electoral. Sus preferencias electorales dicen bastante sobre las afinidades entre “abajo” y “arriba” del peronismo, donde primaron las tradiciones sobre las innovaciones.

⁹⁵ El hecho se refiere al caso de la desaparición de Norma Penjerek en el invierno de 1962. Su desaparición disparó las hipótesis más diversas, entre las cuales se encuentra la de “trata de blancas”. Los “peligros” de la modernidad que involucrarían mayores grados de libertad para las mujeres en materia de sexualidad y auto determinación, estarían en directa relación con la desaparición de la joven, lo que motiva la denuncia de la CGT.

El investigador Santiago Carassai, basado en trabajos de Mora y Araujo y Llorente (1980) y Miguens (1988), realizó una comparación en la composición del voto peronista de 1946 y 1973. En ambos casos, se demuestra que el peronismo conservó la misma proporción de trabajadores en sus bases de apoyo. En 1973 fue votado por el 90% de los trabajadores y los sectores más empobrecidos, que constituía el 72% del caudal peronista de acuerdo a Miguens. Si en marzo de ese año los guarismos no superaron el 46%, se debió a la disminución del papel de los obreros sobre el conjunto de la población (de acuerdo a datos del censo Nacional de 1970, los trabajadores constituían el 45,2% más 9,1% de sectores marginales y autónomos).

Según Mora y Araujo el carácter “policlasista” del peronismo en 1973 no era homogéneo: en los grandes centros urbanos como Buenos Aires el peronismo en su conducta electoral se asemejaba a un partido obrero, asentado su voto sobre la clase obrera y los sindicatos.

En la encuesta realizada por Miguens el grueso de los encuestados prefiere la corriente moderada dentro del movimiento peronista por sobre las corrientes más radicalizadas. Reducida a los simpatizantes peronistas, la encuesta es aún más contundente: 66,3% y 24,3% a favor de perspectivas más moderadas. De acuerdo al investigador Raúl Jorrot, durante los años sesenta, las conductas electorales de los trabajadores de Buenos Aires –cuando éstos se pudieron manifestar– se mantuvieron por los mismos andariveles. En los años eleccionarios, que el peronismo pudo presentar candidatos propios con condicionamientos, como en 1962 y 1965, o votando por otro candidato, como en 1958, los trabajadores apoyaron masivamente a los candidatos “oficiales” mientras que los votos en blanco fueron muy bajos. Por contraposición, los votos obreros en blanco se manifestaron con altos números cuando las interdicciones fueron mayores (en 1957, 1960, 1961 y 1963). En perspectiva, tanto en elecciones libres, condicionadas y con prohibición absoluta el electorado obrero muestra una gran estabilidad en su vinculación con la línea “oficial” del peronismo donde el sindicalismo vandorista tuvo una injerencia determinante, al menos en la mayoría de ellas. Los trabajadores secundarios (es decir, vinculados al universo que constituye el objeto central de este trabajo) mayoritariamente optaron por los candidatos peronistas. Por el contrario, no parecen estar atraído por las aspiraciones electorales más disruptivas. El predicamento de los partidos de izquierda entre los trabajadores de Buenos Aires fue escaso en el período estudiado⁹⁶. Si se toma en cuenta todas las elecciones llevadas a cabo entre la convocatoria a la Convención Constituyente de 1957 y la elección de Perón en

⁹⁶ Consideramos aquí como partidos “de izquierda” la misma clasificación a la utilizada por Cantón y Jorrot (2001). Asimismo se toman en cuenta aquí en 1951, 1954 y 1957: Partido Socialista, Partido Comunista y Concentración Obrera; en 1958: Partido Socialista; en 1960: Partido Socialista Argentino, Partido Socialista Democrático y Concentración Obrera; en marzo de 1973: Partido Socialista de los Trabajadores, Partido Socialista Democrático, Frente de Izquierda Popular y Alianza Popular Revolucionaria; en septiembre de 1973: Partido Socialista de los Trabajadores y Frente de Izquierda Popular.

septiembre de 1973, el porcentaje de votos es un magro 7,56%⁹⁷, lo que guarda relación con los guarismos obtenidos en la primera mitad del siglo XX. Sus votantes se reparten entre un espectro más variado de categorías socio ocupacionales: estudiantes, comerciantes, profesionales y –en menor medida– trabajadores.

2.8 Los Valores Culturales de los Trabajadores de Buenos Aires. Tradicionalismo y Reformismo en los Años Sesenta

Los trabajadores de Buenos Aires durante los años sesenta encontraban en los deportes, las canciones populares y los nuevos productos de las industrias culturales parte de los valores comunes que los identificaron (y fortalecieron) como clase. Observaban en las estrellas del momento, ya fueran músicos, deportistas o personajes de la televisión, del cine y el teatro, ejemplos a emular o, en parte, reflejos de sus propias vidas. Muchas de estas actividades eran indudablemente un mero pasatismo que le permitían superar la dureza de la vida cotidiana, pero todas expresaban las experiencias y los anhelos de progreso y triunfo en la gran ciudad. Sus lecturas cotidianas (Como *Crónica* y *Así*) reflejan un mundo de trabajo, ocio y un anhelo de un mundo mejor para sus hijos. También expresa un “código moral” implícito acerca de lo que está bien y lo que está mal, por ejemplo, en materia sexual y el lugar de la mujer en la sociedad. En esos artefactos se encontraban también ideas que afirmaban, en algunos casos, la masculinidad, el respeto a las autoridades, el nacionalismo y la vigencia de instituciones como la familia. Para los trabajadores recién llegados a la ciudad, cada vez más abundantes en sus filas, el triunfo de un deportista o un cantante provinciano podía mitigar la añoranza por lo que se había dejado atrás y, quizá, el deseo de volver a un pasado anhelado. Para la abrumadora mayoría de los trabajadores ese “pasado anhelado” era la década peronista. Ante la falta de un término mejor, podemos caracterizar estos valores como “tradicionalistas”.

Probablemente las experiencias de los trabajadores provenientes de las provincias no fueran exactamente las mismas a los de más larga residencia urbana para los que, fusionarse con “los negros”, podía ser visto como la interrupción del proceso de movilidad social ascendente. Sin embargo, las otras “fuerzas” culturales como ciertos programas de televisión y películas taquilleras contribuían a su unificación como clase a partir de la “retícula” común con las que lo procesaban.

La “plasticidad” del mundo obrero (heredada del período peronista) le permitió absorber sin demasiadas dificultades los productos de la industria cultural específicamente destinados a

⁹⁷ Calculado en base a Cantón y Jorrot, 2001, cuadro 5-7, p.83. Cabe aclarar que los porcentajes reflejan los guarismos obtenidos por los partidos que efectivamente se presentaron a las elecciones. En la historia de esas agrupaciones, las divisiones, las ausencias y la transformaciones de esos espacios conspiran para realizar un cálculo más exacto.

ese público (como la música y las películas de Palito Ortega y Sandro) y los más abiertamente “policlasistas” (el Luna Park, los programas de televisión, etc). La resolución armoniosa de los conflictos generacionales y sociales, que presentaban todos los artefactos culturales que se han visto, se corresponden con la propia cultura obrera, cuya perspectiva “amable” acerca de los conflictos de los ´60 puede ser calificada de “reformista”.

De acuerdo con esos antecedentes, desde la perspectiva aquí defendida, las orientaciones políticas moderadas de los trabajadores de Buenos Aires se corresponden con lo que se ha analizado desde la perspectiva cultural. Su identidad peronista y su mundo cultural le pusieron un límite preciso a cualquier aventura político-ideológica ¿Cuál es la vinculación de la cultura obrera con los dirigentes y el propio Perón? Además de las condiciones específicamente corporativas, los dirigentes sindicales de la época y las elites políticas que no querían perder el apoyo del mundo del trabajo debían compartir los mismos valores que sus dirigidos, de lo contrario les hubiera resultado sumamente difícil conducirlos.

En síntesis, esa comunidad de valores e intereses entre los trabajadores de Buenos Aires, sus conducciones sindicales y las elites les permitirá afrontar en los años estudiados los desafíos que la modernización y los sectores medios le propusieron.

Capítulo 3: La Crítica “Moral” de Clase Media a los Valores Obrero-Sindicales durante el Proceso de Modernización Social y Cultural en Buenos Aires (1955-1969)

“quisiera una guía que me ayude a ver las cosas”
Joaquín Peña, obrero metalúrgico a la revista
Compañero, 20 de agosto de 1963

Los trabajadores de Buenos Aires si bien fueron afectados por la oleada de cambios modernizadores de los años sesenta, no fueron sus principales protagonistas. Por el contrario, estos años resultaron, para algunos investigadores, “el paraíso de la clase media” (Adamovsky, 2009). No sólo los estratos medios adquieren mayor centralidad en el discurso político, sino que algunas áreas de la modernización cultural parecen tenerlos como sus casi exclusivos destinatarios y/o reflejando sus puntos de vista, inclinaciones estéticas y sus orientaciones políticas. Incluso, mucho de los gestores de los ámbitos de producción cultural fueron reclutados desde sus filas⁹⁸. Como parte esencial del proceso de modernización surgieron manifestaciones contra-culturales, con vanguardias visibles en el arte y también en la política, que los tenían como actores centrales. Visto desde esa atalaya, esas áreas constituyeron, para los sectores intermedios, un punto privilegiado para reflexionar acerca de los trabajadores de Buenos Aires, las instituciones sindicales, sus orientaciones político-ideológicas y, más globalmente, su cultura. Esas percepciones (muchas veces críticas) de la clase obrera, no dejaron indemnes a los propios “sectores intermedios” urbanos que las enunciaban, ya que les permitieron construir su propia identidad (dinámica y cambiante) a lo largo de la década del sesenta “larga” (1955-1973).

En este capítulo revisaremos primero algunos de los antecedentes en la crítica de clase media a lo largo de la primera mitad del siglo XX; a continuación, haremos referencia a la centralidad económica, social y cultural de ese sector en los sesenta; y, por último, presentaremos algunos indicios de lo que consideramos las áreas más dinámicas de la industria cultural: la nueva prensa escrita, la televisión y el cine.

3.1 La Crítica “Moral” de los Sectores Medios de Buenos Aires a los Trabajadores como Forja de una Identidad de Clase. Desde Principios del Siglo XX hasta la Irrupción Peronista.

La crítica a algunas de las aficiones y al uso del tiempo libre de los trabajadores tiene larga data. Desde los albores del siglo XX, organizaciones de izquierda y las voces más representativas de la clase media hicieron sentir su queja ante la enorme difusión de los deportes entre los sectores populares. El periódico *Bandera Proletaria*, diario que representaba a la tendencia sindicalista, calificaba a la carrera de caballos en 1922 como el símbolo que “la

⁹⁸ Par analizar los diversos aspectos del proceso de modernización protagonizado por las clases medias, véase Sigal (1991); Terán (1993); Pujol (2002) y Gilman (2003). Para la relación entre estética y política, véase Longoni y Mestman(2018); Giunta (2000).

degeneración de la civilización burguesa ha alcanzado insuperables proporciones” (Hora, 2014, p. 145). Años después, el poder seductor de los deportes era igualmente denostado, en tanto enemigo de la “conciencia” obrera. El mismo periódico señalaba: “¿qué virtudes pueden esperarse de una juventud que ignora que, lejos de combatir las trabas hereditarias, dedica sus mejores años de existencia a cocear una pelota o a romperse mutuamente la crisma a puñetazos?” (p.230). La *Batalla Sindicalista* agrega: “se preocupan poco o nada por la lucha social” (p.230). El partido socialista de Juan B. Justo, en tanto auto-asignado moralizador de los sectores obreros, también dirigía sus críticas en ese sentido. En los años posteriores, el fortalecimiento de los sectores medios gracias a los procesos de movilidad social ascendente generó las condiciones propicias para el arraigo de discursos contrarios a las conductas de las clases privilegiadas y de aquellos que destacaban la inferioridad moral y cultural de las clases populares (Hora y Losada, 2011). Algunas prácticas, como los deportes populares, según estas miradas, iban en contra del esfuerzo, el ahorro, la respetabilidad y la decencia, valores que las clases intermedias comenzaron a difundir como una forma de identidad en el período de entre-guerras (1914-1945).

Los sectores medios adquirieron una identidad definida, durante los dos primeros gobiernos peronistas. La irrupción de ese movimiento político provocó, a mediados de los años 40, una serie de antagonismos sociales compuestos por vastos sectores sociales que iban desde las principales entidades patronales hasta algunas facciones minoritarias del mundo del trabajo. Sin embargo, los principales (y más visibles) opositores fueron los universitarios, los intelectuales, las asociaciones profesionales vinculados a las profesiones liberales, junto a los pequeños y medianos comerciantes e industriales. Esos sectores comenzaron a aglutinarse para culminar en el año crucial de 1945 de conformar un polo opositor expresado a través de los partidos tradicionales, la Unión Democrática. Una vez derrotada ésta última por la alianza peronista en las elecciones de febrero de 1946, lejos de morigerarse el antagonismo se hizo más profundo.

¿Qué es lo que resultaba más irritante para estos sectores de la experiencia peronista? De acuerdo a Ezequiel Adamovsky, el peronismo alteró las jerarquías sociales y culturales tradicionales dentro y fuera de la empresa a mediados del siglo XX (2009). Las conquistas más visibles logradas en la década peronista, debidamente retratadas en el primer capítulo, pueden ser resumidas en la siguiente expresión: una mejor distribución del ingreso y un mayor igualitarismo en las relaciones sociales en el marco del capitalismo. Otras transformaciones, más difusas, pero en definitiva más perdurables, fueron sintetizadas por uno de los grandes historiadores argentinos del siglo XX, Tulio Halperin Donghi: “todas las relaciones entre los grupos sociales

se vieron súbitamente redefinidas, y para advertirlo bastaba caminar las calles o subirse al tranvía” (1994, p.26).

En efecto, el espacio público se vio “inundado” por los sectores populares. Las reacciones de los sectores medios pueden ser sintetizadas en esta nota de “Tribuna Demócrata”:

Hoy es imposible hasta transitar por las calles: la irrespetuosidad, la insolencia, la procacidad, hacen el ambiente intolerable [...] Se nota el relajamiento en las costumbres: un léxico abyecto; interjecciones obscenas; inmoralidades de toda índole. Clima mundial de guaranguería, Tribuna Demócrata, n° 88, 23 de julio de 1947, p 3. (Citado en Adamovsky, p.273)

Como se ha visto en el capítulo anterior, los trabajadores como clase social adquirieron, en las nuevas políticas estatales inauguradas por el peronismo una nueva centralidad. Fueron interpelados por el Estado y su cultura plebeya (con todos sus valores incluidos), lejos de ser despreciada, fue reivindicada. La figura del trabajador se convirtió en el emblema de la propaganda oficial y el futuro de la Nación, tal como señaló Marcela Gené (2005). El nuevo protagonismo generó un antagonismo entre las clases medias y el peronismo, que el grueso de la historiografía reconoció como político, pero también como social y cultural (Torre, 2002).

Las caricaturas del socialista José Antonio Ginzo, apodado “Tristán”, constituyen una buena síntesis de los sentimientos de la clase media que se construyeron en ese período. Los trabajadores cercanos al peronismo son retratados casi siempre como muñecos de madera con las cabezas huecas, en clara alusión a su falta de raciocinio en la elección de sus orientaciones políticas. En otros casos, son retratados como asnos para causar el mismo efecto al lector: dejar de manifiesto la carencia de capital cultural de los seguidores de Perón. Esos conceptos, como luego veremos, están destinados a perdurar largo tiempo en el imaginario de los sectores medios. A Perón se lo ve plagado de símbolos nazis, con botas y eventualmente con una corona de laureles que lo retrata como un “César”, es decir, como un dictador. La figura de Eva Perón aparece sobre todo en las caricaturas posteriores a 1952, luego de su muerte, representada varias veces como una figura monárquica (lo que refuerza el carácter autoritario de su figura) y también como una “hada madrina”⁹⁹ en tono de burla a las manifestaciones de algunas publicaciones

⁹⁹ El papel de las “hadass madrinass” es central en los relatos de la tradición oral que circularon durante la edad media europea. En la mayoría de las representaciones, son vistas como seres de aparición repentina en los relatos que tienen la posibilidad de cambiar súbita y positivamente la suerte de los sujetos o bien de protegerlos ante los males que los acechan. Los afectados en los cuentos populares son, en su mayoría, provenientes del mundo campesino. Esas representaciones están insertas en la cultura popular del siglo XX, pese al cambio sustancial de contexto histórico y geográfico. Para analizar el peso de los cuentos en la tradición popular europea, véase Darnton (2000).

cercanas al peronismo¹⁰⁰. En ambos casos, se retrata la “inconveniencia” en la adhesión obrera a los líderes estatales: ya sea por contrariar los principios básicos de la democracia o por alimentar las creencias en un mundo mágico o metafísico, propio del mundo popular (1955).¹⁰¹

Además de forjar una identidad de clase definida, los sectores medios engrosaron sus filas gracias a las políticas macroeconómicas del peronismo, como hemos visto en el capítulo 2. La accesibilidad a la propiedad y la elevación de los niveles educacionales permitieron que esos sectores proyectaran su mayor status social en los años siguientes.

3.2 El “paraíso” de la clase media. Propiedad, educación, modernización social y cultural durante los años sesenta

Durante la década peronista, se sancionó la ley 13.512 de Propiedad Horizontal que brindó la posibilidad de que los diferentes departamentos de un mismo edificio puedan ser vendidos. Eso permitió que alcanzaran la condición de propietarios vastos sectores sociales de la sociedad porteña. Desde mediados de la década de 1940 y hasta fines de la de 1970 el crecimiento de propietarios fue significativo. De acuerdo a los datos de Horacio Torres (1993) y replicados por Rosa Aboy (2021) entre 1947 y 1960 el aumento de propietarios en la ciudad de Buenos Aires pasó del 17,6% al 45,6%. El Gran Buenos Aires para la misma etapa pasó del 43,3% al 67,2%. Los edificios de departamento pasaron a ser parte de la geografía visual porteña de los años sesenta, mientras que en 1944 sólo representaban “el 20% de los hogares porteños, para 1980 las tres cuartas partes de las viviendas eran de este tipo” (p. 51-52).

En los años sesenta, la Argentina, pero sobre todo Buenos Aires, constituía una sociedad mucho más igualitaria que la mayor parte de las capitales latinoamericanas. La autopercepción iba de la mano de ese mayor igualitarismo. Para 1970, en Argentina el 40% de la población se auto percibía como “clase media”. Ese 40% intermedio “percibía el 36,1% del ingreso, mientras que el 40% más pobre el 16,5% y el 20% más rico el 47,4%” (p 53).

Los sectores medios se beneficiaron en forma directa o indirecta de la modernización estatal. Uno de los aspectos novedosos que adquirió ese proceso fue el surgimiento y crecimiento de instituciones científicas y culturales. Desde la caída del peronismo en adelante se promovió la creación de organismos como el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), el Instituto Nacional de tecnología Agraria (INTA), el Consejo Nacional de Educación Técnica (CONET), el Instituto

¹⁰⁰ *Mundo Peronista*. Año 2, n° 26, 1ro de agosto de 1952

¹⁰¹ Para un análisis del trabajo de Tristán en el diario socialista La Vanguardia, véase Martínez Del Sel (2009).

Nacional de Cinematografía (INC) y el Fondo Nacional de las Artes (FNA). En la educación superior, el “deshielo” de las universidades pos peronistas significó la reconquista de viejas libertades y la renovación intensa de los claustros:

el incremento del presupuesto para infraestructura e investigación en las universidades, junto con las condiciones que brindaba la desperonización de los claustros, la vigencia de la autonomía universitaria y el gobierno tripartito, permite un proceso de renovación teórica y metodológica, funcional a la modernización socioeconómica, en el variado campo académico y disciplinar de la Universidad de Buenos Aires con la apertura de las carreras de Economía, Ciencia Política, Sociología y Antropología .(Citado en Taroncher Padilla, p. 235)

El aumento de los inscriptos para las universidades nacionales en esos años fue sensible: de 82.500 en 1950 se pasó a 180.780 para 1960. En 1970, los alumnos matriculados llegaron a 274.000 (Sigal, 1991, p.86). Cerca del 30% correspondía a la Universidad de Buenos Aires (82.300). Si bien el aumento es significativo, conviene no exagerar su impacto. Si se considera “la población en edad universitaria (de 18 a 25 años), hacia 1970 sólo el 8,22% asistía o había asistido a algún instituto de educación superior” (Carassai, 2013, p.36). Vale aclarar que la totalidad de los jóvenes universitarios de la UBA constituían una minoría social, el 1% de la población del país.

Como señala el autor, el análisis de su composición social permite aseverar que sólo el 5% de los estudiantes poseían orígenes obreros. En 1972 esos guarismos no habían cambiado sustancialmente: sólo un 6,3% de los estudiantes provenían de padres con ingresos bajos. La casi totalidad provenía de familias con ingresos medios y altos.

En síntesis, los datos sobre alumnos de universidades confirman que se trata de un ámbito de sociabilidad casi exclusivamente de las clases medias y altas. De esos espacios saldría la corriente más visible de la juventud que integró la movilización social posterior al Cordobazo fuertemente crítico de las organizaciones sindicales, y los principales apoyos (pasivos o activos) a las organizaciones armadas.

Esta revitalización de la vida universitaria fue acompañada de una nueva camada de intelectuales de clase media que, desde diversos ángulos, se dispusieron a discutir temas como el legado peronista, el lugar de la izquierda y sus relaciones con los trabajadores, el funcionamiento

del sistema político y la realidad internacional (Sigal, 1991; Terán, 1993; Altamirano 2001; Gilman, 2003).

El surgimiento y visibilización de las vanguardias estéticas constituyó una de las marcas distintivas de los años sesenta. El primero y uno de los más notorios hitos fue la creación de la *Fundación Di Tella* en 1958 por los hijos de un conocido industrial, que canalizó fondos privados nacionales y extranjeros destinados a actividades culturales y sociales. En sus inicios, sus actividades giraron alrededor de la plástica y sus nuevas manifestaciones, tiempo después incorporaron las ciencias sociales, la música y el teatro. Hacia mediados de los años sesenta se había transformado en uno de los centros de vanguardia cultural y artística más importantes de Sudamérica (King, 1985; Pujol, 2003; Longoni y Mestman, 2008; Giunta, 2008)¹⁰². El “experimentalismo” del Di Tella no fue ajeno a las críticas: hacia fines de la década, la obra colectiva *Tucumán Arde* de artistas porteños y rosarinos fusionaron las expresiones artísticas con las preocupaciones sociales y políticas. Sus manifiestos incluyeron una crítica al arte despolitizado que, según ellos, representaba el Di Tella y propusieron líneas de acción con los trabajadores mediante exposiciones en la CGT de los Argentinos (no en la mayoritaria CGT Azopardo vandomista).¹⁰³

Todos estos procesos explican el surgimiento de una nueva generación lectora, ávida de consumir las novedades en materia de consumo, estilos de vida y novedades políticas, muchas de ellas provenientes de las principales metrópolis. Un nuevo “cosmopolitismo” estaba naciendo y nuevas publicaciones ayudarían a construir ese nuevo “universo lector”.

3.3 Una “Usina” de Clase Media: Primera Plana (1962-1969)

En estos años se produjo un verdadero “boom” de publicaciones periodísticas destinadas a los públicos de medianos ingresos. El ámbito editorial y periodístico refleja este influjo, con la llegada de empresas, capital y tecnología que transforman las publicaciones gráficas y sus exponentes: editores y periodistas de sólida formación cultural. Muchos de ellos anclados en la literatura o bien autodidactas, renovaron por completo al periodismo nacional.

¹⁰² De acuerdo a algunos de los críticos de arte de la época, existían diversos lugares de expresión de las vanguardias pero la peculiaridad del Di Tella es que allí se congregó todo “lo nuevo”. Desde Nacha Guevara, León Ferrari hasta Marta Minujín confluían en un mismo espacio. Las actividades del instituto fueron uno de los grandes focos de difusión de los nuevos valores de la clase media vinculados a las artes, como lo fue *Primera Plana* en el campo de la gráfica.

¹⁰³ En el Proyecto de temario del Primer Encuentro Nacional de Arte de Vanguardia queda de manifiesto el proceso de radicalización ideológica: “Un nuevo contexto social cobijará nuestras obras desde el momento en que, dejando de ser empleados de la clase dominante, nos identificamos con la clase revolucionaria: el proletariado” (Longoni y Mestman, 2008, p.164).

Hacia 1964, las publicaciones alcanzaban un volumen de ventas de casi 6 millones de ejemplares entre diarios y revistas anuales sólo en Capital Federal y Gran Buenos Aires, distribuidas en librerías y quioscos (Taroncher Padilla, 2004, p 231)¹⁰⁴.

¿Quiénes eran sus lectores? Un público identificado con las necesidades y aspiraciones de ascenso social, de acrecentar su capital cultural mediante “lo último” en la literatura, el arte y el cine. También ávidos consumidores de la información política, pero en un lenguaje sofisticado y formulada con guiños de la alta cultura. Un conjunto social constituido por estudiantes secundarios y universitarios, militantes de partidos políticos, comerciantes, empresarios y autodidactas bohemios (Taroncher Padilla, 2004 y 2020).

Diversas publicaciones y editoriales surgieron bajo a ese público como: *Claudia, Para Ti*, y *Siete Días* del grupo Abril (Scarzanella, 2016). En estos casos, en sus páginas se reflejaron el nuevo rol de la mujer y la sexualidad desde un enfoque y para un público igualmente de clase media (Cosse, 2006). La autora destaca la ambigüedad del proceso vivido por la sociedad argentina en esta materia. Por un lado, se comenzó a hablar más libremente de temas antes prohibitivos como las relaciones prematrimoniales, las uniones consensuales y la virginidad femenina. Otros análisis destacados por Isabella Cosse señalan que esas transformaciones se limitaron a las clases medias y altas. Además existirían fuerzas sociales y políticas más ancladas en concepciones tradicionales sobre la materia. En síntesis la “revolución sexual” de los sesenta puede ser vista como una combinación de modernidad y tradición.

Otro conjunto de publicaciones, también concentradas en la política y los asuntos públicos nacionales y extranjeros, también surgieron en ese período: *Confirmado, Panorama, Extra* y, la más exitosa de todas ellas, *Primera Plana*.

Primera Plana constituyó, quizá, el ejemplo más acabado de éxito e innovación editorial acorde a los nuevos tiempos y volcados a públicos renovados. El nacimiento de este proyecto editorial se dio en el contexto de enfrentamiento interno del ejército en 1962 que se conoció como “Azules y Colorados”¹⁰⁵. El sector Azul le brindó a Jacobo Timerman¹⁰⁶, su primer

¹⁰⁴ Según el autor este boom editorial no reconocía fronteras ideológicas ni de temática: el semanario de izquierda uruguayo *Marcha* vendía casi 10000 ejemplares por semana. El incremento de las ventas permitió el fortalecimiento de las grandes firmas (Emecé, Losada y Sudamericana) junto con firmas alternativas (CEAL, Jorge Alvarez y De la Flor). El Estado no le iba a la saga con el desarrollo editorial: Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) impulsó la edición de clásicos nacionales y extranjeros a bajo costo y en gran número. Se fundó en 1958 como parte del proyecto de renovación universitaria llevado a cabo por el Rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi. Con más de treinta colecciones que intentaban cubrir un amplio espectro de intereses humanísticos, artísticos y científicos, la editorial 53 universitaria se convirtió en la más prestigiosa de las existentes en América Latina, llegando a publicar, desde su nacimiento hasta el año 1966, un título por día y un total de 11 millones de ejemplares. (Aguado, 2006).

¹⁰⁵ Ese conflicto hace referencia al quiebre interno del ejército luego de la caída del Presidente Arturo Frondizi en 1962. El hecho principal que motivó el enfrentamiento fue como proceder ante el fenómeno peronista. Mientras que los sectores azules consideraban su paulatina incorporación al sistema político, los colorados eran más proclives a una dictadura militar y la exclusión completa, aunque estos posicionamientos estuvieron sujetos a una torsión importante en poco tiempo, tal como señala Daniel Mazzei (2012).

¹⁰⁶ Para una biografía de Jacobo Timerman, véase Mochkofsky (2003).

director, el apoyo político e informativo necesario mientras que varias empresas le acercaron su apoyo financiero.

¿Cuáles eran las temáticas y los enfoques de la revista? Además de la política nacional e internacional, el semanario estaba muy atento a las vanguardias y nuevos movimientos de la literatura, el cine, la música y el arte. Todo “lo nuevo” y “lo joven” como el boom de la novela latinoamericana y las nuevas corrientes del cine de vanguardia europeo debían ser apoyado en contraste con “lo viejo”. Se publicaron escritos de Gabriel García Márquez, Cortázar y Carlos Fuentes. Se ponderaban los filmes de Ingmar Bergman y los nuevos talentos actorales argentinos y extranjeros. Músicos de reciente aparición como Astor Piazzola, debían ser dignos de apoyo dado que representaba, desde la perspectiva de Primera Plana, la innovación frente a las temáticas tradicionales del tango (lo “viejo”). Las nuevas manifestaciones de las artes plásticas o los reclamos de un nuevo lugar para la mujer encontraban un lugar especial en la revista.

Para lograr su objetivo de innovación, la revista “fue diseñada en función de modelos de tratamiento informativo que proponían los semanarios internacionales: *Newsweek*, *Der Spiegel* y *L'Express*. Aunque de este amplio espectro de influencias, la revista *Time* era el paradigma editorial que reproducía el nuevo semanario” (Taroncher Padilla, 2004, p.245). Timerman se propuso innovar a partir de la ruptura con el estilo de redacción periodística de la etapa peronista a la que consideraba anacrónica, con un lenguaje rígido y dominado por la autocensura. Para esa empresa contactó a los mejores periodistas del momento, además de jóvenes redactores que compartían los nuevos códigos culturales.

La innovación incluía la forma de redactar con “formato” literario, regado de humor ácido, y con cierta pretensión de exquisitez expresada en citas eruditas provenientes de la literatura, lo que denota el objetivo de dirigirse a un público “culto” y que capta las ironías (p.259). Además de reivindicar los valores y las actitudes de la clase media, Primera Plana absorbió y reflejó en sus páginas los valores propios de las transformaciones capitalistas que el *desarrollismo* había impulsado: un mundo regido por empresas multinacionales exitosas y eficientes. En sus páginas, se enfatizaba la necesidad de una mayor racionalidad para potenciar la actividad industrial y se visibilizaban los nuevos valores gerenciales y transmitían —a veces en un tono fuertemente pedagógico— lo que se consideraba el camino político correcto (p.247). A través de su portada también se transmitían los principios que sustentaba el medio volcados al mundo de la política: en el primer número, aparece en la portada el rostro de John F. Kennedy como símbolo de un líder joven, dinámico y exitoso¹⁰⁷. A fines de la década esas miradas se

¹⁰⁷ “Un nuevo Kennedy”, Primera Plana, año I, N° 1, 13 de noviembre de 1962

combinaron con otras, en apariencia contradictorias: la publicación comienza ser permeable al “discurso social”, atenta a las denuncias sobre el hambre y la problemática del subdesarrollo en el “tercer mundo”. Los procesos de descolonización en Asia y África, la aparición de los llamados movimientos de liberación y los líderes que luchan contra el imperialismo comienzan a ocupar espacios cada vez más importantes en las secciones dedicadas a la política internacional. Reportajes “amables” a líderes como el vietnamita Ho Chi Min se combinan con crónicas profundas sobre las protestas urbanas en el Distrito Federal de México, en Washington y París. A una crónica crítica de la política cultural de Onganía o la denuncia sobre represión en “la noche de los bastones largos”¹⁰⁸ le sigue un elogio sobre el impulso a la industria extranjera. ¿Cómo se compatibilizan ambas miradas? El discurso modernizador implica un apoyo tanto al rol de la industria extranjera más concentrada como a las corrientes vanguardista en el arte y la política, dado que todas ellas constituyen “lo nuevo”. Por contraposición, “lo viejo” lo constituyen las fracciones más antiguas de la industrialización, el campo, los viejos dirigentes políticos y los sindicalistas más tradicionales.

Estas ideas plasmadas en *Primera Plana* y en varias de las publicaciones mencionadas más arriba, tuvieron su continuidad en los años venideros¹⁰⁹ y estuvieron lejos de ser marginales. El impacto de ventas fue inmediato: de acuerdo al historiador Daniel Mazzei (1994), en los primeros meses de existencia, *Primera Plana* promediaba 25.000 ejemplares semanales. En una publicidad de la misma revista presenta las evidencias de su éxito editorial: de acuerdo al IVC el promedio de ventas neta por edición medido durante el primer semestre de los años muestra un incremento significativo. En 1963 vendía 26.226 ejemplares para saltar en sólo tres años a 50.145¹¹⁰. Los acontecimientos del Mayo Francés en 1968 y el Cordobazo en 1969 elevarían esa cifra a más de 58.000. La media máxima de lectores de la revista rondaría los 300.000. Vale aclarar que el número de lectores siempre fue inferior al de las revistas populares, como la revista *Así*, tal como se señaló en el capítulo anterior de acuerdo a los datos de Petrecca (2019).

3.4 Las Críticas a los Ídolos de la Música Popular. Los Gustos (y dis-gustos) Musicales de la Clase Media

El auge del Club del Clan recibió la crítica furibunda de *Primera Plana*. En 1964, la revista publica en su portada una foto con la cara de Palito Ortega y un título: “El triunfo de los Orangutanes”¹¹¹. De acuerdo a la investigadora Valeria Manzano (2010 y 2018), en apariencia el

¹⁰⁸ Luego del golpe de Estado de 1966, las nuevas autoridades deciden intervenir la Universidad de Buenos Aires. La medida generó la reacción de estudiantes, profesores y graduados que ocuparon cinco facultades pero fueron violentamente desalojadas por la Policía federal Argentina. “Buenos Aires: la noche se apaga”, *Primera Plana*, año IV, N°189, 9 al 15 de agosto de 1966, p 15 y 16

¹⁰⁹ Dentro de las cuales podríamos incluir al diario. La *Opinión* dirigido por el mismo Timerman.

¹¹⁰ *Primera Plana*, año IV, N°190, 16 de agosto de 1966, p.51

¹¹¹ *Primera Plana*, N°65, año II, 4 de enero de 1964. De acuerdo a Gilbert y Alabarces, la nota pertenecería al periodista Enrique Raab (p.45)

título hacía referencia al éxito de la canción “El Orangután” pero poseía, en realidad, un carácter denigrante destinado a los seguidores del cantante (p.50)¹¹². Los fanáticos no serían más que un escalón “pre-humano”, una masa no pensante que recuerda a la infeliz expresión de “aluvión zoológico” del diputado radical Ernesto Sanmartino para calificar a los seguidores de Juan Perón durante su primer mandato¹¹³.

En la nota se duda de la autenticidad de esa música y se remarca el carácter “animal” en los auditorios: “¿por qué yace cierta respiración animal en las explosiones colectivas suscitados por estos mitos?”¹¹⁴. La nota, entre “desdeñosa y elitista”, ofrece tres elementos que aparecerán en las críticas a Ortega a lo largo de toda la década: que canta mal, que está montado sobre un fenomenal negocio y la falsedad de su supuesta autenticidad (Gilbert y Alabarces, 2021).

Para algunos estudios de la época, los orígenes regionales y de clase de ídolos como Palito Ortega y sus fans, permiten aseverar la continuidad entre los “cabecitas negras” y los fans de los cantantes populares. Según Manzano, el psicólogo social Alfredo Moffat:

notaba que los hijos de los migrantes internos -quienes, en sus términos de análisis, eran jóvenes nacidos en los barrios más pobres del Gran Buenos Aires- habían devenido “amantes del twist, nuevaoleros” en su esfuerzo por adaptarse a la ciudad y separarse de su cultura paterna, anclada en lo provincial. Esta segunda generación de migrantes, según Moffat, no había perdido del todo su conexión con el interior: al hacer de Palito Ortega su héroe, vindicaban un camino de ascenso y popularidad que querían para ellos. (2010, p. 52)

Las miradas críticas sobre las nuevas industrias culturales y sus productos no se limitan a *Primera Plana*. De acuerdo a Manzano, una vez caído el peronismo, el término “cabecita negra” devino en un nuevo término denigratorio equivalente: el “mersa”. La revista *Tía Vicenta* del humorista Juan Carlos Colombres (Landrú)¹¹⁵, popularizó y extendió este último término que hacía referencia desdeñosa al gusto de las clases populares¹¹⁶. Calificativo que esta revista presentaba desde el habla de los sectores de clase media y más pudientes, alimentando, de esa forma, la batalla cultural por el gusto tal como se definió a mediados de los años sesenta. La

¹¹² Junto con “El Camaleón” y “El sombrero de paja” fueron los primeros éxitos del compositor y cantante Chico Novarro como solista en el Club del Clan.

¹¹³ El mote acuñado de “cabecitas negras”, igualmente, hacía referencia denigratoria a los migrantes internos favorables al peronismo y no hacía sino expresar “los miedos culturales, políticos y raciales que la llegada que los migrantes habían incitado, especialmente, entre las clases medias y altas” (p.51). Aunque hemos visto que estos miedos no son exclusivamente de estas clases.

¹¹⁴ *Primera Plana*, ibídem, p. 23

¹¹⁵ La revista *Tía Vicenta* constituyó uno de los mayores éxitos editoriales de los años sesenta. Fundada en 1957 tuvo una tirada inicial de 50.000 ejemplares, llegando a 500000 ejemplares en 1965.

¹¹⁶ El término “mersa” proviene del lunfardo y hace referencia a lo vulgar, lo que carece de nobleza y elegancia, lo ordinario, lo rústico (Gilbert y Alabarces, 2021).

investigadora advierte que, en 1964, esta revista incorporó una columna permanente donde dos hermanas de clase media señalaban los que eran vistos como valores positivos, denominados como: “in”, por contraposición a los consumos culturales negativos, o “out”, es decir, como mersas. De esa forma calificaban modas, marcas de ropa, expresiones verbales, cantantes y demás expresiones que evidenciaban una clara posición de clase. Violeta Rivas y sus peinados, Palito Ortega y sus fans, eran catalogados irremediabilmente como “mersas” (p.53). En un imaginario “Campeonato Mundial de Mersas”, ambos intérpretes lideraron las encuestas realizadas por la revista. El contrapunto de las hermanas lo constituía otro personaje de Landrú, Mirna Delma, que representaba a una “chica de barrio” de clase media baja cuyas consumos culturales y sociales son los típicos de una mersa (de mal gusto y “atrasados”). Los tres personajes son jóvenes de alrededor de 20 años, lo cual demuestra que la cultura de masas se había juvenilizado y las batallas sociales y culturales se daban en ese terreno.

El término “mersa” tal cual era formulado, continúa la autora, no representaba significados políticos abiertos como lo había sido el término “cabecita negra” en la década peronista. Sin embargo, conservaba el sentido racista y denigratorio (en definitiva, de alto contenido político). Era indicativo de los modos en los que las clases medias y altas “percibían y elaboraban su distinción con respecto a aquello que veían como prácticas culturales “degradadas” en una cultura de masas en transformación” (p.54).

¿Quiénes eran los mersas? Para el poeta Miguel Grinberg, se trataba de los nativos del proletariado o de la clase media baja, el material crudo para los bailes del sábado a la noche. Tienen tez clara si provienen de familias inmigrante u oscura si lo hacen de migrantes de las provincias. Sus ídolos se encuentran entre los cantantes de la “nueva ola”. (Citado por Manzano, 2010, p. 55)

La síntesis de estas críticas de clase media hacia los trabajadores y la cultura popular, en su gran mayoría durante la primera mitad de la década del sesenta, lo constituye la postura de Juan José Sebreli. Según el autor, la clase obrera:

vive fascinada por el nylon y la motoneta, que baila el rock y el twist más que el tango, y no tiene otras aspiraciones que el goce inmediato, el ocio, el bienestar y cierto lujo que conocieron fugazmente durante los años prósperos del peronismo, en las vacaciones en Mar del Plata o bien a través de la publicidad de los modos de consumición divulgados por la televisión, el cine o las revistas. (p.160)

Para los sofisticados gustos que la clase media desarrolló, la música y la figura de Sandro también generaron rechazos. En pleno auge de sus grandes éxitos musicales, la revista *Siete Días* señalaba que el exitoso cantante

Cree-seriamente- que su canción 'Quiero llenarme de ti' podría figurar en cualquier antología de la mejor poesía universal [...y] que las morosas melodías que acompañan esas letras son comparables a las fugas de Bach (*Siete Días*, n°16 22 de junio de 1969, pp 42-43. Citado en Karush, p. 167)

Desde la nueva música rock que surge en esa misma década, los jóvenes de clase media encontraban sus formas de expresar su autenticidad y la honestidad como valores principales y en contraposición a los de Roberto Sánchez. Uno de los músicos pioneros del rock nacional atribuía la popularidad de Sandro a la decadencia cultural argentina que aceptaba la mediocridad de su música. Y aprovechaba para relegarlo ante lo que consideraban su carencia de capital cultural o la falta de "prestigio" en término que lo entiende Pierre Bourdieu (1999), un anatema para la clase media destinados a aquellos que no compartían sus consumos culturales. Señalaba Luis A. Spinetta:

No me gusta Sandro porque sus canciones son absolutamente aburridas (musical y líricamente). Su voz no tiene riquezas. Es una voz agridulce que nunca se sabe para dónde va. Es una voz que te cansa. No sé si Sandro tiene estudios de música. Pero si los tiene, los disimula muy bien. (*Gente*, 28 de octubre de 1976, pp 42-44. Citado en Karush, p. 167)

No sólo Spinetta observaba el fenómeno de los artistas populares como Sandro en forma negativa. Otra revista juvenil describía sus canciones como "conformistas, romanticonas, exageradamente pasionales, obviamente pasadas de época". La cantante Nacha Guevara, además de reivindicar las acciones más vanguardistas y combativas en el arte señalaba: "Sandro sería el representante del 70 de lo que fue Libertad Lamarque en el 30", es decir, "un intérprete 'sensiblero' bien promocionado para las masas" (Karush, p.167). Desde la perspectiva de Manzano, según agrega el mismo investigador: "La nueva cultura juvenil representaba un nuevo modelo de masculinidad, que apreciaba la vulnerabilidad, la honestidad y el temperamento artístico". Para los sectores medios, por el contrario, el "Gitano" representa un modelo de virilidad anticuada "con sus camisas

desabrochadas y permanentes esfuerzos de seducción”. El rechazo que despierta el intérprete tiene indudables connotaciones clasistas según Karush, similar a lo que ocurre con el fenómeno del cantante Roberto Carlos en Brasil. “Muchos brasileños de clase lo menospreciaban tildándolo de ‘brega’, predilección musical de las mucamas” (p.168).

En 1963 una de las innovaciones centrales de la nueva música folclórica fue el lanzamiento del movimiento *Nuevo Cancionero* en Mendoza. Firmado por Armando Tejada Gómez, Tito Francia, Manuel Matus y Mercedes Sosa, confronta contra el tradicionalismo y la mercantilización de las expresiones artísticas populares. También lo hacía contra la música pop argentina, cuyo representante más visible era Palito Ortega y a la que calificaban de “decadente y descompuesta” (Chamosa, 2012, p. 177). Criticaron también las canciones de “postal” que expresaban nostalgia por el paisaje pero no tenía nada que decir sobre las luchas diarias de la gente que vivió y trabajó en él (Karush, 2017). En el preanuncio de lo que sería el “Manifiesto”, la declaración formal de principios del grupo, Matus y Sosa presentaron el álbum “La voz de la Zafra”, producido por RCA Victor en 1962, que constituyó un completo fracaso de ventas.

En repetidas declaraciones a la prensa, Mercedes Sosa criticaba por vulgar a las creaciones de Rodolfo Zapata y se negaba a participar en las peñas, en tanto allí la gente solo bailaba sin escuchar las letras. Asimismo, acorde con el ideario del *Nuevo Cancionero*, sus canciones se proponían como una guía para sectores más postergados en búsqueda del despertar de su conciencia social. Hasta 1965 los gustos populares le dieron la espalda a Sosa y su cancionero. Su éxito en el festival de Cosquín vino de la mano de un cambio de “look” de la cantante, enfatizando ahora sus rasgos indigenistas. Para Karush esto constituye un factor clave para su aceptación y popularidad en el exterior y, posteriormente, en los ámbitos de clase media, como las críticas en semanarios dirigidos a esa clase lo demuestran¹¹⁷. Un derrotero similar al atravesado por Mercedes Sosa, lo encontramos en las vanguardias musicales vinculadas al tango como la encabezada por Astor Piazzola.

Los medios cercanos a la clase media no sólo reivindicaban las propuestas artísticas de vanguardia, sino que además celebraban la audacia política. Un cronista de *Primera Plana* relata el nuevo espectáculo de la actriz Nacha Guevara realizado en el Instituto Di Tella en junio de 1969 ‘Somos los guerrilleros de la nueva canción/ odiamos la injusticia y la guerra/ no como

¹¹⁷ Nuevos grupos como el mencionado “Los Chalchaleros”, además de “Los Fronterizos”, “Los Cantores de Quilla Huasi” y “Los Huanca Hua” irrumpieron en los años sesenta, algunos con una temática más populares y otra más elitista. Desde la perspectiva de Pablo Vila (1987), uno de los factores principales que determinó la aceptación desde el punto de vista estético por la clase media urbana, fue el cambio en la poética del género, desde un sentido opuesto al de Tormo. La incursión de poetas del interior, como los hermanos Dávalos y Leguizamón, entre los más conocidos, modificó el contenido literario del género. Ariel Ramirez y Eduardo Falú le agregaron la dote de academicismo a la música folclórica, de la cual carecía hasta entonces (Karush, 2017). La síntesis entre tradicionalismo y modernización pareciera ser una de las claves del éxito de todo ese proceso.

ustedes, burgueses'. La reacción entusiasta del público presente no se hace esperar: "Una audiencia enardecida por la frescura y la libertad que campea en las estrofas". Continúa la artista: "Por eso, enrólense en nuestras filas/la guitarra es nuestro cañón/ con ella venceremos la guerra y el hambre/¡Listos, apunten, canten!".¹¹⁸ Hacia la misma época la publicidad del best-seller *¿Quién mató a Rosendo?* de Rodolfo Walsh señala:

El asesinato del dirigente metalúrgico Rosendo García, en mayo de 1966, no ha sido oficialmente esclarecido. Este libro pretende hacerlo. Pero ese es su tema superficial: el tema profundo es el drama del sindicalismo peronista, la negociación del movimiento obrero por sus máximos jerarcas, la lucha desgarradora que a partir de 1955 han librado en la sombra centenares de militantes de base, el rescate de algunos de sus héroes anónimos. (*Primera Plana*, año VII, n°334, 20 al 26 de mayo de 1969, p. 37)

En tanto defensor y promotor de los nuevos valores de la modernización y el buen gusto, aquellos sujetos que no exhibieran tales atributos podían recibir la crítica de *Primera Plana* y del resto de las publicaciones de clase media. A lo largo de los años sesenta encontramos críticas a los dirigentes sindicales ortodoxos en términos culturales. El proceso de racionalización de los puertos, iniciado por el gobierno de la Revolución Argentina generó una huelga prolongada por parte del Sindicato Unico de Petroleros del Estado (SUPE) en 1967. Luego de siete semanas de conflicto, su secretario general, el vanderista Eustaquio Tolosa, huye al Uruguay para no ser encarcelado y organiza desde allí un boicot apoyado por la Federación Internacional de Transportes (IFT). El cronista encargado de la nota, relata el momento del apoyo a Tolosa por parte de la central obrera británica: "Extrae del bolsillo un telegrama en inglés, **lo deletrea trabajosamente**" (la negrita es nuestra). La anécdota, innecesaria en el contexto del problema de fondo, quiere dejar en claro la falta de conocimiento del sindicalista. Otros periódicos formulan críticas en el mismo sentido. El concejal vanderista por la Unión Popular Nicolás M. fue tratado en forma mordaz por el conocido periodista Diego Lucero en el diario *La Razón*, con motivo de su intervención en una sesión del Consejo Deliberante. En ese recinto, eran periódicas las críticas de legisladores de otras fuerzas políticas a los legisladores de la Unión Popular. En una sesión de 1966 ante la intervención de M, le señalan "¡Lea bien lo que le escribieron!"¹¹⁹ remarcando en una sola frase su falta de independencia en la toma de decisiones y sus dificultades de lectura

¹¹⁸ *Primera Plana*, año VII, n° 339, 24 al 30 de junio de 1969, p.78

¹¹⁹ Conversaciones con Nicolás M., 24/10/92

para dirigirse al cuerpo legislativo, es decir, su falta de capital cultural en los términos que lo entiende Pierre Bourdieu (1990 y 1999).

Las prevenciones acerca de los dirigentes sindicales se extienden a la figura de Perón. La tapa del n° 76 de Primera Plana con Perón desata una discusión en el correo de lectores lo cual revela que aún en 1964 su figura genera más rechazo que adhesiones entre las clases medias.

Las críticas a las conductas y gustos obreros no se limitaron a la política y a la música. El cine comercial y los deportes preferidos por los trabajadores recibieron comentarios negativos por parte de los órganos de clase media y sus intelectuales.

3. 5 Una Mirada sin Embargo Oblicua: Primera Plana, los Intelectuales, el Cine y los Deportes Populares.

La llegada del seleccionado de fútbol que había disputado el mundial de 1966 en Inglaterra, motivó la atención de los medios de prensa. Bajo el título “Xenofobia en Ezeiza” la nota da cuenta de la llegada de la selección al aeropuerto y la amplia recepción popular. La nota se focaliza en los cánticos de los hinchas que se convierten más que en reconocimiento de la actuación del equipo, en “una inesperada manifestación de xenofobia antibritánica”¹²⁰. A tono con la característica de la revista, le impone a esta cuestión un enfoque profesional desde la psicología social. Enrique Pichón Riviére¹²¹, columnista frecuente de la publicación, señala que para los países latinoamericanos más afectos a ese deporte –Argentina, Uruguay y Brasil– participar y ganar la competencia mundial significa salir de la frustración y humillación propia de naciones subdesarrolladas. El fracaso de la “viveza criolla”, es decir la derrota y la eliminación del equipo ante los británicos desató mecanismos de defensa en la población como la negación y las “violentas reacciones populares”. La eliminación de Brasil del mundial le merece al semanario en ese mismo número una nota extensa, firmada por el periodista Osiris Troiani (uno de sus principales cronistas), que vierte afirmaciones condenatorias acerca del fútbol, sus protagonistas, el hincha y el “populismo” que lo rodea.

Desocupados, famélicos, comidos por la sífilis, alucinados por las drogas, los *rapaces* de Villa Isabel o de la rua Miguel Lemos miran con indiferencia a quienes le prometen la felicidad –presente o futura– y se calientan al sol. La vida es bella, a

¹²⁰ Primera Plana, año IV, n°188, p.20

¹²¹ El psicoanálisis bien puede ser entendido como uno de los varios discursos (y prácticas) “modernizantes” que circulan entre las clases medias argentinas. Para una historia del psicoanálisis en la argentina, véase Plotkin (2003a y 2003b).

pesar de todo: bastaba con ganar el Tricampeonato. No quieren cambiar nada: sólo están furiosos con la oligarquía del fútbol (la Comisión Técnica) y con el imperialismo del fútbol (los europeos)

El jugador, citando a un crítico de arte, no merece mejor opinión por parte de Troiani:

[El jugador] Es, casi siempre, un marginal. Pelé es El Rey, pero sólo pudo casarse con una mujer blanca porque es multimillonario. En ese triunfo, como en la conquista de dos copas mundiales ha participado todo el pueblo de Brasil, compuesto, en su mayor parte, de marginales. (Citado en “A tristeza que la gente tem...”, *Primera Plana*, año IV, nº188 ibídem, pp 29-31)

Por fuera de la revista, algunos intelectuales observaron la realidad del fútbol con ojos críticos. Juan José Sebreli reunió sus percepciones sobre el más popular de los deportes para los trabajadores en los años sesenta: *Fútbol y Masas* editado recién en el año 1981, pero que reúne reflexiones realizadas principalmente en el período estudiado¹²². El hincha de fútbol es retratado como un “asalariado” perteneciente a las clases populares sin identidad que la busca mediante alguna imagen circundante, por ejemplo, el equipo de fútbol. La adhesión a un club “le otorga el ilusorio orgullo de pertenecer a una élite poderosa. El individuo más insignificante desde el punto de vista social puede pensar: Yo que no soy nada, soy en realidad mucho porque pertenezco a un poderoso club que aclaman las muchedumbres” (p. 31). El mundo que rodea a ese deporte, según Sebreli, tiene raíces decididamente autoritarias. Las barras juveniles futboleras, por ejemplo, son análogas a la de la pandilla juvenil de los movimientos totalitarios: tienen un líder a quien siguen ciegamente además de “obediencia al ritual, agresividad hacia el adversario, total falta de sentido crítico, irracionalidad” (p.33). En ese contexto no es difícil deducir que las canciones que cantaban las hinchadas en esos años son una de las expresiones que adquiere el autoritarismo¹²³.

Todo jugador profesional es un asalariado y como tal entra en las reglas generales del sistema. El capitalismo transforma el juego en industria, al jugador en un

¹²² Nos referimos a las aparecidas con su nombre en la revista *Confirmado* los días 6, 13, 20 y 27 de octubre de 1966. En épocas más recientes, el autor relata las peripecias para la publicación del texto que reflejaría el desinterés de los intelectuales y editores por el tema, al auge anti intelectualista y populista de fines de esa década y la censura posterior en los años setenta. Sebreli en los años sesenta distaba de ser un “outsider” del campo intelectual: *Vida cotidiana y alienación...* (1990) había sido un verdadero éxito de ventas en 1964 y en los años posteriores lo que le valió sucesivas reediciones.

¹²³ Como los improperios al club Atlanta del barrio porteño de Villa Crespo. El club está asociado a la comunidad judía lo cual lo hizo blanco histórico de los cánticos de las hinchadas rivales. El autor cita un partido de 1963 con River Plate, donde la hinchada de este último gritaba a sus rivales: “Judío, Judío; al agua, al río”. (*Nueva Sión*, 21 de junio de 1963. Citado en Sebreli, 1981, p. 33)

trabajador especializado muy bien pago, y a las masas en consumidoras del producto. El fútbol deja de ser un valor de uso-placer individual de jugar- para convertirse en un valor de cambio, es decir una cantidad de trabajo cristalizado – realizado por los jugadores profesionales- que se cambia por dinero de acuerdo al tiempo y al esfuerzo. (p.41)

Como ocurre con otros intelectuales que indagan en las condiciones de producción de las industrias culturales, Sebreli lo hace con el fútbol. Las escuelas formativas constituyen para el autor “fábricas” que producen la “materia prima”, los jugadores, reclutados desde niños (la mayoría de ellos, de “clases bajas”) mediante un sistema de “leva, adiestrándolos hasta que estén aptos para ser explotados o vendidos”. Sebreli observa que el fútbol tiene un papel ideológico fundamental: una de sus funciones “consiste en distraer a los asalariados haciéndoles más llevadera su dura vida, y a la vez prepararlos para la disciplina del trabajo, la sumisión a las jerarquías autoritarias y la conformidad con los valores establecidos”. (p. 45)

El autor también realiza una crítica al papel del “crack” es decir, del jugador destacado por sus aptitudes que lo diferencia del resto. Partícipe del negocio, en tanto gana más dinero que el resto de sus colegas, lo es por un tiempo hasta que es descartado por otro. Mientras se encuentra en el pináculo de la fama, su figura es el vehículo para la manipulación de las masas. La figura de Pelé, el astro mundial del fútbol brasileño en el período que nos ocupa, es el ejemplo de manipulación en base a sus orígenes y la imagen que proyecta:

el lustrabotas, convertido por prodigio del fútbol en uno de los más acaudalados brasileños, permite canalizar los sueños de los hambrientos de las favelas, de quienes por supuesto nunca se ocupará Pelé. El crack encarna en su figura la identificación de los pobres sin conciencia política, que sólo conciben un cambio en su situación, mediante la absurda generosidad del azar, cumpliendo sin esfuerzos el sueño de Cenicienta. (p.51)

Si lo que esperan los trabajadores es un “golpe de suerte” para cambiar el rumbo de sus vidas, para Sebreli es la mejor demostración de ausencia de conciencia política. Los trabajadores no parecieran compartir ese punto de vista ni siquiera los de los países desarrollados. En las

entrevistas realizadas por la historiadora Selina Todd (2018) los trabajadores británicos de los años sesenta atribuían su futuro de bienestar al trabajo duro pero también a la suerte, como conseguir un buen empleo, casarse con la persona adecuada o ganar un sorteo que les cambie súbitamente su existencia. La historia de Viv Nicholson, la humilde trabajadora que mediante un sorteo se convirtió en millonaria para terminar sus días en la pobreza, refleja los anhelos de toda la clase “de tener mayor control sobre sus vidas” y no subordinar todo el tiempo el goce a la ética del esfuerzo y el trabajo que pareciera determinar toda su existencia (p.462).

El boxeo también merece la condena en términos parecidos a los del fútbol en los medios de clase media. En 1968, ante la consagración mundial del boxeador más popular de la Argentina, Nicolino Loche, *Primera Plana* presenta una amplia cobertura de la victoria del mendocino ante el japonés Paul Fuji. En el mismo número, para dejar en claro su tono de denuncia a la actividad, presenta una nota donde ex boxeadores y funcionarios entablan iniciativas destinadas a la ayuda económica a los viejos pugilistas sumidos en la miseria. La situación de abandono, lejos de ser un fenómeno excepcional o accidental de la actividad, abarca a conocidos ex púgiles como campeones argentinos, sudamericanos y mundiales del pasado (José María Gatica y Pascual Pérez –entre ellos– ambos identificados con el peronismo). El “infierno de la decadencia” tiene responsables directos: “los comerciantes del box” que se aprovechan de las jóvenes promesas que arriban a la ciudad. En el cierre de la nota, se estima como acción más eficaz que “el Estado dicte normas para humanizar el box aún a riesgo de cercenarlo como espectáculo”. El tono crítico de la nota resalta más aún en tanto se realiza en el momento de máxima popularidad de este deporte entre las clases populares y su éxito como espectáculo¹²⁴.

El fútbol y el boxeo también recibirán furiosas críticas desde la cinematografía posterior a 1955. La película *El crack*, dirigida por José Martínez Suarez (Alithia, 1960), constituye la contracara de la ya comentada en el capítulo anterior *Pelota de trapo*. En la película protagonizada por Armando Bo se destaca la posibilidad de ascenso social a través del fútbol para un miembro de la clase trabajadora. *El crack*, por el contrario, “es la denuncia de la falacia y la alienación de esas mismas ilusiones” (Alabarces, 2001, p. 126). El fútbol constituye para una joven promesa el medio de escapar de su medio de origen: el conventillo, la violencia familiar y la alienación cultural de sus amigos del barrio. Pero ese deporte también es una máquina cultural aprovechada por sus dirigentes y los nuevos medios de comunicación donde los futbolistas son engranajes menores y descartables, incluso los que triunfan¹²⁵.

¹²⁴ “Los andrajos de la púrpura”, *Primera Plana*, año VII, N°312, Buenos Aires 17 al 23 de diciembre de 1968, p.18

¹²⁵ Algunas imágenes que rodean al jugador son la contracara del progreso y del buen gusto: al comienzo del film los muchachos que vuelven en camión a su barrio (la Isla Maciel, a la vera del Riachuelo) provenientes de un partido dicen guarangadas a las mujeres e incurrir en conductas

En un momento más tardío la película *Nosotros los Monos*, de 1971, dirigida por Edmund Valladares, denuncia el mundo del boxeo profesional, donde empresarios, managers, el periodismo y el público utiliza y engaña a los deportistas, jóvenes pobres recién arribados a la ciudad. Tres posibles finales les esperan a las jóvenes promesas, todas trágicas: la pobreza, la locura o la muerte. El film comienza con un homenaje realizado a una ex celebridad del boxeo, Martiniano Pereyra. La celebración se realiza en el medio de un barrio de emergencia y con la voz en off del homenajeado, de quien se entiende poco y dice cosas inconexas o ensaya argumentaciones con poco sentido. El director desea dejar en evidencia el marco de miseria e ignorancia que les espera al grueso de los boxeadores una vez retirados. Para reforzar su imagen ha creado una atmósfera de “realidad” introduciendo boxeadores ex campeones del mundo (Pascual Pérez) y actores profesionales que offician como maestros de ceremonia¹²⁶. El homenajeado al final del festejo se encuentra absolutamente alcoholizado, lo cual refuerza el patetismo de la escena.

El autor crea un verdadero retrato “etnográfico” sobre los “pobres urbanos”. Comienza el retrato con sus orígenes rurales, de bucólica pobreza. Valladares los retrata como almas puras, ingenuas, que pueden ser fácilmente manipuladas por el sistema. Cuando arriban a la ciudad, el contraste no puede ser mayor. Es un ámbito hostil o, en el mejor de los casos, indiferente para los recién llegados. El relato también guarda similitud –como vimos en algunos de los films anteriores– con los conceptos de Gino Germani acerca de las dificultades en la adaptabilidad al mundo urbano relacionado con el proceso de anomia que también se perciben en otros films (Sarlo, 2001). La ciudad también es el ámbito de las industrias culturales, la propaganda del “sistema” que promueve el consumo como la vía del ascenso, imagen que remite a muchas de las reflexiones críticas de la clase media en este período. El autor la muestra realizando un afecto con la cámara que vuelve la imagen difusa. Estas industrias son tan poderosas que llegan, aunque en forma degradada, a las casas rurales de los jóvenes (paneo de posters de Violeta Rivas y de Palito Ortega sobre una casa de adobe, emblemas repetidos por los críticos de esas industrias y sus efectos sobre los consumidores pobres).

Algunas escenas, refuerzan el concepto germaniano de “masa en disponibilidad” de esos jóvenes. Incluso, por fuera del boxeo, aparecen escenas sobre los engaños que trascienden la

“indecentes”, en clara alusión a las manifestaciones peronistas. Pese a las risotadas, en el fondo son jóvenes que canalizan sus frustraciones mediante el deporte. En una de las escenas finales, cuando el futbolista del barrio es severamente lesionado, su padre inmigrante rompe violentamente el televisor que instaló en el bar. En *El centroforward murió al amanecer*, de René Mugica (Alithia, 1961) en base al libro de Agustín Cusani, aparecen elementos de discursos pequeño-burgueses fuertemente críticos de la sociedad capitalista, del peronismo y de unas de sus mercancías centrales: el fútbol.

¹²⁶ Los artilugios del director con cámara escondida son descritos en la entrevista con el crítico y periodista de cine Martín Peña (La joven Guardia, TV pública, S/F). Cfr. Spina y Morales (2009).

actividad. Como, por ejemplo, el predicador evangelista en una plaza¹²⁷ (que la voz en off del actor Luis Medina Castro emparenta con los empresarios boxísticos) que fascinan a los más humildes. Otros ámbitos de sociabilidad popular lo constituyen las reuniones de las mujeres pobres provenientes del interior en las plazas para conseguir trabajo como domésticas, y los bailes populares donde inician sus relaciones amorosas. Muchas de esas mujeres son madres solteras, pero con una insistencia de parte de la misma voz en off acerca de la promiscuidad de las mujeres pertenecientes a los sectores populares (tienen muchos hijos originados en varias relaciones, algunos de los cuales “jamás conocerán a su padre”).

En tono de denuncia, acusa a la actividad boxística de provocar lesiones irreparables en muchos deportistas que culminan con lesiones cerebrales y la consiguiente pérdida de razón. En otros casos culmina en tragedia, como la muerte en plena pelea del pampeano Mario Paladino. Como confirma el propio director en una entrevista: “Lo que sucede es que cuando uno entra en la máquina del box lo hace sin una plena conciencia del fenómeno y sin un sostén cultural, como ocurre con estos chicos que vienen del interior”. (Spina y Morales, 2010, p.9). La conclusión es clara: los sectores populares no tienen el suficiente capital cultural que les permita discernir qué es el mundo del boxeo y allí está el director del film para guiarlos y conducirlos¹²⁸.

3.6 Los Márgenes de la Modernización. La Crítica a las Historietas y la Radicalización del Campo Intelectual

En la segunda mitad de los años sesenta, la historieta de masas fue objeto de crítica por parte de los intelectuales de clase media, fenómeno que ya tenía antecedentes en el exterior (Eco, 1965 y 1995; Dorfman y Mattelart, 1985)¹²⁹. Sus representantes principales fueron –desde diversos ángulos– Oscar Massotta, Oscar Steimberg y en tiempos posteriores se sumaron los trabajos de Eduardo Romano y Jorge Rivera. En cuanto al primero sus diversas publicaciones sobre el género permitieron la realización de la Primera Bienal Mundial de la Historieta en el Instituto Di Tella en 1968. Periódicos de gran circulación como Primera Plana le dieron una notable cobertura al evento¹³⁰.

En el caso particular de Steimberg, en su análisis de *Patoruzú* de Dante Quintero pone de manifiesto el carácter de usina ideológica reaccionaria del personaje, algunos de cuyos

¹²⁷ Por las imágenes parece ser Plaza Once de Septiembre, nudo de transporte de la ciudad de Buenos Aires recorrido frecuentemente –en su mayoría– por trabajadores provenientes de la Provincia de Buenos Aires.

¹²⁸ La revista *Primera Plana*, atenta a esos fenómenos contraculturales (hablar en términos críticos del boxeo lo era) celebra la película con una nota “El knock out de Valladares”

¹²⁹De acuerdo a Vazquez, desde perspectivas diferentes destacaban el carácter reaccionario o conservador de las historietas. Para el semiólogo italiano señalaba el esquematismo que las caracterizaba mientras que los autores de *Para Leer al Pato Donald* lo descubrían en sus contenidos latentes.

¹³⁰ Laura Vazquez señala que la Bienal puso de manifiesto la tensión entre los dibujantes y técnicos que realizaban las historietas y los intelectuales que las interpretaban. Para los historietistas las explicaciones de sus trabajos parecían muy forzadas o directamente inentendibles.

elementos presentamos en el capítulo anterior. Un manifiesto patriotismo con tintes fuertemente nacionalistas, y un discurso basado en polaridades binarias de orden moral y psicológico: el Indio es bueno, inocente y noble; sus enemigos son taimados, ladrones y mezquinos (Steimberg, 1970, p. 161).

El mundo de las historietas también fue afectado por el proceso de modernización. En ese campo surgieron intentos de renovación y diferenciación como fue la editorial *Frontera* a cargo de Héctor Oesterheld. Su responsable valida la nueva empresa editorial “porque es nueva, porque es original, porque es moderna” (Vazquez, 2010, p. 36). Luego de la ruina financiera de esa experiencia, su continuidad “moderna” será *El Eternauta*, una historieta de 1957 “publicada en formato apaisado y con una presentación notoriamente moderna” destinada a numerosas reediciones a lo largo de la década (p.41). Durante los años sesenta y setenta el historietista, quien había iniciado su recorrido político como un convencido anti peronista, tuvo luego una visión “nacional populista de la historia, hasta comprometerse progresivamente con la militancia del peronismo de izquierda” acorde con lo que ocurre con una parte del campo intelectual (p.165)¹³¹. Sus trabajos acompañan este proceso de radicalización.¹³² La historieta *Camote*, escrita por Oesterheld al fin del tercer gobierno peronista, refleja todos los tópicos comunes de la izquierda peronista y su caracterización crítica del vandomismo (pp 201-202). En ese contexto se pueden distinguir dos universos lectores: el popular y el de la clase media radicalizada. Como señala Vazquez “El lector popular de revistas de historietas como el Tony o Paturuzú podría formar parte de las masas peronistas, pero no se correspondía necesariamente con el lector militante o ‘concientizado’ de las publicaciones” de los años setenta (p.202).

Para el lector sofisticado de clase media, otro tipo de historieta reflejaba sus expectativas, anhelos y vivencias: *Mafalda*, del historietista Quino¹³³. La historieta narra la historia de una niña de clase media, su familia “tipo” y sus amigos¹³⁴.

¹³¹ *El Eternauta* surgió el mismo año que *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh, con estructuras similares. De acuerdo a Vazquez, citando a Alabarces, ambos autores desarrollaron sus obras en contextos culturales e históricos similares y con trayectorias políticas afines a los sectores medios radicalizados.

¹³² Oesterheld realiza a fines de los años sesenta las biografías del Che Guevara y Eva Perón. A principios de los años setenta publica en *El Descamisado* “450 años de guerra contra el imperialismo.”

¹³³ Llamado en realidad Joaquín Lavado. En los inicios de la década del ‘60 se desempeñaba como publicista cuando recibió el encargo de crear una historieta de apoyo a la difusión de una empresa de electrodomésticos, Mainsfield. Si bien la campaña se suspendió, en 1964 la solicitó *Primera Plana*. Así nació la tira *Mafalda* que adoptó el nombre de su protagonista. Se publicó en diversos medios hasta 1973. (Aboy, 2011)

¹³⁴ La relación con su familia (crítica y amorosa a su vez) le sirve al historietista para reflexionar sobre las tensiones de los modelos familiares aceptados de los años sesenta que se devanean entre la continuidad de los modelos forjados en el siglo XX y las rupturas que la modernización de los sesenta asoman (como por ejemplo el rol de la mujer). Las dificultades de una familia de clase media porteña también caen bajo la mirada de Quino: los problemas del hábitat (departamentos pequeños y polución urbana), empleos mediocres y rutinarios, impedimentos para alcanzar un status mayor (mediante el automóvil y las vacaciones), etc. (Aboy, 2021). Las relaciones con sus amigos le sirven para mostrar cuestiones más elevadas que forma parte de las preocupaciones de los sectores medios más refinados. Con el personaje “Libertad” que representa a los sectores más intelectualizados, la historieta reflexiona sobre temas como la paz en el mundo y los problemas geopolíticos; mientras que la relación con Susanita y Manolito le sirve al autor para establecer las diferencias de *Mafalda* con segmentos más atrasados de la clase media (Susanita sólo piensa en enamorarse y casarse; Manolito-hijo de inmigrante- se preocupa por el comercio y como hacer negocios).

Obsérvese las distancias de Mafalda con las historietas “populares” como *Paturuzú*, *El Tony* o *Rico Tipo*. Las historietas dirigidas a la clase media son cuestionadoras profundas del mundo que las rodea y ambiguas en sus contenidos, mientras que otras son pasatistas, superficiales y con planteos dicotómicos sencillos (“buenos y malos”).

La crítica a los gustos e inclinaciones obreras no provino, solamente, de sectores de clase media refractarios a sus preferencias políticas, sino incluso de aquellos identificados con el peronismo, como veremos a continuación.

3.7 “Quisiera una guía que me ayude a ver las cosas”. La Construcción de una Tutela Política e Intelectual de Clase Media a Través de la Revista ‘Compañero’

Compañero fue un emprendimiento editorial surgido en 1963 y puede ser inscripto dentro del *boom* de publicaciones de esos años. La revista se identificaba como peronista y cercana a las corrientes sindicales anti vandoristas. Sin embargo, también apuntaba a un público más vasto, por lo cual adoptó el formato y la distribución de las revistas de la época: se repartía en los kioscos desde los cuales logró niveles aceptables de ventas que oscilaron entre los 35.000 y 100.000 ejemplares (Abós, 2020)¹³⁵. Sus miembros fueron intelectuales de clase media vinculados a lo que genéricamente se denominó la “izquierda peronista”¹³⁶ o simpatizantes de ella¹³⁷. En ambos casos poseían vinculaciones estrechas con la nueva izquierda intelectual, además de algunos dirigentes peronistas contrarios a Vandor¹³⁸.

En muchos de sus números¹³⁹ *Compañero* realiza una serie de críticas a las industrias culturales de masas (incluyendo a algunos de los artistas más populares) y también se auto-adjudica el derecho de constituirse en guía cultural de los trabajadores. La *Nueva Ola*, programas exitosos de la televisión, publicaciones de chismes del espectáculo, películas comerciales, el teatro de revistas, etc. caen bajo la mirada crítica de la sección “Por una cultura auténticamente nacional”. En esa sección fija, firmada por Tulio Rosembuj, se hace referencia al fenómeno de *La Nueva Ola*. En el epígrafe, el autor señala:

¹³⁵ De acuerdo al autor, pretendía competir con los magazines comerciales. Además de una estructura comercial convencional y un formato estilo tabloide, “tenía secciones fijas: internacionales, política nacional, gremiales, cultura. Reservaba la contratapa para notas especiales: investigaciones, adelantos de libros o con frecuencia, tratamientos fotográficos” (Abós, 2020, p2). En todas las citas que siguen, las mayúsculas pertenecen al original.

¹³⁶ La izquierda peronista en ese momento estaba representada por el minoritario Movimiento Revolucionario 17 de octubre dirigido por Gustavo Rearte y grupos de sindicalistas “duros” que tenían en común un marcado antivandorismo. Sobre los orígenes de la izquierda peronista en los primeros sesenta, véase Ehrling (2020).

¹³⁷ Algunos de sus miembros fueron los periodistas Horacio Eichelbaum y Rogelio García Lupo, Jorge Enea Spilimbergo, los abogados Alvaro Abós y Tulio Rosembuj. Además lo integraba el escritor y periodista Germán Rozenmacher y colaboraban Rodolfo Ortega Peña (futuro diputado de la Tendencia Revolucionaria) y Eduardo Luis Duhalde, entre otros. Su Director era Mario Vilota, gestor cultural vinculado al relanzamiento del diario peronista *Democracia*. Ninguno pertenecía a la clase obrera.

¹³⁸ Otros dirigentes retrospectivamente identificados con la izquierda, como Envar El Kadri, estaban en ese momento fuertemente vinculados con la UOM de Vandor, aunque el hecho es decididamente borroso en las miradas póstumas del personaje que se concentran en su etapa de guerrillero y revolucionario. Véase: *Cacho. Una historia militante* (Acuña, 2019).

¹³⁹ Todas las mayúsculas de las citas textuales de *Compañero* son del original

En el último tiempo, la música foránea ha alcanzado inusitada difusión, más allá del inocente esparcimiento que podría suponer, esto es parte de un complejo juego de intereses comerciales, que ha movido al cronista de *COMPAÑERO* a investigar sobre quiénes tienen en sus manos el negocio que explota la oreja del pueblo.

La nota en tono de denuncia señala la responsabilidad de las empresas transnacionales de discos y sus agentes locales (dueños de programas, promotores, ejecutivos de las firmas y disc jockeys) en la difusión de esa música y la búsqueda de cantantes. El autor no se priva de exponer sus preferencias estéticas: la música es mediocre y los cantantes seres descartados rápidamente luego de un éxito fugaz y socialmente alienados.

Algunos de estos muchachos cantores, son dignos de conmiseración cuando expresan algunas de sus ideas o proyectos; al decir esto pensamos, por ejemplo, en Raúl Lavié, ex cantor de tangos y hoy cantor de rock obsesionado por dinero a corto plazo, que en alguna ocasión afirmó que se pensaba teñir el cabello para disimular mejor la pinta de cabecita.

La sección está ilustrada con una caricatura de un sujeto bailando el twist en igual estado de alienación, con la lengua afuera y sus ojos cruzados. La nota remata con la necesidad de imponer leyes proteccionistas para evitar la salida de divisas y la destrucción de “nuestra propia música” y denunciar a quienes siguen “dopando a nuestro pueblo con mala música importada”, lo cual es una clara admisión de la popularidad de esas expresiones artísticas entre lo que la publicación denomina “pueblo”.

Como se ha visto en el capítulo anterior, la televisión es el nuevo atractivo de las masas argentinas y no escapó a la mirada de *Compañero*. En una nota crítica¹⁴⁰ sobre *La Familia Falcón*, el autor no se priva de citas que muestran su refinamiento cultural al mencionar un personaje de la obra del dramaturgo Voltaire¹⁴¹, como ejemplo del estado de alienación del televidente:

¹⁴⁰ “Si Voltaire viera t.v... La familia Falcón: somos todos macanudos”. *Compañero*, Año 1 n° 4, 28 de junio de 1963

¹⁴¹François-Marie d'Arouet, como en realidad se lo llamó, fue un escritor central de la Ilustración europea. Véase <https://plato.stanford.edu/entries/voltaire/>

Pangloss —ese personaje de Voltaire que siempre afirmaba vivir en el mejor de los mundos aunque le estuvieran sacando un ojo— viera televisión, se alegraría sinceramente. Sobre todo, si viera "La familia Falcón". Somos todos un pedazo de pan. En el fondo todo anda bien, la armonía familiar es perfecta, es mejor no innovar, no queremos líos, nada de 'cosas raras'. (p.7)

De acuerdo a *Compañero*, el programa es reaccionario por doble motivo: no sólo porque falsea la realidad, sino porque se asume como un programa que describe la realidad "tal cual es". Los televidentes, inermes, son sólo "víctimas" ante un poderoso aparato propagandístico que, lejos de menospreciarla, la revista expone como más peligroso.

TRAMPA Lo más grave de este programa no es su grotesca mistificación de la realidad. Lo más grave es que se nos quiere indicar que ésa es toda la realidad y bajo la apariencia de describir esa realidad- se fortifican tabúes, se mantienen prejuicios, se tiene especial cuidado de insinuar toda real posibilidad de cambio y se evita un planteo de fondo de los problemas reales que sufren en este momento de crisis la mayoría de las familias (...)

Compañero reconoce el mayor poder de los nuevos medios audiovisuales (por sobre los tradicionales) y la inferioridad intelectual de quienes ven la serie:

estos modernos Panglos a sueldo, estos escribas de la televisión que nos quieren convencer que somos todos tipos macanudos y que en el mundo no hay problemas demasiado serios, son más peligrosos y más influyentes que los editorialistas de "La Prensa". (...). Sus víctimas, centenares de miles de víctimas ansiosas por creer en todo eso que le cuentan allí, al terminar el programa, cuando apagan el televisor, se encuentran con su propia angustia, con su propio miedo, que ninguna "Familia Falcón" puede resolver.

La erudición vuelve aparecer para ilustrar al lector que, supone el autor, forma parte de un código compartido (todos saben quien es Arthur Miller o conocen su obra):

Y no es que se trate de quedar en eso. Se trata de salir, pero con la verdad. (...) como, por ejemplo, una vez, hace muy pocos años, lo hiciera Arthur Miller en "La muerte de un viajante". Y Arthur Miller no hablaba en difícil, y Miller no mentía. Y todos supimos lo que quiso decir. (p.7)

Pareciera que el cronista está efectuando la misma operación habitual que se realizaba en *Primera Plana*. "Al encabezar las notas en forma no convencional, con títulos de obras literarias, teatrales, refranes o citas de autores clásicos se creaba una complicidad con un tipo especial de lector, capaz de interpretar e identificar las referencias cultas, al cual se dirigía la revista" (Taroncher Padilla, 2004, p 257). ¿Acaso el destinatario no sería, en definitiva, el mismo? En el estado actual de la investigación no podemos contestar esta pregunta, pero resulta sugestiva la utilización de la misma estrategia.

Otro de los programas analizados por *Compañero* es *Sábados Circulares* conducida por "Pipo" Mancera. La revista se pregunta "¿Qué significa "Sábados Circulares"? ¿Para qué sirven? ¿Qué se propone? ¿Cómo incide sobre el público" .

Reúnase un enorme equipo de periodistas que traigan el material mézclese durante cinco horas una serie de cantantes generalmente malos a los que se le paga una miseria (a veces 200 pesos); muéstrese al público (como representación de ese zoológico que es el mundo) haciéndole cantar jingles; humíllese a una persona cualquiera con la Cámara Sorpresa, truco viejísimo en Europa y EE. UU; muéstrese unos títeres o mejor aún a todo el público bailando twits; mézclese todo eso que prepara un equipo que nunca aparece y enfóquese la cara del "astro" durante cinco horas como si él hubiera preparado todo, y se tendrá un programa tipo.

(...) Nuestro hombre acaba de vender su tranvía de todos los sábados Y entonces, cuando el programa termina, algunos espectadores, ahí, en su casa, se quedan

solos, tremendamente solos y se miran, y no tienen nada que decirse y se sienten ajenos, aunque sean marido y mujer y entonces él, carraspeando molesto, o bostezando un poco pregunta- "decime vieja, ¿qué programa se puede ver ahora?". ("Sábados circulares ó 5 horas en blanco", *Compañero*, año 1, n°5, 5 de julio de 1963, p.7)

En uno de sus números, la revista titula "TV: FABRICA DE IDIOTAS ¿O NO?".

La nota está ilustrada con dos fotos. Una de ellas muestra a Palito Ortega cantando rock y contorneándose con el epígrafe: "BOTÓN DE MUESTRA: Este es el prototipo de 'ídolo' que fabrica la T V. Como si uno solo no bastara, los produce en serie". En la segunda foto, en este caso de Jonhy Tedesco, al pie señala "FÁBRICA DE IDIOTAS: Imagen ideal de nuestro título. Esta es la juventud que los canales de TV proponen como modelo". Luego de denunciar que la maquinaria televisiva responde a "intereses mercantilizados y venales" y criticar a los principales escribas (Abel Santa Cruz, Hugo Moser y Alberto Migre) la revista dice que "(...) urge controlar todo cuanto penetra en nuestros hogares discriminando conscientemente si en verdad la televisión es una máquina idiotizadora o no" En otra foto, en este caso de José Marrone, el epígrafe cuestiona el perfil de un artista popular: "Marrone: sus programas son el modelo de 'cultura' popular que nos quieren vender los productores" (*Compañero*, Año 1 N°22, 21 de noviembre de 1963, p. 7)¹⁴².

En la misma sección, pero correspondiente a otro número se persiste en la crítica sobre otro de los productos de la industria cultural con alta repercusión entre los trabajadores, las revistas "del corazón" de gran circulación entre los trabajadores y sus familias¹⁴³. *Compañero* denuncia bajo el subtítulo "OTRO TIPO DE DROGA" el negocio de quienes realizan esas publicaciones:

Mientras la reacción aprieta cada vez más fuerte al pueblo, mientras la necesidad comienza hacerse sentir como hecho concreto, hay diversas maneras

¹⁴² Mientras que, el grueso de los intelectuales radicalizados de clase media consideraban que la televisión no era más que un arma de penetración imperialista, tanto en términos culturales como económicos, el filósofo Heriberto Muraro (1974) reflexionó sobre las industrias culturales desde otra perspectiva. Muraro se concentra en el mensaje de la televisión y la manipulación de las audiencias más que en la penetración transnacional. Para que esto último suceda es porque sus intereses coinciden en determinadas coyunturas históricas con los intereses y expectativas de las audiencias. Muraro relaciona este fenómeno de la publicidad televisiva con el incremento del consumo de la clase media. En su ejemplo, excluye de ese mundo a los trabajadores. A nuestro juicio estos asertos reflejan el clima de época y se pueden vincular a las concepciones sesentistas de la clase obrera (ontológicamente revolucionaria y, por lo tanto, ajena al mundo del consumo). Pero también se los puede relacionar al proceso de "expiación", de acuerdo a la definición de Altamirano (2001), por la que atraviesan los sectores intermedios debido a sus posturas antiperonistas del pasado reciente. Mientras que los televidentes de clase media son proclives a la estupidezización, por el contrario, la contracara de este proceso es la idealización de los trabajadores y de algunos de sus símbolos.

¹⁴³ A mediados de los años sesenta *TV Guía* y *Radiolandia* junto con *Antena*, *Goles*, *Vosotras* y *Anteojito* formaban parte de un verdadero pool de publicaciones de casi 7 millones de ejemplares semanales dirigidos por Julio Korn.

de "engrupir" a la gente. Quizá convenga que la gente empiece a saber que estos comerciantes que se hacen millonarios a costa suya, se ríen de ellos. Quizá haya llegado la hora de que usted compañero trabajador, explique simplemente a su mujer, a su madre, a su hija que por más interesada que se muestre por el último romance de Elsie Daniel, eso no va a arreglarle nada. Porque ellos nos seguirán desplumando a más y mejor mientras sus escritas nos cuenten amores fraguados, accidentes, falsos chismorreo de comadre, ficticios y sucios trapos íntimos. Y no se trata de que su mujer, su madre o su hija dejen ya de leerlas. Tenga paciencia. Ya va a llegar un momento en que no van a arreglarnos con 'grandes premios' que se pueden ganar fácilmente.

(*Compañero*, Año 1, nº2, 14 de junio de 1963)

Desde la perspectiva del autor, las mujeres trabajadoras son las más permeables (con menor "conciencia") a percibir la banalidad de esas publicaciones y es el hombre quien las debe esclarecer. El tono admonitorio y urgente hacia el trabajador ("explique") no hace más que remarcar el papel que se asigna la revista como vanguardia y un reconocimiento del éxito de esas publicaciones pasatistas entre la clase obrera, "engrupida" por éstas, una forma banal de señalar su falsa conciencia.

En un recuadro del N°8 una nota de crítica cinematográfica sobre el éxito comercial "Ud. y 'La cigarra no es un bicho'" luego de reconocer que "La batalla por una cultura popular pasa, indefectiblemente, por el cine" y el éxito entre los trabajadores señala:

(...) Acaba de atravesar las pantallas un film que congregó a las mayorías: cientos de miles de espectadores abarrotando las salas cinematográficas a lo largo de todo el país. (...). La vigencia de un cine de entretenimiento y de evasión es algo que está demasiado ligado a ese gigantesco aparato comercial que es el cine más aún a todo un sistema de vida dentro del cual estamos metida, mal que nos pese y nos demos o no cuenta de ello (...). Queremos, simplemente y sin alharaca, pedirle que reflexione sobre el tema, que trate de rebuscar el saldo positivo de su

experiencia como espectador de "La cigarra no es un bicho". Nosotros creemos, y usted quizás lo haya sentido así alguna vez, que el arte puede ayudarnos a elaborar una comprensión más honda del hombre, a descifrar la clave de algunos de nuestros propios problemas, o abrirnos los ojos sobre el contorno vivo y real del país (...). Nosotros creemos (...) que la palabra realismo encierra mucho más significado que esa vacía y estúpida imagen de dos novios saliendo, puros y en traje de bodas, de un hotel de citas, y que la palabra "realismo" encierra, sin lugar a dudas, cosas mucho más importantes que la imagen de Luis Sandrini diciendo "pelotudo". Piénselo. (*Compañero*, Año 1, N°8, 30 de julio de 1963, p.7)

En el análisis del teatro de revistas, una manifestación de mayorías en los años cincuenta y sesenta, *Compañero* es categórico: "LA REVISTA PORTEÑA PERDIÓ SUS VIRTUDES DE ORIGEN",

se limitan a ofrecer a un público complaciente una serie de números "artísticos" que tienen una sola constante: sexo, más grosería, más sexo. Una ramplona chabacanería se respira en el aire desde el principio al fin. Y aunque algunas de estas salas incluyen ciertas figuras de real valía (escasísimas) éstas se diluyen prontamente en el farrago de la mediocridad general.

En resumen: nosotros creemos que la revista porteña hoy no puede ser calificada como género popular. Por el contrario, estamos tentados de calificarla como su antítesis. Sólo un ciego populismo (algo así como la demagogia por la demagogia misma) puede desconocer una verdad que la experiencia diaria nos está demostrando. El pueblo, compañero lector, hace rato que adquirió mayoría de edad. Y ningún Petit o quien quiera que fuese, logrará engañarlo.

En el correo de lectores del N°11 de la revista se reproduce una misiva de un supuesto obrero metalúrgico, Joaquín Peña, que sintetiza la concepción del lugar de los trabajadores con respecto a sus vanguardias

Varios números atrás publicamos la carta que nos enviara el compañero Joaquín Peña, obrero metalúrgico que nos planteaba: ‘Cuando vengo al centro busco en los quioscos alguna revista, algo que me ayude a saber cuáles son las cosas que tengo que leer para conocer mejor al país y la verdad no encuentro nada. . . quisiera una guía que me ayude a ver las cosas. . . Ustedes están en la obligación de ayudarme’. Y tiene razón el compañero que nos escribe. Por otra parte, haciéndose eco de esta carta, publicamos otro, que enviara el compañero Rey, en lo que nos solicitó que concretemos la iniciativa sugerida por el obrero Peña. A ambos les respondemos que estamos preparando, como primer paso, una lista de libros de autores nacionales que merecen ser rescatados y difundidos como pivotes en la lucha por una cultura nacional y popular a través toda nuestra historia. (Compañeros, Año 1, N°11, 20 de agosto de 1963 p.7)

La carta del lector, pese a lo imposible de verificar su verosimilitud, resulta representativa de la tarea de vanguardia político-cultural que se auto asignan los responsables de la publicación.

La mayor parte de los contenidos televisivos más exitosos también recibió la crítica furibunda de los medios cercanos a la sensibilidad de la clase media intelectual como es el caso de *Primera Plana*. Hasta el grupo de humoristas *Les Luthiers*, cuyos espectáculos apuntaban a los sectores de clase media más refinados intelectualmente, reflejó irónicamente los contenidos de la televisión: “El que piensa... ¡pierde!” señalaba un presentador de un programa de preguntas y respuestas en un gag de la época¹⁴⁴. En cambio, otras producciones como las protagonizadas por el llamado *Clan Stivel*¹⁴⁵ serán ponderadas por el semanario en tanto muestra que la televisión puede ser “seria” y “comprometida”. David Stivel dirigía obras en ciclos nocturnos con audiencias más acotadas con obras clásicas adaptadas al formato televisivo como *Hamlet* (con un importante rating por el tema a tratarse). Otros ciclos denominados “unitarios”, como *Cosa juzgada*, trataban casos policiales con el guion de la escritora Martha Mercader.

¹⁴⁴ Incluso las presentaciones iniciales de ese grupo se dio en el vanguardista Instituto Di Tella. Para indagar sobre los orígenes de Les Luthiers, véase Samper Pizano (2014).

¹⁴⁵ El dramaturgo David Stivel dirigía el grupo *Gente de teatro* que convocaba actores profesionales provenientes de los ámbitos teatrales trasladados ahora a la pantalla chica. En algunas de sus producciones participaba el cineasta Rodolfo Khun quien protagonizara el embate contra las nuevas industrias culturales

Los programas de televisión también desarrollaron un lenguaje distante de los militantes políticos de clase media. Gonzalo Aguilar presenta, con motivo de una conferencia de prensa brindada por los militantes que habían logrado escapar de la cárcel de Trelew en 1972¹⁴⁶, los diferentes argumentos expuestos por los guerrilleros y por el periodista. Rubén Pedro Bonnet (perteneciente al Ejército Revolucionario del Pueblo) relaciona la historia de lucha de la guerrilla con los conflictos de los trabajadores industriales y los trabajadores rurales en el pasado. En su argumentación, el militante afirma la continuidad de las acciones pese a su inminente detención. Además, filia la lucha actual contra las fuerzas opresoras (entre las cuales se encuentran las Fuerzas Armadas) con conflictos y enfrentamientos en el pasado, como las luchas por la independencia en el siglo XIX y las protagonizadas por los trabajadores rurales de la Patagonia a comienzos de la década del 20 del siglo XX. Tratándose de una conferencia brindada en similar región geográfica, el mensaje tiene entonces triple significación en términos ideológicos y políticos. Mariano Pujadas (dirigente de Montoneros) presenta casi los mismos argumentos, aunque con sutiles diferencias con los miembros del ERP (que pasan inadvertidas para el periodista). En cambio, “el periodista privilegia las apelaciones sentimentales y dramáticas” en su argumentación más comprensible para las audiencias populares:

Para tranquilidad de los familiares de la gente que se encuentra retenida en este aeropuerto diremos que, a pesar de que en estos momentos el local del aeropuerto de la ciudad de Trelew se haya rodeado por fuerzas policiales y del ejército, acaban de manifestar miembros de las fuerzas armadas FAR, ERP y Montoneros que, después de haber realizado esta entrevista y haber llegado a la masa de la población a través de la prensa escrita, es factible –y ellos lo han decidido así– entregarse incondicionalmente sin ningún tipo de violencia”. (Citado en Aguilar, p.276)

3.8 El Cine y la Crítica a los Valores y la Identidad Obrera-sindical. Desde Después del Silencio a Los Hijos de Fierro

Además de la televisión, en el cine de los años sesenta aparecen diversas caracterizaciones de los sectores obrero-sindicales. Caído el segundo gobierno peronista, el gobierno militar encarceló a algunos de los miembros más destacados de la industria

¹⁴⁶ En agosto de 1972 los principales miembros de las organizaciones armadas, que habían sido encarcelados por las autoridades militares, organizaron una fuga masiva desde un penal de Rawson en la Patagonia. Una parte de ellos logró escapar hacia Chile, mientras que el resto (entre los cuales se encuentran los entrevistados) fueron recapturados y, en su gran mayoría, asesinados. El hecho se denominó “La masacre de Trelew”. Los diálogos fueron extraídos del documental *Ni olvido ni perdón* (Gleyser, 1972). La indagación inicial en Aguilar (1999).

cinematográfica bajo el argumento de complicidad con las políticas estatales. Entre ellos, los hermanos Ángel y Atilio Mentasti, dueños de la mayor productora: *Argentina Sono Film*, Luis César Amadori (el director más prolífico del período peronista) y el actor, cantante y director Hugo del Carril. A tono con la revisión del pasado reciente, fueron filmadas entre 1956 y 1958 una serie de películas fuertemente críticas del peronismo haciéndolo básicamente responsable de los grandes males del país (corrupción, intolerancia política y apremios ilegales) y considerando ese período como anómalo dentro de la historia argentina.¹⁴⁷

Después del silencio (Demare, 1956) puede ser considerada como uno de las películas más trascendentes de la época. Estrenada comercialmente el 13 de septiembre de 1956, “con gran recepción tanto de la crítica como del público”, desde el punto de vista narrativo se asemeja a la estructura de un *film noir* (Giacomelli, 2021 p. 339)¹⁴⁸. Constituye una versión libre de un suceso real: el secuestro y tortura del estudiante universitario Ernesto Mario Bravo, socorrido por el médico Alberto Caride en 1951. Lucas Demare presenta en el film, condensado en el personaje principal, dos de los objetivos que se propone el nuevo gobierno:

en lo político desarmar los resortes ‘totalitarios’ de las instituciones del Estado, y en lo pedagógico ilustrar a los sectores sociales identificados con el peronismo sobre la ‘verdad’ del régimen que habían apoyado, orientándolos a apreciar los valores democráticos tradicionales de la cultura argentina que el gobierno revolucionario representaba. (Spinelli, 2007, p.15. Citado por Giacomelli p.346)

El protagonista es un médico, Anselmo Demarco, que constituye un ejemplo de profesional pequeño-burgués abnegado, padre ejemplar y mejor ciudadano. La película “expresa las perturbaciones internas de un protagonista que no puede adaptarse a vivir en un régimen que no coincide con el sistema de valores de aquellos que son como él, y decide reaccionar ante la impavidez de una sociedad que no visibiliza los crímenes cometidos hacia dentro de las instituciones” (Giacomelli, p.339). La película nos muestra, desde el comienzo, el prototipo de “antiperonista”. No pertenece a las clases dominantes sino a la clase media. El hospital donde

¹⁴⁷ Una película estrenada en forma casi simultánea, *Los Torturados* (Du Bois, 1956) forma parte del mismo clima de época. Expone las historias fictionales (aunque parcialmente basadas en hechos reales) de cuatro miembros de la Sección Especial de Investigaciones de la Policía Federal que debaten, encerrados en una embajada, durante la Revolución Libertadora, su rol como torturadores durante el peronismo. Si bien no poseen la misma tónica (literal en el caso del film mencionado, alegórico en films posteriores) se pueden mencionar, inspirados en mismo clima político-cultural, los siguientes films: *Detrás de un largo muro* (Pondal Ríos, 1958) que relata la cruda realidad de los inmigrantes llegados a la ciudad; *El Jefe* (Ayala, 1958), film a partir de guion del escritor David Viñas, protagonizado por una banda de estafadores liderado por un personaje caracterizado como Perón. En *El Candidato* (Ayala, 1959) se realiza una crítica a todo el sistema político de entonces.

¹⁴⁸ Cuando se habla de cine negro se hace referencia a un género cinematográfico característico del cine norteamericano de gran difusión en los años 40 y 50. En general retratan un paisaje urbano plagado de delito y corrupción, donde los personajes centrales de la narrativa se desarrollan (Giacomelli, 2021).

desarrolla su profesión vive una huelga, protagonizada centralmente por mujeres, que exponen (ante los espectadores) la justicia de su reclamo: sueldo insuficiente y malas condiciones de trabajo en el contexto de la crisis económica de 1951, sobre el final del primer gobierno peronista. Pese a las reticencias iniciales del médico, su apoyo final a la huelga de las enfermeras y su rechazo al culto católico (que deja de manifiesto desde el principio del film) terminan de perfilar la ideología del protagonista para el espectador, implícitamente cercana al socialismo¹⁴⁹. En un diálogo inmediatamente posterior, irrumpe un delegado sindical, quien se erige a sí mismo como el que va evaluar las emergencias que serán atendidas y cuáles no. “¡Usted no es médico, es el cocinero del sanatorio!” señala Demarco en tono racional pero crítico. El aspecto del dirigente es desaliñado (con barba crecida, incluso se lo presenta fumando) y sus expresiones toscas, acorde con el prototipo del dirigente sindical descrito por las fuerzas antiperonistas desde mediados de la década del cuarenta. Su habla corresponde, por su tonada, a una persona recientemente arribada del interior. El director manifiesta, incluso, la distancia con las huelguistas que se expresan en forma clara a la hora de expresar sus reclamos. Por el contrario, el dirigente, ajeno hasta el final en la discusión acerca de la justicia del reclamo entre el médico y las enfermeras, señala en tono prepotente: “hay que bajarle el copete”. El contraste con el detenido de apellido Godoy (que en la versión del film no es un estudiante universitario como en el suceso real sino sugestivamente un obrero que comanda una huelga) es singular: el actor que lo interpreta es atildado, de rasgos caucásicos y musculoso¹⁵⁰. Posee una actitud desafiante cuando es detenido, previo a las golpizas y la tortura. Cuando el comisario Portela lo apresa¹⁵¹ y lo acusa falsamente, éste señala:

-No soy comunista ni soy fascista. Soy un obrero democrático que defiende a mis compañeros porque los están engañando con delegados vendidos

-¿Quiénes dirigen la huelga?

-Obreros de verdad. No payasos como los que ponen ustedes.

La declaración del detenido filia directamente la ideología implícita del obrero con el médico, a la postre quien le salva la vida. Además, refuerza su idea que los dirigentes son

¹⁴⁹ El socialismo fue la fuerza de izquierda de más arraigo en el período pre peronista que actuaba simultáneamente en las arenas políticas y sindicales. Tradicionalmente contó con profesionales entre sus elites dirigentes, como el caso de Juan B. Justo (Del Campo, 1983).

¹⁵⁰ El cual muestra-paradójicamente- un aspecto similar a los “descamisados” representados en la profusa iconografía de la época peronista. Cfr. Gené (2005).

¹⁵¹ En realidad, el lugar de detención del trabajador parece corresponder a la Sección Especial de la Policía cuyas actividades se ampliaron durante los gobiernos peronistas. Estuvo especialmente dirigido a facciones sindicales o políticas adversas al peronismo (Bartolucci, 2020). Sobre las actividades paraestatales en las que hicieron especialmente hincapié las fuerzas antiperonistas, véase el *Libro Negro de la Segunda Tiranía* (1958).

irrepresentativos (“vendidos” al gobierno) y, por el contrario, quienes encabezan una huelga son combativos (con conciencia de clase) en pos del mejoramiento de la vida de sus compañeros en un contexto político y económico adverso. Esta interpretación tiene conexión con afirmaciones similares de los sectores “duros” del peronismo en los años sesenta y sus auto-asignados herederos de la izquierda peronista de los setenta a la hora de leer el pasado y explicar a sus lectores las razones de la caída del gobierno peronista en 1955: los culpables fueron los burócratas que no defendieron a Perón.

Cuando el médico Demarco, quien ha huido al Uruguay para poner a salvo su vida, decide denunciar la detención ilegal y las torturas sufridas por el obrero, lo hace pensando en el esclarecimiento político de la clase obrera “es necesario que los obreros conozcan la verdad” afirma rodeados de exiliados de clase media. La publicación de un panfleto escrito por el médico que el film muestra repartido en forma clandestina entre los trabajadores de una fábrica textil “será como quitarle de un manotón las vendas de los ojos que los ciega”. “Somos víctimas de la estafa más grande que se le ha hecho a los trabajadores” dice el obrero Godoy al conjunto de trabajadores al mismo tiempo que pondera el panfleto del médico como “la verdad”.

En forma similar a algunas publicaciones ya mencionadas, algunos elementos de la película están directamente conectados con las primeras interpretaciones doctas sobre el peronismo, en especial con las del “padre” de la sociología científica y uno de los fundadores de la carrera de Sociología Gino Germani¹⁵², relación que hemos percibido en otros films¹⁵³.

Además de los circuitos comerciales convencionales de circulación del cine comercial, del cual hemos dado cuenta en el capítulo precedente, comenzaron a proliferar círculos de clase media de formación y producción cinematográfica en universidades, proyección en cineclubes y la realización de festivales. Asimismo, aparecieron nuevas publicaciones especializadas de crítica cinematográfica. En conjunto conformaban redes culturales que permitieron el surgimiento de directores y nuevos públicos de clase media atentos a la renovación estética y temática que partió de Europa. Se fue conformando el “cine de autor” o también llamado “segundo cine” (Ramirez Llorens, 2012). Entre los directores agrupados en esta corriente, uno

¹⁵² El intelectual italiano hizo hincapié en la presencia de diferencias en el interior del conglomerado obrero que se conformó en el proceso de Industrialización por Sustitución de Importaciones a principios de los años cuarenta. Esta interpretación señala que los trabajadores de residencia urbana más antigua desarrollaron ideologías de clase (socialistas o comunistas) y que las sostuvieron más allá de la irrupción del peronismo) y vinculados con la inmigración ultramarina. Las migraciones internas en los años 30 sumaron trabajadores provenientes del ámbito rural, supuestos portadores de estructuras ideológicas proclives al paternalismo que se transformaron en una “masa disponible” y que adhirieron masivamente a las fuerzas comandadas por Perón. *Después del silencio* parece representar en el detenido Godoy y el dirigente sindical del comienzo la dicotomía presentada por Germani: obreros “viejos” versus obreros “nuevos”. Agradezco al jurado anónimo n°2 el dato sobre el rol de Germani en la fundación de la carrera de Sociología.

¹⁵³ Véase *Nosotros los monos*, supra.

de sus representantes más atentos a las industrias culturales y su impacto en la sociedad argentina fue Rodolfo Kuhn¹⁵⁴.

En la película *Pajarito Gómez-Una vida feliz* con guion de Francisco Urondo¹⁵⁵ y Rodolfo Kuhn, dirigida por el mismo Kuhn, se retratan los orígenes, fama y la repentina muerte de un ídolo popular cuyas similitudes con la trayectoria de Palito Ortega son evidentes. El eje central del relato versa sobre cómo la maquinaria industrial crea y manipula ídolos incluso hasta en la etapa posterior a su muerte. Desde esta perspectiva la nueva cultura de masas no sería sino una forma de “alienar y manipular a la gente”, temas familiarizados con las ideas de la Escuela de Frankfurt de circulación en el Buenos Aires de la primera mitad de los sesenta¹⁵⁶.

Desde la perspectiva de Sala (2009), en la película prevalece el comentario irónico/satírico “en que los medios de comunicación masivos construyen una vida que termina siendo más real que la realidad misma”. Una revista “del corazón” reproduce la vida del cantante en forma selectiva eludiendo el pasado familiar humilde.

Uno de los productores que digita la carrera de *Pajarito*, interpretado por Federico Luppi, verbaliza lo que el cantante “debe ser” de acuerdo a las necesidades del mercado: un joven pero esterilizado de cualquier rebeldía contra el sistema

machito, buen hijo, tiene un coche muy veloz pero maneja con prudencia. Gana mucha plata pero la usa bien, dona algo a ALPI, le compra una casa a la madre, invierte para el futuro. No se mete para nada en política y dice cosas tales como: ‘Si todos somos buenos y sentimos mucho amor, el país saldrá adelante’. [...] Que rompa esquemas, pero no muchos, nada de ‘rebelde sin causa’, que aquí no corre.

Lo que deja de manifiesto Kuhn es que, si los años sesenta constituyeron el momento de aparición de la juventud como “fracción independiente” de la sociedad, lo que el film cuestiona es la incorporación que el mercado y los sectores dominantes realizaron de aquel segmento a los vaivenes del consumo. El Club del Clan ejemplifica ese proceso (p.360)¹⁵⁷. Algunas

¹⁵⁴ Entre la filmografía de Kuhn de esa época se encuentran el cortometraje *Contracampo* (1958) y los largometrajes *Los jóvenes viejos* (1962) y *Los inconstantes* (1963). Desde la perspectiva de Sala basada en un concepto de Terán (1991) Kuhn comparte con otros intelectuales en esta etapa un pesimismo existencialista común. En las obras de muchos dramaturgos contemporáneos de clase media, entre los cuales se encuentran Roberto Cossa, Ricardo Halac, Germán Rozenmacher, Griselda Gambaro y Eduardo Pavlovsky los personajes centrales son representados entre abúlicos o sin orientación del mundo que les toca vivir. *Pajarito Gómez* significa un punto de ruptura en su filmografía hacia “una radicalización de los modos de retratar las zonas conflictivas de la sociedad” (Sala, 2009, p.358)

¹⁵⁵ El poeta Francisco “Paco” Urondo participó activamente en las organizaciones político-militares de principios de los años setenta Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros a principios de los años setenta.

¹⁵⁶ En este punto no es posible comprobar la lectura o al menos su circulación entre los miembros del “segundo cine” al que pertenecía Kuhn.

¹⁵⁷ El director pone en escena a una ganadora de un concurso para pasar un día junto con el cantante de éxito. Quien sale elegida es una humilde obrera de una fábrica de Salta, utilizada por el director para poner de manifiesto la manipulación de los individuos y la promesa de felicidad

representaciones de las fuerzas de izquierda también manifestaron que “la nueva ola” no era más que una estrategia del imperialismo (quien inyectaba su influencia directamente sobre la cultura de masas) para adormecer a los jóvenes (Manzano, 2010, p.47).

Estos elementos críticos de las industrias culturales de principios de los sesenta como los cantantes de moda y las “revistas del corazón” van a ser objeto también de la consideración del “tercer cine” de fines de los años sesenta y principios de los setenta (una de las banderas del cine militante, como señala Sala).

3.8.1 El cine de Intervención Política

A fines de los años sesenta, *La hora de los hornos* (Getino y Solanas, 1968) inaugura el llamado “cine militante” acorde con el clima político-cultural que se vivía en Argentina durante esos años.¹⁵⁸ Junto con *Los Traidores* (Gleyser, 1973)¹⁵⁹ y *Los Hijos de Fierro* (Getino y Solanas, 1975) constituyen tres de los principales films que reflejan la interpretación del período 1955-1969 y la sensibilidad de los sectores de clase media radicalizada¹⁶⁰.

Estos cineastas-militantes también consideraban que el cine dejaba de ser un fin en sí mismo (como lo consideraban los miembros del segundo cine) sino como un medio u arma para la revolución. En base a estas premisas, este grupo de directores expresa todo un programa de transformación: lo que denomina la nacionalización de las capas medias por un lado (vía utilización como instrumento ideológico del revisionismo de izquierda) y el acercamiento a los sectores más refractarios al vandomismo¹⁶¹.

mientras a uno le toque el número premiado. Tanto Pajarito como Rosa Peralta, la seleccionada en el concurso, muestran la infelicidad de los sectores subalternos como rasgos permanentes a lo largo de la película.

¹⁵⁸Para definir cine militante (o cine de intervención política) Fernando Solanas y Octavio Getino señalaban premisas válidas para toda esa generación: “es aquel cine que se asume integralmente como instrumento, complemento o apoyatura de una determinada política y de las organizaciones que la lleven a cabo al margen de la diversidad de objetivos que procure: contrainformar, desarrollar niveles de conciencia, agitar, formar cuadros, etc. (...) Lo que define a un filme como militante y revolucionario son no solamente la ideología ni los propósitos de su productor o su realizador, ni aún siquiera la correspondencia existente entre las ideas que se expresan en el filme y en una teoría revolucionaria válida en determinados contextos, sino la propia práctica del filme con su destinatario concreto: aquello que el filme desencadena como cosa recuperable en determinado ámbito histórico para el proceso de liberación.” (Citado en Mestman, 2001, p. 5). La película fue la primera del llamado *Grupo Cine Liberación*, conformado en sus inicios por Octavio Getino, Gerardo Vallejo y Fernando Solanas. La misma fue estrenada en la IV Muestra Internacional del Nuevo Cine de Pesaro (Italia) de junio de 1968, donde fue premiada (Mestman, 2001 y 2008; Wolkowisz, 2008). Prohibida inicialmente por la Revolución Argentina, generó un circuito alternativo de exhibición entre estudiantes e intelectuales de clase media que fortaleció la identidad de esos grupos en su acercamiento al peronismo.

¹⁵⁹ Gleyser formaba parte del Grupo *Cine de la Base*. Tuvo una vinculación estrecha con el PRT-ERP de tendencia guevarista desde su fundación (Russo, 2008). Otros de los grupos conformados en esos años, aunque de menor trascendencia que los mencionados fue el de *Realizadores de Mayo*, conformado –entre otros- por Jorge Cedrón, Eliseo Subiela y los mismos Getino y Solanas.

¹⁶⁰ El cine militante de fines de los sesenta y principios de los setenta recibió bastante atención desde la historiografía en los últimos años. Entre los principales aportes en la caracterización del mismo se pueden citar los siguientes: Mestman (2001 y 2009); Manzano (2004); Russo (2008); Cristiá (2013).

¹⁶¹ Según Mariano Mestman los directores fortalecieron su relación con sectores del sindicalismo combativo y con algunos pensadores de la denominada ‘izquierda nacional’, quienes buscaban un acercamiento a la clase obrera peronista. Esta corriente, ya sea en sus variantes popular o revolucionaria, propugnaba una intervención particular del intelectual estrechamente vinculada con el pueblo (como símbolo de la nación) en la lucha política e ideológica. En ese contexto si bien la lucha frontal es con los sectores dominantes, otra de las disputas se desarrolla alrededor de la versión de la historia y la cultura nacional contra la ‘intelligenzia’ (ya sea liberal o de la izquierda clásica como la denominara Arturo Jauretche) sometidos “al poder” (2009).

En ese contexto, señala Mariano Mestman, los cineastas consideran al peronismo como la herramienta de transformación revolucionaria con una fuerte impronta anti intelectualista o descalificación de época sobre el quehacer intelectual “per se”, como señala Oscar Terán (1991). Con estos supuestos, los circuitos de circulación se relacionaron a los referentes de estas corrientes¹⁶².

De acuerdo al film de Getino y Solanas, los obreros, los intelectuales y los estudiantes eran los tres sujetos con potencial revolucionario que la izquierda peronista aspiraba a congregarse. En ese sentido, los directores presentan a esos tres actores, pero no en el mismo plano sino por separado. De ahí que el encuentro fuera un producto imaginado por los medios de expresión cinematográficos y no un diálogo cara a cara (Tal, 2005, 237).

Un tema especialmente destacado en el documental son los medios de comunicación masivo, “más eficaces que el napalm”¹⁶³ para las fuerzas del “neo-colonialismo” según los directores. En el film se muestran en forma crítica –en planteos casi idénticos a los expresados en los films anteriores– a las industrias culturales. Los *mass media* son tan poderosos que “acallan las protestas y dividen al pueblo” (en una confirmación tácita de la atracción que ejercen sobre los trabajadores). Los directores muestran, para apoyar el mensaje, imágenes de la calle Corrientes con especial énfasis en los carteles lumínicos de empresas transnacionales y escaparates que muestran televisores. El contraste con la percepción de los trabajadores es notable: lo que para estos es la muestra más palpable de adaptación al mundo de una gran metrópoli como Buenos Aires y el disfrute del ocio, para la clase media radicalizada es sinónimo de subordinación y engaño. La nefasta influencia de los medios también llega a una parte de la clase media: jóvenes enajenados bailan alrededor de una batea de una disquería. A través de la superposición de imágenes, el film afirma que “las curanderas y los predicadores son al pueblo lo que la música beat o las nuevas tendencias a la clase media”. Inmediatamente aparecen imágenes del sudeste asiático donde de la metralleta se disparan balas, pero también historietas, música y costumbres extranjeras.

Los directores hablan de “proletariado”, término jamás utilizado al interior del peronismo y el movimiento obrero, pero sí por el marxismo. Tampoco se menciona en el film al

¹⁶² Según el testimonio de Octavio Getino entre las primeras personas a quienes se mostró la película tras su terminación, se encontraban Juan José Hernández Arregui (intelectual vinculado al revisionismo de izquierda) y Rodolfo Walsh. Este último, entonces director del semanario CGT, órgano oficial de la CGT de los Argentinos, era un referente de la izquierda peronista desde su denuncia pública de los fusilamientos ilegales de militares y civiles peronistas en 1956 (luego publicada como libro con el título de Operación Masacre y llevada a la pantalla por Jorge Cedrón en 1972).

¹⁶³ El Napalm o gasolina gelatinosa es un combustible utilizado por los ejércitos aliados en la Segunda Guerra Mundial y por los Estados Unidos en la Guerra de Corea. Sin embargo, fue mundialmente conocido en su aplicación en el conflicto de la península de Indochina, la Guerra de Vietnam. Provocaba incendios en la selva como táctica para combatir contra la guerrilla del Ejército de Liberación. Par una historia de ese conflicto, véase Benz, W y Graml, H. (1986).

“movimiento obrero” dado que esa caracterización incluiría a los sindicatos. A nuestro juicio no es solamente una mera elección de palabras. Desde la perspectiva de Silvia Sigal (1991), un sector significativo de las fuerzas de izquierda¹⁶⁴, sobre todo las no peronistas, disociaban en su discurso durante los años sesenta a la clase obrera del peronismo. Por un lado, se referían a “proletarios” y sus conflictos de clase independientemente de sus preferencias políticas. Por el otro, se devalúa su identidad como peronistas descartando la política como hecho significativo en sus análisis:

En un plano homogéneo, donde sólo son significativas las luchas de clases, el foso entre obreros e intelectuales desaparecería, situados ambos en una escena donde las distancias heredadas se habrían desvanecido; los intereses de la clase obrera no pueden diferir del mandato revolucionario de los intelectuales, que son precisamente quienes los han descifrado.

De acuerdo a Sigal, la defensa de esta postura “implicaba, como se ve, una decisión ideológica radical: considerar que lo único real es la lucha de clases antiimperialista, transforma a la política en secundaria, irreal o poco pertinente” (p.235).

En *Los Traidores*, Raymundo Gleyser relata la historia ficcional de un dirigente sindical “ortodoxo” de la actividad metalúrgica en los años sesenta, Ricardo Barrera, que finge un secuestro para ganar las elecciones de su gremio. Las referencias temporales ubican la acción en las postrimerías del golpe militar de 1966. La evocación, mediante flashbacks, de los inicios de la carrera militante del sindicalista hasta llegar a la cumbre le sirve al director como excusa para explicar la relación entre los dirigentes sindicales y el Estado desde 1955, además de los conflictos en el peronismo. Lo que el autor desea destacar es el surgimiento de un grupo de militantes juveniles dentro de la fábrica (FIPESA) adversos a la “burocracia” que deviene luego de 1969 en una agrupación político-militar que culmina asesinando a Barrera en la propia sede sindical.

Los actores que representan a los militantes juveniles y llevan la voz cantante invariablemente son de tez blanca, pelo largo y utilizan ropa a la moda (chaquetas de cuero y campera de jeans en algunos casos). También son los que lideran la Comisión Interna, elaboran las estrategias para combatir a la burocracia, los que entienden su lógica pro-patronal y los que

¹⁶⁴ La autora menciona como portadores de este discurso al Partido Socialista, la revista *Situación*, *Che* y *El Popular* de principios de los años sesenta. No damos cuenta aquí de otros discursos parcialmente superpuestos a éstos como los de la “izquierda nacional”. En la película aparecen elementos ideológicos de ambas tendencias.

organizan la lucha (desde armar una bomba Molotov y organizar una facción anti-burocrática hasta plegarse a las luchas clasistas de principios de los años setenta). Estos poseen un lenguaje claro y una lógica argumentativa e interpretan correctamente cada momento de la lucha en los años sesenta (primero dentro de la fábrica; luego, cuando comprenden que la burocracia corrupta no puede ser desalojada por métodos democráticos, escalan a una nueva forma de lucha: los sindicatos clasistas y los actos armados). Sus aliados trabajadores son de tez trigueña, en general no hablan (sólo asienten) y se limitan a seguir a los jóvenes líderes. En una escena emblemática, los jóvenes de clase media se parapetan encima de unos tambores con motivo de la toma de FIPESA y son los primeros encargados en repudiar la llegada de los “burócratas”. Los trabajadores permanecen debajo en la primera toma y luego suben y se suman en el repudio que encabeza “la vanguardia”.

Las mujeres trabajadoras que aparecen en el cuadro en general no hablan ni mucho menos deciden, sino que se limitan a completar el cuadro -en el mejor de los casos-en tanto víctimas de explotación laboral y/o sexual. Incluso las mujeres de clase media cercanas a Barrera (su mujer Chela y su amante), son alternativamente engañadas y menospreciadas. En el campo de los militantes rebeldes a la ortodoxia, las relaciones de género no muestran discontinuidades: en las reuniones donde se critica a Barrera y se analizan las diversas opciones para la clase obrera, las mujeres tampoco juegan un papel decisivo. El único acto con cierto afán protagónico femenino lo constituye el final de la película donde irrumpe una joven con un arma larga en el momento de la ejecución del dirigente.

La contracara de los dirigentes de clase media la constituye Barrera y su gente. Gleyser deja de manifiesto en varias instancias del film que los burócratas no poseen el capital cultural de sus contrincantes: cuando (con motivo de su auto secuestro¹⁶⁵) se dirige a un falso viaje a la ciudad de Rosario y, ante el requerimiento de su esposa acerca de si deseaba leer algo, señala: “Paturuzito” y “Siete Días”, dos publicaciones de tipo pasatista que se vendían por millares en esa década.

El esnobismo y la ignorancia de Barrera y su mujer quedan de manifiesto cuando Chela le manifiesta, en un dormitorio “burgués”, que desea comprar (asesorada por una decoradora) una biblioteca y completarlas con la colección de enciclopedias “Espasa Calpe”. Lo cual

¹⁶⁵ En apariencia, este hecho está inspirado en un acontecimiento real protagonizado por el dirigente textil Andrés Framini, cuando simuló su secuestro ante la segura derrota en las elecciones de la AOT en 1968. Víctor Proncet tomó esta anécdota y lo transformó en el cuento “La víctima” que sirvió de base para el guión de “Los Traidores”. Paradójicamente el sindicalista se transformó en referente para los jóvenes de izquierda que se acercan al peronismo. Framini siempre constituyó, como se ha visto, el contrapeso de Vandor dentro de las fuerzas políticas y gremiales. La izquierda peronista y los duros lo reivindican como “un revolucionario”. El propio Framini intentó en su carrera político-gremial su discurso confirmar ese perfil.

constituye un guiño a sus espectadores cultos de clase media: los brutos con dinero compran libros sólo para fines decorativos.

Los acompañantes de Barrera no le van a la zaga. Además de tener un historial de “sobornados” por la patronal, algunos de ellos simplemente son una fuerza de choque que carece de cualquier tipo de conocimientos o aptitudes. En una escena donde Barrera está reclutando personal para el sindicato, luego de la recuperación del mismo de la intervención militar, le pregunta a un postulante de aspecto tosco: “¿Vos que trabajo de oficina podés hacer?” El director enfoca en primero plano el rostro del demandado y, en forma apenas audible, contesta que “ninguno”. A nuestro juicio el interés de Gleyser con ese plano es destacar en forma reiterada la carencia de preparación intelectual de esas facciones y dejar de manifiesto sólo la posesión de virtudes físicas utilizadas para el amedrentamiento de los opositores.

El aspecto personal (pelo corto, salvo excepciones) y las vestimentas del mismo Barrera y sus acompañantes son “atrasadas” propias de personas mayores y marcan un claro contraste con los jóvenes dirigentes.

Otra escena en los inicios de la carrera de Barrera deja de manifiesto para los espectadores las limitaciones ideológicas del personaje (y, por extensión, de la clase obrera peronista, podríamos agregar). Su novia por entonces y futura esposa, le pregunta en un paseo por el Riachuelo:

“-¿Qué es la ideología peronista?”

-La ideología peronista es ser fiel a Perón.” contesta Barrera

El diálogo desea dejar sentado que su accionar sindical (incluso cuando posee un perfil plenamente de base, cuando el personaje aún no se había corrompido) no está motivado por ningún otro proyecto o principio ideológico más que subordinarse al líder. La diferencia con los jóvenes es manifiesta. Cuando evoca con su futura esposa el pasado peronista y las razones de la caída en 1955 dirige su crítica de los dirigentes sindicales de ese momento: “¿qué hicieron los burócratas?”. El cuestionamiento en forma de pregunta será un tema recurrente para los dirigentes y militantes “duros” posteriores al '55.

En boca de Barrera, surge toda una definición del “burócrata perfecto”: la carrera del dirigente sindical es como un espectáculo (asemejado a una farsa) “hay que hacer como Palito Ortega; actúa se retira y vuelve”. Desde la perspectiva de Gleyser asemejarse o copiar actitudes

de Ortega (un producto de la industria cultural para engañar a las masas) significa la contracara de la actitud que debe tomar un dirigente honesto y luchador.

Otro film de Solanas y Getino, ya en pleno tercer gobierno peronista, *Los Hijos de Fierro* (1975), también indaga sobre la caracterización de un “burócrata sindical” y su relación con la clase obrera, tal cual era entendida en los años setenta. La película es una intencionada recreación del Martín Fierro, donde se realiza una analogía del peronismo a partir del poema épico creado por José Hernández a fines del siglo XIX, y se establece una línea de continuidad entre las luchas populares del siglo XIX y las del siglo XX. Esa filiación histórica, de clara vinculación con la conceptualización que realiza el revisionismo histórico de izquierda en esos años, aparece también en *La Hora de los Hornos*. En *Los Hijos de Fierro* Perón es Martín Fierro; sus tres hijos constituyen el movimiento peronista mismo (que representan a su vez las tres banderas históricas de ese movimiento político); el Comandante representa a las Fuerzas Armadas y su intervención reiterada en la vida política; el Gaucho Cruz a los militares peronistas mártires y Pardal el “burócrata sindical” entre los personajes principales. El film se organiza en tres partes que constituyen una narración lineal entre 1955 y 1974. De acuerdo a Valeria Manzano (2004) las masas oprimidas representadas por el peronismo conforman la esencia de la “argentinidad” donde la analogía cobra cuerpo.

Los hijos de Fierro se ponen al frente de la lucha durante la Resistencia y los momentos más ásperos de los años sesenta (que denominan en la película “reflujo”). Cuando el personaje denominado “Vizcacha”, que asemeja a un interventor en los sindicatos posterior al golpe, es desplazado por parte de las bases obreras del control de los sindicatos, su lugar lo ocupa Pardal un viejo peronista que converge puntualmente con los obreros. En el acto 7 de la película, la burocracia está consolidada y Pardal es presentado con la totalidad de los vicios atribuidos a los dirigentes en materia de política sindical: la violación de las normas democráticas consideradas básicas por los directores (como la adulteración de los comicios y patoterismo contra los opositores) y actos de corrupción personal (que beneficia a los dirigentes). Los conflictos entre las “bases obreras” y la “burocracia sindical” son presentados como un conflicto generacional entre esas bases (caracterizados como jóvenes) y los burócratas (viejos).

En el final de su vida, Pardal imagina su propia muerte en una escena onírica (similar a la de *Los Traidores*) deambulando por pasillos laberínticos y desbordados de papeles. Como señala Manzano (2004), luego de esta imagen Pardal prácticamente desaparece de la narración y, por lo tanto, de la historia. Lo cual marca, como lo hace Gleyser en *Los Traidores*, que el fin del relato

es la muerte de la “burocracia” y el preludio del encuentro de la clase obrera con su destino revolucionario.

Del análisis global de los films¹⁶⁶ comentados surgen hilos de interpretación que engloban, a nuestro juicio, las miradas predominantes de los sectores intelectuales y artísticos sobre los trabajadores y sus conducciones y que reflejan una parte de la “estructura de sentimientos” de las clases medias de Buenos Aires de los años sesenta. Pese a los cambios de contextos políticos por demás evidentes, persisten desde estos sectores una misma mirada sobre la falta de capital cultural de trabajadores y dirigentes sindicales. Las conclusiones son obvias: los trabajadores deben ser desengañados y concientizados “desde afuera” es decir, desde otra clase social (médicos, jóvenes de clase media, etc.) ya sea para que dejen de ser el furgón de cola de un movimiento totalitario (quitarles “la venda de los ojos” como señala Arturo García Buhr en *Después del silencio*) o bien adquieran “conciencia de clase” en el sentido de desprenderse de los burócratas e iniciar la organización de un partido clasista (como en *Los Traidores*). Esa toma de conciencia incluye, desde el cine de Rodolfo Kuhn hasta Valladares la denuncia de las industrias culturales que manipulan a los trabajadores sin ningún tipo de filtro.

3.9 Cultura Obrera-Cultura de Clase Media: Indicios de un Conflicto

Existen indicios que permiten pensar en un remozado conflicto cultural entre los valores de la clase media y los de la clase trabajadora, que tuvo un nuevo capítulo en la primera mitad de la década del sesenta y llegó hasta los años setenta. Dos ejemplos puntuales desarrollados por Mirta Varela (2010), nos permitirán hacer algunas precisiones al respecto. En el número 1 de la revista *El Descamisado*, el principal órgano de prensa de la organización Montoneros se publica una nota titulada “La guerrilla en la televisión” (p.14) donde se observa la repercusión en la prensa montonera de la telenovela *Rolando Rivas, taxista*, que se emitió con gran éxito de audiencia entre los años 1972 y 1973. Se critican las posturas del protagonista, caracterizadas como poco comprometidas con una visión de la violencia política falsa y esquemática, fruto de su orientación burguesa (se había transformado en dueño del taxi). Los comentarios se refrendan con una fotografía en la parte superior de la nota donde aparece el actor Claudio García Satur en

¹⁶⁶ Como señala Ramirez LLOrens (2012) existieron otros realizadores, algunos de ellos exitosos publicitarios que, si bien no integraban estos grupos compartían las mismas premisas en tanto partían de una impugnación radical del cine institucionalizado y del orden social vigente. En ese sentido compartían una red cultural con lazos diversos entre instituciones y personas que les permitía incluso participar activamente del exitoso cine comercial. Por lo cual no se debe exagerar el módico éxito de las películas militantes, sobre todo si se las compara con los más rotundos éxitos comerciales Héctor Olivera asociado con Fernando Ayala conformaban, como vimos, Aries cinematográfica donde convivían películas “comprometidas” con problemáticas sociales como *La Patagonia Rebelde* (Olivera, 1974) con el mayor éxito del cine comercial *Argentinísima* (Ayala y Olivera, 1972) o las sagas de comedias de Alberto Olmedo y Jorge Porcel destinadas a un público popular y numerosos. De todas formas, la llegada del tercer gobierno peronista en 1973 estimuló una oleada breve pero intensa de películas de tenor reflexiva sobre cuestiones conflictivas del presente y pasado argentino que se suman a las mencionadas en el cuerpo principal del texto como Juan *Moreira* (Favio, 1973), *Quebracho* (Wullicher, 1974) y *La Raulito* (Murúa, 1975) entre otras. Como señala Ramirez LLOrens “El cine argentino no fue sólo comercio, vanguardia, militancia. Fue la coexistencia de todo eso en un contexto político, económico y cultural” (p.24)

malla junto a varias señoritas en bikini. Sonrientes y disfrutando del sol, constituyen la contracara de las otras imágenes de la revista plagada de notas sobre movilizaciones obreras y líderes políticos. La retórica desplegada en toda la revista remarca la lucha de los trabajadores por sus derechos y en contra del gobierno de Lanusse, por contraposición la frivolidad de la televisión y su servicio a las políticas antinacionales. La nota y la foto, señala Varela, funcionan como un guiño cómplice para un lector de clase media, pero probablemente incomprensible para un lector popular: mofándose así de un personaje y de un actor apreciado por el mundo del trabajo.

La autora encuentra estos mismos indicios acerca de la existencia de universos culturales diferentes entre el mundo de los jóvenes de clase media y de clase trabajadora, en este caso, en la indumentaria. En un reportaje televisivo a una familia obrera proveniente de Córdoba, previo a la llegada de Perón a Ezeiza el 19 de junio de 1973, la cronista entrevista al joven de la familia. Su aspecto, su forma de vestir (como un adulto), sus declaraciones (peronista igual que sus padres), lo ubica generacionalmente en continuidad con sus padres y no en ruptura con ellos. Si bien es “socialmente joven”, en términos de Pierre Bourdieu (2008), es “viejo” dentro del peronismo y puede mostrar credenciales políticas que no tenían los jóvenes de clase media dentro del movimiento.

El General Perón, desde su exilio y luego ya instalado en Argentina en 1973, hablaba del “trasvasamiento generacional” entendiéndolo como una forma de transmisión esencialmente pacífica de los viejos dirigentes a los nuevos, privilegiando las continuidades sobre las rupturas, en este caso, en el mundo de la política y el poder. Sin embargo, este trasvasamiento, que resultaba coherente con la modalidad de transmisión intergeneracional del peronismo entre los sectores populares, no lo era entre los sectores medios que llegaron al peronismo desde la izquierda (Varela, 2010).

La tarea de estos jóvenes de clase media *parvenu* eran múltiples: diferenciarse de sus padres “gorilas”, al contrario de los jóvenes de clase obrera, debían rechazar los valores de la industria cultural (adoptadas además de los trabajadores por otras fracciones de clase media) y, al mismo tiempo, adquirir los valores propios de los “descamisados”. Los jóvenes de clase media, continúa Varela, desarrollaron un “look montonero” construido a partir de

rasgos de desinterés material (que podrían considerarse bohemios si la bohemia no fuera reactiva a la política), de recuperación de la belleza de lo simple (no exentos de romanticismo) y con la exclusión de las marcas de la cultura de

masas que se encontraban omnipresentes entre los sectores populares peronistas. Esos últimos encontraban en la imitación de la cultura de masas una vía de escape a las duras condiciones de vida, pero también un modo de ser peronistas, desde el momento en que el peronismo había legitimado esa imitación. Los jóvenes de clase media, en cambio, ponían el acento en la reivindicación del ‘descamisado’. (p. 76)

Además de los jóvenes militantes, un papel especial le cupo a buena parte de los intelectuales de clase media. Para quienes se ocuparon de analizar las nuevas industrias culturales o bien de enfocar su objeto de estudio en los deportes populares, la cultura de masas era una de las más eficaces armas de penetración de la cultura transnacional (para aquellos que se reivindicaban como antiimperialistas). En un momento donde actores cada vez más visibles y prominentes de la vida nacional sostenían el sintagma de la recuperación de la industria nacional (Varela, p. 268), las acusaciones de penetración imperial adquirieron cada vez mayor notoriedad. Para otro sector de los intelectuales (más numerosos en los primeros años luego de la caída del peronismo), en cambio, la cultura de masas engañaba a los más pobres y los desviaba del camino del trabajo y la virtud. En los films y los medios gráficos, producidos y consumidos por los sectores de clase media que hemos visto en este capítulo, abundan los ejemplos en uno u otro sentido. La revista *Compañero*, las películas *El Crack*, *Pajarito Gómez*, *La Hora de los Hornos* y *Los Traidores* realizados en diferentes momentos (1960, 1963, 1964, 1968 y 1972) dan cuenta de ello. Publicaciones masivas como *Primera Plana* y *Confirmado*, destinados a públicos no necesariamente politizados comparten la distancia crítica con las mencionadas e incluso el *staff* de periodistas.

Todas estas constataciones empíricas, que aquí denominamos “indicios”, en el sentido que le otorga Carlo Ginzburg (2004), nos permite afirmar la continuidad entre el proceso de modernización con la radicalización política en los años sesenta. Así como, el arte de vanguardia se expresó primero en el *Di Tella* (en cierta forma “despolitizado” de acuerdo a sus críticos), a fines de la década lo hizo mediante la comprometida *Tucumán arde*; a *Primera Plana* (ejemplo de periodismo “serio” y “moderno” a la vez) le siguió la politizada *La Opinión*; el cine pasó del antiperonismo de clase media más visceral de *Después del silencio* a la radicalización ideológica de *Los Traidores*. Si bien el proceso está cargado de ambigüedades y contradicciones y no todo actor “moderno” de principios de los años sesenta abrazó las banderas del cambio antiimperialista en los setenta, consideramos la existencia de líneas de continuidad en la crítica

de los consumos culturales y las conductas obrero-sindicales a lo largo de toda la época. Qué el futuro dirigente montonero Francisco “Paco” Urondo sea uno de los guionistas de *Pajarito Gomez* y más de diez años después *El Descamisado* critique a *Rolando Rivas Taxista*, no es mera casualidad ni una anécdota menor. Marca, a nuestro juicio, la tutela que los sectores medios pretenden imponer a los trabajadores sobre lo que ven, lo que leen y lo que escuchan. Esas críticas de clase media a los valores y gustos obreros-sindicales, en síntesis, construyeron los cimientos de una vanguardia política.

El supuesto obrero metalúrgico que citamos al principio solicitando con urgencia la tutela lectora, es el trabajador “ideal” para los dirigentes cercanos a esas vanguardias. Pero “ideal” es lo contrario a “real”.

4. Conclusiones/reflexiones finales

Los desafíos obreros en una etapa conflictiva

Las grandes mayorías populares de Buenos Aires tuvieron durante buena parte del siglo XX un horizonte de movilidad social ascendente. La crisis del '29, la depresión económica que siguió durante los años 30 y las políticas públicas hicieron que el camino de progreso de los trabajadores se tornara más dificultoso. Luego de la Segunda Guerra Mundial, los cambios en la orientación estatal reabrieron las posibilidades de promoción social de los trabajadores de Buenos Aires a un nuevo status, de la mano de los sindicatos industriales y de los servicios. No sólo se incrementaron sus ventajas materiales en el marco de las relaciones laborales y en el reconocimiento estatal de su papel en la sociedad, sino en su constitución como clase social. Su conciencia reformista, su mirada conservadora sobre la vida y su expectativa de goce plebeyo en el marco del capitalismo –algunos de los elementos que ya formaban parte de la cultura previa al surgimiento del peronismo– fueron confirmados y enaltecidos en sus experiencias que van desde 1946 hasta 1955. Durante los tumultuosos años que transcurrieron desde la caída de Perón, en septiembre de ese año, y su vuelta definitiva a la Argentina en 1973, los trabajadores metropolitanos y sus organizaciones debieron afrontar básicamente tres desafíos:

El primero lo constituyeron las transformaciones materiales del capitalismo que privilegiaron los procesos de concentración de capital y conspiraron parcialmente para que el ideal de progreso social prosiguiera su marcha, sobre todo para los recién llegados a la gran ciudad. La participación obrera en la distribución del ingreso disminuyó y los esfuerzos patronales y estatales destinados a disminuir el poder de los sindicatos y a aumentar la productividad del trabajo estuvieron presentes a lo largo de la década. Al momento del asesinato de Vandor, sin embargo, los resultados de la ofensiva contrarias al universo obrero-sindical tradicional habían sido magros. Al margen de los determinantes externos al mundo del trabajo, podríamos afirmar que existen al menos tres causas que explican ese fracaso: el poderío de los sindicatos y la pericia adquirida por los dirigentes sindicales luego de diez años de experiencia en las diversas lides y negociaciones con el Estado y los sectores patronales; la estrecha relación entre dirigentes y dirigidos que permitieron “golpear y negociar” con eficacia; y por último la inexistencia de una reserva de mano de obra o, lo cual es lo mismo, un mercado de trabajo integrado que impidió deprimir aún más los salarios.

El segundo desafío a los trabajadores fue de carácter específicamente político, aunque solidario con el primero: las diversas administraciones que ocuparon el poder desde 1955 pretendieron eliminar la opción política e identitaria mayoritaria entre los trabajadores, el

peronismo, o –en el peor de los casos– neutralizar su influencia sobre éstos. Luego de la caída del segundo gobierno de Perón, los sindicatos se transformaron en las instituciones más sólidas identificadas con esa experiencia estatal y, en síntesis, los “cancerberos” de las lealtades políticas de los trabajadores. Las diferencias entre las corrientes antipáticas al poder de Vandor y la corriente mayoritaria que éste encabezaba, fue la capacidad de esta última para operar sobre esa tradición. El “Lobo” podía recrear (cuanto menos en parte), la *edad dorada* de justicia social mediante la firma de un convenio colectivo de trabajo ventajoso, proveer los servicios médicos para sus afiliados y brindarles los beneficios del turismo social. Las corrientes minoritarias y más radicales, partidarias de la ruptura con el “sistema” tenían, en cambio, menos para ofrecerle a los trabajadores, salvo en el plano simbólico: la lucha por la vuelta de Perón que, vale aclararlo, había mostrado nulos resultados a lo largo de esa época. En ese mismo plano las huestes de Vandor también podían exhibir sus propias credenciales de “resistencia anti-sistema”, como las historias de vida de José Rucci, Armando Cabo y el propio “Lobo” lo demuestran. Además, los sectores mayoritarios del sindicalismo peronista eran poseedores (no exclusiva pero predominante en tanto portador privilegiado de ese legado) del *imaginario* obrero sobre su propio pasado inmediato. Estos progresos en el plano corporativo, político e ideológico, sumados a las particularidades del régimen político argentino en los años sesenta, animaron a los metalúrgicos a formular la idea de un partido obrero-sindical.

El tercer desafío que debieron enfrentar los trabajadores y sus dirigentes fueron las poderosas ideas, instituciones e industrias culturales nacidas al calor de la modernización de los años sesenta. Esas “usinas” que las generaban ubicaban a la clase media como el punto de llegada ideal de la sociedad argentina, que se encontraba, como el resto de occidente, en un verdadero torbellino de cambio. Películas, revistas y diarios ponían en cuestión, entre otros temas, los gustos y las orientaciones obreras y sindicales, juzgadas como arcaicas, reaccionarias y socialmente repudiables. Cuando, a fines de la década, un sector de la clase media se radicalizó, fruto del mismo proceso de modernización a escala internacional, las críticas a las preferencias obreras persistieron, pero orientadas ahora, sobre todo, a minar la legitimidad de los dirigentes sindicales. Esto constituyó una forma indirecta, pero una forma en fin, de criticar la inmadurez de los trabajadores como clase. En ese punto, la conducta hacia los trabajadores por parte de los “libertadores”, al principio del período estudiado, y de los jóvenes movilizados a fines de los sesenta se unifican: ambos se auto asignaban la tarea de enseñarles el camino a los desviados. Explicado con ejemplos: existe un hilo conductor entre el médico que desea “quitarle la venda de los ojos” a los trabajadores en *Después del silencio* y los engaños en que caen los

trabajadores debido a las maquinaciones de la industria cultural que denuncia *La Hora de los Hornos*.

Para afrontar estos tres desafíos los trabajadores contaban con una poderosa y compacta **cultura obrera**, algunos de cuyos componentes constituyen el tema principal de esta investigación. Esa cultura tiene características muy definidas: por un lado, es reformista, es decir, descreo de cualquier aspiración utópica y se propone objetivos dentro de los parámetros de progreso dentro de la sociedad capitalista; por otro lado, surge en defensa de la tradición que incluyen la salvaguarda de las conquistas obreras de la década peronista y la propia tradición de organización sindical. Si bien constituye un ejercicio de historia contra fáctica, conductas disímiles a las que tuvieron los dirigentes sindicales en esa época (por ejemplo, un reconocimiento explícito del carácter explotador del sistema capitalista y un accionar intransigente acorde a ello) les hubiera costado su desplazamiento. Los sectores dominantes y el Estado, probablemente los hubiesen doblegado, pero –a su vez– una propuesta de organización social alternativa los hubiese alejado de sus propios trabajadores. El carácter reformista e integrador de la clase obrera de Buenos Aires y, por lo tanto, ajeno a cualquier proyecto radicalizado, estaba inserto en su propia cultura. Por lo tanto, difícilmente habría acompañado a esos dirigentes en hipotéticos enfrentamientos abiertos y frontales a “las fuerzas del capital”. La mano tendida desde el Estado hacia el mundo del trabajo era una historia demasiado reciente y fresca en su cultura para ser barrida de un plumazo. Como se ha dicho ya, la clase obrera era, en términos culturales, rebelde, pero lo era en nombre de la costumbre y la tradición. El presente de los años sesenta, pese a todas las dificultades, y más allá de las diversas orientaciones que se propusieron desde el Estado, siguió alimentando el proceso de movilidad social ascendente. Los trabajadores contaron en los años sesenta con un marco de protección laboral, control sindical sobre los servicios de salud y políticas de vivienda activas que los tenían como uno de sus principales destinatarios. Los hijos de esos trabajadores tenían muchas más posibilidades de aumentar sus niveles educativos que sus padres y, más adelante, alcanzar un mejor nivel de consumo y transformarse en pequeños propietarios (comprar o hacerse su casa, adquirir un pequeño auto quizá, etc.). Como se afirmó aquí, en 1970 la sociedad argentina era mucho más igualitaria que la de otros países latinoamericanos. Consideramos que estas condiciones materiales eran esenciales para que los trabajadores metropolitanos persistan por caminos ya transitados y desechar cualquier aventura ideológica. Werner Sombard, a principios del siglo XX se preguntaba, en un trabajo clásico, por qué no había arraigado el socialismo como ideología entre los trabajadores norteamericanos. Su respuesta no por sencilla carece de justeza: comen bien, se visten bien y tienen mejores viviendas que sus pares europeos. “El *roast beef* y la tarta

de manzana acabaron con todas las utopías socialistas” según sus propias palabras. Salvando las distancias, algunos de los principios del sociólogo alemán pueden ser aplicados al caso de los trabajadores de Buenos Aires en los años sesenta.

La tradición obrera incluía ideas preexistentes al período peronista en materia de consumos culturales. El boxeo, el fútbol y, en menor medida el turf, junto con las canciones pasatistas, ocuparon un rol central en sus vidas, tanto como en las de sus dirigentes. Incluso eran portadores de una matriz de lectura, desde principios del siglo XX, proclive a consumir en forma masiva diarios y revistas que prosiguieran en los sesenta esa forma de presentar las noticias. Alejado del auge de las vanguardias artísticas y culturales de los años sesenta, el tango y el folklore tradicional formaron parte de los gustos de los obreros más viejos o de los recién llegados a la capital, aunque no estaban cerrados a las novedades que las industrias culturales ofrecía. Los más jóvenes encontraban en el *Club del Clan* y *Sandro* ejemplos a emular. Abrazaron con entusiasmo incluso la nueva estrella de los medios de comunicación: la televisión. La nueva expansión del mundo del entretenimiento en los años 60 constituye un capítulo más en la larga saga del siglo XX en la relación entre los sectores populares y el ocio. “Ver la tele”, leer los tabloides sensacionalistas, ir a la cancha ó al cine lejos de constituir tanto un elemento aleatorio como alienante, formó parte central en su identidad como clase social en los años sesenta. Esta investigación constituye también una crítica historiográfica: los investigadores, salvo excepciones, han desechado a los consumos culturales detallados más arriba como fuentes para el conocimiento y es hora de que sean incorporados seriamente en sus análisis a la hora de examinar el mundo popular.

Otros indicios permiten hipotetizar acerca de la persistencia de elementos tradicionales en las relaciones de género y el lugar de la mujer en el mundo del trabajo. La discriminación racial y un latente anticomunismo en el mundo obrero-sindical constituyen algunos de los elementos que componen su visión del mundo.

Los dirigentes sindicales de los años sesenta formaban parte activa de los valores culturales de los trabajadores, lo cual constituyó otra de sus fuentes de poder. Sus vidas cotidianas eran diferentes dado que realizaban tareas que los ubicaban en ámbitos dispars a los de los trabajadores comunes. Pero sus costumbres, historias, gustos y orientaciones eran similares a las de sus dirigidos.

La innovación de los *sixties*, vista en abstracto, no podría ser más contrastante con el panorama descripto arriba. Nuevas ideas acerca de las relaciones entre los sexos, demolición de instituciones tradicionales, críticas a las industrias culturales, desafíos generacionales,

surgimiento y fomento de vanguardias artísticas y políticas e identificación política con el antiimperialismo internacional constituyen sus principales aspectos. Por su parte y como se ha dicho, las clases medias urbanas constituyen las grandes protagonistas de este proceso de modernización que atraviesa la Argentina en los años sesenta. El ideal de progreso las encontraba como el punto de llegada y al mundo obrero como el punto de inicio. Para ellas, la presencia del sindicalismo y los trabajadores era una muestra que la experiencia política y cultural peronista estaba allí, viva, con sus lugares de recreación, sus gustos, sus propios circuitos culturales y vacacionales. La aceptación, a regañadientes, por parte de los sectores medios del papel jugado por el sindicalismo en el campo estrictamente corporativo y en la arena política, se correspondió con la impugnación de los valores culturales de los trabajadores. Películas, libros y revistas orientados a la clase media y críticos de la cultura de masas ocupan un lugar central en los años sesenta. Desde allí, le recuerdan al mundo del trabajo en forma pedagógica —en algunos casos— el camino correcto para alcanzar la *consciencia verdadera*. Su “columna vertebral ideológica” sería entonces el anti peronismo, de más largo anclaje desde los años cuarenta. La persistencia de esos elementos, de los cuales el rechazo al sindicalismo tradicional peronista es uno de los puntos centrales, alcanzan incluso a quienes ya se habían “peronizado” o simplemente radicalizado en esos años y a los *recién llegados* que se sumaron en mayor número en los primeros años de los setenta. Muchos de ellos, cineastas, periodistas, escritores, artistas y futuros militantes de clase media compartieron redacciones, espectáculos, confeccionaron guiones y filmaron películas a lo largo de los años sesenta. Ese movimiento cultural, pese a su diversidad, colaboró en la construcción del *imaginario* sobre los dirigentes sindicales, en especial Vandor. La “burocracia sindical” como la *bête noire* para la izquierda marxista y peronista tenía ya una historia a principios de los años setenta.

Entendemos que en estos años se desarrolla un encuentro de *culturas en pugna* por momentos sorda, por momentos explícita, siempre de carácter ambiguo que hunde sus raíces en la década del cuarenta, se resignifica en los años sesenta y se traslada hasta principio de los años setenta. Sostenemos aquí que ese conflicto tiene su correlato en el ámbito de las opciones políticas que se presentaron a principios de los años setenta. Cuando en 1973 se liberaron las interdicciones que impidieron a Perón transformarse en un actor político legítimo, el viejo general debió decidirse por uno de los dos actores que se disputaban el poder al interior del tercer gobierno peronista. Sin hesitarse, se inclinó a favor de los sindicatos y sus trabajadores organizados, en contra de los jóvenes de clase media agrupados en “La Tendencia Revolucionaria”. Si bien existe un conjunto de razones para explicar esa elección y la posterior ruptura entre Perón y los Montoneros (que exceden los límites de este trabajo), el enfrentamiento

entre culturas diferentes nos puede dar un intento de respuesta al derrotero conflictivo de la política argentina de la primera mitad de los años setenta. Ese conflicto está presente en forma casi invisible desde años anteriores. Un indicio, casi fugaz, puede ser ilustrativo al respecto.

En 1971, Perón se encontraba en pleno reclutamiento de fuerzas que enfrentaran a los militares de la Revolución Argentina y le permitiera regresar al poder. Mientras que el sindicalismo ortodoxo post vandorista se encontraba replegado y en proceso de reorganización, estallaban puebladas, intentos de organización sindical alternativos, movimientos semi-insurreccionales y las organizaciones político-militares se encontraban en plena actividad. Ese mismo año, sale a la luz el documental ya citado en este trabajo *Perón. Actualización política y doctrinaria para la toma del poder* dirigido por Solanas y Getino y destinado a los jóvenes militantes. Entre los diversos tópicos que enuncia el ex presidente, como el capitalismo, el socialismo y las luchas del tercer mundo casi al pasar señala “Indudablemente que hoy los pueblos están muy esclarecidos en razón de los medios de comunicación; de la televisión, de la radio, los diarios, las revistas (...)”. No podemos saber exactamente como tomaron esa frase sus entrevistadores, fuertemente críticos de los consumos obreros, pero sí podemos afirmar que pone en evidencia la existencia de dos mundos culturales diferentes: el de los sectores medios, su sistema de valores y sus anhelos, por un lado; el de los trabajadores y Perón por el otro. Sin ánimo de un análisis prospectivo, existen indicios y huellas que nos deja el pasado para explicar los procesos conflictivos del presente. La historia no tiene leyes inexorables ni está escrita de antemano pero sí posee una lógica. En este trabajo hemos intentado explorar algunos de sus hilos.

PARQUE AVELLANEDA, JUNIO DE 2023

5 Referencias bibliográficas

Fuentes Primarias

Películas

Carreras, E. (Director). (1971). *El Verano de los Campanelli* [Película]. Cinematográfica General Belgrano

Carreras, E. (Director). (1972). *El picnic de los Campanelli* [Película]. Cinematográfica General Belgrano

Demare, L. (1956). *Después del silencio*. [Película]. Eduardo Bedoya, A.A.A. (Artistas Argentinos Asociados)

Du Bois, A. (1956) *Los Torturados*. [Película]. Estudios: Intercontinental Films

Gleyser, R. (Director). (1972). *Ni olvido ni perdón: 1972, la masacre de Trelew* [Película]. Grupo Cine de la base

Gleyser, R. (Director). (1973). *Los Traidores* [Película]. Grupo Cine de Base.

Kuhn, R (Director). (1964). *Pajarito Gómez* [Película]. José Antonio Giménez.

Martínez Suárez, J. (Director). (1960). *El crack* [Película]. Alithia Cinematográfica.

Música, R. (Director). (1961). *El centroforward murió al amanecer* [Película]. Alithia Cinematográfica.

Orce, F. y Moro, P. (Director). (2019). *Nada culmina en la víspera* [Película]. Sombracine SRL.

Solanas., y Getino, O. (Directores). (1968). *La Hora de los Hornos* [Película]. Grupo Cine de Liberación.

Torres Ríos, L. (Director). (1948). *Pelota de Trapo* [Película]. Sociedad Independiente Filmadora Argentina

Torres Ríos, C. (1949). *Con los mismos colores* [Película]. Abel Lopez Chas.

Valladares, E. (Director). (1971). *Nosotros los monos* [Película]. Estudios Forma.

Vieyra, E. (Director) (1970). *Gitano* [Película]. Productora Arroyo

Documentos oficiales

Censo Nacional de Asociaciones Profesionales. (agosto de 1965). [Ministerio de Trabajo y Seguridad Social].

Clubes de primera división: Jugadores sancionados .Tribunal de Penas 1965. *Memorias y balance 1965*. Asociación del Fútbol Argentino (pp 81-82).

Estadística. Establecimientos-alumnos-docentes. Por dependencia y repartición. (1963-1972). Ministerio de Cultura y Educación.
<http://repositorio.educacion.gov.ar/dspace/bitstream/handle/123456789/90628/EL002184.pdf?sequence=1>

. *Precios, salarios y empleo en la Argentina. Estadísticas económicas de corto plazo.* Estudios e Informes de la CEPAL (diciembre de 1984)
https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/8238/S8412996_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y

La situación educativa a través de los censos nacionales de población. (marzo 2013). Gerencia Operativa de Investigación y Estadística. Dirección General de Evaluación de la Calidad Educativa. Ministerio de Educación. Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

La CGT hacia el cambio de estructuras. (1965) [CGT de la República Argentina].

La Nación Argentina. Justa, libre y soberana (1950). Subsecretaría de Informaciones. Peuser. 3ra edición.

Libro Negro de la Segunda Tiranía (1958). Integración.

Ministerio de Trabajo y Previsión. (18 de mayo de 1961). *Convención Colectiva de Trabajo [CCT]. N° 20/61*

Serie estadística educativa- Año 1960. Establecimientos, alumnos y profesores (Cifras provisionarias), Departamento de Educación e información educativa. Ministerio de Educación y Justicia (1960) .
<http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL004689.pdf>

Diarios y revistas consultados

Clarín (1964)

Compañero (1963-1965) <http://americalee.cedinci.org/portfolio-items/companero/>

Crónica (1963 y 1969)

Diario Popular (19 de febrero de 2012). Rodolfo Zapata y su gorda cumplieron 50.

El Descamisado (22 de mayo de 1973). Año 1 N°1, p.14

<https://eltopoblindado.com/documentos/?s=El+Descamisado>
Folklore (1961-1981). [Archivo histórico de revistas argentinas] <https://ahira.com.ar/>
<https://www.diariopopular.com.ar/rodolfo-zapata-y-sugorda-cumplieron-50-n110239>
Mercado (12 de febrero de 1970). Año 1, Nº 31
Primera Plana (1963-1969)
Mundo Peronista Año 2 nº 26 1ro de agosto de 1952.
Panorama (21 de enero de 1968) Nº 56,p.23 Demarco, J. Sindicalismo: La CGT de mis sueños.,
Siete Días, (22 de junio de 1969), nº16, pp 42-43

Páginas y sitios web

Centro de Documentación Histórico Stadium Luna Park (s/f). Registro de espectadores y recaudación Luna Park1966. <https://stadiumlunapark.wordpress.com/ii-archivo/4-decada-1962-1971-ok/34-1966/>
Ecured (s/f). [Enciclopedia cubana]. https://www.ecured.cu/Palito_Ortega
Infobae (29 de Junio de 2019) *Héctor Ricardo García: el hombre, la leyenda y el mito del periodismo que rompió todos los moldes y manuales.*
[Infobae.com/teleshows/infoshows/2019/06/29/hector-ricardo-garcia-el-hombre-la-leyenda-y-el-mito-del-periodismo-que-rompio-todos-los-moldes-y-manuales/](https://www.infobae.com/teleshows/infoshows/2019/06/29/hector-ricardo-garcia-el-hombre-la-leyenda-y-el-mito-del-periodismo-que-rompio-todos-los-moldes-y-manuales/)
Instituto de Verificación de Circulaciones <https://www.ivc.org.ar>
La vaca (29 de junio de 2019). *Crónica sobre Crónica, ya sin Héctor Ricardo García.*
<https://www.lavaca.org/notas/cronica-sobre-cronica-ya-sin-hector-ricardo-garcia>

Canciones

Ortega, R. y Novarro Ch. (1964). Qué suerte [Canción].En *Violeta Canta*. RCA-Victor.
Tormo, A.; Canales, M. y Luna, B. (1947). La porteña [Canción].
<https://sites.google.com/site/pianoyfolklore/autores/t/tormo-antonio>

Fuentes secundarias

Abós, A. (1999). *Augusto Vandor. Sindicatos y peronismo*. Colección Los nombres del poder, Fondo de Cultura Económica.
Abós, A. (2005). *Cinco balas para Vandor*. Sudamericana.
Abós, Á. (2020). Mario Valotta y el semanario Compañero. Un testimonio.*AMÉRICALEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX*. ISSN: 2545-823X. En:
<www.americalee.cedinci.org>

- Aboy, R. (2021). De inquilinos a propietarios: la construcción del mercado de la propiedad horizontal en Buenos Aires, 1947-1970. En Visacovsky, S. Garguin, E. (Eds.). *Argentina y sus clases medias*. Biblos.
- Aboy, R.(2005). Vivienda para el pueblo: espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales. F.C.E.
- Acha, O. y Ben, P. (2004-2005) Amorales, patoteros, chongos y pitucos. La homosexualidad masculina durante el primer peronismo (Buenos Aires, 1943-1955). [En línea] *Trabajos y Comunicaciones*, (30-31).
En http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.316/pr.316.pdf
- Adamovsky, E. (2009). *Historia de la clase media en la Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Planeta.
- Adamovsky, E. (2012). *Historia de las clases populares en la Argentina. Desde 1880 hasta 2003*. Sudamericana.
- Adamovsky, E (2014) "Clase media": problemas de aplicabilidad historiográfica de una categoría. En E. Adamovsky, S. Visacovsky y P.Vargas (Eds.). *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología* (115-138). Ariel.
- Aguilar, G. (1999). Televisión y vida privada. En Devoto, F.-Madero, M. *Historia de la vida privada en la Argentina*, t.3 (pp 255-283). Taurus.
- Alabarces, P. (2001). *Fútbol y Patria: Deporte, narrativas nacionales e identidades en la Argentina, 1920-1998* [Tesis de doctorado, University of Brighton]
<https://es.scribd.com/document/361744162/Tesis-Alabarces-Pablo>
- Altamirano, C. (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Temas Grupo Editorial.
- Altamirano, C. (2002). Modernidad. *Términos críticos de sociología de la cultura*. Paidós.(1ra ed., pp 173-180).
- Altamirano, C. (2013). *Los Nombres del poder*. Arturo Frondizi o el Hombre de Ideas como político. Fondo de Cultura Económica.
- Alvira, P. (2011). El cine como fuente para la investigación histórica. Orígenes, actualidad y perspectivas. En *Páginas. Revista digital de la escuela de historia*, año 3, nº4.
Rosario.https://www.fhuce.edu.uy/images/Ciencias_Historicas/Historia_Americana/cv/El_cine_como_fuente_para_la_investigacin_histrica.pdf
- Anderson, P (1987). Consideraciones sobre el marxismo occidental. Siglo XXI.
- Archetti, E. (2005). El deporte en Argentina (1914-1983). *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, 6 (7), 1-

30. <https://es.scribd.com/document/360450392/Archetti-E-deporte-en-Argentina-pdf>
- Auyero, J. y Hobert, R. (2003). “¿Y esto es Buenos Aires?”. Los contrastes del proceso de urbanización. En James, D. (Ed.) *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)* (t.9, pp 213-244). Sudamericana.
- Ballent, A. (2005). *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Universidad Nacional de Quilmes-Prometeo 3010.
- Béjar, M. D. (2005). *El régimen fraudulento: La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*. Siglo XXI.
- Belini, C. (2017). *Historia de la industria en la Argentina. De la independencia a la crisis de 20017*. (2da. Ed.). Sudamericana.
- Belini, C. y Korol, J.C. (2020). *Historia Económica de la Argentina en los siglos XX y XXI*.
- Benz, W y Graml, H. El siglo XX . Europa después de la Segunda Guerra Mundial, 1945-1982. *Historia Universal*, 35, (t 1 y 2)
- Beraza, L. (2007). *José Ignacio Rucci*. B. de Bolsillo.
- Berrotarrán, P. y Pozzi, P. (Eds.). (1994). *Estudios inconformistas sobre la clase obrera argentina, 1946-1976*. Letra Buena.
- Bingham, A. y Conboy, M. (2015). *Tabloid Century: The Popular Press in Britain, 1896 to the present*. Peter Lang Ltd.
- Bisio, R. y Cordone, H. (1989). El Plan de lucha de la CGT: un episodio singular de la relación sindicatos-estado en la Argentina. *Justicia Social*, (8), 5-36.
- Bitrán, R. (1994). *El Congreso de la Productividad y el bienestar social. La reconversión económica durante el segundo gobierno peronista*. El bloque editorial.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Brennan, J. (1996). *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1973*. Sudamericana
- Calello, O. y Parceró, D. (1984). *De Vandor a Ubaldini*. CEAL.
- Camarero, H y Ceruso, D (agosto, 2015). *El gremio metalúrgico entre 1916 y 1943 crecimiento del sector, organización sindical y lucha obrera*. [Ponencia] XII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, Argentina.
https://www.aset.org.ar/2015/ponencias/18_Camarero.pdf
- Campos, L y Orsatti, A (2014). *Densidad sindical en Argentina en el largo plazo y sus determinantes estructurales*. Observatorio de Derecho Social/CTA.

- <http://www.relats.org/documentos/HIST.CamposOrsatti.pdf>.
- Cangiano, M. (1993). Pensando a los trabajadores: la historiografía obrera contemporánea argentina entre el dogmatismo y la innovación. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, (8), 117-132. Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. http://ravignanidigital.com.ar/_bol_ravig/n08/n08a05.pdf
- Canitrot, A. y Sebes, P. (1974). Algunas características del comportamiento del empleo en la Argentina entre 1950 y 1970. *Desarrollo Económico*, 14 (53), 69-91.
- Canton, D.- Jorrot J. (2001). *Elecciones en la ciudad 1892 - 2001* Tomo II (1912-1973). Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires. En https://www.buenosaires.gob.ar/sites/gcaba/files/documents/elecciones_en_la_ciudad_tomo2.pdf
- Carassai, S. (2012). Ni de izquierda ni peronistas, medio clasistas. Ideología y política de la clase media argentina a comienzos de los años setentas. *Desarrollo Económico*, 52 (205), 65-117. Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Carassai, S. (2013). *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Siglo XXI.
- Cardoso, O y Audi, R. (1982). *Sindicalismo: el poder y la crisis*. Editorial de Belgrano.
- Carpani, R. La política en el arte. Telam Digital. En [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Ricardo_Carpani_la_politica_en_el_arte%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Ricardo_Carpani_la_politica_en_el_arte%20(1).pdf)
- Carpena, R y Jacquelin, C. (1984). *El intocable. La historia secreta de Lorenzo Miguel, el último mandamás de la Argentina*. Sudamericana.
- Carri, R. (2015). Sindicatos y poder en la Argentina. Del peronismo a la crisis (1967) (t1 pp77-274). *Obras completas*. Biblioteca Nacional.
- Cattaruzza A. (1997). El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenilen la Argentina de los años setenta. *Entrepasados. Revista de Historia*, (13), 103-114.
- Cavarozzi, M. (1984). *Sindicatos y política en Argentina*. Centro de Estudios del Estado y la Sociedad. CEAL.
- Ceruso, D y Schiavi, M. (2011). La organización obrera de base en una época en transición: las comisiones internas en los orígenes del peronismo, 1936-1947: el caso de los textiles y los metalúrgicos. *Ciclos*. (20) 39-40
- Chamosa, O. (2012). *Breve historia del folclore argentino 1920-1970. Identidad, política y nación*. Edhasa.

- Ciria, A. (1983). *Política y cultura popular: la argentina peronista, 1946-1955*. De la Flor.
- Cotarelo, M. y Fernández, F. (1997). La toma de fábricas. Argentina, 1964. *Documento de Trabajo PIMSA*, (2), 1-26. <http://www.pimsa.secyt.gov.ar/publicaciones/DT2.pdf>. F/c: 13/6/2016.
- Cosse, I. (2006). Cultura y sexualidad en la Argentina de los 60': usos y resignificaciones de la experiencia transnacional. *E.I.A.L*, 15 (1) 39-60.
- Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta. Una revolución discreta en Buenos Aires*. Siglo XXI.
- Courau, G. (2020). José Marrone: a 30 años de la muerte del último grande de la noche porteña. En <https://www.lanacion.com.ar/espectaculos/personajes/jose-marrone-30-anos-muerte-del-ultimo-nid2384825/>
- Darnton, R (2000). *La gran matanza de gatos y otros episodios de la cultura francesa*. FCE
- Dawyd, D. (2012). Del semanario al libro. La escritura del Rosendo de Rodolfo Walsh como construcción del vandorismo en la Argentina del peronismo fracturado. *Trabajo y Sociedad*, 16 (18), 87-102 <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=387334690006>
- Dawyd, D (2015): Los metalúrgicos, de la resistencia al gobierno. El peronismo visto desde el espacio fabril: La Cantábrica, empresa siderometalúrgica de Morón, 1955-1976 *Coordenadas. Revista de Historia local y regional* <https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/9826/7977-40602-1-PB.pdf?sequence=3&isAllowed=y>
- Dawyd, D. (2017). *Los sindicatos en la obra de Roberto Carri, entre el vandorismo y Montoneros (1967-1974)*. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Dawyd, D. (2018). *Fotografía y biografía de Augusto Vandor. Análisis de la construcción de un liderazgo sindical y político peronista*. VI Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Red de Estudios sobre el Peronismo <http://redesperonismo.org/articulo/fotografia-y-biografia-de-augusto-vandor-analisis-de-la-construccion-de-un-liderazgo-sindical-y-politico-peronista/>
- De la Fuente, A. (2014). *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*. (2da edición). Ariel.
- Del Campo, H. (1983). *Sindicalismo y Peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. CLACSO.
- Diamand, M. (1972). La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio.

- Desarrollo Económico*, 12 (45). <https://observatorio.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2016/05/Diamand-1972-La-estructura-productiva-desequilibrada.pdf>
- Divian, R. (mayo-agosto, 2016). La crítica a la historieta en Argentina en los años sesenta y setenta. Entre la semiología y los estudios sobre la “cultura popular”. *Nueva época*, núm. 26, pp. 145-170. issn 0188-252x
- Donaires, F. (2007). *Memorias. 1945-1985. El Sindicalismo y los gobiernos*. Corregidor.
- Dorfman, A. y Mattelart, A. (1985). *Para leer al pato Donald*. Siglo XXI.
- Doyon, L. (1988). El crecimiento sindical bajo el peronismo. En Torre, J. C. (Ed). *La Formación del sindicalismo peronista* (pp.169-181). Legasa.
- Doyon, L. (2002). La formación del sindicalismo peronista. En Torre, J.C. (Ed.). *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)* (8), (pp. 357-403).Sudamericana.
- Eco, U. (1995). *Apocalípticos e integrados*. Lumen.
- Eco, U. (1995). *Proceso a James Bond*. Bompiani.
- Ehrlich, L. (2020). Cuando la revolución cambia de signo. La “izquierda” del peronismo como objeto de deseo y de represión. *Prismas*, 24(24), 187-193.
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/3371>
- Eley, G. (2008). *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. PUV.
- Fernández, F. (2006). *La huelga metalúrgica de 1954*. Centro Cultural de la Cooperación.
- Ferro, M. (1995). Cine e historia. Ariel
- Forni, P. (1992). *Vandorismo: Sindicalismo de resultados. La Unión Obrera Metalúrgica en el período 1954/66* (3). Serie Papeles de IDICSO.
- García Canclini, N. (1990). Introducción: La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu. En Bourdieu, P. *Sociología y cultura*. Grijalbo.
- García Heras, R. y Arias, M. (1993). Carisma disperso y rebelión: los partidos neoperonistas. En Amaral, S. y Ben Plotkin, M. (Eds.). *Perón. Del exilio al poder* (pp 95-125). Cántaro.
- Gaudio, R. y Pilone, J. (1984). Estado y relaciones laborales en el período previo al surgimiento del peronismo, 1935-1943. *Desarrollo Económico*, 24 (94), 235-273.
- Gazzera, M. (1970). *Peronismo: Autocrítica y perspectivas*. Descartes.
- Gené, M. (2005). *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo*. FCE.
- Gerchunof, P. y Antúnez, D. (2000). De la bonanza peronista a la crisis de desarrollo. En Torre, J.C. (Ed). *Nueva Historia Argentina. Los años peronistas (1943-1955)* (t.8, pp. 125-201). Sudamericana.

- Gerchunoff, P. y Rapetti, M. (2016). La economía argentina y su conflicto distributivo estructural(1930-2015). *El Trimestre Económico*, 2 (330), 225-272
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31345267001>
- Gerchunoff, P. y De León, G. (2018). Entre la flexibilidad y la institucionalización: una historia circular del mercado de trabajo argentino (1914-2016) (pp. 199-222). En Cortés Conde, R. y Della Paolera, G. (Eds.). *Nueva Historia Económica de la Argentina*. Edhasa.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (1998). *El ciclo de la ilusión y el desencanto*. Emecé.
- Germani, G. La integración a las masas de la vida política y el totalitarismo. En Sarlo, B. (2001) *La batalla de las ideas. Biblioteca del Pensamiento Argentino*, t. 7. Ariel
- Ghigliani, P. (2010). Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes. *Nuevo topo* (7), 117- 124. En Memoria Académica.
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8992/pr.8992.pdf
- Ghigliani, P., Grigera, J. y Schneider, A. (2012). Sindicalismo empresarial: problemas, conceptualización y economía política del sindicato. *Revista latinoamericana de estudios del trabajo*, 17(27),141-164
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.8962/pr.8962.pdf
- Giacomelli, D. A. (2021). El cine negro de la Revolución Libertadora y la reconstrucción del fin del primer peronismo. *Imagofagia*, (24), 325–359.
<http://www.asaeca.org/imagofagia/index.php/imagofagia/article/view/828>
- Gilbert, J., Tenewicki, M. y Rougier, M. (septiembre de 2000). *Debates en torno a la propuesta económica de Raúl Prebisch, 1955-1956*. XVII Jornadas de Historia Económica Argentina, San Miguel de Tucumán, Asociación Argentina de Historia Económica.
- Gilbert, A. y Alabarces, P. (2021). *Un muchacho como yo. Una historia política cantada por el rey*. Gourmet musical.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI.
- Gionco, P. (2009). Después de 1955: entre clasicismo y modernidad, entre revolución y resistencia.
https://www.academia.edu/37364579/Despue_s_de_1955_entre_clasicismo_y_modernidad_entre_revolucio_n_y_resistencia
- Gionco, P. (noviembre de 2007). Contexto ideológico del estreno de *Después del Silencio* (Demaré, 1956) IX Jornadas de Investigación del Instituto de Historia del Arte Argentino y Latinoamericano “Luis Ordaz” (FFyL, UBA) Buenos Aires.

- Giunta, A. (2008). *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Siglo XXI. Segunda edición ampliada.
- Goldar, E. (1980). *Vida cotidiana en la década del 50*. Plus Ultra.
- Gorbato, V. (1992). *Vandor o Perón*. Tiempo de Ideas.
- Grimson, A. (septiembre-diciembre 2017). Raza y clase en los orígenes del peronismo: Argentina, 1945. En *Desacatos* 55 4, pp. 110-127
- Gruschewsky, M. y Frydenberg, J (2015). Evolución de la masa societaria en los clubes de fútbol argentino. En R. Rein. *La cancha peronista: fútbol y política 1946-1955*(pp 81- 95). UNSAM edita.
- Hall, S. (2017). *Estudios culturales 1983. Una Historia teórica*. Paidós.
- Hall, S.(1984). Notas sobre la desconstrucción de “lo popular”. En Samuel, R. (Ed.). *Historia Popular y Teoría Socialista*. Crítica.
- Harari, I (2016). Evolución de las condiciones de trabajo en la industria metalúrgica argentina: Un análisis a partir de los convenios colectivos de trabajo entre 1948 y 1994. *Revista Izquierdas*, 27(87-104). Universidad de Santiago de Chile. Instituto de Estudios Avanzados.
- Hendler, A. (2014). *1964. Historia secreta de la vuelta frustrada de Perón*. Planeta.
- Hoggart, R. (2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Siglo XXI.
- Hora, R (2014). *Historia del turf argentino*. Siglo XXI
- Hora, R. (2019). Izquierda y clases populares en la Argentina, 1880-1945. *Prismas. Revista De Historia Intelectual*, 23(1), 53-75.
https://historiaintelectual.com.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Hora_prismas23
- Iñigo Carrera, N. (2000). *La estrategia de la clase obrera 1936*. La Rosa Blindada-PIMSA
- Iscaro, R. (1973) *Historia del Movimiento Sindical*. Fundamentos.
- James, D (2003). Sindicatos, burócratas y movilización. En James, D. (Ed.). *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)* (t9 pp.117-167).
- James, D. (1981) Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial. *Desarrollo Económico*. 21 (83), 321-349.
- James, D. (1990) *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora peronista 1946-1976*. Sudamericana.
- Kabat, M. (2018). Perón, el creador del plan CONINTES en *El Aromo* n° 102
<https://razonyrevolucion.org/peron-el-creador-del-plan-conintes>
- Karush, M. (2013). *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una argentina dividida (1920-1946)*. Ariel.

- Karush, M. B. (2017). *Musicians in transit. Argentina and the Globalization of Popular Music*. Duke University Press.
- Katz, J.y Kossacoff, B. (1989) *El Proceso de industrialización en la Argentina: evolución, retroceso y prospectiva*. CEAL.
- Kaye, H (1989). *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- King J. (1985). *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*. Ediciones de Arte Gaglianone.
- Lamadrid, A.-Orsatti, A. (1999): Una revisión sobre tasa de sindicalización en Argentina.
- Lenin, V. I. (2009). *Obras escogidas*. Marxists Internet Archive.
<https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oe3/index.htm>
- Leonardi, Y. (2009). *Espacio urbano y consumo cultural: el arribo de nuevos consumidores al circuito de la Calle Corrientes, 1945-1955*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, Argentina.
- Lida M. (julio-diciembre, 2012). Catolicismo y sensibilidad antiburguesa. La Iglesia Católica en una era de desarrollo, 1955-1965. *Quinto Sol*, 16 (2).
<https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/quintosol/article/view/521>
- Lobato, M. Z. (1988). *El taylorismo en la gran industria exportadora argentina (1907-1945)*.
- Longoni, A y Mestman, M. (2018) *.Del Di Tella a Tucumán arde. Vanguardia artística y política en el '68 argentino*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto. 4ta. Edición.
- Mackinnon, M. (2002). *Los años formativos del partido peronista*. Siglo Veintiuno de Argentina Editores-Instituto Di Tella.
- Mallon, R. y Sourrouille, J (1973). *La política económica en una sociedad conflictiva. El caso argentino*. Amorrortu.
- Manzano, V. (2000) Historia y Cine en la Argentina: el jardín de los senderos que se bifurcan. En *Entrepasados*. N° 18-19, 2000
- Manzano, V. (2004). Combates por la historia: Interpretaciones de la historia del movimiento obrero en el cine militante argentino al principio de los 1970's. *Film & History: An Interdisciplinary Journal of Film and Television Studies*, 34(2), 46-57. DOI: 10.1353 / flm.2004.0042
- Manzano, V. (2004). Ha llegado la “nueva ola”: música, consumo y juventud en la Argentina,

- 1956-1966. En Cosse, I.-Felitti, K-Manzano, V. (Eds.). *Los 60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidad en la Argentina* (pp. 19-60). Prometeo.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. FCE
- Marcilese, J. (2018). La Unión Obrera Metalúrgica durante el primer peronismo: evolución institucional y dinámica organizativa. *Trabajo y Sociedad*, (30), 85-98. Universidad Nacional de Santiago del Estero.
- Margulis, M. (1968). *Migración y marginalidad en la sociedad argentina*. Paidós.
- Martínez Del Sel, V. (2009). Máscaras de la política. Caricatura Política durante el peronismo: el caso de Tristán en La Vanguardia. *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue.
- Mazzei, D. (1994). Periodismo y política en los años '60: Primera Plana y el Golpe militar de 1966. En *Entrepasados. Revista de Historia*, 4(7), 27-42
- Mazzei, D. (2012). *Bajo el poder de la caballería. El Ejército Argentino (1962-1973)*.
- Mcguire, J. (1993). Perón y los sindicatos: la lucha por el liderazgo peronista. En S. Amaral y M. Plotkin (Eds.). *Perón. Del exilio al poder* (pp.171-217). Cántaro.
- Melanesio, N. (2014). *Cuando los trabajadores salieron de compras: Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*. Siglo XXI Editores.
- Melón Pirro, J. (2009). *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política después del '55*. Siglo XXI.
- Mestman, M. (2009). La exhibición del cine militante: Teoría y práctica en el Grupo Cine Liberación. En Sel, S. *La comunicación mediatizada: hegemonías, alternativas, soberanías* (pp.124-137). CLACSO.
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20160229050511/09mest.pdf>
- Michels, R. (2017). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias*. Amorrortu.
- Miguens, J. (1988). Las interpretaciones intelectuales del voto peronista: los prejuicios académicos y las realidades. En Miguens y Turner, F.: *Racionalidad del peronismo. Perspectivas internas y externas que replantean un debate inconcluso*. Planeta, pp. 209-232.
- Mochkofsky, G. (2003). *Timerman. El periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*. Sudamericana.
- Moffat, J. (1968) *Estrategias para sobrevivir en Buenos Aires*. Mimeo.

- Mora y Araujo, M y Llorente, I. (1980). *El voto peronista*. Sudamericana.
- Muraro, H. (1974). *Neoliberalismo y comunicación de masas*. EUDEBA.
- Murmis, M. y Portantiero, J. (1987). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Siglo XXI editores.
- Nigra, F. (2019) Más allá de Rosentone. Por una agenda de trabajo en Cine-Historia. *Filmhistoria*. Online (29),1-2
- Novaro, M. (2010). *Historia de la Argentina 1955-2010*. Siglo XXI editores. O'Donnell, G. (1982). *El Estado Burocrático-Autoritario*. Ed. De Belgrano.
- Núñez Seixas, X. (2008). La historia social ante el dominio de la historia cultural: algunas reflexiones. *Historia Social*, nro. 60, pp 177-184.
- Odisio, J. y Rougier, M (2021). La industrialización dirigida por el Estado (1953-1975). En Rougier, M (Coord.). *La industria argentina en su tercer siglo. Una historia multidisciplinar (1810-2020)*. Ministerio de Desarrollo Productivo de la Nación.
- Palermo, V. (2021). *La vida breve de Dardo Cabo. Pasión y tragedia del peronismo plebeyo*. Siglo XXI
- Pampín, G. (2005). *Innovación tecnológica y diversificación productiva en el contexto de la Industrialización por sustitución de importaciones: el caso Winco SA, 1954-1970*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.
- Passerini, L (1991). Ideología del trabajo y actitudes de la clase trabajadora hacia el fascismo. En Schwarzstein, D. (Ed.). *La Historia Oral*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Pastoriza, E. (2008). Estado, gremios y hoteles. Mar del Plata y el peronismo. *Estudios Sociales*, (34). Programa Buenos Aires de Historia Política del Siglo XX. <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/pastoriza.pdf>
- peronismo revolucionario. V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.
- Petrecchia, M. (2019). *Sucesos entre la caída y la vuelta: sensacionalismo, política y peronismo en la revista Así el mundo en sus manos (1955-1972)*. [Tesis de Maestría, Universidad de San Andrés]. En <http://hdl.handle.net/10908/17844>
- Plotkin, M. (1993). La ideología de Perón. En Amaral, S.-Plotkin, M. (Eds.). *Perón. Del exilio al poder*. Cántaro.

- Plotkin, M. (1994). *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Ariel.
- Plotkin, M. (2003a). El psicoanálisis y sus historias en la Argentina. *Psicoanálisis APdeBA*, 25, n° 2-3 pp. 457-461
- Plotkin, M. (2003b). *Freud en las pampas. Orígenes y desarrollo de una cultura psicoanalítica en la Argentina (1910-1983)*. Sudamericana.
- Plotkin, M. (2017). Perón, el revisionismo histórico y su cosmovisión política: *plus ça change* . En Belini, C.; Bosoer, F.; Devoto, F.; Mathias, Ch.; Melón Pirro, J. y Plotkin, M. (Eds.). *El exilio de Perón*. Sudamericana.
- Portelli, A. (1981). Las peculiaridades de la historia oral. *History Workshop Journal*, 12 (1).
- Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la Historia oral. En Schwarzstein, D. (Ed.). *La Historia Oral*. CEAL.
- Potash, R. (1986). *El ejército y la política en la Argentina (II). 1945-1962. De Perón a Frondizi*. Hyspamérica.
- Pozzi, P. y Schneider, A. (2000). *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*. EUDEBA.
- Puigross, A. (1993). *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*. Galerna.
- Pujol S. (2002). *La década rebelde. Los años 60 en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- Pujol, S. (2003). Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes. En James, D. (Ed.). *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, (t9) (pp. 281-328). Sudamericana.
- Pujol, S. (2002). *La década rebelde. Los años 60 en la Argentina*. Emecé.
- Pulfer, D. (2020). Cantos y poesía en torno al 17 de octubre de 1945. De los orígenes a la “libertadora”. *El peronismo en sus fuentes. Fichas de trabajo*.
http://cedinpe.unsam.edu.ar/sites/default/files/pdfs/17-10_cantos_y_poesia.pdf
- Quintari, A y Borelo, J. (2014). Evolución histórica de la exhibición y el consumo de cine en Buenos Aires. *H-industri@*. Año 8, nro. 14
- Ratier, H. (1971). El cabecita negra. *La historia popular. Vida y milagros de nuestro pueblo* (72). CEAL.
- Rein, R. (1998). *Populismo y política: Argentina, 1943-1955*, Buenos Aires, Fundación Editorial de Belgrano.
- Roldán, D. (2008). La formación de los sectores populares urbanos en la historiografía argentina: una mirada sobre el núcleo. *Signos históricos*, 10(20), 194-232.

- http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-44202008000200007&lng=es&tlng=es.
- Romero, L. (1995). Los sectores populares urbanos como sujeto histórico. En Gutierrez, L. y Romero, L. A. (Eds.). *Sectores populares, cultura y política*. (pp 25-45). Siglo XXI editores argentina.
- Romero, L. (2007) La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión. En Pérotin-Dumon, A. (Ed). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. <http://historizarelpasadovivo.cl/downloads/romero.pdf>
- Rosentone, R (1997). *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*. Ariel.
- Rosentone R. (2014). *La historia en el cine. El cine sobre la historia*. Rialp.
- Rotondaro, R. (1971). *Realidad y cambio en el sindicalismo argentino*. Pleamar.
- Rougier, M. (1999). El Banco de Crédito Industrial Argentino y la política económica del peronismo: 1944-1949. [Trabajo Final de Posgrado. Universidad de Buenos Aires] http://bibliotecadigital.econ.uba.ar/download/tpos/1502-0094_RougierMN.pdf
- Rouquié, A. (1986). *Poder militar y sociedad política en Argentina*, (T.2), Hyspamérica
- Rozenbacher, G. (2013). Cabecita negra. En *Obras Completas*. Biblioteca Nacional, p 65-71. Biblioteca Nacional.
- Russo, P. (2008). Representaciones de los trabajadores y sus conflictos en el cine argentino: los traidores, de Raymundo Gleyzer. *Question/Cuestión*, 1(19). En <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/627>
- Sáitta, S. (1998). *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Sudamericana.
- Salas, E. (1990). *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. CEAL.
- Sala, J. (2009). El proceso de la radicalización ideológica en la obra de Rodolfo Kuhn (1958-1969). [file:///C:/Users/Usuario/Downloads/El_proceso_de_radicalizacion_ideologica%20\(4\).pdf](file:///C:/Users/Usuario/Downloads/El_proceso_de_radicalizacion_ideologica%20(4).pdf)
- Samper Pizano, D. (2014). *Les Luthiers de la L a la S*. Ediciones de la Flor.
- Sarlo, B. (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino, tomo VII. Ariel Historia
- Sarlo, B (2004). *El imperio de los sentimientos*. Grupo Editorial Norma.
- Scarzanella, E. (2016). Abril. *Un editor italiano en Buenos Aires de Perón a Videla*. FCE.
- Schiavi, M. (23-26 de septiembre de 2008). *Clase obrera y gobierno peronista: el caso de la huelga metalúrgica de 1954* XXI. Jornadas de Historia Económica Asociación Argentina

- de Historia Económica Universidad Nacional De Tres De Febrero. Caseros, Buenos Aires, Argentina <http://xxijhe.fahce.unlp.edu.ar>
- Schneider, A. (2005). *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*. Imago Mundi.
- Schneider, A. (2006). *Clase obrera, sindicatos y Estado. Argentina (1955-2010)*. Imago Mundi.
- Scott, J (1991). Historia de las mujeres. En Burke, P. Formas de hacer historia (pp 59-88). Alianza.
- Sebreli, J. (1981). *Fútbol y masas*. Galerna.
- Sebreli, J. (1998). *La era del fútbol*. Sudamericana.
- Sebreli, J. (1990). *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Siglo veinte.
- Senen González S. (1971). *El sindicalismo después de Perón*. Galerna.
- Senen Gonzalez, S. y Bosoer, F. (2012). *Saludos a Vandor. Vida, muerte y leyenda de un lobo*. Vergara.
- Sibaja, R. *¡Animals! Civility, Modernity, and Constructions of Identity in Argentine Soccer, 1955-1970*. (2005) [A dissertation submitted in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy at George Mason University by Master of Arts]. University of North Carolina at Greensboro.
<http://mars.gmu.edu/handle/1920/8347>
- Sidicaro, R (1996) Perón. La paz y la guerra. *Los nombres del poder*. FCE.
- Sidicaro, R. (2006). Proceso de politización y desintegración de las Fuerzas Armadas Argentinas (1955-1976). *Cuestiones de Sociología* (3): 33-58.
https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3513/pr.3513.pdf
- Sigal, S (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Puntosur.
- Slipak, D. (2015). *Las revistas montoneras. Como la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*. Siglo XXI Editores.
- Spina, E. y Morales, I. (2010). *Nosotros los monos*.
https://hclaua.files.wordpress.com/2009/02/nosotros-los-monos_final.pdf
- Spinelli, M. (2005). *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la "revolución libertadora"*. Biblos.
- Stedman Jones, G. (1989). *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*. Siglo XXI.
- Stedman Jones, G. (1998). La postura determinista: algunos obstáculos para el futuro desarrollo de la aproximación lingüística a la historia en los años '90. *Entrepasados. Revista de Historia*, 7 (14), 119-139.

- Stedman Jones, G. (2002). Historia y teoría. Una Historia inglesa. *Entrepasados. Revista de Historia*, 12 (23), 173-194.
- Steimberg, O (1970). Historieta e ideología en la argentina en la vida de Patoruzú. En Masotta, O. *La historieta en el mundo moderno*. Paidós.
- Szusterman, C. (1998). *Fronzizi. La política del desconcierto*. Emecé.
- Taroncher Padilla, M. (2004) *Periodistas y prensa semanal en el golpe de estado del 28 de junio de 1966: la caída de Illia y la Revolución Argentina* [tesis doctoral, Universitat de Valencia]. Servei de Publicacions.
<https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/9957/taroncher.pdf;sequence=1>
- Terán, O. (1993). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1955-1966*. El Cielo por Asalto.
- Thompson, E. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica.
- Thompson, E. (1994). *Folklore, Antropología e Historia Social*. Instituto Mora.
- Thompson, E. (1995). *Costumbres en Común*. Crítica.
- Thompson, E. (1989b). La sociedad inglesa en el siglo XVIII ¿Lucha de clases sin clases En Thompson, E. P. *Tradicción, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Crítica.
- Torre, J. (1989). Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico*, 8 (112), 525-548. <https://www.jstor.org/stable/3467001>
- Torre, J. (1990). *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Sudamericana-Di Tella.
- Torre, J. (2004). *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973 1976*. (1ra ed.). Siglo XXI.
- Torre, J. (2012). El lugar de la UOM en la trayectoria del sindicalismo. En *Ensayos sobre el movimiento obrero y peronismo*. (pp. 235-246). Siglo XXI.
- Torre, J. C. y Pastoriza, E. (2002). La democratización del bienestar. En Torre, J.C. (Ed.). *Nueva Historia Argentina Los años peronistas (1943-1955)*. (t8) (pp 257-312). Sudamericana.
- Torre, J.C. (1973). La tasa de sindicalización en Argentina. *Desarrollo Económico*, 12 (48), 903-913
- Torres, H. (1990). *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, Dirección de Investigaciones.
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2814/pr.2814.pdf
- Touraine, A. (1995). *Producción de la sociedad*. UNAM.
- Tristán (1955). *150 caricaturas*. Gure.

- Varela, M. (2005). *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna. 1951-1969*. Edhasa.
- Varela, M. (2010). Cuerpos nacionales: Cultura de masas y política en la imagen de la Juventud Peronista. En Cosse, I.-Felitti, K-Manzano, V. (Eds.). *Los 60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidad en la Argentina* (pp. 61-86.) Prometeo.
- Vazquez, L. (2010). *El oficio de las viñetas. La industria de la historieta argentina*. Paidós.
- Verbisky, B. (2003). *Villa miseria también es América*. Sudamérica.
- Vila, P. (1986). Peronismo y folklore: ¿un réquiem para el tango? *Punto de vista*, (26), 45-48
- Vila, P. (1987). Tango, folklore y rock: apuntes sobre música, política y sociedad en Argentina *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, (48), 81-93.
<https://doi.org/10.3406/carav.1987.2303>
- Vitelli, G. (1990). *Las lógicas de la economía argentina. Inflación y crecimiento*. Prendergast.
- Walsh, R. (1987). *¿Quién mató a Rosendo?* Ediciones de la Flor.
- Williams, R. (1980) *Marxismo y literatura*. Península.
- Wolkowicz, P. (diciembre 2008). La hora de los hornos del grupo Cine Liberación y la construcción de un peronismo revolucionario. V Jornadas de Sociología de la UNLP, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008, La Plata, Argentina. En
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6523/ev.6523.pdf
- Zorrilla, R. (1983) *El liderazgo sindical argentino*. Siglo Veinte.